Montañeros de Aragón

Especial 90 aniversario

Anuario 2019

90 aniversario
MONTAÑEROS DE ARAGÓN

Yo con mi tarjeta

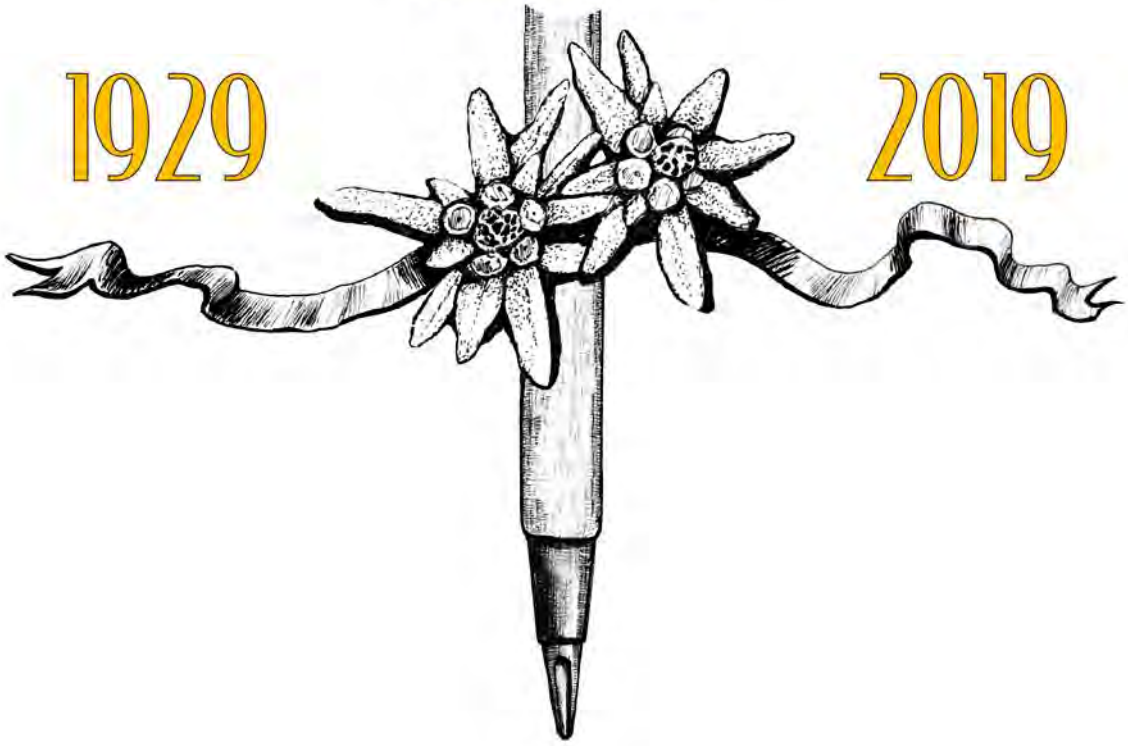
FEDERACIÓN ARAGONESA DE MONTAÑISMO
C/ Albareda, 7, 4.º, 4.ª•50004 Zaragoza
Teléfono: 976 227 971 •Fax: 976 212 459
E-mail: fam@fam.es
Web: www.fam.es

- ✓ Construyo refugios de altura, que me permiten disfrutar de la montaña con seguridad
- ✓ Señalizo senderos, tanto recuperados como de nueva creación
- ✓ Participo en la gestión de los Espacios Naturales Protegidos
- ✓ Promuevo la difusión de los deportes de montaña a través de los más de cien clubes adheridos a la Federación Aragonesa de Montañismo
- ✓ Accedo a programas de Tecnificación Deportiva
- ✓ Represento a Aragón como selección en las competiciones nacionales
- ✓ Coopero en los únicos juegos deportivos en edad escolar de Escalada Deportiva que existen a nivel nacional
- ✓ Compito en los campeonatos y diferentes copas aragonesas de Escalada Deportiva, Esquí de Montaña, Carreras por Montaña y Raquetas de Nieve
- ✓ Participo en las pruebas de la copa aragonesa de Andadas Populares
- ✓ Me formo en los cursos organizados por la Escuela Aragonesa de Montañismo
- ✓ Dispongo de una importante colección de topoguías y libros relacionados con la montaña de PRAMES S.A. con una importante bonificación
- ✓ Represento a Argón en la Europen Rambler's Association
- ✓ Respeto el medio ambiente colaborando con el Comité para la Defensa de la Naturaleza
- ✓ Reviso los equipamientos de montaña
- ✓ Aprendo y comparto con los montañeros veteranos
- ✓ Semanalmente tengo a mi disposición un boletín de noticias relacionadas con mi deporte
- ✓ Impulso la seguridad en la montaña aragonesa con el desarrollo de la campaña Montaña Segura y otros convenios
- ✓ Obtengo importantes descuentos en todos los refugios que gestiona la Federación Aragonesa de Montañismo, y en todos los refugios internacionales adheridos al convenio de reciprocidad del que formamos parte.
- ✓ Tengo a mi disposición una plataforma de reserva online en refugios y establecimientos asociados que también me ofrecen un descuento en sus servicios presentando mi tarjeta
- ✓ Contrato un seguro de accidentes deportivos en montaña
- ✓ Me adhiero a un club de montaña en el que poder desarrollar mi actividad montañera, acompañado siempre de amigos que me orientan en mi formación
- ✓ Disfruto de la montaña

FEDERACIÓN ARAGONESA DE MONTAÑISMO

90 aniversario

1929 2019



MONTAÑEROS DE ARAGÓN
Club de montaña

Portada:
Cumbre del pico de Aneto (3.404 metros). Ascenso conmemorativo del 11 de mayo de 2019 por los 90 años de Montañeros de Aragón
Autor: Alberto Hernández Gómez

Ilustración página 3:
Cartel promocional del 90 Aniversario de Montañeros de Aragón.
Autor: Chema Agustín García

Número: 34. Año 2019

DIRECTOR DEL ANUARIO:
Alberto Martínez Embid

EQUIPO DE REDACCIÓN:
Quique Gracia Pasamar, Marta Iturralde Navarro y Nuria Moya Campos

DISTRIBUCIÓN:
Montañeros de Aragón

ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD:
Montañeros de Aragón
Gran Vía, 11, bajos
Teléfono 976 236 355
50006 ZARAGOZA
administracion@montanerosdearagon.org
www.montanerosdearagon.org

EDITA:
Montañeros de Aragón

DISEÑO:
Tipolínea
Ctra. de Madrid (N-II), Km 315,70
Teléfono 976 464 141
50012 Zaragoza

DEPÓSITO LEGAL: Z-534-89

Todos los colaboradores que hacen posible esta publicación lo hacen de forma desinteresada; los artículos que aquí aparecen son independientes y están escritos exclusivamente para esta edición. De las opiniones vertidas en los mismos son responsables los firmantes. Montañeros de Aragón autoriza la reproducción total o parcial de los artículos y fotografías de esta revista, siempre y cuando se cite el autor y el lugar de procedencia de los mismos.

Sumario

Saludo del Presidente. Ramón Tejedor Sanz 7

90-A HISTÓRICO

Apuntes sobre el nacimiento de Montañeros de Aragón. Marta Iturralde Navarro 8

Tanteos inaugurales en el Fire de Riglos. Alberto Martínez Embid 13

Nuestros primeros socios. Recuerdos de Lorenzo Almarza Mallaina. Pilar Almarza García 20

Nuestros primeros socios. Recuerdos de Fernando Almarza Laguna de Rins. Pilar Almarza García 24

Nuestros primeros socios. Recuerdos de Fernando Lozano Blesa y Charito Pardo Pascual. Fernando Lozano Pardo 28

Nuestros primeros socios. Recuerdos de Luis Gómez Laguna. Manuel Gómez de Valenzuela y Santiago Gómez de Valenzuela 32

Nuestros primeros socios. Recuerdos de Honorio María Morláns Labarta y Carmen Faci Abad; Jesús María Morláns Labarta y Pilar Martín Rubio. Honorio Jesús Morláns Martín 37

Nuestros primeros socios. Recuerdos de Narciso Hidalgo Falcó y Conchita Arribas Fuertes. Miguel Ángel Hidalgo Arribas 41

Nuestros primeros socios. Recuerdos de José María Escudero Delgado. Pilar Escudero Carrión 44

Aurelio Grasa Sancho (1893-1972). Biografía. Teresa Grasa Jordán y Carlos Barboza Vargas 48

Canfranero. El tren que nos llevaba a la montaña. Luis Granell Pérez 53

90-A DEPORTIVO

Los Écrins. Un destino nuevo. Ramón Tejedor Sanz 60

La Montaña Social. Manuel Calvo del Arco 62

Las 90 Cimas. Resumen y estadística. Miguel Ángel Gil Lallana 64

Mesa de los Tres Reyes. Ramón Tejedor Sanz 69

Ascensión al Aneto 90 Aniversario. Alberto Hernández Gómez 70

El Moncayo de Montañeros (1890-2019). Marta Iturralde Navarro 73

Slow Mountain…, en ocho de las 90 Cimas. Francisco Izuzquiza Rueda 76

90-A SOCIOCULTURAL

Encuentros culturales en nuestra Sede. Alberto Martínez Embid 80

Reflejos del 90-A. Prensa en papel o digital, y medios audiovisuales. Marta Iturralde Navarro 84

El tren de los Montañeros. Luis Granell Pérez 88

OTRAS ACTIVIDADES

Pico Lenin, la montaña "amable". Javier Camacho Gimeno 89

El pico Kazbek (5.047 m) y demás ascensiones. Ángel Martín Sonseca 92

Una visita a la Edad Media…, antes de que desaparezca. Alejandro Cortés Pellicer 93

Decepción. La isla de nombre equivocado. Javier del Valle Melendo 96

La Pierra Menta. Guillermo Blanchard Nerín 99

Escalada pirenaica. Quique Gracia Pasamar 100

Norte del Puro. Chema Agustín García 105

El Barranco de la Hoz. Alejandro Gómez Cervelló 107

El Forato os Diaples. José Antonio Sierra Usón 108

Cara Norte del pico Sabocos. Ángel Martín Sonseca y Fernando Orús Sanz 111

Los Montes Perdidos. David Cortina Lacambra 113

Las peñas Albas de Calcena.
Pequeñas trepadas por el Sistema Ibérico. Marta Iturralde Navarro 118

MISCELÁNEA

Montañeros de Aragón en los sesenta. Juan José Díaz Ibáñez 122

La Cueva de los Moros de Serradui. Ángel López Martínez *Cintero* 124

Mis primeras montañas de Aragón. Eduardo Martínez de Pisón Stampa 126

Diez momentos en las grandes alturas. Fernando Garrido Velasco 129

Viajamos en el Tiempo. Lorenzo Almarza Mallaina 134

Merci, France. Julio Viñuales Cobos 136

Ciclos de audiovisuales en Ibercaja. Nuria Moya Campos 137

Concurso de Fotografía de Montaña Miguel Vidal 2019. Nuria Moya Campos 140

Entrega de Premios y Distinciones de Montañeros de Aragón Nuria Moya Campos 142

Adiós a Ricardo Arantegui (1928-2019). Ramón Tejedor Sanz, Marta Iturralde Navarro y Alberto Martínez Embid 143

Paco Belío, un montañero integral. Ramón Tejedor Sanz 145

La última cima de Agustín Faus. Pedro Estaún Villoslada 146

Infórmate en:
Montañeros de Aragón
Gran Vía, 11, bajos
Teléfono 976 236 355 | 50006 ZARAGOZA
administracion@montanerosdearagon.org.

Horario de oficina:
lunes a viernes, de 18 a 21 h.
Horario de club:
lunes a viernes, de 18 a 21,30 h.
montanerosdearagon.org

90 aniversario
MONTAÑEROS DE ARAGÓN

Anuarios publicados por Montañeros de Aragón

1987

1988-1989

1989-1990

1990-1991

1991-1992

1992-1993

1993-1994

1994-1995

1995-1996

1996-1997

1997--1998

1998-1999

1999-2000

2000-2001

2001-2002

50 aniversario. Ascensión del puro

2002-2003

2004-2005

25 años de expediciones aragonesas

2005-2006

2006-2007

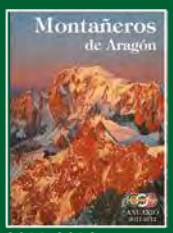
50 aniversario primera escalada al Tozal del Mallo de Ordesa

2007-2008

2008-2009

2009-2010

2010-2011



2011-2012

2012-2013

2013-2014

2014-2015

2016

2017

2018

Presentación

Ramón Tejedor Sanz

Hemos concluido un año, 2019, memorable en la historia de nuestro querido Club. Un mes de mayo de 1929 se fundaba Montañeros de Aragón, siendo su primer presidente Lorenzo Almarza. Un grupo de visionarios, que llevaban en su ADN emocional el amor y la pasión por la montaña, decidieron crear una Entidad, dotándola de unos Estatutos sociales cuyo artículo primero sigue plenamente vigente 90 años después y que resume perfectamente nuestra idiosincrasia: Montañeros de Aragón tiene por objeto el conocimiento y estudio exacto de las montañas aragonesas, procurando el fomento y desarrollo de la afición a la montaña y sus deportes.

Son, pues, varias las generaciones de hombres y mujeres que han llevado el nombre de nuestro Club no solo por esas montañas magníficas de las dos cordilleras aragonesas más emblemáticas, Pirineo e Ibérica, sino que además han protagonizado gestas de primer orden en las cordilleras más importantes del mundo. La historia del alpinismo español se ha escrito en muchas de sus páginas con las aportaciones extraordinarias de miembros de Montañeros de Aragón.

Por todo ello la conmemoración del 90 Aniversario ha contado con un amplísimo elenco de actividades deportivas y culturales promovidas eficientemente por la Comisión creada al efecto por la Junta Directiva del Club. No podía ser de otra manera. Hemos contado con la colaboración de los medios de comunicación más relevantes de nuestra Comunidad Autónoma que han difundido los eventos más destacables de nuestra celebración y con el reconocimiento explícito de la Federación Aragonesa de Montañismo que nos ha distinguido con su más importante trofeo anual. Gracias a todos ellos por su empatía.

Para nosotros el montañismo es mucho más que una actividad deportiva en abstracto. Esa actividad se lleva a cabo en un escenario bellísimo que cambia al compás cronológico del calendario anual. Por lo tanto, la faceta sociocultural es básica. Nuestra preocupación por el medio natural, paisaje y biodiversidad, es esencial. No podemos permanecer indiferentes ante la amenaza brutal del cambio climático ni permaneceremos nunca

indiferentes a proyectos irracionales que puedan comprometer ese paisaje y esa biodiversidad. Por ello en Montañeros de Aragón asumimos el compromiso de la llamada Agenda 2030 (los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible) que todos los estados miembros de Naciones Unidas aprobaron en septiembre de 2015.

La pasión por la montaña es imprescriptible. Recorriendo sus bosques, llegando a sus cumbres, a la orilla de un lago o contemplando atardeceres incendiarios e inolvidables, esa pasión se refuerza. Y lo que es más importante a mi juicio: no queremos que ello sea un atributo personal que no se comparte. Queremos que crezca el número de los enamorados de la montaña. Por eso, en Montañeros de Aragón trabajamos intensamente con las actuales generaciones de niños y jóvenes, porque ellos son la garantía del futuro de Montañeros de Aragón, quienes llevarán con orgullo en su corazón, en los años venideros, el cultivo y la permanencia de ese objetivo que nuestros fundadores y precursores diseñaron hace ya más de 90 años.

Marta Iturralde Navarro

Apuntes sobre el nacimiento de Montañeros de Aragón

El origen del club decano del montañismo aragonés habría que buscarlo en esos aficionados a las excursiones por las Sierras Ibéricas y el Pirineo que funcionaban, cada uno por su cuenta, desde finales del siglo XIX. A partir de centros de vacaciones como el Santuario de Nuestra Señora del Moncayo, los Baños de Panticosa, Jaca o Benasque, fueron ganando las cumbres de sus inmediaciones. A los discretos viajeros decimonónicos les gustaba visitar el Moncayo, el pico de la Bandera o la Collarada. Solo con el inicio del siglo XX y, sobre todo, tras la Gran Guerra, los deportistas locales se harían visibles. Como el pionero de nuestro montañismo, Lorenzo Almarza, quien empezó a recorrer las zonas altas de Chistau, primero, y de Benasque, después, aprovechando los vínculos de su familia política con estos valles.

Con la bonanza económica de los Felices Veinte, un puñado de zaragozanos se decidió a descubrir para el turismo el Alto Pirineo oscense. Hasta la referida década fueron escasos los ciudadanos aragoneses que rondaron sus montañas, más frecuentadas por franceses, ingleses, catalanes o madrileños. Coincidiendo con la refundación del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón en la Zaragoza de 1925, se organizarían viajes al norte de Huesca. Sobre todo, valiéndose de un ferrocarril de Canfranc que conectó desde 1928 el valle del Ebro con los del Aragón y el Gállego. Aquellos periplos que apenas rozaban las cuencas altas dieron lugar a inquietudes más complejas. Por ejemplo, fue muy nombrado cierto ascenso al Aneto que fomentó Lorenzo Almarza en el verano de 1928. Con tales precedentes, no extraña que cuajara en Zaragoza la idea de instaurar un grupo de montañismo a imagen y semejanza de otras sociedades deportivas de Madrid o Barcelona. E incluso del sur de Francia.

Las excelentes relaciones del SIPA con las entidades turísticas y pirineístas del país vecino tuvieron mucho que ver con el nacimiento del primer club de montaña aragonés. En el periplo hacia Pau que esta asociación cultural organizó en mayo de 1927, confluyeron futuros precursores de nuestro deporte como Eduardo Cativiela, Miguel López de Gera, Manuel Marín Sancho o Manuel Abizanda, con pesos pesados del montañismo galo como Alphonse Meillon, Maurice Heïd, Aymar de Saint-Saud o Louis Le Bondidier. Sin olvidarnos de cierto periodista de L'Indépendant des Basses-Pyrénnées llamado J.-A. Català. De modo paralelo, se establecieron contactos con el pirineísmo francés en agosto de 1927, cuando un Pascual Galindo que realizaba estudios de toponimia por Bujaruelo, cruzó hasta Gavarnie y coincidió con Ludovic Gaurier y Alphonse Meillon en la inauguración de la estatua de Nuestra Señora de los Puertos.

El número uno de la zaragozana calle de los Estébanes, primera sede de Montañeros de Aragón.

La Asamblea Constituyente de Montañeros

Todo parecía dispuesto para la creación de un club de montañismo en Zaragoza. Lorenzo Almarza fue el principal catalizador del proceso, secundado por amigos como Aurelio Grasa, Joaquín Gil o Pascual Galindo. La gran ilusión de Almarza era la de aglutinar en una sociedad a esos deportistas que llevaban algún tiempo recorriendo a su aire nuestras sierras y cordilleras. Muchos de ellos coincidían en el Canfranero tanto en verano como en invierno. En abril de 1929 y desde las páginas de la revista Aragón del SIPA, Almarza llamó a los "interesados en conocer las montañas, el paisaje y las bellezas naturales", a través de un artículo que justamente tituló "Montañeros de Aragón". Era la primera vez que se asomaba por la prensa ese nombre, enseguida prestigioso. Una tanda primigenia de gentes inquietas acudiría a su convocatoria.

La fecha para el génesis no fue elegida al azar, pues se deseaba asistir, como entidad más o menos constituida, a una reunión pirineísta que se iba a celebrar en Jaca el 21 de abril de 1929. Desde el SIPA, nuestra incontestable Entidad Madre, se pensó que aquella cita merecía el envío de una delegación formada por expertos en montañismo. Sería preciso, pues, que se organizara una asamblea en la sede de dicha asociación, ubicada en el primer piso del número 1 de la calle de los Estébanes de Zaragoza, que congregase a los socios del Sindicato de Iniciativa con querencia por las cotas altas.

La sesión inaugural, o Constituyente, fue convocada por Almarza para las 20:00 h del domingo 15 de abril de 1929. A ella concurrieron los veintiocho interesados en fundar un club de montañismo: Portolés, Marraco, los dos Baselga, Salazar, Cano, Boya, Grasa, Rodríguez, Serrano, Bellido, Bagué, Delgado, Borra, García, Marín Sancho, Galindo, Cativiela, Pérez, Gimeno, Marugán, Pascual, Balaguer, Romero Santos, Sancho Izquierdo, Oliva y Salazar. También estuvo presente el ya mencionado Català, redactor en jefe de L'Indépendant. Nuestro Fundador hizo lectura pública de su propuesta de Estatutos, elaborados junto a su amigo Galindo, e inspirados en los ya existentes de otras sociedades similares. Así, fuertemente influidos por los de la sociedad madrileña Peñalara, se redactaron "con algo de urgencia" y cierta ayuda por parte del Club Alpin Français.

Entre los tempranos acuerdos de la histórica Asamblea Constituyente, destaca el de asentar su denominación como Sociedad Montañeros de Aragón. Un nombre propuesto por Almarza, tras considerar otros como el de Club Alpino Aragonés, Centro Excursionista de Zaragoza y combinaciones similares basadas en otras entidades. El emblema, diseñado por él mismo, lo constituía un piolet que unía tres aros de color, uno por cada provincia: "Huesca, la blanca nitidez de la nieve; Zaragoza, el verde de la ribera; Teruel, el morado de sus umbrías". Curiosamente, el esbozo primitivo carecía de piolet.

Seguido, Galindo explicó alguno de los puntos de los Estatutos… Como si se debía pertenecer o no al SIPA, asunto que quedó a voluntad de cada futuro socio. Durante largos años, el grueso de Montañeros sería igualmente del Sindicato de Iniciativa, ente cultural del que nuestros fundadores surgieron. Por lo demás, Galindo propuso formar diferentes comisiones de trabajo, origen de una junta provisional de quince miembros, según las siguientes tareas: Lorenzo Almarza (presidente), Pascual

MONTAÑEROS DE ARAGON

El Puente de Mahoma del Aneto en julio de 1930 (Col. Gil)

La página con el llamamiento de Lorenzo Almarza en el número de abril de 1929 de la revista Aragón

Cartel publicitario del refugio de Santa Cristina en Candanchú, obra de Pérez Baylo en 1932

El refugio de Candanchú y La Raca en mayo de 1934 (Col. Morláns)

Nuestro campamento en La Chuata de Salinas en 1934 (Col. Soriano)

Galindo (vicepresidente), Jacobo Cano (tesorero), Luis Boya (secretario), Longinos Navás (director de la revista), Miguel Sancho (bibliotecario), Antonio Santos (vocal primero), Aurelio Grasa (vocal segundo), José Rodríguez (vocal tercero), Valeriano Fernández (vocal cuarto), José Portolés (vocal quinto), Eduardo Cativiela (vocal sexto), Luis Borra (vocal séptimo), José Antonio Baselga (vocal octavo) y Julio García (vocal noveno).

Aquella reunión del 15 de abril de 1929 daría para más. Antes incluso de que el Gobierno Civil aprobase la existencia de estos Montañeros, se anunció la primera actividad cultural: una conferencia de Ludovic Gaurier para el 19 de abril en el colegio de los Jesuitas.

Legalización del Club: 11 de mayo de 1929

Con toda lógica, se considera que Montañeros de Aragón nació el día en que nuestros Estatutos fueron aprobados por el gobernador Cantou, según dictaba el Artículo Cuarto de la Ley del 30 de junio de 1887. Diecinueve artículos registrados en el Gobierno Civil con la firma del secretario Boya y el visto bueno del presidente Almarza. Ambos, todavía en cargos interinos. Lo festejamos cada 11 de mayo.

Resuelto el trámite legal, se puso en marcha la que podría ser considerada como ceremonia de Bautizo de nuestra Asociación. Asistieron a esta asamblea del 15 de mayo de 1929: Almarza, Marraco, Cano, Boya, Serrano, Delgado, Grasa, García, Balaguer, Galindo, Cativiela, Baselga, Fernández, Pérez, Marín, Santos y Portolés. El acto inaugural del Club supuso el nombramiento de una Junta Directiva a partir de los integrantes de su Comisión Gestora. Seguidamente, en la más temprana iniciativa de aquella Junta, el presidente Almarza rogó por "una activa promoción de la sociedad montañera para darla a conocer tanto en España como en el extranjero".

Los pasos del debut de Montañeros han quedado registrados en las Actas de sus Juntas Directivas. Así, hubo una segunda sesión el día 8 de enero de 1930 bajo la presidencia de Lorenzo Almarza. Había cambiado algo la lista de asistentes, ahora compuesta por: Cativiela, Serrano, Rábanos, Grasa, Rodríguez, Fernández, Marraco, Martín, Cebolla, De la Iglesia, Blanco, Balaguer y Aznar. Este último explicó las excursiones programadas para la primavera, por lo que puede considerarse nuestro primer coordinador deportivo. A continuación, Almarza refirió las gestiones para que el Club adquiriese esquís, tras solicitar presupuestos a una casa de

Pau. Pero el proyecto estrella sería el alzado de un refugio para veinte personas en Candanchú, base para los concursos internacionales de esquí en los que ya se trabajaba.

Nuestra tercera Junta se celebró el 27 de febrero de 1930. Con presidencia de Lorenzo Almarza y a las 20:00 h, hora tradicional. Su relación de asistentes indica cierta movilidad entre aquellos gestores iniciales, ahora compuestos por: Grasa, Rábanos, Morláns, González, Chóliz, Laguna, Molino, Balaguer, Martín, Cidón, Cano, Cativiela, Boya, Fernández, Baselga, Marraco, Blanco, Sancho Izquierdo, Serrano, Gómez Ferrer, Villanueva y Rodríguez. Como entrante, llegó la propuesta por parte de ciertos socios de modificar los Estatutos, aludiendo a las relaciones pecuniarias con esa Entidad Madre que facilitaba su local y administración. Según Cativiela, eran gastos que Montañeros tendría que afrontar con dificultad si cortaba amarras con el SIPA. Seguiría el informe de Almarza con sus trámites para sacar adelante el refugio de Candanchú. Hubo también una primera nota obituaria, debida al fallecimiento del socio Manuel Fantoba.

Cerraré estas reseñas asociativas de nuestro Año Uno de vida con la Junta General Extraordinaria del 21 de mayo de 1930. Presidida por Almarza, mostró un listado de asistencia exiguo: Recaséns, Muro, Rodríguez, De la Iglesia, Villanueva, Aznar, Cidón, Gil, Marraco, los Grasa, Cativiela, Marisca, Galindo, Rábanos, Blanco, Vera, Murna y Gómez. Debido a una petición de socios se varió el Orden del Día, para comenzar con los preparativos de la segunda colectiva al pico de Aneto, un proyecto ilusionante del que incluso se filmó una película. La primera Junta General se animaría con las discusiones en torno al refugio de Candanchú. Y con nuestro primer cambio de sede: de la mano del SIPA, Montañeros se trasladó al local de la plaza de Sas, donde permanecería hasta 1950. Igualmente se informó del estado de las finanzas: 682 pesetas de déficit fue el balance del ejercicio.

Andanzas deportivas de primera hora

Entre las actividades iniciales del flamante Club estuvo siempre en primera línea el esquí. Era entonces un deporte que se practicaba fundamentalmente en unas laderas de Candanchú sin ningún tipo de acondicionamiento. Por la facilidad que suponía el ferrocarril, el valle del río Aragón fue meta frecuente de los socios de Montañeros. Desde su número de abril de 1930, la revista Aragón informaría de las salidas a la nieve de los nuestros…

Así, una vez constatado que el parte era propicio, se iniciaba la recluta de chicos y chicas interesados en pasar el domingo esquiando. Suponía el

Equipo de esquí femenino de Montañeros en la Caseta de la Raca en 1934

principio de la aventura del deporte blanco, que seguía el sábado por la tarde, en ruta hacia la desaparecida Estación del Norte, atrayendo "la curiosidad de las gentes que nos ven pasar con una extraña impedimenta". Del viaje al Pirineo, a destacar el "paso veloz de las horas, amenizadas con los incidentes de la cena que algunos inician en la misma estación del Arrabal y terminan en las inmediaciones de Canfranc". Los esquiadores se desperdigaban allí por las distintas fondas. Sin embargo, algunos socios inquietos iniciaban sus pinitos sobre las dos tablas junto a la Estación, a la luz de la luna. Con el amanecer del domingo, todo un mundo de emociones les aguardaba en las laderas nevadas de Candanchú. Y algún batacazo.

Los elementos más decididos de esos pioneros del esquí consideraron pronto la posibilidad de adentrarse con sus rudimentarios tablones por el corazón de la cordillera. Refiriéndose a las familias Almarza, Lozano, De Yarza o Serrano, así como a individualidades como los Armisén, Escudero, Gómez o Marraco, desde la revista Aragón se reseñaría que "unos cuantos excursionistas, verdaderos amantes de la montaña, no se limitan a esquiar por el placer de deslizarse sobre la nieve: emplean los esquís como medio de locomoción en excursiones que frecuentemente tienen toda la emoción de las grandes expediciones montañeras". Sus audacias traspasaron el marco de Candanchú: Fernando de Yarza, José Serrano y Enrique Armisén iniciaron las travesías del valle del Aragón al de Tena por la Canal Roya, la de Izas o la de Astún. También protagonizaron una marcha con raquetas desde el Marcadau hasta los Baños de Panticosa.

Coincidiendo en ese mismo 1930 con su Primer Campeonato Internacional en la incipiente Candanchú, nuestro Club se puso manos a la obra para construir allí su refugio. Se colocó, pues, la primera piedra del albergue de Santa Cristina, así bautizado en recuerdo del que acogía a los peregrinos de las rutas de los puertos del Somport. El proyecto del edificio fue de Ríos y Borobio, a partir de un presupuesto de cien mil pesetas. Las primeras sesenta y una mil, cubiertas por suscripción de ciento veintidós socios de Montañeros. Ciertas dificultades económicas impedirían que completasen sus previsiones de "orientación perfecta, cómodas habitaciones, biblioteca y salas, capilla, baños, piscina y calefacción". Al parecer, solo se consiguió lo primero. Sin embargo, los abundantes problemas fueron sorteados y la inauguración del refugio de Candanchú, un 30 de agosto de 1931, se hizo realidad. Sus Reglamentos prohibían "discusiones políticas y religiosas, estancia de enfermos, escándalos".

Las vocaciones montañeras no quedaron desatendidas en el Club zaragozano. Durante sus años heroicos se organizaron, con la llegada del buen tiempo, ascensos y excursiones para todos los niveles: al puerto del Marcadau, al Aneto, al Moncayo, a Ansó… También se llevaron a cabo invernales, tanto en Piedrafita como en la sierra de Albarracín, por parte de los siempre animosos Gómez Laguna, Serrano, Lozano, Escudero, Marraco, De Yarza... Una pincelada anecdótica de aquella época la aporta esa pequeña competición establecida entre De Yarza y Gómez Laguna, quienes pasaron varias veces las Clavijas de Cotatuero introduciendo variantes y, finalmente, sin tocar sus clavos de hierro. También fue sonada una aventura que contó este último: "La ascensión desde Pineta al Monte Perdido y travesía de su glaciar con un piolet y dos bordones, más una mala cuerda, todavía estremecía a José [Serrano] cuando se la nombrábamos; a Fernando [de Yarza], no sé por qué, le producía en cambio un gran regocijo".

Tampoco olvidaremos la importante presencia femenina, tanto en el esquí como en la montaña. Así, en el ascenso a la Gran Facha del 4 de agosto de 1929 participó Conchita Arribas con su amiga Trini.

Bien se ve. Gracias a la energía e ilusión de sus socios fundadores, Montañeros de Aragón se consolidó en poco tiempo. Con el inicio de la década de los años treinta, el pionero de los clubs aragoneses de montañismo pisaba fuerte.

La Copa de los Vascos tal y como se presentaba en la sede de la plaza de Sas

Alberto Martínez Embid

Tanteos inaugurales en el Fire de Riglos

Las empresas deportivas de Montañeros de Aragón arrancaron con un brío sorprendente. Desde junio de 1929 se consideró casi obligada la visita anual a la cima del Aneto. También la práctica de acampadas sociales, como las efectuadas a los pocos meses de nuestro nacimiento en La Chuata o en el circo de Piedrafita. Sin olvidarse de travesías pirenaicas como la del Marcadau, en septiembre de 1929.

Orígenes de la escalada de dificultad riglera

Nuestros socios tardaron poco en pasar a mayores. En 1933, 1934 y 1935 protagonizaron ascensos a cuatromiles alpinos como el Mont-Blanc, el Cervino o el Breithorn. Y ensayaron una invernal al Midi d'Ossau… Todo ello, sin contar con las visitas a los tresmiles oscenses de la Copa Almarza. Sin embargo, llaman la atención tres escaladas punteras de los Montañeros en los años treinta: la arista de los Murciélagos al Aspe, la cresta del Diablo y la punta del Buzón en el Fire. Nos centraremos en esta última epopeya.

Fábulas locales aparte, es probable que a nadie se le ocurriese tantear los mallos de Riglos hasta la aparición de los sportsmen del siglo XX. Los prudentes viajeros decimonónicos que desfilaron bajo estos murallones se limitaron a contemplar su presunta inaccesibilidad. En 1908 Juli Soler les regaló una cita en la que aludía a su similitud con piras inmensas que ardían en honor a los dioses de las montañas.

Era como si las cúspides rigleras se hallasen vetadas a los simples mortales. Al menos hasta 1933, cuando se constataron intentos por parte de unos germanos misteriosos y de una cordada oscense. Esta última, compuesta por Oltra, Oliván y Osuna, se centró en el mallo Pisón. Nadie progresó gran cosa. Claro que también sería el año de los escaladores de Montañeros de Aragón…

Vista aérea de los mallos de Riglos en los años treinta

Preparativos para el asalto al Fire

No ha quedado demasiada documentación del debut en Riglos de nuestros trepadores. Sin embargo, a partir de consultas con Fernando Almarza, de charlas con familiares de los protagonistas y de recortes de prensa incompletos, se ha reconstruido cómo pudieron discurrir sus andanzas vertiginosas.

Todo parece indicar que el gran animador de estas escaladas heroicas fue Luis Gómez Laguna. Su sobrino, Fernando Almarza, le acompañó en alguna de ellas. El grupo se completaría con el núcleo duro del novel Club: José María Escudero, Fernando Lozano, José María Serrano y Fernando de Yarza.

El detonante de este interés por el mundo de los clavos y de los mosquetones fue, sin duda, la conquista de uno de esos Mallos bajo los cuales pasaba el ferrocarril Canfranero. Alguno de sus candidatos ya había aprendido la técnica del rápel en paredes del entorno del refugio de la Renclusa, tras consultar los croquis de ciertas revistas extranjeras. Al menos Gómez Laguna y Almarza realizaron prácticas de progresión en roca a comienzos de los años treinta en una peña que se alzaba por encima de la desaparecida Caseta del Ruso en Candanchú. Desde allí emprendieron otras trepadas en el Aspe y el pico del Águila, acompañados por Fernando Lozano, José María Serrano y Fernando de Yarza. Se cree que también probaron sus materiales por algún risco de la zona de Respomuso.

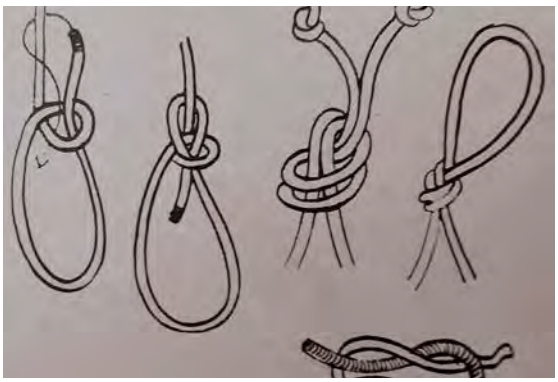
A la cuerda de cáñamo que portaban durante sus recorridos de alta montaña sería preciso añadir alguna pieza más especializada. Tras fijarse en los dibujos de libros y revistas, contactaron con un forjador de Zaragoza para que copiara las clavijas: unos artilugios de hierro con una anilla en su parte ancha, tan desmesurados como pesados. Igualmente les fabricó un mosquetón similar al de los bomberos, de quince centímetros de longitud y doscientos cincuenta gramos de peso.

Sin embargo, el aprendizaje de las artes de escalada no andaba tan en pañales como habitualmente se cree. Por un lado, Luis Gómez Laguna y Fernando Almarza disponían de manuales prácticos en francés. No eran los únicos miembros de Montañeros que en los años treinta estaban bien informados sobre los procedimientos alpinos. Su consocio Narciso Hidalgo publicaba con asiduidad nociones de trepadas en el deportivo madrileño Campeón. Así, quien hojee el número del 6 de octubre de 1935, hallará un artículo sobre "La técnica de la escalada en roca" donde abordaba la colocación de pitones, el manejo de cuerda, los nudos no corredizos como el bulin, el uso de calzado ligero y adherente como las botas con suela de fieltro, el sistema para superar chimeneas o fisuras, el rapelaje al estilo Dülfer… Con Hidalgo llegaron a tierras aragonesas desde los cinco grados de la dificultad en Italia hasta la necesidad de fundar escuelas de escalada.

¿Son inaccesibles los mallos de Riglos?

La prensa de Zaragoza no tardó en preguntarse si sería posible que se ganara alguno de los baluartes rigleros. En Montañeros de Aragón se tomó muy en serio el reto. Se cree que los primeros ensayos de sus socios se orientaron hacia el Pisón, asediándolo por detrás para tratar de subirlo desde el collado. Nada ha trascendido de aquellas intentonas, salvo que fallaron.

Seguidamente, pusieron los ojos en el esbelto Fire. O Firés, como decían entonces los nativos. Al menos se concretaron tres asaltos a la cumbre superior de este Mallo, más adelante bautizada como punta de los Catalanes o de Mallafré. Por el momento, solo ha quedado un recorte de la prensa de 1933 en el que un anónimo periodista entrevistaba a Luis Gómez Laguna, calificado como "el alma" de aquellas aventuras funambulistas. Con la lírica del tiempo, animaba a que "los montañeros auténticos de la solera zaragozana" intentaran la conquista de unos Mallos a los que se les suponía "toda la altivez de los pelados picachos todavía sin hollar por las plantas audaces".



Muestra de los nudos de escalada en los años treinta (Col. Hidalgo)

La ruta de subida al Fire, trazada por Gómez Laguna sobre 1933 (Col. Gómez)

La escalada en la zona superior del Fire (Col. Gómez)

Un rápel riglero (Col. Gómez)

El primer encuentro con el Fire lo protagonizó Luis Gómez Laguna junto a otro compañero del que no aclara su nombre; solo dice que acudió "lleno también de experiencia y entusiasmo". Pudo ser José María Serrano, Fernando Lozano o, más seguramente, Fernando de Yarza. De este último, Gómez Laguna afirmaba en 1993:

"Era un gran escalador, pero era inconstante; una persona que dominaba todos los secretos de la montaña. Esquiaba, escalaba y hacía grandes travesías, todo con una profunda identificación con la montaña… Todo lo que hacía, le salía bien, pero no permanecía mucho tiempo atado a las mismas ocupaciones".

Tampoco queda clara la fecha de estreno de las arremetidas en el Fire: acaso en mayo o junio de 1933, al término de la temporada de esquí de montaña. De cualquier modo, nuestro dúo partió de la estación de Riglos y marchó unos cinco kilómetros por la vía hasta colocarse al pie de su objetivo. Arrancaron desde una torrentera con mucho matorral molesto, para progresar hacia la que denominaron en su croquis como "punta número 1". Gómez Laguna señaló que "el paisaje desde allí se extendía amplio a los pies, sin encontrar obstáculo hasta la sierra de Alcubierre".

Hubo un breve descanso antes de encordarse. Una medida oportuna, pues comenzaban los problemas con la especial naturaleza de aquellas rocas. Gómez Laguna los describió así:

"Es casi imposible avanzar un metro sin que se produzcan desprendimientos. Cualquier presa, por sólida que parezca, ha de tantearse cuidadosamente. En cualquier punto acecha inesperado el peligro… Los apoyos, a poco que se pueda, han de aprovecharse por presión solamente. Es el peor material de construcción que he encontrado en esta clase de edificios".

Aseguramiento en el Fire (Col. Gómez)

Los zaragozanos estuvieron acompañados por dos buitres de los muchos que por allí anidaban. Aunque les constaba que eran inofensivos, nuestro cronista dijo que "crispaban un poco los nervios y desviaban la atención que hay que tener en la escalada, por momentos más peligrosa; ese rumor de su vuelo, unido al constante arrastre de las piedras desprendidas que se pierden en la ladera vertical".

El dúo de Montañeros alcanzó la denominada "punta número 2". Gómez Laguna, encaramado sobre una de las después conocidas como Cinco Puntas del Fire, afirmó que "la vista desde este observatorio era maravillosa y escalofriante; toda la pared del Mallo, desde la base a la cima, aparece con su ininterrumpida verticalidad de un solo golpe".

De este modo se pudo concretar, por su flanco noroeste, el primer ascenso a la que terminó como punta del Buzón. Donde, ni que decir tiene, los aragoneses no vieron el menor vestigio humano. Apenas se tomaron un instante para echar un cigarrillo con el que saborear el momento. Y aunque les asaltaron tentaciones de no trepar más, decidieron prolongar su escalada hacia la punta principal. Tras bordear una terraza llena de matas, abordaron una chimenea que, imaginaban, les abriría el puntal superior. Gómez Laguna indicó de la supuesta "última dificultad" que fue "corto el trayecto, pero interesante; se subía por presión sobre amplias paredes mientras que la separación lo permitía; luego había que echarse a la izquierda".

Por cuenta de los desprendimientos, se vivieron minutos de escalada tensa hasta el designado como "punto X". Si se presta atención a las palabras de nuestro trepador, se entenderán las severas dificultades que forzaron una retirada:

La peña Rueba, vista desde las zonas superiores del Fire (Col. Escudero)

"Desde allí se mira todavía al Mallo opuesto al que hemos alcanzado. Su aspecto desde este lado apaga por completo nuestras ilusiones. Su verticalidad está complicada por unos bombeos en varios trozos de la pared. Fracasan nuestras tentativas con clavijas de todos los modelos, desde las austriacas de duraluminio último modelo hasta las diformes, producto de la invención de nuestro acompañante [¿De Yarza?]. Nada conseguimos, como no sea machacarnos un dedo y continuar la obra de destrucción de la naturaleza, produciendo un desconchado tras otro sin poder hincar el diente por esta parte".

Gómez Laguna y su amigo consideraron un ataque por la otra cara del Mallo. Pero, dado el exceso de emociones acumulado y el calor agobiante, acabaron bajando a bañarse al río Gállego.

Segundo y tercer intento al Fire

Poco tiempo después, un cuarteto de Montañeros organizó un nuevo asalto. Esta segunda tentativa repetiría ruta hasta la chimenea ya escalada, donde se detuvieron para estudiar con calma la pared. Una travesía transversal les condujo hasta cierto "punto XX", frente a otra chimenea vertical. Aunque la roca parecía más sólida que en el resto, Luis Gómez Laguna viviría allí momentos angustiosos:

"Subimos por una hendidura en que todos los agarraderos eran laterales, por lo que al poco rato hube de salir a la pared. Continuamos subiendo y al alcance de mi mano surge una espléndida piedra… A los pocos metros, como llamándome, el final de la chimenea. Pruebo la resistencia del apoyo con una mano. Parece sólida. Apoyo las dos manos para hacer la dominación… Y en esta situación cruje y comienza a desprenderse… La posición no puede ser más comprometida. Estoy apoyado solamente con la punta de los pies. Veo a Serrano, que tiene la cuerda tensa… Y adivino al buitre, que como la otra vez se ha unido a nuestra excursión con su girar indiferente, desesperante e infatigable… Sin saber cómo ni cuánto tiempo, vuelvo a encontrarme en la hendidura anterior".

Tras un consejo de los cuatro componentes de la cordada, se decidió que se había hecho tarde, por lo que descendieron. En su Club contaron después que enfrentarse con la roca de Riglos supuso una amarga experiencia: no era ni la caliza ni el granito del Pirineo. Y cuando la verticalidad recomendaba meter algún clavo, "se terminaba demoliendo medio Mallo sin conseguir un sólido punto de apoyo". Así, abandonaron con frecuencia las "técnicas modernas" para atacar aquellas paredes solo "con el corazón".

Se realizó una tercera prueba en el Fire de la que nada ha trascendido, salvo que tomaron parte en ella Gómez Laguna y Almarza. Acaso, en torno a 1934. La prensa zaragozana publicaría esta nota sobre "Un intento en Riglos" que poco aporta a su crónica:

"Los mallos de Riglos son una alucinante tentación para el espíritu montañero de los veteranos. Su escalada no es nada fácil. Es tan difícil que todavía no se ha conseguido plenamente. Montañeros como Gómez Laguna, Yarza, Serrano, contemplaron casi al alcance de sus manos ate-

nazadas en la escarpa de la aguja misma. Pero no sabemos que hasta ahora nadie haya logrado pisar el agudo vértice de los mallos de Riglos, que se alzan con altivo gesto, orgullosos de su majestuosa soledad".

Por aquel entonces aún se pensaba que el ansiado triunfo quedaba al alcance de los escaladores de Montañeros de Aragón. Sin embargo, una cruel contienda hizo que la conquista de Riglos se dejase para las generaciones siguientes. En 1993 Luis Gómez Laguna rememoraba sus tempranas evoluciones verticales:

"A nadie de nosotros se nos ocurría hacer escalada en paredes artificiales como ahora, sino que la atracción de la montaña residía en los peligros asociados a la soledad, al clima. Las escaladas más memorables son las que han estado acompañadas de ventiscas, de extravíos, de incertidumbres y de peligros".

En cuanto a su compañero de cordada y sobrino, Fernando Almarza, se pronunció sobre aquellos mismos lances en 1997:

"Para mí la escalada fue la evolución lógica del montañismo y, si se quiere, la sublimación. En la montaña cada vez nos íbamos metiendo en aventuras más arduas y nos encontramos en situaciones en las que no había más remedio que acabar escalando. Al crecer las dificultades o, mejor dicho, al hacerlas crecer, nosotros que empezábamos a ver la belleza de la escalada, comenzamos a leer relatos de escaladores célebres y a ver qué material empleaban".

Portillo de las Cinco Puntas del Fire (Col. Escudero)

Unos pioneros poco reconocidos

Los esfuerzos maños en el Fire pasaron un tanto desapercibidos. Mayor difusión obtendría cierta cordada francesa que lo tentó el 9 de julio de 1934: Jean Arlaud, Pierre Souriac y Christian Rachou. A destacar la similitud del relato del primero con el de Gómez Laguna:

"Trepada sin cuerda sobre un conglomerado que se sustenta bien con algunos bojes. Nos encordamos para atacar un pilar de una quincena de metros de buena verticalidad. Una chimenea por arriba. Treinta metros más de subida. La cumbre es nuestra. Pues no: hay una brecha profunda donde sopla un delicioso aire fresco y luego dos bellos torreones. ¡El mayor es un auténtico Capéran! ¡Al ataque! Souriac tantea la vertiente sobre la fisura: durante un tiempo se empeña en una lucha tan encarnizada como vana. Rachou y yo lo aseguramos, valiéndonos de un grueso tronco de árbol que hay en la brecha… Después, ataque directo desde la brecha: verticalmente, pues molesta el árbol. Sería necesario una docena de pitones, y entonces se pasaría sin peligro, pues se clavan maravillosamente. Así pues, abandonamos".

Jean Arlaud regresó el 9 de julio de 1935, acompañado por Jean Grelier y Piero Ghiglione. Repetirían la ruta del año anterior, aunque probando suerte en otra chimenea. Nuevo fracaso por cuenta de "un terreno bastante inseguro, con roca que no admite los pitones"…, en una "escalada bastante incómoda, nada recomendable". Se consolaron con la entonces Tercera Punta, donde no descubrieron huellas de quienes les precedieron dos años antes. El grupo francoitaliano dejó una cajita-buzón que, a la postre, terminaría sirviendo su nombre.

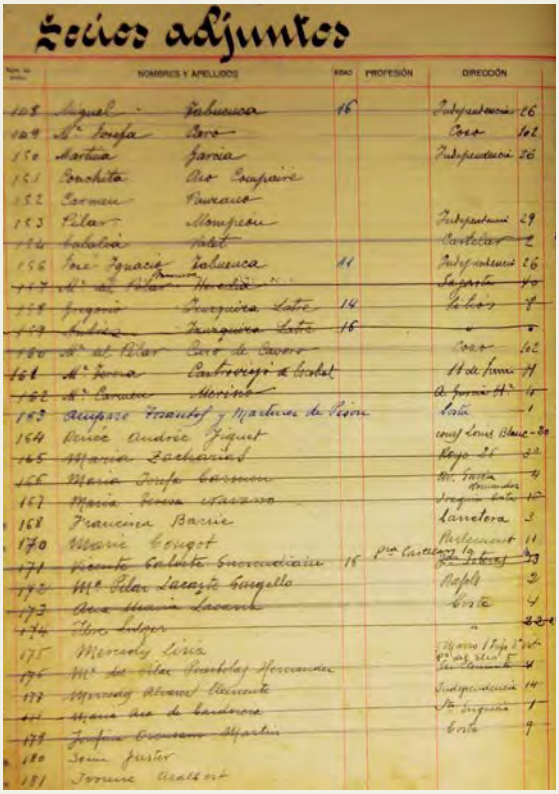
La Guerra Civil aplazó el siguiente ensayo en Riglos hasta los años cuarenta. Otros escaladores, tanto catalanes como aragoneses, iban a retomar, ahora con éxito, los asaltos a las puntas del Fire. El camino abierto por sus bravos predecesores de 1933.

Los socios de Montañeros de Aragón en 1929 y 1930

Según nuestros Estatutos, la Sociedad arrancó con seis tipos de socios. Sin embargo, en el Registro más antiguo conservado únicamente aparecen, con bastantes lagunas numéricas, las relaciones de cuatro categorías: los denominados Socios de Mérito y Protectores [M], Numerarios [N], Adjuntos [A] y Adjuntos Corporativos [C]. De momento, nada se sabe de los denominados Corresponsales Honorarios. Tampoco se censaron aparte a los adscritos en la sexta categoría de Fundadores [F]; es decir: con altas hasta el 31 de enero de 1930. Pero nuestras listas iniciales se complican más con la existencia de socios de cuota antigua y moderna, asunto en el que no vamos a entrar. Igualmente evitaremos la relación de afiliados a los Montañeros de Aragón de Sallent, por ser posterior al periodo elegido de 1929-1930.

Se puede servir una pequeña estadística de los primeros 81 socios de los que existe constancia de su ingreso en Montañeros durante 1929 y 1930: 71 varones, 9 mujeres y 1 entidad. Repartidos entre las 52 altas en 1929 y las 29 en 1930, se clasificaban como: 1 Socio de Mérito, 68 Numerarios, 11 Adjuntos y 1 Corporativo. Por lo demás, entre los 53 Socios Fundadores había 45 hombres, 7 féminas y 1 corporación.

En 1952 se llevó a cabo la unificación de los cinco listados en una sola categoría. Los números actuales son el resultado de dicha amalgama, realizada según la fecha de ingreso en Montañeros de Aragón…, salvo cierta singularidad avalada en Junta Directiva por motivos sentimentales.


Socios adjuntos

	NOMBRES Y APELLIDOS		AÑO	PROFESIÓN	DIRECCIÓN	
148	Miguel	Labuenca	16		Independencia	26
149	Mª Josefa	Coro			Coro	162
150	Martina	García			Independencia	26
151	Conchita	Ara Campaire				
152	Carmen	Navarro				
153	Pilar	Mompeón			Independencia	29
154	Soledad	Rabat			Cortes	2
156	Mª Ignacia	Labuenca	11		Independencia	26
157	Mª del Pilar	Heredia			Zaragoza	10
158	Eugenio	Turguiva Soto	14		Teruel	8
159	Isidro	Turguiva Soto	16		"	"
160	Mª del Pilar	Coro de Cavero			Coro	162
161	Mª Teresa	Castrovejo de Cortés			14 de Junio	14
162	Mª Carmen	Merino			Aragón	4
163	Amparo	Francisco y Martínez de Pisón			Soria	1
164	Alice	Andrée Jiquet			Conf. Louis Blanc	80
165	María	Zacharías			Rioja 25	32
166	María	Josefa Carmen			Mª Teresa	4
167	María	Teresa Navarro			Joaquín Costa	42
168	Francisca	Barrio			Carretera	3
170	María	Congot			Portosanto	11
171	Vicente	Calvete Secundiano	16	Pto Castellano	Zaragoza	33
172	Mª Pilar	Lacasta Sangüesa			Ripoll	2
173	Ana María	Lacasta			Soria	4
174	Hnos.	Subpor			"	32
175	Mercedes	Lisa			Marina Moja	2
176	Mª del Pilar	Pombo y Fernández			Pº de Gracia	4
177	Mercedes	Alvarez Clemente			Independencia	14
178	María del Carmen				Sta. Engracia	1
179	Josefina	Cremades Martín			Soria	9
180	Sara	Pastor				
181	Teresa	Casalot				

Hoja del viejo Registro de Socios

Los excursionistas de Montañeros visitan San Juan de la Peña en 1929

Nuestros campeones del Concurso de Esquí en Candanchú de 1932 (Col. De la Barrera)

Quizás algún día aparezcan nuevos documentos y se rellenen los vacíos: los números que faltan acaso fueran bajas cuando se realizó este Registro. A modo de adelanto, presentamos una lista provisional con las altas durante nuestros dos primeros años de andadura, ordenada por antigüedad:

Carnet M-10 [F]. Lorenzo Almarza (s/f)
Carnet N-3 [F]. Pascual Galindo (2 de mayo de 1929)
Carnet A-1 [F]. Elisa Sancho (3 de mayo de 1929)
Carnet N-4 [F]. Ángel Sancho (4 de mayo de 1929)
Carnet N-7 [F]. Eloy Chóliz (5 de mayo de 1929)
Carnet N-8 [F]. Eduardo Cativiela (6 de mayo de 1929)
Carnet N-11 [F]. Demetrio Muro (9 de mayo de 1929)
Carnet N-12 [F]. Miguel López de Gera (10 de mayo de 1929)
Carnet N-14 [F]. Francisco de Cidón (10 de mayo de 1929)
Carnet A-4 [F]. Pilar Cano (14 de mayo de 1929)
Carnet A-7 [F]. Carmen Serrano (14 de mayo de 1929)
Carnet A-8 [F]. Julia Serrano (14 de mayo de 1929)
Carnet N-17 [F]. Francisco Cano (14 de mayo de 1929)
Carnet N-25 [F]. Jesús María Morláns Labarta (14 de mayo de 1929)
Carnet N-29 [F]. José María Serrano (14 de mayo de 1929)
Carnet N-30 [F]. Ramón Serrano (14 de mayo de 1929)
Carnet A-107 [F]. María Rosa Serrano (14 de mayo de 1929)
Carnet N-466 [F]. José Mateo (14 de mayo de 1929)
Carnet N-34 [F]. Valeriano Fernández (15 de mayo de 1929)
Carnet N-36 [F]. José Antonio Baselga (15 de mayo de 1929)
Carnet A-12 [F]. Perfecto P. de Jalón (16 de mayo de 1929)
Carnet N-39 [F]. Luis Villanueva (16 de mayo de 1929)
Carnet N-40 [F]. Miguel Rábanos (16 de mayo de 1929)
Carnet N-42 [F]. Ángel C. de Jalón (16 de mayo de 1929)
Carnet N-43 [F]. Luis Sanz (16 de mayo de 1929)
Carnet N-79 [F]. Antonio Sabater (17 de mayo de 1929)
Carnet N-591 [F]. Fernando Almarza (17 de mayo de 1929)
Carnet N-50 [F]. Antonio Martín (18 de mayo de 1929)
Carnet N-55 [F]. Regino Borobio (22 de mayo de 1929)
Carnet N-56 [F]. Teodoro Ríos B. (22 de mayo de 1929)
Carnet A-17 [F]. María Asunción Delgado (23 de mayo de 1929)
Carnet N-59 [F]. Francisco Delgado (23 de mayo de 1929)
Carnet N-62 [F]. Jesús Ferrer (23 de mayo de 1929)
Carnet N-70 [F]. Enrique Pérez (25 de mayo de 1929)
Carnet A-22 [F]. Pilar Mantecón (26 de mayo de 1929)
Carnet N-76 [F]. Mariano Baselga (26 de mayo de 1929)
Carnet C-78 [F]. Comandancia Carabineros Jaca (27 de mayo de 1929)
Carnet A-23 [F]. Dolores Delgado (28 de mayo de 1929)
Carnet N-72 [F]. José María Laguna (28 de mayo de 1929)
Carnet N-69 [F]. José Grasa (29 de mayo de 1929)
Carnet N-84 [F]. Santiago Viu (31 de mayo de 1929)
Carnet N-85 [F]. Fausto Jordana (31 de mayo de 1929)
Carnet N-90 [F]. Honorio María Morláns Labarta (15 de junio de 1929)
Carnet N-91 [F]. Ignacio Ansuátegui (17 de junio de 1929)
Carnet N-94 [F]. Juan Recaud (20 de junio de 1929)
Carnet A-24 [F]. José Lafita (1 de julio de 1929)
Carnet N-97 [F]. José Lafita (1 de julio de 1929)
Carnet N-98 [F]. Enrique Cebolla (1 de julio de 1929)
Carnet N-100 [F]. José Pueyo (1 de julio de 1929)
Carnet N-767 [F]. José Lafita Portabella (1 de agosto de 1929)
Carnet N-101 [F]. Fernando Ríos (10 de agosto de 1929)
Carnet N-111 [F]. Nicolás Tena (20 de agosto de 1929)
Carnet N-525 [F]. Mariano Marraco Teresa (1 de enero de 30)
Carnet N-221. Santiago Clavero (1 de febrero de 1930)
Carnet N-222. Enrique Clavero (1 de febrero de 1930)
Carnet A-28. Blanca Gómez (1 de marzo de 1930)
Carnet N-117. Manuel Marraco (1 de marzo de 1930)
Carnet N-118. José Portolés (1 de marzo de 1930)
Carnet N-119. Carlos Portolés (1 de marzo de 1930)
Carnet N-121. Pío Díaz (1 de marzo de 1930)
Carnet N-126. Fernando Alonso (1 de marzo de 1930)
Carnet N-127. Juan García (1 de marzo de 1930)
Carnet N-129. Eduardo Lou (1 de marzo de 1930)
Carnet N-131. José Rodríguez (1 de marzo de 1930)
Carnet N-132. José Murcia (1 de marzo de 1930)
Carnet N-134. Francisco Baqué (1 de marzo de 1930)
Carnet N-135. José María Lacasa (1 de abril de 1930)
Carnet N-137. Aurelio Grasa (1 de abril de 1930)
Carnet N-141. Luis Gómez Laguna (1 de abril de 1930)
Carnet N-151. Manuel Bravo (1 de junio de 1930)
Carnet N-158. Miguel Portolés (1 de julio de 1930)
Carnet N-160. Luis Jesús Cano (1 de julio de 1930)
Carnet N-164. Fernando de Yarza (1 de julio de 1930)
Carnet N-174. Fernando Lozano (9 de julio de 1930)
Carnet N-187. Enrique Aro (14 de julio de 1930)
Carnet N-169. Manuel Julia (5 de agosto de 1930)
Carnet N-205. Mateo Lacarte (20 de octubre de 1930)
Carnet N-210. Joaquín Gil Marraco (1 de noviembre de 1930)
Carnet N-224. José María Escudero (1 de noviembre de 1930)
Carnet N-225. Ricardo Lozano (1 de noviembre de 1930)
Carnet N-229. Antonio Almudévar (1 de noviembre de 1930)

Nuestros Primeros Socios

Pilar Almarza García
Fototeca de la Diputación de Huesca

Recuerdos de Lorenzo Almarza Mallaina

Mi abuelo había nacido en la riojana localidad de Ezcaray en el año 1887. Fue un hombre muy activo y dinámico. Por ejemplo, se le considera como el principal fundador de Montañeros de Aragón, donde ejerció como su primer presidente entre 1929 y 1931. Antes de esto había sido uno de los reactivadores del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón, y participó en la fundación de la Sociedad Fotográfica de Zaragoza, donde fue su presidente desde 1932 hasta 1967.

Hombre delgado, enjuto, de carácter fuerte, serio, pero con un sentido del humor extraño para aquella época. A las nietas nos decía que prefería que le tomasen el pelo bromeando a que no lo hiciéramos. Tenía una fuerza de voluntad indomable y un sentido de la responsabilidad terrible.

Todas estas actividades no deberían de extrañar, pues su formación como ingeniero militar fue muy potente, y él enriqueció las materias técnicas recibidas en la Academia de Ingenieros de Guadalajara con otras de toda clase, desde la geología hasta el arte. Por lo demás, Lorenzo Almarza estuvo siempre rodeado por amigos expertos en los más diversos temas, como Joaquín Gil Marraco en arte románico, Pascual Galindo en toponimia, o Aurelio Grasa en fotografía. En este último terreno se inició muy temprano, en 1910 en la Academia de Guadalajara, de la mano del pionero José Ortiz Echagüe, con quien mantuvo siempre relaciones muy cordiales e intercambio de fotografías. Adelantado a su época, experimentó con el color, la instantaneidad, la fragmentación con los puntos de vista inusuales, con la descontextualización de objetos, e incluso con la abstracción. Se interesó por la geometría, por el laberinto de luz de las líneas, por la arquitectura, la naturaleza más abrupta, la vida diaria, etcétera. Practicó las técnicas del bromoles y el fresón. Fueron los inicios de la Mirada Moderna de la fotografía. Participó en muchas exposiciones de fotografía, algunas internacionales: Estados Unidos, Alemania, Francia, Suiza..., y en Japón le dieron una medalla al ganar un primer premio.

Lorenzo Almarza fue un hombre extremadamente deportivo. Le gustaba mucho la natación, una actividad de la que se cuentan toda clase de anécdotas. Así, llegó a dar la vuelta a la isla de Santa Clara, en la Concha, nadando con su hijo Fernando subido sobre los hombros. En otra ocasión, estando en Zarauz, sufrió un percance debido a que la resaca de las corrientes no le permitía volver a la orilla en Zarauz y sus señales, que eran de socorro, fueron interpretadas inicialmente en tierra como de salutación. En acto de servicio como oficial de ingenieros, sus repetidas inmersiones durante unas obras en el puerto de Rosas le costaron una severa úlcera, porque era el único que sabía bucear. Por lo demás, Lorenzo Almarza practicó igualmente el boxeo y la equitación. Esta última disciplina, sobre todo, viviendo en Badajoz, donde estaba destinado su padre, ingeniero militar como él. También se dice que toreaba muy bien, aunque fuese como aficionado. Sin embargo, un accidente grave, cuando su coche sufrió un choque en las cercanías de la Academia General Militar (la fotografía del vehículo destrozado fue portada del periódico ABC), le obligaría a disminuir su actividad deportiva.

Retrato de Lorenzo Almarza Mallaina en la época de fundación del Club (Col. Almarza)

Lorenzo Almarza y su mujer, Carmen, en Benasque hacia 1920 (Col. Almarza)

Lorenzo Almarza (tumbado) junto a unos amigos y guías benasqueses (Col. Almarza)

A esta lista de deportes, habría que añadir la caza. Fue una actividad importante que serviría como puente en su pasión por el montañismo. Sobre todo, a partir de 1913 y de su traslado a Zaragoza, donde se casó con mi abuela, Carmen Laguna de Rins, un año después.

Puede decirse que Lorenzo Almarza comenzó en la montaña una vez casado, pues su mujer tenía familia en el valle de Gistaín. Aquellas montañas le encantaron, y comenzó a subir cada vez que podía; primeramente, para participar en batidas de sarrios. Allí se alojaba en Casa Rins, que se hallaba en el pueblo mismo de Gistaín, y que era la de sus familiares políticos. Como también invitaban a las referidas cacerías a otros parientes de la zona de Benasque, terminó pasando a este último valle para conocerlo. Le gustó más que el de Gistaín; seguramente, debido a que era más amplio y extenso, y también por sus grandes montañas. Terminó enamorándose de Benasque, y no tardó en decidirse a afincarse allí. Inicialmente, Lorenzo y su familia se instalaron en la Casa Sort de Anciles. Después alquilarían otra cercana, la Casa Espui, que amueblaron, antes de pasar a la definitiva en Benasque. Puede decirse que quedó por completo fascinado de este valle.

En Anciles tuvo la inmensa suerte de conocer a una especie de "otro yo" en la persona de José Cereza, o Pepe Fades. Era todo un hombretón, muy serio y formal, de voz profunda y palabras contadas. Su apodo procedía de su vivienda, que era la Casa Fades de Benasque. Mi abuelo lo describió como "el hombre más noble y educado que había conocido nunca", añadiendo con frecuencia que "tan buena persona, merecía un título nobiliario". Fades era entendidísimo en todo cuanto se refería a la montaña. Tuvo una relación intensa con mi abuelo hasta su fallecimiento, un poco antes que él, a comienzos de los años setenta. Siendo ya un hombre mayor, recuerdo que en cierta ocasión le llevé unas botas de montaña que me había comprado en Austria para que les diera el visto bueno, tal y como hizo tras examinarlas atentamente. Entendía mucho del calzado óptimo para la alta montaña, pues antaño se lo fabricaban ellos mismos en Benasque.

Sobre Fades aún se cuentan numerosas anécdotas en Benasque. Era fácil que, con su fortaleza innata, transportara al pueblo hasta tres sarrios abatidos: uno en cada lado, y el tercero pendiendo por detrás, mediante una cinta en la frente. Su tallaje era tan grande y le resultaba difícil adquirir tanto zapatos como también la ropa. Dado que en España no había siempre, era preciso comprar todo aquello en Francia. El caso es que, junto a él, Lorenzo desaparecía días y días por la montaña sin que nadie supiera por dónde andaban.

En el primer decenio del siglo XX, Fades trajo los primeros esquís a Benasque. Él ya sabía esquiar; probablemente había aprendido en Luchon, donde trabajaba como guía del Club Alpino Francés. No tardaría en enseñarle su uso a Lorenzo, quien estaba muy interesado en utilizarlos en pleno invierno para cazar, y al pequeño Fernando, de siete años (en 1922). Fades también trajo el descubrimiento del piolet desde Luchon, una gran ayuda, y lo acompañaba en todas sus expediciones, sin que importara en qué estación del año se realizaban. Desde aquí, Lorenzo Almarza extendería el deporte del esquí al valle de Canfranc cuando estuvo destinado en Jaca, a mediados de los años veinte.

Mi abuelo sintió gran predilección por un pico muy en concreto. Así, a todo aquél que veía en buena forma paseando por Benasque, le proponía subir al Aneto. Sin duda que fue su montaña favorita, a la que pudo subir por vez primera a comienzos de los años veinte. Nadie sabe tampoco cuántas veces ascendió a esta montaña: sin duda, tuvieron que ser muchas. El Aneto, para él, fue siempre el primero de todos los picos. Y el primero al que llevaba a la gente para que comenzara a amar el Pirineo. Era un hombre muy avanzado para su tiempo y le parecía bien que hasta el Techo de la Cordillera subieran igualmente mujeres; no veía el menor inconveniente en ello.

Recorrió todos los picos y rincones del Valle, y fue el primero que ideó hacer la lista de los tresmiles, que con los medios de la época fue muy exacta. Ascendió la Maladeta, pico Coronas, el de Alba, Vallibierna con la tuca Culebras y la tuca Arnau... No dudaba en meterse en cualquier "agujero" que viera y, así, te decía donde había un yacimiento, cristal de roca o restos arqueológicos.

No solo practicó el montañismo en Benasque: Lorenzo Almarza también recorrió mucho las montañas de Ansó y Hecho. Sobre todo, cuando fue destinado a la Comandancia de Ingenieros de Jaca, allá por 1925. Ya lo dice el refrán: la cabra tira siempre al monte… Así que cuando oteaba un sarrio le daba igual lo que hubiera que andar, pero llegó a tocar alguna libre que no le había olfateado.

Muy buen compañero de montaña, le querían todos sus acompañantes; se amoldaba al más débil, se descalzaba en los pasos difíciles y, si se acercaba a la tienda, siempre era un compañero más.

Lo más probable es que el perfilado de lo que sería Montañeros de Aragón lo realizase mi abuelo junto a sus amigos más cercanos, como Pascual Galindo, Aurelio Grasa o Joaquín Gil Marraco, quienes pertenecían todos al SIPA. Siempre fueron íntimos, y su afecto duró toda la vida. Sin duda que, entre los objetivos de la fundación de este Club, fue esencial su empeño por acercar a Aragón hasta su Pirineo. Primero, tratando de influir en la opinión pública desde el SIPA, donde se preocupó mucho por las cosas de Aragón: paisajes, montañas, iglesias, obras de arte… Aunque había nacido en la provincia de Logroño, se hizo enseguida aragonés. Por eso, en cuanto se lo permitió su servicio en el Ejército, que dejó definitivamente en 1943, se establecería a caballo entre Zaragoza y Benasque.

Volviendo con la fundación del primer Club de montaña de Aragón, se sabe que hubo muchos debates en 1929 sobre cómo se iba a llamar. Todos ellos se solventaron cuando Lorenzo dijo que "dado que el objetivo eran las montañas y, además, estábamos en Aragón, pues se llamaría Montañeros de Aragón". Los dibujos iniciales de la insignia fueron suyos. En este emblema puso claro, utilizando del Olimpismo sus tres aros, cada uno con los colores que se asignaban a las tres provincias aragonesas: a la izquierda el verde por Zaragoza, en el centro el blanco por Huesca, y luego el morado por Teruel. Uniéndolo todo el piolet, como principal útil del montañero. Era lógico, pues siempre hablaba de que había que hacer patria de Aragón, que podía presumir de unas regiones que no habíamos sabido dar a conocer, y empezar a hacerlo por lo más bello, que eran sin duda alguna sus grandes montañas. La idea primera de fundar Montañeros de Aragón fue que la gente con economía más débil pudiera ver la belleza del Pirineo, a lo que ayudó el Canfranero, donde tenían precios especiales, y más tarde la construcción del refugio de Santa Cristina.

Es más difícil precisar cómo realizó esos contactos con el pirineísmo del sur de Francia en los que se apoyó un tanto para la fundación. Puede que aprovechase sus frecuentes viajes a Lourdes. La mayoría de ellos se hacían partiendo desde Benasque, subiendo por el Portillón y bajando a pie hasta Luchon, donde finalmente se cogía el tren rumbo a San Sebastián. De camino al Cantábrico, siempre se detenía en Lourdes. Parece que, de los pirineístas famosos de los años veinte, tuvo mayor relación con mosén Jaume Oliveras, uno de los sacerdotes que escaló el Aneto por la arista de los Descalzos. Con él se carteó mucho durante toda su vida.

Destinado en Jaca como comandante, veía que la gente no podía esquiar más que en las cercanías de Canfranc, por lo que envió de expedicionarios hasta el final del valle a su hijo Fernando y a su sobrino, Luis Gómez Laguna, quienes llegaron a Rioseta y Candanchú en 1928. Allí vieron las posibilidades tan grandes que ofrecía la Pista Grande, el Tobazo..., en comparación con los alrededores de Canfranc Estación. Eso hizo que los socios de Montañeros de Aragón se animasen a esquiar allí.

Por hacer historia, aparte de Fernando Almarza y Luis Gomez Laguna, recuerdo a los hermanos Carmen, Cinta y Manuel Marraco, Charito Pardo, Maruja, Ricardo y Fernando Lozano, José Serrano, Jesús y Honorio Morláns, Miguel Tabuenca, Enrique Armisén, José y Fernando de Yarza.

Almarza en las afueras del Benasque de los años veinte (Col. Almarza)

Almarza y Recaséns esquiando en 1928 (Col. Almarza)

Inauguración del refugio de Candanchú en 1931 (Col. Almarza)

Pilar Almarza con una montura de gafas de su abuelo

Entre sus logros como primer presidente del Club hay que destacar la organización de las primeras competiciones de esquí en el Candanchú de 1930 y, sobre todo, la edificación del refugio de Santa Cristina. Montañeros de Aragón lo alzó para que sirviera como fomento del esquí en el circo del Aspe, donde entonces no existía nada de nada. Mi abuelo pensó que era esencial que la gente tuviese un lugar donde poder refugiarse cuando esquiaba. Seguramente, ser militar de profesión le ayudó mucho a resolver los múltiples problemas que pudieron surgir en el tema de los permisos o de los suministros de obra. Aunque acaso las gestiones de la construcción fueran más sencillas que ahora.

Por lo demás, Lorenzo Almarza favoreció desde siempre que las mujeres subieran para esquiar a Candanchú y que hicieran vida con sus compañeros en el refugio de Santa Cristina, una vez quedó terminado este durante su presidencia. No ponía pegas a nada de esto: como ya se ha dicho, le parecía del todo normal que las mujeres subieran a la montaña con los hombres.

Uno de los hechos más relevantes de las actividades montañeras de mi abuelo fue que, tras pasar de la caza a las excursiones de alta montaña, preparó una lista con cincuenta y tantos tresmiles del Pirineo aragonés. La hizo un tanto "a ojímetro", aunque estuviera muy bien apoyada en los conocimientos militares que tenía, pues Lorenzo Almarza era como una extraordinaria fuente de conocimientos. Por ejemplo, en geología: poco se escapaba al buen ojo que tuvo siempre para leer el terreno. Sabía que en la entrada desde Castejón de Sos al Congosto de Ventamillo había pinturas rupestres. Y en cuanto a las minas que decidieron explotar en el monte de Cerler, enseguida les dijo que, tal y como resultaría, no iban a ser rentables para su explotación…

El objeto de su Lista de Tresmiles, la primera que se conoce, no fue otro que emplearla en una competición del Club para, de este modo, fomentar que sus socios subieran más a las grandes cimas del Pirineo. Es muy posible que, leyendo revistas extranjeras, se enterara de que un alemán había realizado una con los cuatromiles de los Alpes. No en vano, era un apasionado de la lectura. También pudo suceder que Fades, quien estaba muy enterado de cuanto sucedía en Francia, supiera lo de la lista alpina a través de alguno de sus clientes del Club Alpino Francés.

Lo más seguro es que mi abuelo tuviera que dejar en 1931 la presidencia de Montañeros de Aragón por asuntos de trabajo. Lo hizo en una época en la que le coincidió una primera salida del Ejército por la necesidad de hacerse cargo de los negocios familiares. Sacar adelante a la empresa Amado Laguna de Rins SA le iba a exigir todas sus energías.

En los años cincuenta, Lorenzo Almarza tuvo que abandonar la montaña, pero no así las caminatas por los alrededores de Benasque. Nunca dejó de andar. Ni tampoco de favorecer que la gente siguiera subiendo a su montaña, al Aneto. Recuerdo que, ya en 1960, cuando ascendí a dicho pico con nueve años, andando desde Senarta y batiendo el récord de edad de entonces, regresé a Benasque muy ilusionada, sabedora de la gran alegría que le iba a dar al abuelo. Este ascenso había surgido un poco por sorpresa, en cierta ocasión en que, junto a mi padres y hermanas, salimos de marcha hacia la Renclusa y allí, al verme tan fresca, Fernando me dijo: "Pues, venga, que seguimos al Aneto". La verdad es que no me cansé gran cosa, y que subí hasta los 3.404 metros como si nada…

Del carácter de mi abuelo he de destacar su rectitud. Puso todo por su parte para que, cuando falleciera, la gente dijese que había sido un hombre íntegro. Lo único que deseó en vida fue justamente eso: ser Lorenzo Almarza Mallaina. Siempre destacó por su formación y cultura, pues lo mismo podía dar conferencias sobre geología que sobre fotografía, o sobre iglesias románicas, su gran afición en los últimos años. Y, sobre todo, sobre el Pirineo: muy especialmente, de un valle de Benasque que quería y que conocía a fondo.

En temas montañeros me dio muchos consejos, como que caminase siempre despacio, sin levantar mucho los pies del suelo, pues así se llegaba lejos. O que, si deseaba recoger alguna flor durante las excursiones, que la cortase con una navaja o tijera, pero que nunca la arrancase, para que volviera a brotar. Pocos saben que poseía unas magníficas colecciones de flores de montaña disecadas por él y preservadas mediante una capa de anilina. Por lo demás, era un hombre muy sobrio con la comida durante las marchas, así como muy sencillo en el vestir. Prefería calzar las abarcas de suela de esparto en sus recorridos por roca, reservándole las botas para los trechos de nieve o de glaciar. Solía llevar la cabeza cubierta: en invierno, con un gorro, y en verano, sobre todo, con un simple pañuelo con cuatro nudos o tipo pirata. Así de sencillo era en lo exterior.

No pudo subir a la Entronización de la Virgen del Pilar en el Aneto por la famosa úlcera, que le hacía llevar un régimen muy estricto: solo pudo comenzar la marcha. Y su hijo Fernando no lo hizo para que no lo sintiera más. Eso no quita para que siguiera andando hasta el final de su vida, saltando de piedra en piedra y manteniendo el equilibrio.

El orgullo que tiene que tener en el Cielo al ver a la quinta generación de la familia queriendo tanto la montaña y siendo socios de Montañeros de Aragón.

Nuestros Primeros Socios

Pilar Almarza García
Fototeca de la Diputación de Huesca

Recuerdos de Fernando Almarza Laguna de Rins

Puede decirse que mi padre, Fernando Almarza Laguna de Rins, fue el "primer socio" de Montañeros de Aragón. Porque mi abuelo, Lorenzo Almarza Mallaina, lo llevó a la montaña desde chavalín. Allí descubrió lo divertido que era subir y bajar por las piedras durante todo el día. Acaso también influyera en su gran vocación montañera el hecho que, sobre 1921 ó 1922, Fernando pasara un invierno entero en Benasque debido a que mi abuela no se encontraba bien y tuvo que quedarse para acompañarla. De paso que descubría una montaña con mucha nieve, también lo hizo con el esquí; posiblemente, bajo la batuta del guía Pepe Cereza Fades.

Aunque gran aficionado al esquí desde esas fechas tan tempranas, Fernando siempre dijo que a él lo que más le apasionaba era la "montaña de altura". Es decir: las cimas más altas; sobre todo las de Benasque. A comienzos de los años veinte inició con su padre sus excursiones más tempranas: a Guayente, al Plan del Hospital y al pico de Cerler. En 1930 era ya todo un veterano que había cruzado varias veces la cota de los 3.000 metros.

Fernando Almarza Laguna de Rins había nacido en Zaragoza 1915. En un principio acompañó mucho a su padre a cazar. Sin embargo, aquella actividad terminaría por no apasionarle. Así, cuando hacía mucho frío, prefería no ir con él, quedándose junto a su primo, Luis Gómez Laguna; por ejemplo, en la bañera de agua caliente de los Baños de Benasque. Por el contrario, a mi abuelo no le importaba darse cuantos paseos por la nieve fueran precisos para traerse algún sarrio incluso en invierno, pues por entonces no existía la veda.

En cuanto creció un poco, Fernando le pidió permiso a su padre para ir a la montaña por su cuenta, acompañado de algunos amigos de su edad como Ramón Cremades y Pepe Sort. Extraña un poco que mi abuelo se lo concediera con tanta tranquilidad, pues era su hijo único. Seguramente, debía de tener mucha confianza en su carácter y en sus habilidades montañeras.

Para sus salidas por la montaña, este grupo de jóvenes donde se encontraba Fernando Almarza se procuró enseguida una soga, que cuidaban para que estuviera siempre en buenas condiciones, así como una tienda de campaña casera, confeccionada con unas telas muy baratas, pues tampoco iban muy sobrados de dinero: se gastaban en el equipo lo poco que les daban en sus casas. Por eso las tiendas se terminaban rompiendo casi siempre. Y, si llovía, valía más no acercarse a las telas, pues se hacían goteras con facilidad. Por no hablar de lo mucho que pesaban para transportarlas en las mochilas. Hacia 1930, con mucho mejor material, era un veterano que había visitado varias veces la cota 3.404 metros, la Maladeta, el pico Russell, el de Oô, el Tempestades..., acompañado por su primo Pepe Español. Poco después, junto a Rafael Cremades, su amigo del colegio, iría al Balaitús, picos de Infierno, Monte Perdido y un largo etcétera.

Óleo de Fernando Almarza Laguna de Rins en 1958, obra de Revello de Toro (Col. Almarza)

Evoluciones esquiadopras del joven Fernando Almarza (Col. Almarza)

Carnet de Montañeros de Fernando Almarza

Fernando (suelo) entre los esquiadores de Montañeros (Col. Almarza)

Aprendiendo a esquiar en Benasque en 1921 (Col. Almarza)

Sintió gran pasión por lo vertical, tanteando las crestas del Diablo y de Salenques, después de practicar en el Forau de la Renclusa. Aquí se unió a su primo y compañero de montaña, Luis Gómez Laguna. Fueron a Riglos, pero la roca conglomerada saltaba con las clavijas de hierro forjado. En 1933 ó 1934 alcanzaron la punta del Buzón del mallo Fire, pero la Guerra Civil truncaría estos primeros inicios.

En 1942 representó a Montañeros de Aragón, junto a Luis Gómez Laguna y María de Valenzuela, en el Centenario de la primera ascensión al Aneto. A esta cima regresó en muchas ocasiones: primero con sus hijas, luego con todos sus nietos. Le fue concedida la Medalla de Plata al mérito montañero por la Federación Española de Montañismo, y destaca su pertenencia a la Junta Consultiva de Montañeros de Aragón.

Para Fernando fue muy importante su primera subida al Aneto, con once años de edad. Como no había botas de su talla para la montaña, tuvo que calzar las del colegio, a las que el zapatero de Benasque les puso

Fernando (centro) en la Ciudad de Piedra de Candanchú (Col. Almarza)

Descansando del esquí (segundo dcha.) en el Candanchú de los años treinta (Col. Almarza)

unos clavos. El ascenso lo completó junto a su padre, caminando desde Benasque en compañía de tres curas jesuitas que marchaban con las sotanas remangadas, procedentes de la casa de retiro que tenían en Conques. Entre ellos estaba el director del colegio de Zaragoza al que iba mi padre. Todos serían guiados, como es natural, por Pepe Fades y por Antonio Abadías, el León del Aneto, saliendo andando desde Benasque. La ilusión de Lorenzo Almarza era que su hijo Fernando fuese el más joven sobre la cima y que ganase la medalla que otorgaba el club Peñalara. Pero esto no pudo ser, porque Antonio Abadías, que era quien regía la Renclusa, si bien realizó este ascenso en el mes de julio, lo repetiría en agosto con su hijo, que era un año menor, por lo que fue él quien ganó la medalla.

Mi padre sintió siempre gran cariño por esta montaña, lo mismo que mi abuelo. Por ello, tuvo que ser muy duro para él que, en 1956, viendo que Lorenzo, de avanzada edad para la época, no se hallaba en condiciones para subir con la Virgen del Pilar al Aneto, se quedara con él en Benasque. Fue un acto de generosidad por su parte y de cariño hacia su progenitor.

Fernando Almarza terminó recorriéndose todos los picos de Benasque, una zona que se conocía como si fuera la palma de su mano. También subió muchas cumbres del sector de Candanchú. Y todos los grandes picos del Pirineo aragonés que quedaban entre medio. Como una de sus escasas frustraciones deportivas, se podría contar cierta ascensión al Monte Perdido en la que, debido a un inoportuno mar de nubes, llegó a la cima sin la menor visibilidad. Y bien le constaba que, por estar en el centro de la parte oscense de la cordillera, el Monte Perdido presumía de una las mejores perspectivas pirenaicas.

En abril y mayo de 1929, durante el mes de la fundación de Montañeros de Aragón, Fernando Almarza era un adolescente. Por ello, no creo que tuviera mucho que ver con la articulación inicial del Club, donde intervendrían más los amigos cercanos de su padre, como Pascual Galindo, Aurelio Grasa o Joaquín Gil Marraco. Eso sí: para entonces era ya un montañero confirmado y todo un enamorado del Pirineo. Ingresó en Montañeros durante el primer mes de existencia, por lo que sería uno de los Socios Fundadores. Después, con la reorganización de socios tras la Guerra, le dieron el carnet número cinco.

Mi padre formó una cordada natural con su primo, Luis Gómez Laguna, a quien consideraba como un hermano mayor. Era unos siete años más joven que él. Cuando Lorenzo no podía acompañar a su hijo a la montaña, entonces se lo dejaba a cargo de este sobrino por parte de la familia de su mujer. Luis era un joven con un gran sentido del humor y muy divertido. Con él comenzó mi padre a tomarse la montaña más en serio, surtiéndose del buen equipo y material que necesitaban conforme fueron incrementando la dificultad. Con frecuencia se verían atrapados por las lluvias en sus precarias tiendas, sin otra ocupación que la charla y la lectura de esos papeles de periódicos con los que llevaban envueltos los huevos. A ambos les tiraba mucho la alta montaña. Esta cordada, a veces con el refuerzo de Fernando Lozano, Fernando de Yarza y José Serrano, siguió aventurándose por el Pirineo.

Con estos antecedentes, no extraña que, durante el destino en Jaca de Lorenzo Almarza, en el invierno de 1925 ó 1926, enviara a Fernando y a Luis para que explorasen con esquís las zonas altas del valle del Aragón. Llegaron a lo que hoy se denomina Candanchú, donde descubrieron la después llamada Pista Grande, un lugar ideal para el aprendizaje del esquí. Les gustó mucho el sitio, pues era una zona soleada y con buena nieve. Fue el origen de que los esquiadores empezaran a subir a Candanchú: primero por la carretera hasta Canfranc, luego andando y, ya desde 1928, sustituyendo en gran medida los coches por el ferrocarril hasta la Estación Internacional.

Entre los logros más importantes de mi padre en sus actividades en los años treinta, está la escalada del Buzón del Fire. Fue en 1933 y constituyó la primera conquista riglera nacional. Por una vía que abrieron Fernando y Luis, junto con otros compañeros, desde el norte, por el lado opuesto al pueblo de Riglos. Aunque hicieron una de las cinco cimas, no pudieron llegar a la punta más alta como querían, porque se les caían las rocas donde trataban de meter las clavijas.

Fernando junto a una esquiadora en el Hotel de los Vascos de Candanchú (Col. Almarza)

Estas actividades escaladoras se pudieron interrumpir hacia 1935, pues mi padre se desplazó a Madrid, estudiando para ser ingeniero agrónomo, su gran vocación, dado que había una tradición familiar en cursar esta carrera. Salvo que, claro está, lo que pudiera realizar un algún período de vacaciones. Como quiera que fuese, Fernando y Luis estaban muy compenetrados: cualquiera sabe qué hubiesen podido escalar de no ser por la Guerra de 1936.

Mi padre terminó conociendo muy bien las montañas, y daba siempre consejos acertados. Por ejemplo, estaba siempre alerta durante sus recorridos

Pilar Almarza (izda.), junto a Marta Iturralde, Carmen Almarza y Cristina Almarza

con esquís para vigilar las posibles cornisas de nieve recién caída, y no pasar por debajo. Recuerdo que, en una ocasión, estando junto a Fernando Lozano, comentaron que cierto trío de chalets de la periferia de Candanchú, en la subida de la carretera hacia Francia, no estaban bien situados: no tardaron en quedar destruidos dos de ellos por un alud de nieve…

Por lo demás, a Fernando le gustaba comprarse muchos libros y revistas de montañismo. Su gran orgullo era su biblioteca, pues trataba de adquirir todo cuanto se editaba sobre este deporte. La mayoría los tenía en Benasque y no le gustaba mucho separarse de ellos. Influido por su padre, llegó a reunir una biblioteca de siete mil volúmenes, que abarcaba desde la Montaña, el Arte, la Historia, sobre todo la de Aragón, Ingeniería, Arqueología, etcétera.

Fernando puede estar orgulloso de que cuatro generaciones seamos socios de Montañeros de Aragón. Y cinco de esquiadores, a pesar de que los inicios de las hijas fueron bastante duros. Nos dio clase Pepe Serrano, y como el material era escaso, de algodón y guantes de cuero, había que limpiar los esquís con las manos para que no se estropease el cuero de los guantes. ¡Igual que ahora!

En resumidas cuentas: puede afirmarse que Fernando Almarza Laguna de Rins fue siempre un enamorado de las montañas. Prácticamente desde su niñez.

Nuestros Primeros Socios

Fernando Lozano Pardo
Fototeca de la Diputación de Huesca

Recuerdos de Fernando Lozano Blesa y Charito Pardo Pascual

Mis padres fueron socios tempranos de Montañeros de Aragón: Fernando Lozano Blesa, que vino al mundo en Zaragoza el 20 de mayo de 1908, y Rosario Pardo Pascual, nacida en la misma ciudad el 31 de julio de 1911. Procedían de familias establecidas desde hacía tiempo en la Capital del Ebro, aunque sin ninguna relación previa con la montaña. Pero sí con destacados médicos y empresarios.

Tanto mi padre como mi madre fueron muy deportistas desde su juventud. Ambos practicaron el tenis en el Club de Tenis, por entonces en el paseo de la Mina. Y juntos se iniciaron también en el esquí.

Fernando Lozano, como amante apasionado de los deportes, practicó igualmente la caza, la equitación y, durante sus veraneos en Zarautz, tanto el piragüismo como el frontón a pala corta. Obtendría notables éxitos deportivos, siendo Campeón de Aragón de tenis en 1927. Sus compañeros en estos deportes le apodaban afectuosamente Chon. Su carácter era muy campechano y abierto. Demostró ser siempre un gran amante de la Naturaleza.

Mi padre tuvo una vida laboral intensa. Empezó en el Banco de Aragón, donde trabajó como empleado de la entidad y, debido a la temprana muerte de su padre, Ricardo Lozano Monzón, fundador de dicho Banco, fue nombrado consejero, llegando a ocupar el cargo de vicepresidente. Cuando la entidad financiera fue absorbida por el Banco Central, entonces pasó a ser consejero de este otro Banco. A la vez, era delegado y consejero de Ebro Compañía de Azúcares y Alcoholes, así como gerente de Minas y Ferrocarriles de Utrillas. Como curiosidad, añadiré que una de las locomotoras de esta línea fue bautizada como "Doctor Ricardo Lozano" en honor a su hermano.

En cuanto a mi madre, llamada Charito por sus amigos, hizo gala desde siempre de un carácter similar al suyo: muy deportista, fue una gran jugadora de tenis, siendo Campeona de Aragón durante varios años. Nunca olvidaré que un año, formando pareja con mi madre, fuimos Campeones de Aragón de dobles mixtos.

Puede decirse que a mi padre le interesó el montañismo de la mano de su gran amigo, Luis Gómez Laguna, con quien coincidió en el Colegio de los Jesuitas, primero, y luego en la Universidad de Zaragoza, donde ambos cursaron los estudios de Derecho. Sus compañeros de salidas al Pirineo le veían como un hombre sumamente atlético, muy seguro y prudente, fascinado por todos los deportes de montaña. Como en aquellos inicios de los años veinte no había en Zaragoza ni libros, ni revistas, ni prácticamente nada, todos se tuvieron que adiestrar como pudieron, recurriendo a alguna publicación en francés o en alemán, pues Luis hablaba y leía muy bien este último idioma.

De esa fase de su vida todavía guardo un artículo anónimo de 1965 de la revista de la Federación Aragonesa de Esquí, donde explicaba cómo fue su paso desde el tenis hasta los deportes de montaña. Lo reproduzco:

"En su época universitaria se inclina hacia la montaña y practica alternativamente el montañismo y el esquí. Con Laguna, Almarza, Serrano y otros compañeros peregrina de un lado a otro del Pirineo, conoce vericuetos y neveros que cada vez le van llevando más y más a sentir y a amar la montaña. Lozano conserva gratísimos recuerdos de aquel grupo de excelentes montañeros y esquiadores, casi pioneros de estos deportes en Aragón".

Así fue: quienes empezaron Montañeros de Aragón eran todos ellos buenos amigos y se conocían de la montaña. Sobre todo, por haber coincidido muchas veces en el Canfranero. Además, Zaragoza era muy pequeña por aquel entonces. En los años treinta se practicaba el montañismo principalmente en los valles de Canfranc y de Tena. Se frecuentaban mucho sus montañas porque eran las que tenían las mejores comunicaciones gracias al tren que llegaba hasta Jaca y Canfranc, y al autobús que conectaba Sabiñánigo con Sallent de Gállego. Eran casi los únicos decorados posibles para los montañeros de entonces.

Fernando Lozano Blesa fue uno de los socios iniciales de Montañeros de Aragón. Ingresó el 9 de julio de 1930, entrando dentro de los cien pri-

Fernando Lozano Pardo nos muestra su carnet renovado de Montañeros

Fernando Lozano Blesa (izda.) ante la puerta del refugio de Montañeros en Candanchú en los años treinta (Col. Almarza)

meros. Finalmente, tras la reorganización de las cinco categorías iniciales de los años cincuenta, le dieron el número de carnet 14, siguiendo el orden de antigüedad. Por ejemplo, su hermano Ricardo, que entró el 1 de noviembre de 1930, terminó después con el número 15. Mi madre también estuvo en el Club muy tempranamente, pues ingresó un 25 de octubre de 1933. Más adelante le darían el número 110 definitivo, mientras que yo mismo, que entré el 11 de diciembre de 1959, obtuve ya el número 1.278.

En los años treinta, Fernando y Charito subían con cierta regularidad para esquiar en el Canfranero. Sus padres eran muy modernos, pues les dejaban ir juntos. Tenían mucho mérito aquellos viajes, ya que, una vez en Canfranc, tenían que subir andando hasta Candanchu. En algunas ocasiones, el llamado Carbonilla, que vivía en Canfranc, los recogía con su viejo autobús. Formaban parte de un grupo de amigos de Zaragoza que, gracias a Lorenzo Almarza, fundador y primer presidente de Montañeros de Aragón, inculcó en ellos la afición al esquí y el amor a la montaña. En este grupo zaragozano se encontraba, por ejemplo, Luis Gómez Laguna, Fernando Almarza, que era el más joven del grupo y que se convertiría con el tiempo en mi suegro, Miguel Tabuenca y su mujer, Carmen Marraco, Cinta Marraco, José Serrano, alias el Sarrio, Fernando de Yarza y Pilar Mompeón, José de Yarza, los hermanos de mi padre, Maruja y Ricardo…

Más esquiador que montañero, Fernando era de los pocos que con Luis se hacía el Tobazo entero, incluso dos veces en el día. Y eso no estaba al alcance de todo el mundo, pues era preciso estar en muy buena forma física. Se descendía entonces con unos esquís pesadísimos con los que resultaba sumamente complicado girar. Para las subidas con tablas, se les ponía debajo unas tiras de piel de focas de verdad, enganchadas a la punta, con unos lacitos laterales para que no se soltaran ni se hiciesen bolsas de nieve. Esas tablas de los años heroicos llevaban una laca roja en la suela que compraban en Deportes Elvira, en la calle San Miguel de Zaragoza. Con esa laca, tras quitar las pieles de foca de la subida, se deslizaban mejor en la bajada. Contaba que las primeras tablas que usó iban incluso sin cantos, y las siguientes con solo unas laminitas de metal muy precarias.

En relación con el montañismo, mi padre formó cordada con su buen amigo, Luis Gómez Laguna. En Canfranc realizaron ascensiones al pico de Aspe, en una ocasión por la cresta de los Murciélagos, al Anayet, los Lecherines y, en el valle de Tena, al Balaitús, la Gran Fache, los picos del Infierno y la impresionante cresta del Diablo. Mi padre igualmente participó en unos tanteos en Riglos; posiblemente, en las Cinco Puntas del Fire. Pero no llegaron a la más alta, como querían, y se tuvieron que conformar con la del Buzón. Lo cual era mucho para los años treinta. Confiaba para las escaladas en Luis Gómez Laguna, que era un hombre muy seguro.

Fue en Sallent de Gállego donde realicé, ya en el año 1952, mi primera excursión de montaña con mi padre, que fue a los picos del Infierno. También le gustaba mucho el Monte Perdido: recuerdo con agrado una

Fernando Lozano en aproximación al Aspe (Col. Lozano)

Escalando en la cresta de los Murciélagos del Aspe (Col. Lozano)

Fernando en la cima del Aspe (dcha) junto a Gómez Laguna (Col. Lozano)

Tarjeta de cima del Soum de Ramond para la Copa Almarza de 1931

subida con él, con Eduardo Blanchard y con su hijo Eduardo. Pero acaso su pico favorito fuera el Aspe, al que subió de joven en muchas ocasiones. En otras fases de su vida, tras la Guerra, se decantaría por otras montañas, como las de Suiza. Le gustaban mucho, sobre todo, las del sector de Gstaad.

La última ascensión de mi padre fue al Aneto: la realizó conmigo, en el año 1963. Fue mi primer Aneto. Después tuvo que dejar la montaña por una artrosis de cadera. Esa subida la recordaré toda mi vida.

Carnet de Montañeros de Charito Pardo (Col. Lozano)

Maruja Lozano, Pilar Monpeón y Charito Pardo (dcha.) en la Estación de Canfranc hacia 1930 (Col. Almarza)

Charito (centro) en el autobús de Carbonilla a Candanchú (Col. Almarza)

En 1963, sobre la cima del Aneto junto a su hijo Fernando (Col. Lozano)

Fernando Lozano Blesa fue presidente de Montañeros de Aragón durante un corto periodo de tiempo: del 20 de marzo de 1961 al 11 de julio de 1963. Me dijo que le gustó colaborar con Julián Gracia, su secretario, que era un hombre muy culto y educado. Recibimos en casa a Alberto Rabadá y Ernesto Navarro en julio de 1963, poco antes de que partieran hacia su desdichado viaje a Suiza. Les prestó un libro sobre Los tres últimos problemas de los Alpes que les interesaba, pues en él se hablaba del Eiger. Luego paseamos con ellos por el paseo de la Independencia. Sé que se le hizo muy duro tener que colaborar con los trámites para la repatriación de sus cadáveres, junto con Rafael Montaner y el entonces presidente de la Federación Española de Montañismo, Félix Méndez.

Montañeros de Aragón le nombró Socio Honorífico y le entregó su Insignia de Plata en vida, concediéndole la Insignia de Oro ya fallecido.

Mis padres nos inculcaron a mi hermana Charo y a mí el amor y la afición por sus deportes favoritos. Nos iniciaron en el esquí el año 1952 en Sallent de Gállego, donde esquiábamos con nuestros buenos amigos y grandes esquiadores, la familia Fanlo. El año 1954 nos trasladamos a Candanchú, donde tuvimos la suerte de llegar a esquiar tres generaciones, lo que venimos haciendo mi mujer, Cristina Almarza, y yo, ahora con nuestros hijos y nietos. No se puede pedir más como familia. ¡Qué gran herencia nos dejó!: ahora Cristina y yo esquiamos, y hacemos montaña también en tres generaciones, gracias tanto a él como a mi madre.

De mi padre aprendí muchas cosas. Me dio muy buenos consejos, como que en la competición hay que saber ganar y perder. En la montaña, siempre ser buen compañero, no abandonar a ningún acompañante, saber renunciar ante una inclemencia…, y que el pico solo está conseguido cuando se llega al coche. Sin olvidarse, sobre todo, de respetar el entorno montañero.

Nuestros Primeros Socios

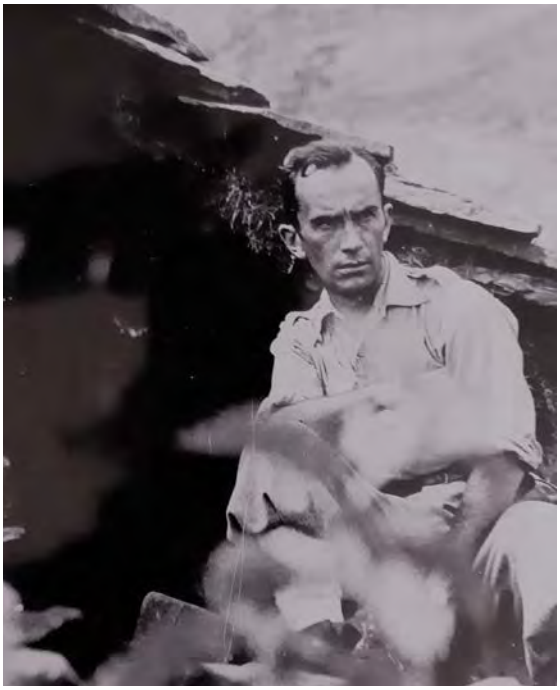
Manuel Gómez de Valenzuela
Santiago Gómez de Valenzuela

Recuerdos de Luis Gómez Laguna

Nuestro padre nació en Zaragoza en 1907. Durante los primeros veranos de su existencia acudiría mucho a San Sebastián, donde obtuvo un premio como canoísta. Puede decirse que Luis Gómez Laguna era lo que entonces se denominaba un sportsman: enseguida comenzó a practicar otros deportes como el tenis o el fútbol. En este último deporte jugó muchos torneos por los pueblos de Zaragoza en el Club Iberia. Sin embargo, hasta finales de los años veinte no parece que mostrara interés alguno por la que, desde entonces, sería su gran pasión montañera. Todo ello iba a suceder en una época en la que el deporte era muy mal comprendido, fuera del que, supuestamente, se practicaba en los billares.

En 1926 nuestro padre quedó muy afectado tras el fallecimiento de su hermana Pilar. La mujer de Lorenzo Almarza era prima hermana de su madre, con quien tenían mucha relación. Así, su tío decidió llevárselo a Benasque para que se animara un poco en el verano de 1928. Allí comenzó su carrera en la montaña, en una jornada de grandes lluvias en la que participó en una batida de sarrios por algún valle benasqués. Su fascinación por el deporte de las cumbres se concretó igualmente a través de una ascensión al Aneto junto a Lorenzo y su hijo Fernando, así como el guía José Cereza Fades. Siempre dijo que en ese Benasque de 1928 le dio "la locura montañera".

Su primera salida a la nieve parece que se produjo en el mes de enero de 1929. Por entonces, lo habitual era tomar el ferrocarril del Canfranero para subir a esquiar en un primitivo Candanchú sin edificios, ni remontes, ni pistas preparadas. Por ello, eran unas jornadas duras, dado que tomaban el tren el sábado por la tarde, para subir a pernoctar en la misma estación de Canfranc. No muy lejos de donde se movía todo un ejército de camareros vestidos con frac. Eran los tiempos dorados del ferrocarril de Canfranc, donde coincidían estos entusiastas del deporte con los clientes a la última moda que descendían del Exprés de Madrid. De cualquier modo, el domingo muy temprano, nuestros esquiadores tenían que subir apresuradamente a las pistas para realizar cuantos descensos pudieran, que no eran muchos, y regresar a Zaragoza ese mismo domingo por la tarde. Antes de que estuviera el refugio de Santa Cristina, también se dormía en la cabaña de El Ruso, donde siempre hacía bastante frío.



Primer plano de Luis Gómez Laguna en una borda (Col. Gómez)

En los primeros tiempos, el joven Luis trabajó en Gómez y Sancho, donde vendían telas de calidad, lo cual aprovechó para encargarse con ellas unos pantalones knikers de paseo. Tal sería el atuendo que llevaba en la montaña, lo que le daba cierto aire a Tintín. Eran unos pantalones de tweed muy buenos, de una lana escocesa casi impermeables a la lluvia. Para la práctica del esquí consiguió unas tablas de madera de hikkory americano, con las vetas muy apretadas. Como a finales de los años veinte ya había demanda, abriría en Zaragoza la primera tienda de deportes otro compañero del Club: Narciso Hidalgo. Allí se compraba la mayor parte de los artículos deportivos, como esas ceras llamadas Tento que, en función de cómo se hallaran las diferentes nieves, se extendían

Gómez Laguna en las primeras competiciones en Candanchú (Col. Gómez)

Ayudando durante una gymkana en Candanchú (Col. Gómez)

por las suelas de las tablas, ya fuese para subir sin resbalarse hacia atrás, o para bajar deslizándose lo mejor posible.

Durante los años heroicos de Candanchú, muchas chicas de Zaragoza se animaron a acompañar a sus hermanos o esposos, pues, por aquellos años, no era posible que viajaran solas al Pirineo. Aparecerían con frecuencia en las revistas de la época, ataviadas la mayoría con trajes de ciudad. Con Luis viajaría mucho su hermana Blanca, a quien le explicó que, en la nieve, "no había caballeros como se entendía en la ciudad": cada uno tenía que subir su propio peso en la mochila. Cierto artículo en el Heraldo de Aragón llegó a reflejar este fenómeno con frases que no dejaron de tener su gracia cuando se proclamaba que "las jóvenes señoritas hacían diabluras con los esquís…". En este grupo de pioneras del deporte blanco femenino también se incluirían, además, Rosa Serrano, Carmen Marraco, Charito Pardo, Asunción Delgado, Elisita Sánchez… A alguna de las citadas, Juan Lacasa le dedicó unos versos en algún poemario posterior donde se aludía a cierta "Campeona de Aragón y Novia de los Pirineos".

Respecto a la fundación de Montañeros de Aragón en 1929, decir que nuestro padre asistió a la misma un tanto a remolque de su tío, Lorenzo Almarza. Él era de los jóvenes del grupo, mientras que, por ejemplo, Fernando Almarza y Miguel Rábanos eran de los niños. De cualquier modo, ingresó en la Asociación con el número 141, el 1 de abril de 1930. Más adelante, en la reorganización de socios de 1952 le darían, siguiendo el orden de quienes seguían en activo, el número 11.

Entre los socios de primera hora, siempre quiso mucho a Pedro Arnal Cavero. Tuvo bastante relación con Fernando Lozano, Fernando de Yarza y José María Serrano; con este último, haría mucha montaña a lo largo de los años. Se decía que la asociación Gómez-Serrano constituyó el núcleo duro en cuanto a las empresas deportivas de Montañeros de Aragón. Alguna de ellas, muy adelantada a cuanto por entonces se intentaba en nuestra región.

Luis Gómez Laguna formó parte de los conocidos como los Tres Sarrios, junto a José María Serrano y Enrique Armisén. De este último, que era médico, se contaba la anécdota de cuando tuvo que atender en las pistas de Canchanchú de los años treinta a una francesa que se había roto una pierna. Como el hombre venía de la montaña, su atuendo no era de los más limpios y elegantes, por lo que la dama, tras ser asistida, le dio un duro como pago de sus servicios. Que pudiera haberle tomado por un indigente enfureció a Armisén, que entonces era el médico de un trasatlántico: desde Buenos Aires le enviaría a la dama francesa una foto de agradecimiento con su uniforme de gala con frac. Más tarde, como recuerdo de alguna andanza por Sallent, le apodaron el Onso de Pipós, haciendo referencia a un oso y a cierta montaña del camino a Respumoso.

Luis en el centro del equipo de competición de Montañeros en el Candanchú de los años treinta (Col. Gómez)

Gómez Laguna con atuendo de alta montaña en los años cuarenta (Col. Gómez)

Luis Gómez Laguna también hizo muy buenas migas con Aurelio Grasa y Manuel Marraco, con quienes acudió a los Alpes en 1933 para subir, entre otras cimas, al Mont-Blanc y al Cervino. Fueron hasta allí en el coche del primero, que tenía una posición económica más desahogada que sus dos compañeros. Así, mientras el uno buscaba los alojamientos más elegantes, los otros se fijaban en los más asequibles para sus ahorros. En el Techo de los Alpes, Grasa sobrevoló la cima en una avioneta que parecía que iba a caerse a trozos, sin duda arriesgándose más que esa cordada de Gómez-Marraco que ganó la cima a pie. Nuestro padre recordó con frecuencia el frío y la ventisca que sufrieron en el Mont-Blanc. Y también los elogios del guía que contrataron, acostumbrado en exceso a subir hasta la cota 4.884 metros a verdaderos armarios, poco o nada habituados al montañismo. El galo les dijo que "ellos sí que eran verdaderos montañeros", y que lo llamaran si repetían en el macizo.

De la hostelería de Chamonix, decir que a comienzos de los años treinta vivía su Época Dorada, por lo que en las cenas solo admitía dos atuendos: o de etiqueta con frac, o de montañero.

En 1934, nuestro padre estaba de vuelta en los Alpes para, entre otros objetivos, repetir el Cervino. Como es lógico, ambos viajes obtuvieron amplia repercusión en la prensa nacional y local de la época. Asimismo en 1934, realizaría una estancia de esquí en Sankt Anton con los socios del Ski Club de Tortosa. Se lo pasó muy bien y pudo perfeccionar en Austria su técnica, si bien, de nuevo, sufrió un frío increíble en aquellas pistas salvajes de entonces.

Se sabe que, antes de la Guerra, fue a Riglos para intentar alguna de sus puntas. Posiblemente con Fernando Lozano o Fernando Almarza.

Luis Gómez Laguna (dcha.) junto a José María Serrano (Col. Gómez)

Célebre imagen dedicada en las competiciones del Ski Club de Tolosa, flanqueado por José Serrano y Fernando de Yarza (Col. Gómez)

Gómez Laguna (segundo por izda.) en grupo mixto de Montañeros (Col. Gómez)

Era inevitable que, cuando se subía en el Canfranero a La Peña o a Candanchú, se admirara con envidia esos Mallos desde la ventanilla. En cualquier caso, estas primeras cordadas de Montañeros de Aragón intentaron primero el Pisón desde el collado de atrás, y luego el Fire, dos o tres veces, desde la punta del Buzón. Como es lógico, no lograron alcanzarlas, pues la roca de conglomerado se desmenuzaba cuanto intentaban meter alguna de sus clavijas para asegurarse. Al bajar, contaba a sus amigos que el pitonaje resultaba imposible y que "se caía todo". Se cree que estuvieron muy cerca de ganar una de las puntas del Fire cercanas al colladito. Pero es del todo falsa esa leyenda según la cual contrató a guías de los Alpes para que le condujeran a alguna de las cimas mayores rigleras.

Las crestas del Diablo, en el macizo del Balaitús, igualmente merecieron su atención. Es posible que Luis Gómez Laguna abordara esta ruta junto a Fernando Lozano, José María Serrano o Enrique Armisén. Se cree que realizaron este recorrido desde el pico Cristales, esquivando los pasos de IVº en los Tridentes. Hasta el circo de Respumoso se subía desde Sallent por las Nafontanas, la ruta de entonces, pues la del valle del Aguas Limpias no se adecuó hasta finales de los cuarenta, para la construcción de la presa.

La mayor parte del equipo para sacar adelante estas actividades lo ha conservado la familia en la Casa Laguna de Panticosa: la cuerda de cáñamo, un piolet que pudo adquirir en Chamonix, los mosquetones y esas clavijas fabricadas a martillazos en la forja de Laguna de Rins. También sus esquís. No han sobrevivido, sin embargo, sus pieles de foca primeras, que eran realmente de dicho animal: en cuanto pasaban unos años, se descomponían sin remedio. En cuanto a las imágenes que asimismo se guardan, decir que la mayoría son suyas: en los primeros años de montañismo tuvo varias cámaras de fuelle, como una Super-Ikonta muy buena, de fabricación alemana.

Tras la Guerra Civil, Luis se quedó, por un motivo u otro, muy solo a la hora de retomar sus actividades montañeras. En cierta ocasión en la que, sobre 1943, sentía la necesidad de regresar a los decorados del esquí primitivo en Candanchú, subió con sus tablas hasta la frontera. No lejos de la Ciudad de Piedra se topó con una patrulla alemana. Aun estando

Manuel Gómez de Valenzuela con las fotografías de Luis Gómez Laguna

Santiago Gómez de Valenzuela muestra un retrato de su padre

en territorio español, que no de la Francia Ocupada, le pidieron la documentación, cosa a la que se negó. Terminó gritándoles a los soldados germanos, dándose la vuelta y bajando con sus esquís. Por suerte, no le dispararon.

Hasta cerca de los sesenta años de edad, Luis Gómez Laguna pudo seguir practicando su deporte, primero con su futura mujer, María de Valenzuela, a quien en cierto modo inició durante la ascensión del Centenario al Aneto en 1942. Seguido, subiría a las montañas con sus hijos, al primero de los cuales, Manuel, adiestró en la peña Oroel para que, en 1954, pudiera celebrar los 25 años de Montañeros de Aragón en el Moncayo… Esto último, pocos días antes de que accediera a la Alcaldía de Zaragoza. Asimismo, llevó a Manuel a la Entronización de la Virgen del Pilar en el Aneto en 1956. También practicaría este deporte con Pedro, presente en el Techo del Pirineo con diez años a pesar de que se le helaron los pies… O con Santiago, quien con doce o catorce años llevó a escalar, junto a José María Serrano, al monte de la Cabeza de Costa, en el Balneario de Panticosa. Claro que estas salidas serían a otro nivel más sosegado que el que pudo sostener durante los primeros años de andadura de su Club, Montañeros de Aragón.

Honorio Jesús Morláns Martín

Nuestros Primeros Socios

Recuerdos de Honorio María Morláns Labarta y Carmen Faci Abad; Jesús María Morláns Labarta y Pilar Martín Rubio

Mi padre, Jesús María Morláns Labarta (1898-1947), tuvo diez hermanos, aunque muchos de ellos fallecieron pronto. Era doce años más joven que su hermano Honorio María (1887-1976), con quien se mantuvo siempre muy unido. Mi tío Honorio había nacido en Salinas de Jaca, en el seno de una familia vinculada con el Alto Aragón. Mi abuelo era de Agüero, donde ejerció como maestro antes de ser destinado a Salinas de Jaca: aquí se casó con la hija mayor de Casa Bissús, emparentándose con los Labarta. Después lo enviaron a Murillo de Gállego, donde nació mi padre.

Fallecidos mis abuelos, siendo él maestro de Alcubierre, y a la edad de catorce años, mi progenitor se trasladó a Zaragoza para vivir con una hermana mayor, Segunda Rosa, y su hermano Honorio María, ya casado con Carmen Faci Abad.

En cuanto a mi madre, se llamaba Pilar Martín Rubio y nació en el pueblo de Las Cuerlas, a orillas de la Laguna de Gallocanta, siendo mi abuela de dicha población y mi abuelo de Daroca.

Esto me hace presumir de cierto aragonesismo, al tener un padre nacido en un pueblo de la provincia de Zaragoza, lindante con la de Huesca por el norte, y una madre nacida en otro pueblo, también de la provincia de Zaragoza, pero lindante con la de Teruel por el sur, mientras que mi hermana Carmen Rosa (socia 106 adjunta, con alta el 14 de diciembre de 1933) y yo nacimos en el centro, en la capital, en 1932 y 1936, respectivamente.

Carmen Faci era tía de mi madre, Pilar Martín, por lo que ésta terminó siendo sobrina y cuñada de aquélla. Honorio María y Carmen no tuvieron hijos, pasando a ser los padrinos de mi hermana, y él con una hermana de mi madre, los míos. A partir de 1939, todos vivíamos en la hoy desaparecida Casa Faci, del paseo de Sagasta número 47.

Ambos hermanos trabajaron en la Confederación Hidrográfica del Ebro. Honorio María como delineante de Obras Públicas, siendo uno de los cinco primeros funcionarios que, con Manuel Lorenzo Pardo, la pusieron en marcha. Mi padre inició su vida laboral como delineante en Escoriaza y Fabró, continuando en la Confederación Hidrográfica del Ebro, primero como delineante de Obras Públicas, y siguiendo como ayudante de Obras Públicas, falleciendo en la misma oficina en 1947. También se hizo aparejador, trabajando en el despacho de los hermanos Borobio.

Grupo de Montañeros en la Renclusa de 1929.
Honorio está bajo el piolet de arriba, y su hermano Jesús a la izquierda (Col. Morláns)

Ascenso a la Cúpula del Aneto en 1929. Los Morláns, señalados con sus iniciales (Col. Morláns)

Nuestros Montañeros en el Aneto de 1929. En la fila de atrás con boina está Honorio, con su hermano Jesús a la izquierda (Col. Morláns)

Balaitús y Frondellas desde la Facha en agosto de 1934 (Morláns)

Una excursión con el grupo de los Morláns. Honorio queda en el centro, sentado con chaleco (Col. Morláns)

No sé cómo se enteraron de que se iba a fundar una asociación de montañismo en Zaragoza, tal vez por estar emparentados con la familia Faci, algunos de los cuales eran socios de la Sociedad Fotográfica Aragonesa como mi padre, e incluso del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón, a cuyo amparo nació Montañeros de Aragón. Pero pienso que no es raro que los dos hermanos Morláns quisieran ser partícipes de su constitución, al ser oriundos de la montaña, que conocían y disfrutaban, y en definitiva amaban. Lógicamente, también hicieron socias a sus esposas.

Tampoco sé si antes de la fundación de Montañeros de Aragón ya tenían relación con Miguel Rábanos, un abogado agradabilísimo de quien decían que tenía "una gran sapiencia pausada", pero puedo asegurar que era muy buena, llegándose a tener un vínculo mayor con esa familia al contraer matrimonio con su hijo Miguel, lógicamente también montañero, con Angelita Faci Madorrán, sobrina carnal de Carmen Faci.

Como quiera que fuese, Honorio María Morláns Labarta sería el socio 90 numerario (con alta el 15 de junio de 1929) y Carmen Faci Abad la socia 57 adjunta (con alta el 1 de marzo de 1931); Jesús María Morláns Labarta el socio 25 numerario (con alta el 14 de mayo de 1929) y Pilar Martín Rubio la socia 54 adjunta (con alta el 1 de marzo de 1931). Mi padre y mi tío fueron, pues, de los llamados Socios Fundadores en los primeros Estatutos. En 1952, cuando se fundieron los cinco listados que había en uno solo tras eliminar las bajas, les dieron nuevas numeraciones: a Honorio María Morláns Labarta el número 9, y a su mujer Carmen Faci Abad, el 30; a Jesús María Morláns Labarta, el 8, y su esposa, Pilar Martín Rubio, el 29.

Los cuatro eran más bien excursionistas, pues no practicaron nada la escalada. Sí que subieron a esquiar, aunque no demasiado con anterioridad a la Guerra. En los primeros años de Candanchú, la gente esquiaba muy poco. Por lo general, se limitaban a deslizarse, sobre todo en línea recta, haciendo alguna bajada. Apenas se conocía el slalom y era preciso subir con mucho esfuerzo las tablas. Se contaba la anécdota de un personaje de entonces que, cierta mañana, salió del refugio de El Ruso perfectamente vestido, se puso las tablas en la misma puerta, estuvo sobre ellas unos segundos y a continuación se las quitó, tras comentar: "Bueno, pues ya he esquiado".

Los esquís buenos de los años veinte y treinta eran los de madera de hikkory. Se usaban con unas ataduras muy sencillas de cuero, que justamente terminé heredando yo. Las tablas tenían un pitoncillo por delante donde se enganchaban, con una anilla, las pieles de foca. Para que estas no se soltaran, había que darles una especie de pegamento, y se sujetaban igualmente por la cola de las tablas. Los dos hermanos se compraron también sendos piolets, muy largos, que aún se conservan.

Mi tío y mi padre estuvieron en el grupo que ascendió al Aneto en el verano de 1929. Pero no irían demasiado por Benasque, que entonces tenía unas comunicaciones más complicadas que ahora. Acaso no volvieron allí hasta los años cuarenta, cuando Honorio María Morláns y Miguel Rábanos subieron al Salvaguardia. Tuvieron un encuentro con una patrulla de alemanes en su misma cima, quienes se limitaron a pedirles los salvoconductos, que entonces eran obligatorios para acercarse a la zona fronteriza con la Francia ocupada. Como los llevaban, pues no les sucedió nada.

Honorio Morláns Martín nos dona unos bastones de esquí de su familia

Mi familia fue mucho más por Sallent, gracias a la combinación del ferrocarril hasta Sabiñánigo con el autobús de la Tensina. Desde este pueblo subían andando por El Furco para luego bajar esquiando. Había que recurrir siempre al Canfranero; no había otro método de subir al Pirineo. En consecuencia, se acudía bastante más a Candanchú.

Como mi padre era aparejador, creo que consiguió que Obras Públicas cediera a Montañeros de Aragón las casillas de camineros de El Ruso y de El Formigal. Entonces aquellos edificios eran todos casi iguales. También ayudó para facilitar los permisos para la construcción del refugio de Santa Cristina en 1930.

Tanto Honorio María como Jesús María se hicieron muy amigos de José María Serrano Vicéns, a quien apodaban el Sarrio porque le gustaba mucho la alta montaña. Pero hacer una ascensión a un pico era, por entonces, una cosa muy complicada. Las actividades del Club en sus comienzos se basaban mucho en las tertulias en la Sede y en las marchas por los alrededores de Zaragoza.

Esquiadores en la Ciudad de Piedra. Honorio aparece en el centro con camisa blanca y su esposa Carmen a su derecha. Jesús, sentado con camisa de cuadros (Col. Morláns)

Los Montañeros en el valle de Tena. Honorio está en el centro, entre dos compañeros con la cabeza cubierta (Col. Morláns)

Muchas tardes mi tío me llevó con él al local del SIPA de la plaza de Sas donde estaba el cuartito de Montañeros de Aragón. Era el último despacho a la izquierda, y apenas tenía sino cuatro o cinco sillas y poco más. Como Honorio María era el tesorero, casi todas las tardes acudía, ya para llevar las cuentas, ya para charlar con otros montañeros. Recuerdo con cariño aquellas batallitas sobre dónde se quería ir, o sobre tal o cual nevada fantástica. Así fue cómo desde los siete o los ocho años, comencé a acudir por el local de Montañeros de Aragón. No extraña que por mi familia circularan mucho las insignias, tanto las pequeñas como los grandes, con el emblema del Club.

Al año siguiente del fallecimiento de mi padre en 1947, alguien en Montañeros de Aragón propuso que yo heredara su número de carnet. Fue una forma de que la Junta Directiva mostrara lo mucho que le apreciaban por todo cuanto hizo sin cobrar nada. Ingresé, pues, en el Club, en 1948, cuando tenía doce años. No tardaron en organizar una marcha nocturna desde Zaragoza a Valmadrid que llamaron Trofeo Morláns: fue en una época en la que había muchos piques en dicho Trofeo entre las patrullas de Montañeros de Aragón y las del Frente de Juventudes. Se celebró durante bastantes años, pues mi tío se encargó de su organización y de donar las copas de los premios.

Ya desde antes de la Guerra se acudía muchísimo por Valmadrid. Un grupo de dieciocho socios construyó allí un refugio sobre unos terrenos de uso público que, en consecuencia, fue puesto a nombre de Montañeros de Aragón, aunque las llaves las tenían solo los promotores. Era de una sola planta y lo bombardearon en 1937, durante la ofensiva de Belchite. Y fue preciso alzarlo de nuevo. Como nota curiosa, añadiré que entonces nevaba mucho más que ahora, por lo que se pudo esquiar varias veces a las mismas puertas del refugio de Valmadrid.

Como excursión especial, de vez en cuando se tomaba el Canfranero para acampar en La Chuata, cerca de Salinas, en unos terrenos de la familia Labarta. Las marchas eran a visitar los pueblos de la zona, al pantano de La Peña y a la Foz de Escalete.

Desde los cinco o los seis años hice muchas excursiones: casi todos los domingos, al refugio de Valmadrid: primero con mi padre y mi tío, y luego con éste y con otros componentes de los partícipes del refugio. También recuerdo las excursiones por los alrededores del embalse de La Peña, desde el refugio de Montañeros de Aragón, antiguo edificio de Paradores, acompañando a Miguel Rábanos. Otro partícipe en las excursiones era Santiago Lascasas y, en ocasiones, Narciso Hidalgo.

Y así fueron un poco los inicios de Montañeros de Aragón.

Miguel Ángel Hidalgo Arribas

Nuestros Primeros Socios

Recuerdos de Narciso Hidalgo Falcó y Conchita Arribas Fuertes

Mi padre, Narciso Hidalgo Falcó, había nacido en Tarragona en 1898. Vino a Zaragoza debido a que trasladaron aquí a su padre por motivos de trabajo.

Durante sus primeros años de vida laboral en Zaragoza, Narciso Hidalgo ejerció como gerente de una empresa de lejías. A la par trabajaría como periodista deportivo, aunque a tiempo parcial y un poco a su aire, publicando en las diversas revistas de España que le pedían artículos sobre todo tipo de actividades: montañismo, esquí, piragüismo, fútbol, automovilismo, caza… Más tarde se orientaría hacia la comercialización de toda clase de artículos deportivos. Desde siempre mostró un grado de emprendimiento importante.

Así, hacia 1927 ó 1928 se decidió a montar la primera tienda de deportes que hubo en Zaragoza. Lo hizo junto a otro socio, Álvaro Artiach. Y la llamaron Radio Sport, un nombre que justamente era definitorio de esas ideas de modernidad que se abrían paso a través de ambos conceptos. Fue la primera empresa de la ciudad especializada en deportes. Allí no vendían sino los artículos que se fabricaban, sin proveedores, que hubiesen ocasionado unos precios prohibitivos. Por ejemplo, compraron una partida de madera de hikkory con la que un ebanista de Zaragoza comenzó a fabricar esquís. También fabricaban con cuero balones, cascos de moto y guantes de boxeo, e incluso rellenaban cartuchos de caza en la trastienda. Ese primer comercio derivó en la que después sería la Casa Artiach de deportes, en la calle Espoz y Mina.

Puede decirse que la suya no fue una afición estricta a la montaña, sino al deporte en general. Así, practicó mucho desde la piragua hasta la aviación. No extraña que fuera uno de los fundadores del Club Natación Helios. Cuando subía al Pirineo se decantaba más bien por el excursionismo y el esquí. Por entonces se consideraba que la modernidad entraba a través de los diversos deportes. Del montañismo destacó siempre que se trataba de una competición con uno mismo. Tal era el espíritu que le animaba en sus ascensiones, donde el compañerismo lo era todo.

Narciso Hidalgo (izda) guisando en el refugio de Santa Cristina (Col. Hidalgo)

Narciso Hidalgo y Conchita Arribas ascendieron a la Facha en 1929 (Col. Hidalgo)

Conchita y Narciso (izda.) con su grupo esquiador en los años treinta (Col. Hidalgo)

Los Montañeros de Aragón ante la Estación Internacional de Canfranc (Col. Hidalgo)

Esquiadores en plena tempestad (Col. Hidalgo)

Desde la sección de remo del Club Natación Helios obtendría gran notoriedad. En 1930 conectaba en piragua Kleper Zaragoza con el Mediterráneo: cuatrocientos kilómetros en los que fue preciso sortear dieciocho presas. También resultó memorable su seguimiento de la hazaña de 1933 de la piragua Antínea, que batió un récord de distancia durante su recorrido entre Zaragoza y Tarragona por el Ebro y el Mediterráneo de quinientos kilómetros. Narciso Hidalgo fue todo un pionero del entonces llamado "turismo fluvial".

Mi madre, Conchita Arribas Fuertes, nació en 1912 en Zaragoza. Es posible que conociera a mi padre en el mundillo del deporte. Cuando se casaron, ella tenía diecinueve años y él rondando los treinta y uno. Se desposó muy joven, tal y como se llevaba por entonces. Pero no resultaba muy habitual que los novios viajaran juntos, sino más bien en la compañía de sus padres, hermanos o primos. A partir de su matrimonio, mi madre participaría mucho en estas salidas para realizar excursiones por La Peña o para esquiar en Candanchú. A Conchita le gustaba seguir a Narciso a todas partes, ya fuese para andar o para esquiar. Este último deporte era, a finales de los años veinte, toda una novedad en Aragón. Además, en aquellas jornadas en la nieve se disfrutaba de un ambiente muy distinto del de ahora, pues la camaradería era el elemento predominante. Eran unas actividades deportivas en las que se les unió con mucha frecuencia su padre…

Narciso Hidalgo (socio 288 numerario, con alta el 1 de enero de 1931) se llevaba muy bien con su suegro, Manuel Arribas (socio 294 numerario, con alta el 1 de enero de 1931), con quien ingresó en Montañeros de Aragón a comienzos de 1931, lo mismo que mi madre (socia 38 adjunta, con alta el 1 de enero de 1931). Enseguida lo haría también mi tío abuelo, Mariano Arribas. Mi abuelo era un fotógrafo natural de Madrid que se había afincado en Zaragoza, donde montó, en unos locales del Coso cercanos al Casino Mercantil, un negocio de tarjetas y de postales. Antes de casarse con mi madre, mi padre y su futuro padre político ya pertenecían a una misma peña de amigos, interesados, por ejemplo, en la aviación. Lógicamente, Manuel Arribas terminó siendo el fotógrafo de este grupo. Mi padre y mi abuelo se sincronizaron a la perfección en muchos artículos: mientras que el primero ponía los textos, el segundo aportaba las imágenes. En ocasiones, era Narciso quien se ocupaba de captar las imágenes con una cámara de fuelle Laika muy buena que tenía. En cuanto a mi abuelo, seguramente le acompañó en alguna ascensión de alta montaña pirenaica, pues Ediciones Arribas hizo tarjetas postales con vistas muy montañeras.

Lo más probable es que Narciso Hidalgo se relacionara con los futuros fundadores de Montañeros de Aragón en el ferrocarril del Canfranero. Seguramente se hizo una cuadrilla de amigos al coincidir allí para ir a esquiar a finales de los años veinte. Entonces, para acudir al Pirineo solo se podía tomar ese tren que pasaba por Riglos, La Peña y el valle de Canfranc, o combinarlo desde Sabiñánigo con la línea de autobuses de La Tensina. No había otro medio, pues muy pocos disponían de coche particular. Acaso en este Canfranero se hizo compañero de los Morláns,

de Aurelio Grasa y de Miguel Rábanos, sobre todo. También trató mucho a los Yarza y a los Serrano.

Es posible que mi padre no interviniera demasiado en el proceso de fundación de Montañeros de Aragón entre abril y mayo de 1929. Sin embargo, sí que se involucró con este Club un poco después, durante el primer invierno, para tomar a su cargo las carreras internacionales de esquí que tanta fama iban a dar a la Asociación recién creada.

No extraña que el carácter inquieto y organizativo de Narciso Hidalgo le impulsara a hacerse cargo de dichas carreras de esquí, que comenzaron a celebrarse en Candanchú entre 1930 y 1936. Muy duras, pues aquella fue una generación impresionante. Mi padre no tomaba parte en las mismas, prefiriendo encargarse de todas las tareas organizativas. Además, era algo mayor respecto a la edad media de los participantes.

A mi padre le encantaba contar todas aquellas pruebas tanto en la prensa local como en la nacional. A través de unos artículos muy bien ilustrados con las fotografías que realizaba mi abuelo. Era más un cronista que un competidor. Sin embargo, no por ello se privó de realizar ascensiones con el Club de alta montaña, como a la Gran Fache junto a mi madre en 1929.

El esquí despertó desde siempre su mayor interés. En los años treinta, el deporte blanco era muy distinto al que hoy se conoce. Empezando por el equipo, que era muy primitivo. Apenas se subía a esquiar a comienzos de año, prefiriéndose más bien la primavera. Por eso era preciso cuidar las ceras que se les daba a las suelas. No había muchas pieles de foca entre los esquiadores zaragozanos; creo que mi padre no tuvo nunca.

A mis padres les gustaba, cuando subían a la nieve, quedarse en el refugio de El Ruso. Tenían que subirlo todo en la mochila, caminando con las botas de clavos con las que al día siguiente esquiarían. Dormían allí, en una mansarda.

El esquí anterior a la Guerra consistía en tomar el sábado por la tarde el ferrocarril hasta Canfranc, y luego subir a pie hasta el refugio de El Ruso, ese que se llevó más tarde un alud. Al día siguiente, domingo por la mañana, accedían con sus esquís a Candanchú, donde sobre todo hacían travesías por la zona, como a la Ciudad de Piedra o al Bosque de las Hayas. En ocasiones, se iba un poco más lejos con las tablas: hacia la peña Negra, a la derecha de Sansanet.

La jornada deportiva en Candanchú se centraba, las más de las veces, en descender con los esquís la llamada Cuesta de Montañeros, que era la ladera que iba del refugio de Santa Cristina al río. Allí se colocaban principalmente los aficionados, por lo que había siempre muy buen ambiente. El deporte del esquí consistía en andar con ellos sobre la nieve: era un esquí de excursión. Los descensos eran con muy pocos giros, haciendo schuss y algo de kristianía. Y al Tobazo se subía escasamente. Aunque las laderas de entonces no se arreglaban si no era pisándoselas cada uno con los esquís, la animación en torno al refugio de Santa Cristina era siempre extraordinaria.

Miguel Ángel Hidalgo Arribas con sus láminas de recuerdos

Como es lógico, mi padre también acudiría para esquiar a Sallent en sus lomas de El Formigal, junto al refugio de Montañeros cercano a la frontera con Francia. No se podía ir a otros lugares: viajar en esos tiempos era más limitado que ahora.

Otro refugio que mis padres frecuentaron mucho fue el de Valmadrid. De hecho, estaban entre los socios que se hicieron cargo del mismo. Se hallaba en un lugar increíble de bosque. Después de la Guerra fue preciso cambiarle el tejado para hacerle una falsa, lo que cambió un poco su aspecto, al perder su techumbre inicial a dos aguas. Tenía mucho éxito, pues se accedía hasta sus inmediaciones en el ferrocarril de vía estrecha de Utrillas. Se hacían muchas excursiones por los alrededores del refugio, que era como un oasis. Montañeros de Aragón organizaba reuniones allí, así como alguna comida.

En los años anteriores a la Guerra, mi padre escribió mucho sobre diversas montañas: desde los Alpes franceses y suizos, hasta la sierra de Madrid y las montañas vascas. Seguramente obtenía los datos a través de sus relaciones con periodistas y montañeros de aquellas regiones. Publicó casi un centenar de reportajes sobre deportes en diversos periódicos, si bien no perteneció a ninguna plantilla. Sobre todo, en La Voz de Aragón, la revista Aragón del SIPA y, algo más tarde, en Zaragoza Deportiva. En la prensa de Madrid, prodigó sus artículos para Campeón. Sin duda alguna su faceta como pionero en Aragón del periodismo deportivo es lo más destacado de una vida intensa y muy activa.

Pilar Escudero Carrión

Nuestros Primeros Socios

Recuerdos de José María Escudero Delgado

Mi padre nació en Zaragoza en 1906. Sus padres, Fernando Escudero Vargas y Pilar Delgado Almor, eran de Zaragoza, aunque no tenían ningún vínculo con las montañas. Formaron una familia con varios hijos de los que solo sobrevivirían seis de ellos. José María terminó quedando como el segundo. En los Escudero Delgado no había tradiciones montañeras previas: mi padre fue el primero en la práctica de estos deportes, a los que llevó más adelante, al menos, a dos de sus hermanas.

Este interés por el montañismo pudo originarse en Barcelona, en cuya Universidad cursó unos estudios de Ingeniería que finalizó en 1929. El viaje de fin de carrera discurrió por diversas zonas alpinas de las que se trajo una colección de fotografías muy nítidas y bien encuadradas. Con el tiempo, mi padre se revelaría como un consumado fotógrafo de altura.

A su regreso a Zaragoza José María comenzó a subir al Pirineo, hacia donde consiguió arrastrar, en el mejor de los sentidos, a sus hermanas María Jesús, que era la mayor, y Carmen, más pequeña. Entonces las mujeres no iban a ningún sitio fuera de casa, si no era bien acompañadas por algún familiar.

Finalmente, mi padre ingresó como socio 224 numerario, con alta el 1 de noviembre de 1930. Carmen terminaría igualmente en el Club: el 1 de marzo de 1931, con el número 50 adjunto.

Muy pronto, los tres Escudero Delgado formaron parte de un grupo animado en el que estaban otros jóvenes de edades parecidas como Fernando Lozano, Fernando de Yarza, Leonardo Buñuel, Aurelio Grasa… Y, sobre todo, quien acaso fuera el mejor amigo de mi padre: José María Serrano Vicéns, a quien apodaban el Sherpa porque le gustaba tanto la montaña y acudía tanto a ella, que tenía su rostro un tono de piel muy atezado y renegrido. Como los sherpas que aparecían en las revistas de montaña.

Pero José María Escudero, aunque se iba con frecuencia a la montaña con esta pandilla, muchas veces prefería marcharse solo. Decía en casa algo así como "me voy, ya volveré". Y, sin mayores explicaciones, desaparecía varias jornadas sin que nadie conociera exactamente ni su destino ni sus ascensiones. La mayoría de las veces, por lo que contaba después,

José María Escudero (izda.) junto a José María Serrano

era a los valles de Canfranc y de Tena, debido a las facilidades que brindaba, para viajar hasta allí, el ferrocarril de Canfranc y la línea de autobuses con Sallent. Hasta después de la Guerra Civil, ya en los años cuarenta, no pudo comprarse un coche: uno de segunda mano, muy achacoso y con tendencia a la avería, que él solucionaba como bien podía; a veces, mediante unos simples palillos que llevaba por los bolsillos…

Como se sabe que participó en alguna de las escaladas con Montañeros de Aragón de los años treinta, no hay duda de que conocía algo de técnica, que bien pudo adquirir durante su estancia en Barcelona. No sería de extrañar, pues el montañismo catalán nos llevaba entonces mucha ventaja. También pudo instruirse a partir de la excelente biblioteca de montañismo que se fue haciendo con el tiempo. Todavía conservamos todos estos volúmenes, junto con muchas revistas, la mayoría de ellas extranjeras. Puesto que mi padre era un hombre muy ordenado que, por ejemplo, redactaba reseñas muy completas de sus viajes, no es de extrañar que algún día nos aparezcan entre sus papeles algunas notas de sus andanzas por el Pirineo de antes de desposarse con mi madre,

La Forqueta de Piedrafita, en agosto de 1930 (Col. Escudero)

La famosa imagen cimera en el Balaitús de agosto de 1931 (Col. Escudero)

En las Clavijas de Cotatuero (Col. Escudero)

María Josefa Carrión Helzer, que era de San Sebastián. Se casaron en noviembre de 1943.

En tanto se materializan esas posibles reseñas, se puede contar con sus fondos fotográficos montañeros desde finales de los años veinte. Porque José María Escudero solía ir al monte con una cámara Leica de tamaño mediano con la que impresionaba unos carretes que él mismo revelaba en un cuarto oscuro que montó en su casa.

Mi padre adoraba estar en plena naturaleza. Por eso cuidaba mucho su forma física y alimentación: toda su vida fue una persona fuerte y resistente a la que le gustaba mucho andar por el campo, pasear o lo que fuera al aire libre. En el terreno nutricional, contaba una anécdota que le sucedió, allá por los años treinta, en cierta ocasión en la que iba solo por la montaña. Así, terminó comiendo con unos pastores que le dieron a probar una especie de cocido junto con "fardacho": la carne de ese lagarto, que seguramente por entonces habría muchos, dijo que le pareció deliciosa, muy fina y sabrosa. Sin embargo, lo normal era que en sus estancias junto a pastores pirenaicos terminara degustando las clásicas migas con sebo a la antigua usanza.

Otra anécdota ilustrará este tema de la alimentación. Recuerdo que me contó que en su casa tomaban siempre la misma comida, que era un cocido. Se componía de sopa, garbanzos, un principio que debía de ser carne, y postre. Pero tuvo de resultar una nutrición muy efectiva, pues nunca lo vi enfermo, ni siquiera de mayor. Creo que empezó a conocer la comida variada cuando se casó con mi madre, ya que ella era una gran cocinera, como buena vasca, claro.

Por lo demás, también le encantaban las setas, con las que nunca sufrió intoxicación alguna. Conocía bien las comestibles y hacía como los pastores: cuando, tras el paso del ganado por un prado, observaba que los animales habían dejado de comer algunas setas, no se le ocurría tocarlas, pensando en que eran venenosas. Incluso llegó a traer alguna a casa para que se las prepararan, lo cual horrorizó a toda la familia. Se cuenta que, tras comérselas, se metió en la cama tan tranquilo: no pasó así con los demás, y algún familiar pasó la noche abriendo la puerta de su cuarto para ver si, después de semejante festín, seguía vivo o muerto…

En cuanto al material deportivo que usó, puede decirse que en sus inicios tuvo varios piolets, así como esas botas que llevaban clavos en la suela para no resbalarse. Las tablas de esquí se las hacía él mismo, pues por aquél entonces no había nada de nada en Zaragoza. Al menos en los primeros años. Los esquís eran de madera, muy grandes y pesados. Les daba una especie de cera en las suelas tanto para que se deslizaran como para protegerlos. El esquí en los años treinta se practicaba sin remontes, y consistía en hacer una, dos o tres bajaditas en todo el día, puesto que había que subir con ellos a la espalda las más de las veces. Creo que nunca tomó clase alguna, que en este deporte fue autodidacta:

seguramente, se fijaría en alguna revista y luego resolvería sus dudas técnicas con sus amigos. Leía muy bien el francés. Acaso aprendiera un poco en su cuadrilla, viendo qué hacían los que bajaban menor, que bien pudieran ser los Almarza o Gómez Laguna.

Sin embargo, José María Escudero era más de andar que de esquiar. Junto con las montañas que tenía más mano, como las de los valles de Canfranc y de Tena, diría que le gustaban los picos más altos, como los de la zona del Monte Perdido o del Aneto.

Esquiadoras de Montañeros con María Jesús y Carmen Escudero (Col. Escudero)

José María (izda.) en una cumbre con otros esquiadores (Col. Escudero)

Sus vínculos con los Fundadores de Montañeros de Aragón están hoy un tanto difuminados. Era amigo de los Almarza, por lo que por ahí debió de llegar su ingreso tan temprano en el Club. En 1929 Zaragoza era muy pequeña y puede decirse que casi todo el mundo se conocía. Al menos, quienes gustaban de subir a la montaña los fines de semana. Es muy probable que terminaran coincidiendo en el ferrocarril de Canfranc o en las pistas, entonces sin remontes, de Candanchú.

A resultas de su matrimonio, desde el principio de los años cuarenta fue menos por la montaña. En esta segunda fase, casi siempre lo haría con amigos. Sobre todo, con los Almarza y con Serrano. Mi padre falleció en el año 1993. Fue un hombre muy cuidadoso y ordenado, que hizo gala de un gran carácter, si bien era un tanto reservado. No siempre contaba en casa las experiencias que había tenido en la montaña. Por fortuna, nos legó unos magníficos álbunes fotográficos que reflejaban de un modo cronológico sus salidas por el Pirineo entre 1929 y 1936, y luego también, tras la Guerra Civil. Perfectamente encuadernados en cuero y rotulados, ilustran de un modo admirable cómo se practicaba el montañismo en una cordillera que ha cambiado mucho.

Hoy podemos acompañar a mi padre y a sus amigos de Montañeros de Aragón por todo el Pirineo. A través de fotografías y de vistas panorámicas donde, por desgracia, él se prodigaba poco, pues prefería estar al otro lado de la cámara. Curiosamente, arranca su colección con tomas en diversas montañas de los Alpes que, seguramente, impresionó durante su viaje de fin de carrera al Oberland bernés. Es posible que dicha salida lo orientara definitivamente hacia el montañismo una vez se asentó en Zaragoza.

Su colección de imágenes pirenaicas enseguida nos sitúa en Tena, donde rondaría tanto la Gran Fache como Tebarray, el col de Aragón, Pondiellos, el refugio de Alfonso XIII o la punta Zarre. También la cumbre del entonces difícil Balaitús. Igualmente, en los picos de Arriel, del Midi o las Frondellas. Se le ve, junto a sus compañeros, usando una cuerda para subir por unas rampas de nieve y roca de aspecto vertiginoso. Hay paisajes que sorprenden por su carácter polar, como el ibón de la punta Zarre y el collado del Marcadau. Por estos clichés puede suponerse que del mismo modo ascendió a los picos del Infierno. De hecho, aparecen no pocas imágenes de compañeros suyos encaramados en rocas puntiagudas, que era uno de sus motivos favoritos. Este repaso de las montañas tensinas en torno a 1930 se completa con fotografías de Bramatuero, Bachimaña y, lo más sorprendente, el cable con el que subían los materiales hasta el ibón de Brazato desde el Balneario de Panticosa.

Las andanzas primeras de la cuadrilla de José María Escudero nos llevan también hasta la vertiente sur del Vignemale. Por los prados entonces del todo salvajes de Bujaruelo. O no tan salvajes, pues mi padre siempre gustó de retratar tanto a los pastores como a los rebaños que encontraba. Entonces había un Pirineo vivo. De ese otro viaje destacan algunos rincones de Torla y de Ordesa, donde parece que acamparon con una tienda de aspecto frágil. Para seguir hacia arriba: hacia las Gradas y el circo de Soaso, el viejo refugio de Góriz, el ibón del Monte Perdido… Sin dejarnos fuera del recorrido las Clavijas de Cotatuero, donde de nuevo se sumerge en unos parajes de vértigo junto a sus amigos.

Pilar Escudero Carrión ha conservado con devoción las fotografías de su padre

José María Escudero (izda.), frente al Vignemale

En este repaso rápido del material gráfico de mi padre no puede olvidarse las imágenes, fechadas ahora en el invierno de 1931-1932, del Candanchú Blanco. Con un especial protagonismo para el refugio de Santa Cristina de Montañeros de Aragón. Y al menos una incursión con los esquís hasta el ibón de Estanés. En grupos de amigos, junto con sus dos hermanas montañeras, María Jesús y Carmen Escudero, acompañadas por las que parecen ser otras chicas jóvenes del Club. Alguna de ellas, luciendo un jersey con el emblema de Montañeros bordado en grande.

No quiero cansar con más descripciones de este legado fotográfico, a completar con lo que parece ser una campaña de ascensos muy intensa en torno al Aneto, Salenques y Tempestades, allá por 1932. Mi padre retrató allí unas grietas abiertas como ya no se ven en los libros actuales. También con sus esquiadas, en grupo mixto de chicas y chicos, por los alrededores del refugio del Formigal, durante el invierno de 1932-1933… Pasaré rápida sobre sus recorridos variados por lugares muy emblemáticos de la sierra de Guara, desde San Cosme y San Damián hasta Mascún, o sobre sus tanteos de escalada en el mallo Fire de Riglos. Este último, fechado en el mes junio de 1933.

Puede decirse que, en muchos de estos terrenos, tanto José María Escudero Delgado como sus amigos de Montañeros de Aragón, fueron unos auténticos pioneros.

Durante una travesía por las zonas altas del valle de Tena (Col. Escudero)

Biografía Aurelio Grasa Sancho (1893-1972)

Eloísa Teresa Grasa Jordán y Carlos Barboza Vargas
Archivo Fotográfico Barboza Grasa

Aurelio Grasa en el Portalet con su moto Humber en 1917, ante el Midi (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Mi padre, Aurelio Grasa Sancho, nace en Zaragoza el 11 de marzo de 1893. Sus padres, Joaquín Grasa Sieso y Eloísa Sancho Serrano, eran los propietarios del Bazar La Bola Dorada, situado en la calle de Candalija; una tienda muy especial, ya que traía productos muy diversos de toda Europa y que "no se encontraban en ningún comercio de la ciudad", como describía don Juan Moneva.

Aurelio tenía dos hermanos mayores, José, que era relojero, y Félix, y uno menor, Emilio, nacido en 1900, a quien cuidaba con gran afecto. Cursó los estudios primarios con gran aplicación en el Colegio de San Felipe. Desde muy joven siente gran interés por la fotografía, instalando con su hermano José su propio laboratorio fotográfico en la bodega del bazar familiar, y realiza sus primeros reportajes en los que da cuenta de la actividad zaragozana, publicándose por primera vez una fotografía suya firmada el 13 de julio de 1907 en la revista Blanco y Negro de Madrid, a los catorce años de edad. En 1908 realiza un reportaje con la cámara de bolsillo Ticka sobre la Exposición Hispano Francesa de Zaragoza.

Le apasionan los diversos deportes relacionados con la movilidad, y al terminar los estudios primarios, su padre le compra una bicicleta. Es Socio Fundador de la agrupación ciclista El Pedal Aragonés, con carnet fechado el 1 de septiembre de 1909, y participa activamente, junto a sus hermanos mayores, en diversos recorridos ciclistas: bordean el Canal Imperial, llegan a la Fuente de Los Incrédulos, van a Garrapinillos… Es socio de la Sociedad Velocipédica Zaragozana desde 1 de septiembre de 1915, con el número 691.

En octubre de 1910 inicia sus estudios de Medicina, que finaliza en 1917, simultaneando las prácticas académicas con las fotográficas, pues sigue ejerciendo de reportero gráfico del Heraldo de Aragón, la revista agraria La Vida en el Campo, ABC, y Blanco y Negro de Madrid, publicando en dichos medios más de un millar de fotografías. Colabora en las revistas Aviación y La Actualidad, editadas en Barcelona. Realiza fotografías autocromas desde 1912 en distintos formatos, siguiendo el procedimiento ideado por Santiago Ramón y Cajal. Hizo su primera fotografía aérea en 1912 acompañando a Tixier en sus vuelos sobre Valdespartera en Zaragoza.

Utiliza para sus desplazamientos fotográficos una motocicleta belga marca F/N, y en 1917, al finalizar los estudios de Medicina, adquiere una motocicleta británica Humber. La idea de viajar y conocer mundo le fascina y en estos años de formación y trabajo como reportero gráfico recorre todo Aragón, Navarra, Valencia, y viaja al norte de España. Hace un viaje al Pirineo en 1915 con la moto, acompañado de otros dos amigos motoristas, y llegan hasta Somport, en la frontera franco-española; visitan Sallent, Panticosa, su lago y el Balneario, realizando un reportaje fotográfico del entorno montañoso. Lleva una cámara Goerz de placas de 9 x 12 cm.

Tras la Licenciatura en Medicina, en 1917, marcha a Madrid en 1919 para especializarse en Urología y Sifilografía, y luego a París en 1920-21 para seguir un Curso de Clínica y Laboratorio sobre las enfermedades del tubo digestivo.

Vuelve a Zaragoza e instala su primera Clínica como Médico Dermatólogo y Radiólogo en mayo de 1921. Adquiere un automóvil Peugeot con el que realiza viajes a San Sebastián, Santander, Asturias, Andalucía y Pirineo aragonés; a Sallent y Panticosa, y en una de las fotografías tomadas aparece conduciendo su coche Peugeot junto a la señal del "Col d'Aubisque". Lleva una cámara fotográfica Goerz, de placas de cristal de 9 x 12 cm. En otras imágenes aparece esquiando por una carretera junto

Imagen tomada por Grasa en 1931 del refugio de Montañeros de Aragón en Candanchú (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Una de las célebres imágenes del interior del refugio de Santa Cristina en 1931 (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Otra toma de Aurelio Grasa de un grupo de Montañeros ante el refugio en 1931 (Col. Archivo Barboza-Grasa)

La magnífica fotografía de Grasa en 1932, titulada Sol y Huellas (Col. Archivo Barboza-Grasa)

a otras personas, y en otra placa retrata el paisaje nevado de amplias y suaves laderas con pinos en algunas zonas.

En 1919 Aurelio vivió en Madrid y tuvo relación con el Club Alpino Español; conservamos diversas insignias de dicho Club, pionero en España en la práctica del esquí desde 1905. Estas imágenes de los inicios de los años veinte, sobre placas de 9 x 12 cm, son las primeras en que aparece como esquiador, equipado con ropa de montaña, botas, esquíes y bastones. Es muy joven y todavía conserva su cabello oscuro.

Es Socio Fundador de la Sociedad Fotográfica de Zaragoza desde sus inicios, según su propio testimonio verbal, y así aparece en la fotografía de Juan Mora de la Cena Fundacional celebrada el 21 de octubre de 1923.

Es socio del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón, figurando inscrito desde marzo de 1926.

Es socio del Club Deportivo Helios, del que su hermano mayor, José Grasa, fue el segundo Presidente, desde 1925. Adquiere el 18 de octubre de 1930 una canoa de regata tipo zapatilla, de caoba, un outboard, con la que realiza carreras y desplazamientos por el Ebro, promoviendo la utilización de su cauce para campeonatos náuticos. Realiza fotografías de gran belleza del Ebro y sus paisajes; fotografía a una esquiadora acuática bajo el Pilar, el Puente de Piedra, las arboledas, fiestas, paseantes y bañistas, competiciones de natación.

Viaja al Monasterio de Piedra y realiza un reportaje fotográfico de singular belleza y originalidad. En invierno se desplaza al valle de Hecho,

En el viaje a los Alpes de 1933, Grasa retrata al Mont-Blanc desde una avioneta (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Grasa frente al Cervino en el verano de 1934 (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Oza, Canfranc y Candanchú con varios amigos. Toma fotos de personajes, poblaciones y paisajes de estos pueblos. Hay fotos junto a la Estación Internacional de Canfranc.

Es Socio Fundador de Montañeros de Aragón y participó en la Asamblea Constituyente del 15 de abril de 1929, siendo designado vocal segundo en la Comisión Gestora que se formó. El 15 de mayo quedó formalmente inscrito Montañeros de Aragón en el Registro Civil y Aurelio Grasa siguió formando parte de su Junta Directiva. Conservamos su Carnet de Socio de Montañeros de Aragón del año 1935, cuando era el 137 numerario, en el que figuran Miguel Rábanos como Presidente y José Grasa como Tesorero, así como una funda de piel para el mismo, con el escudo grabado, y en el que aparece el piolet con la punta hacia abajo. También guardamos la insignia esmaltada del Club, en la que figuran los tres aros de las provincias aragonesas, verde, blanco y morado, y las iniciales rojas "M" y "A" sobre los que se superpone el piolet, con el mango simétrico. Asimismo, conservamos su ropa de montaña, guantes, medias de lana y pantalones de cuero que nos evocan esas épocas. En la lista unificada de 1952 figura con el número 10 de socio de Montañeros de Aragón.

En estos años de gran trabajo ejerciendo como médico radiólogo y dermatólogo, despliega su creatividad realizando reportajes fotográficos de sus viajes y travesías por el Pirineo aragonés, fuente inagotable de imágenes inolvidables. El 30 de marzo de 1930 se realiza el Primer Campeonato Internacional de Esquí, organizado por Montañeros de Aragón, y que se desarrolla en las pistas de Candanchú. Aurelio participa y además con su cámara fotográfica estereoscópica Richard de 6 x 13 cm retrata el ambiente del importante evento deportivo. Dos de estas imágenes fueron reproducidas en la revista Aragón de abril de 1930. Aparecen grupos de esquiadores con sus dorsales identificativos, entre ellos varias mujeres esquiadoras: "Dos valientes esquiadoras que tomaron parte en el campeonato, Fot. Grasa". Se reproduce "Un aspecto de las laderas de Candanchú durante el campeonato internacional. Fot. Mora", y "Los concursantes que resultaron vencedores y los premios obtenidos". En esta primera imagen del reportaje aparece Aurelio Grasa en la parte derecha, como montañero, con sus esquíes de hickory y bastones de bambú y cuero, como participante en el evento. Hemos catalogado diversas imágenes en las que se puede ver a los esquiadores con sus dorsales numerados, ascendiendo por las laderas de Candanchú, cerca de la Zapatilla, a diversas alturas. Así pues, Aurelio ejerció de reportero gráfico del evento. En una de las imágenes distinguimos en un grupo a la esquiadora María Jesús Urruti, con quien nosotros también mantuvimos una gran amistad, ya que era vecina nuestra, y nos narraba las aventuras pasadas con Aurelio y los amigos montañeros, recordando esos años juveniles de gran camaradería.

A partir de 1930 sustituye la cámara estereoscópica Richard de placas de cristal por una Zeiss Ikon, con el formato de negativos de 6 x 9 cm en celuloide, lo que es mucho más manejable para ir esquiando y fotografiando, sus dos pasiones. Conservamos en su archivo fotográfico conjuntos completos de imágenes de travesías por las inmediaciones de Candanchú, valle de Aspe, vistas desde la Raca, el Bosque de las Hayas,

Autorretrato con Leica en 1935 (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Autorretrato de 1937 con el Midi d'Ossau dando fondo (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Retrato de Aurelio Grasa realizado en 1943 por Mermanol Valenzuela (Col. Archivo Barboza-Grasa)

Sallent y entorno del Midi, en las que aparecen grupos de esquiadores ascendiendo lentamente en pasajes nevados con inmensas laderas blancas, picos y nubes. Paisajes en los que las montañas cubiertas de nieve intacta se reflejan en los lagos, creando unas duplicidades de la imagen de gran belleza. Imágenes irrepetibles en las que se siente la amplitud, soledad y luminosidad del paisaje pirenaico aragonés. Son una declaración de su concepto de disfrute y contemplación de la Naturaleza. Asimismo, se conservan imágenes del primer refugio de Candanchú de 1931, situado a pie de pistas, en el que se aprecia el escudo de Montañeros de Aragón en la parte superior de fachada principal. Asimismo, se conservan fotografías de grupos de esquiadores, en el interior y exterior del refugio, que servirán para identificar gráficamente a los socios primeros del club.

En 1932 envía sus imágenes a Concursos Internacionales de Fotografía de Montaña y participa: en el Salón Internacional de Fotografía de Bilbao –y obtiene Medalla de plata–, en el V Saló de Fotografies de Muntanya, del Centre Excursionista de Catalunya y en el VIII Salón Internacional de Fotografía de Zaragoza, con imágenes como: "Sol y Huellas (pistas del Tobazo)", "Puerto de Aspe", "Tempestad, puerto de Sallent". Obtiene un premio, y en la revista Aragón de noviembre de 1932 se publica una crónica muy completa sobre el VIII Salón, y dice: "Entre los zaragozanos consigue una Medalla de Plata Aurelio Grasa, que nos da a conocer su especialidad en asuntos a contraluz sobre nieve".

En 1933 participa en diversos premios de fotografía nacionales e internacionales; entre ellos, el VI Saló Catalá de Fotografies de Muntanya, obteniendo Medalla de Oro, Medalla de Plata y Segundo Accésit y Medalla de Plata y Tercer Accésit, del Centre Excursionista de Catalunya; el II Saló Internacional d'Art Fotografic de Barcelona; el XVII Salón de Fotografía de Montaña de la Sociedad Española de Alpinismo Peñalara de Madrid.

En el verano de 1933, deseado ampliar los horizontes de actuación de Montañeros de Aragón en Europa, organiza junto a Manuel Marraco Teresa y Luis Gómez Laguna, un viaje para ascender al Mont-Blanc. Se desplazan en el automóvil de Aurelio, un Studebaker Z-3240. Es la primera salida al exterior de Montañeros de Aragón, a los cuatro años de su creación como Club.

En 1934 se constituyó el Real Aeroclub de Zaragoza, formando parte de la primera Junta Directiva como Tesorero.

En 1934 participa en nuevos premios de fotografía fuera y dentro de España. A destacar el Primer Premio del VII Saló Catalá de Fotografies de Muntanya, del Centre Excursionista de Catalunya.

En el verano de 1934 planea otro viaje a Francia, Italia y Suiza; esta vez le acompaña de nuevo, Manuel Marraco Teresa, y se incorpora Joaquín Gil Marraco. Se desplazan en el automóvil de Aurelio, un Graham Paige Z-5295. Recorren la Costa Azul, norte de Italia y Suiza, pasando el San Gotardo.

En 1935 participa en diversos premios nacionales e internacionales de fotografía. Entre los hispanos, el VIII Saló de Fotografies de Muntanya del Centre Excursionista de Catalunya, donde obtiene Primer Premio, Segundo Premio y Accésit.

En el verano de 1935, organiza un tercer viaje a Francia, Italia, visitando Venecia y el Véneto, las Dolomitas, el Tirol austriaco y Suiza; le acompaña su gran amigo, Manuel Marraco Teresa. Se desplazan en el automóvil de Aurelio, el Graham Paige.

Al comienzo de 1936 prosigue su actividad fotográfica, participa con sus espléndidas imágenes de montaña en varios concursos en los Estados Unidos, Austria, Francia, Yugoslavia, Canadá y Japón. También en España, donde hay que recalcar el IX Saló de Fotografies de Muntanya del Centre Excursionista de Catalunya, Primer Premio y Segundo Premio. Y el del Club Alpino Nuria de Barcelona: Primer Premio y Segundo Premio.

Carlos Barboza y Teresa Grasa preparan en nuestra Sala de Juntas su conferencia

Aurelio Grasa publica sus fotografías en los tres "Almanaques" editados por el Heraldo de Aragón en 1934, 1935, 1936. En 1934, Publica fotografías de montaña, "Bosque de las Hayas", "Nieve", "Montblanc". En 1935, "Salto", de los Campeonatos de Esquí de Candanchú y reportajes de la Costa Azul. En 1936, "Boira y Cumbres", ambas fotos de montaña. También en revistas especializadas, como Aragón. Revista gráfica de cultura aragonesa o Campeón.

En 1942 se casa con María Jordán Ciria, hija de Miguel Jordán Marraco, farmacéutico de la antigua Farmacia y Droga Jordán, y tiene dos hijas, Matilde y Teresa. Continúa con su actividad fotográfica, ampliando el campo de sus intereses a los familiares, fotografiando a sus hijas con un nuevo concepto, "impregnado de dulzura y candor", según recoge la crítica en la revista Aragón.

Aurelio en estos años, utiliza cámaras Zeiss Ikon de 6 x 9 cm. y las cámaras Leica de paso universal, desde 1934 –con diversos objetivos, entre ellos el Thambar–, ya que fue siempre partidario de su óptica de gran calidad, luminosidad y negativo de menor tamaño. Su famosa fotografía de una gran rueda titulada "Hispano Suiza", fechada en 1935, está realizada con su primera Leica. Compone fotografías panorámicas de paisajes del Pirineo, en las que uniendo diversos negativos, realizados desplazándose apenas hasta alcanzar la amplitud deseada, conforma luego una única imagen panorámica, positivándolos. Se conservan diversas pruebas de esta modalidad, tanto en pequeño tamaño como en grande. Una de ellas, "Vista desde la Raca", aparece la Estación internacional de Canfranc en el centro de la imagen y las pistas de Candanchú a la derecha. A un lado, el esquiador Miguel Rábanos contempla el paisaje.

A principios de los cincuenta, utiliza la Leica M3 e investiga en las diapositivas a color. Fotografía su entorno con la naturalidad que le caracteriza –vemos crecer a sus hijas y el cambio en el paisaje de España–, y se conservan un buen número de imágenes con este soporte. Realizó diversos documentales a color en cine, en formato de 8 mm. Utilizó la cámara Polaroid desde 1964, decía que apreciaba la inmediatez de la imagen, y presintió que la fotografía iba a dar un cambio técnico importante.

Muere en Zaragoza el 30 de junio de 1972 a los setenta y nueve años de edad.

Nota de Redacción: *se ha publicado una reseña más completa sobre Aurelio Grasa Sancho en el Anexo del Boletín Digital de Montañeros de Aragón número 73 (marzo-abril de 2020).*

Canfranero

El tren que nos llevaba a la montaña

Luis Granell Pérez

En 2019 hemos celebrado los 90 años de Montañeros de Aragón. Nuestro club fue promovido por una organización que había nacido solo cuatro años antes, el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón (SIPA) que, como dice la Gran Enciclopedia Aragonesa, pronto desbordó su propósito inicial de promover la actividad turística para convertirse en "una pujante organización regionalista que hace suyas muchas de las reivindicaciones del movimiento regionalista aragonés: comunicaciones (sobre todo el ferrocarril a Canfranc, verdadero leitmotiv de la vida de la asociación), los regadíos del Alto Aragón y la promoción del turismo, riqueza monumental, tipismo, costumbres, arte y literatura de la región". También en esos años, concretamente en 1922, nació la Sociedad Fotográfica de Zaragoza (SFZ). Los nombres de los promotores de estas tres organizaciones (Montañeros, SIPA y SFZ) coincidían en muchos casos. Era el reflejo de la vitalidad de un sector de la burguesía zaragozana que pretendía modernizar la sociedad de su época desde la perspectiva del progreso, el turismo, la actividad deportiva montañera o las nuevas formas de creación artística que brindaba la fotografía.

La línea internacional Zaragoza-Canfranc-Pau, inaugurada en 1928, se convirtió en uno de los paradigmas de ese intento modernizador, pues abría Aragón a los países más desarrollados de Europa, que estaban al norte de los Pirineos. Y brindaba también la posibilidad de viajar en solo unas horas hasta las montañas que nos separan de Francia cuando, hasta entonces, costaba varios días hacerlo montados en caballerías o en diligencias que se las veían y deseaban para coronar el puerto de Oroel.

El ferrocarril había llegado ya a Jaca en 1893, de la mano de la Sociedad Anónima Aragonesa del Ferro-Carril a Francia por Huesca, Ayerbe, Caldearenas, Jaca y Canfranc. Y, aunque no alcanzaba todavía el corazón de la cordillera pirenaica, desde sus primeros años fue utilizado por los amantes de la montaña. He encontrado una publicación que testimonia cómo los Exploradores de España de Zaragoza, grupo que luego habría de tener una larga y estrecha relación con Montañeros de Aragón, utilizó el tren en el verano de 1917 para que un grupo de alrededor de setenta y cinco personas, entre exploradores y acompañantes, viajasen hasta Anzánigo. Allí iniciaron una marcha a pie que les condujo por Botaya, San Juan de la Peña, Santa Cruz de la Serós, Embún, Echo, Oza (donde acamparon varios días), Ansó, Roncal y Aoiz hasta Pamplona. No sé si los actuales scouts serían capaces de realizar una caminata semejante.

Foto aérea del valle y estación de Canfranc (Foto: Aurelio Grasa. Archivo Barboza-Grasa)

Para que los trenes llegaran al paraje de Los Arañones, donde se había acordado construir la estación internacional, deberían pasar aún treinta y cinco años. Las obras del tramo más alto de la línea las realizó la compañía Caminos de Hierro del Norte, que poco antes había comprado la Sociedad Anónima Aragonesa. Tras desviar el río Aragón, con los escombros procedentes de la perforación del túnel de Somport se creó una gran plataforma en la que se levantaron edificios y se implantaron hasta veintiséis vías, de ancho europeo e ibérico. Unas instalaciones espectaculares que Aurelio Grasa (médico, fotógrafo, esquiador y socio de Montañeros de Aragón) recogería en una espectacular fotografía aérea presidida por el perfil inconfundible del Midi d'Ossau. El 18 de julio de 1928, con la llegada a Canfranc del tren español en el que viajaba el rey Alfonso XIII y del tren francés en el que lo hizo el presidente de aquella República, Gaston Doumerge, se inauguraba por fin el ferrocarril internacional por el que los aragoneses llevaban clamando setenta y cinco años. En la parte española, a la vez que el tramo Jaca-Canfranc se inauguró la línea Zuera-Turuñana, un atajo que permitía ahorrar casi cuarenta kilómetros de recorrido.

En esos mismos años se produjo otra coincidencia y no creo que fuera por casualidad. En 1931, solo tres años después de la llegada del tren a Los Arañones, Montañeros de Aragón estrenaba su primer refugio: el de Santa Cristina, en Candanchú.

Refugio de Santa Cristina, de Montañeros de Aragón, en Candanchú

Muy pocos aragoneses tenían automóvil en aquellos tiempos y el ferrocarril era la opción más fácil y rápida para llegar al Pirineo, por eso los aficionados al montañismo lo utilizaron desde el principio. El esquí era entonces un deporte novedoso en España, que enseguida caló entre los zaragozanos que, eso sí, podían permitirse el lujo de viajar a las montañas. Quizá por eso se han conservado más fotos que relacionan el Canfranc con la nieve que con la escalada u otras actividades montañeras.

Esquiadores recién llegados en tren a la estación de Canfranc (Foto: Elías Viñuales)

Pero no todo era nieve y esquí, claro. En julio de 1933 Montañeros de Aragón utilizó el tren, que ya entonces empezaba a conocerse como el Canfranero, para que sus socios pudieran llegar al campamento que organizó aquel verano en el Prepirineo. La información sobre el mismo la he encontrado en la revista Aragón, editada por el SIPA, que tenía una sección fija dedicada a las actividades de nuestro club. Su destino fue la estación de Santa María y La Peña, junto al embalse del mismo nombre que, en 1913 (es el segundo más antiguo de Aragón), habían construido los regantes zaragozanos de los términos de Rabal y Urdán. Desde allí caminaron hasta el lugar de la acampada, que denominan La Chuata. Confieso que no he sabido encontrarlo en el mapa aunque, por las menciones que se hacen en el texto a Salinas de Jaca (viejo), a una Fuente de las Vacías (que, desde luego, no es la que se encuentra cerca del collado de Santo Román) y a las vistas del Pirineo, supongo que debía hallarse no lejos de Villalangua.

Pero volvamos a viajar hasta la estación de Canfranc (más conocida entonces como Los Arañones) acompañando a los montañeros que usaban el tren para llegar hasta la nieve. Hoy, que llegamos en coche al Pirineo en menos de dos horas, que aparcamos junto a la misma fila de telesillas capaces de subirnos en minutos por encima de los 2.000 metros y dormimos en hoteles o apartamentos con todas las comodidades, resulta difícil imaginar la peripecia de aquellos pioneros. Lo haré reproduciendo el texto de José María Abizanda que se publicó en el número de marzo de 1934 de la revista Aragón:

"Es sábado, las tres de la tarde. Los esquiadores que llenan el andén central de la estación del Norte se impacientan; cada minuto de retraso supone llegar al refugio más tarde y poder dormir menos. Por fin, atención al tren. Lío de esquís, lío de bastones, lío de mochilas. Cuando el jaleo cesa, la impedimenta aparece ubicada en la rejilla y las gruesas botas se alinean sobre los tubos de calefacción a vapor.

Los trenes de la primera época del Canfranc eran como este que vemos en la estación de Huesca (Foto: Elías Viñuales)

"En marcha; dejamos atrás la estación, San Gregorio, el Aeródromo. Ahora ya se descansa, después del jaleo de la semana y del día. El marchar a la nieve parece remoto, pero sí… sí… ya pasamos San Juan y nos aproximamos a Zuera. Un pacifista sugiere: Al bar; todos le obedecen. Allí, frente a las tazas bamboleantes, el paisaje parece correr más. Surgió un vigía: ¡Fijaos, cómo está Guara de nieve! El síntoma alegra a todos; surgen comentarios. Había nieve desde La Peña, quizá en Ayerbe. Cualquier cosa es aceptable.

"Se proyectan excursiones, se habla de esquís, de botas, de ataduras; todo el mundo puede mostrar algo nuevo. La camaradería ahuyenta lo monótono del viaje. Llegamos a Jaca, como siempre: chicas bonitas en la estación. El tren renquea en penosas pendientes, la región de los tubos, el túnel largo y… ya llegó.

"Desde el puente otean el valle. ¡Qué buen día se prepara! Algunos calzan sus esquís y comienzan su marcha nocturna. Nadie quiere ir el

Esquiadores subiendo a pie a Candanchú, a su paso por Rioseta (Foto: Aurelio Grasa. Archivo Barboza-Grasa)

primero; es fastidioso hacer huella; hay un arbitraje: se turnarán para la avanzada. Se ven las lucecitas del fortín de Coll de Ladrones. La caravana, lenta, penosa, va dejando una estela en la que brilla la luna. Ya están en Rioseta; nieve y hielo por todas partes, el murmullo del arroyo se apagó a la puesta del sol, una cinta de hielo lo ha arrebatado. Pasaron el Ruso; ya se ve el Refugio. El teléfono llevó la orden: sopa para siete, y al entrar siete platos humeantes confirman la noticia y dan sabrosa bienvenida.

"Se charla un poco, corre el rancio y, tras la sobremesa, a elegir sitio en la falsa. El blando heno recoge los cuerpos fatigados. Todos hablan, todos ríen, pero poco a poco el concertante se convierte en diálogo y por fin el silencio y algo que no siendo silencio también prueba que se duerme, lo invade todo.

"Se oye ruido abajo; alguien a quien venció el frío y ha bajado a encender el fuego. Los previsores que pusieron tabaco al alcance de la mano fuman, los demás contemplan. Brilla el sol y hay que decidirse. Ya están todos abajo; sólo un rezagado, quizá José el de los pies no ligeros.

"El día es espléndido, desde el umbral se ven los nevados picos en los que el sol reluce. Mientras humea el cacao y corre la cera, se planea la excursión.

"Acertaron con la cera y se van alejando del refugio. La caravana repta entre las viejas huellas heladas. Se multiplican los zigzags y los diferentes surcos resaltan como un teorema de geometría del espacio. Van llegando a la cumbre; desde allí los valles se han empequeñecido. Se ve, lenta, la caravana de los que pernoctaron en Arañones; las pistas comienzan a cubrirse. Un refrigerio y el descenso, murmullo de esquís deslizantes, crujir de hielo en polvo. Una caída; el esquiador ha desaparecido en la nube de polvo que él provocó.

"Un rato en las pistas luciéndose y a comer al refugio. Sacudir la nieve y entre los alineados esquís surgen los abigarrados trajes. Se oye español, francés, alemán… se discute en todos los idiomas; pero sobre todo se saborean las alubias con lechón que la buena Eustolia nos ha preparado. Sobremesa corta, humo de tabaco rubio y otra vez a las pistas.

Grupo de esquiadores en Candanchú. El segundo por la derecha, con boina, es Aurelio Grasa (Foto: Aurelio Grasa. Archivo Barboza-Grasa)

De vuelta a la estación de Canfranc para coger el tren de regreso (Foto: Manuel Arribas)

"El sol, hastiado de tanta alegría, se comienza a ocultar tras la mole del Tobazo y a esta señal las mochilas se agitan recibiendo los bártulos. La carretera está heladita; el descenso es rápido. Se zumba por las estrías de impacientes.

"Otra vez al tren; la máquina no gime, va de descenso. Ahora se descansa, se comenta y quizá exagera. ¿Quién no hizo alguna proeza? ¿Quién no la probó? La máquina pita repetidamente; ya, Zaragoza. El desfile

callejero es contemplado con asombro. Los que pasaron el día envidando a la chica o temiendo al seis doble no conciben la sana alegría.

"¿Os gustó la excursión? Ánimo; prended la insignia montañera en vuestro pecho y el próximo sábado, a las tres, en la estación".

El artículo de Abizanda estaba ilustrado con fotografías de Aurelio Grasa, Lozano y Yarza. En diferentes números de la revista Aragón, del SIPA, pueden verse testimonios gráficos de aquellos pioneros aragoneses del esquí. Como una de las participantes en un campeonato femenino de esquí en 1934, en la que alguien anotó a mano las tres primeras clasificadas al pie de sus correspondientes fotografías. Menos alegres que las que les sacaron subiendo hacia Candanchú son, claro, las de su descenso a Los Arañones para coger el tren de regreso. Con mucha mayor frecuencia que ahora, la estación estaba cubierta de nieve, lo que aprovechaban algunos para hacer sus primeros y suaves descensos sobre los esquís, sin necesidad de caminar hasta las altas pistas.

Quiero cerrar el capítulo de los inicios del esquí en Aragón con una mención especial a la magnífica foto de Aurelio Grasa que utilizamos en septiembre para publicitar el Tren de los Montañeros. En ella se ve a un grupo de esquiadores recién llegados a Canfranc en uno de los (entonces) modernos automotores diésel de Norte, que subían de Zaragoza a Canfranc en tres horas y media. Por cierto, en menos tiempo del que más de ochenta años después emplea el tren para cubrir el mismo trayecto.

¿Cómo era aquel viaje? Los que ya hemos recibido la Insignia de Oro de Montañeros (no por nuestras hazañas deportivas sino porque llevamos más de cincuenta años siendo socios) recordamos que empezaba en la zaragozana estación del Norte, en la margen izquierda del Ebro, hoy convertida en centro cívico. La vía subía, y sube, por el valle del Gállego hasta Zuera, donde los trenes con destino a Canfranc tomaban la que discurría por las estaciones de Gurrea de Gállego, Ortilla-Marracos y Piedramorrera-Biscarrués; las dos últimas aisladas en medio del campo, pues la línea no había diseñada para servir a los pueblecitos de la zona sino buscando el trazado más recto, a fin de acortar el viaje.

Superado el empalme de Turuñana, el tren llegaba a la estación de Ayerbe. Allí la parada era más larga por razones comerciales, debía permitir el trasbordo de los viajeros que hubieran llegado en otro tren procedente de Tardienta y Huesca, y también técnicas, pues había que reponer el agua que la locomotora había consumido desde Zaragoza. Sin olvidar que, cuando los trenes eran pesados, se necesitaba acoplar una segunda máquina. Por eso esta estación disponía, igual que la de Jaca, de una placa giratoria que aún puede verse, aunque está fuera de servicio, para poder invertir el sentido de marcha de las locomotoras. Ese tiempo era aprovechado por los viajeros para bajar al andén a estirar las piernas y para comprar en la cantina vino y las famosas tortas de anís que llevan el nombre de la población.

Aquellas tortas no eran tan suaves como las de ahora y, a veces, creaban atascos en la faringe que solo un generoso trago de aquel vinazo

Esquiadores haciendo sus primeros pinitos frente a la estación (Foto: Aurelio Grasa. Archivo Barboza-Grasa)

Años treinta. Grupo de esquiadores recién llegados a Canfranc en un moderno automotor (Foto: Aurelio Grasa. Archivo Barboza-Grasa)

que vendían a granel (¡ojo!, solo con una l) en la cantina ayerbense era capaz de deshacer. Tortas y vino que eran consumidas mientras los viajeros disfrutaban con el paisaje, pues a partir de Ayerbe empezaba y empieza la parte más atractiva del trayecto del Canfranero. ¿Quién no se ha asombrado al ver pasar el tren bajo los Mallos de Riglos y sobre los rápidos del, en este como en otros tramos que recorre el ferrocarril, solitario valle del Gállego? Mucho más cuando las locomotoras eran de vapor, claro.

Una estación clave de la línea era la de Sabiñánigo, pueblo que nació con la construcción del ferrocarril. Y lo era porque allí se enlazaba con los autobuses de La Hispano Tensina, que permitían subir a Sallent o al Balneario de Panticosa. O el de otra empresa más modesta que, salvado el puerto de Cotefablo, llevaba a Torla, desde donde podía irse caminando a los valles de Ordesa y Bujaruelo, y a los demás pueblos de la cuenca del Ara. No conocí los venerables cacharros que aparecen en la foto de la estación de Sabi que acompaña este artículo, pero seguro que los lectores más maduros recordarán aquellos Mercedes redondeados, con un prominente morro que alojaba el motor, decorados interiormente con chapa de madera y que aún conservaban algunos cartelitos en alemán.

Ver pasar un tren con locomotora de vapor bajo los Mallos de Riglos era todo un espectáculo (Foto: Canfranc, el mito)

Estación de Sabiñánigo. Los autobuses de La Hispano Tensina esperan a los viajeros con destino a Panticosa o Sallent

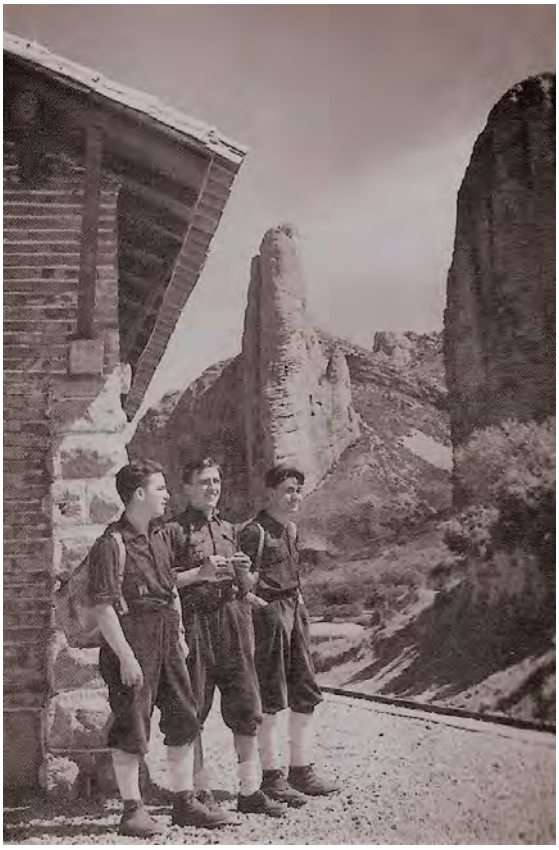
La estación de Canfranc empezó a deteriorarse muy pronto (Foto: Ian Turnbull)

Y, tras Sabiñánigo, Jaca, que solía ser destino u origen del viaje de tantos y tantos soldados a los que había tocado hacer el servicio militar en la Escuela Militar de Montaña o en el Regimiento Galicia y eran usuarios del ferrocarril. Debo confesar que, salvo raras excepciones, las muchas veces que he pasado en tren por esa estación nunca he visto que sus andenes estuvieran llenos de chicas bonitas, como contaba José María Abizanda en el artículo que he reproducido más arriba.

Salvo para los pocos que seguían hacia Francia, Canfranc era el final del viaje. El escaso tráfico que siempre registró esta línea hizo que primero Norte y luego Renfe fueran eliminando personal y descuidando las instalaciones de su grandiosa estación internacional, que ya presentaba un estado calamitoso cuando, el 27 de marzo de 1970, se produjo el accidente del puente de Estanguet y la SNCF decretó la "suspensión de servicios", más bien el cierre de la parte francesa de la línea; primero entre Bedous y Canfranc, y a partir de 1981 ya desde Olorón. Pese a ello nunca se suspendió la circulación de los trenes al sur de la frontera e incluso la Aduana española y el Hotel Internacional, que usaban no pocos montañeros y esquiadores, siguieron funcionando durante años en el edificio histórico de la estación. En el comedor de ese hotel, con su entonces atractiva decoración de madera, se celebró la comida de la primera movilización que reivindicó la reapertura, en el verano de 1975, organizada por el SIPA.

Pero después de haber hablado de estaciones importantes, como Ayerbe, Sabiñánigo, Jaca o Canfranc, quiero dedicar un apartado especial a la, posiblemente, más modesta instalación de la línea, pero puede que para nosotros sea la más entrañable: el apeadero de Riglos, destino u origen de viaje para multitud de escaladores que echaron sus dientes deportivos en los Mallos. Allí fue tomada una foto de tres grandes del montañismo aragonés: Ángel López *Cintero,* Manolo Bescós y Alberto Rabadá, muy jóvenes todavía y con la vestimenta del Frente de Juventudes que, si no buenas ideas, al menos proporcionaba a los aficionados a la escalada el material que no siempre se podían comprar. Recuerdo que los domingos, cuando los ya bastante cargados trenes (porque los días festivos había dos, el correo normal y el dominguero) que bajaban hacia Zaragoza paraban en ese apeadero, eran tomados al asalto por los escaladores que, a falta de asientos libres, se tumbaban en los portaequipajes situados encima de estos o abarrotaban los pasillos y hasta los balconcillos abiertos en los extremos de aquellos vetustos coches de madera.

Ahora permitidme hablar un poco de mí: ¿Cómo y dónde nace mi afición a la montaña? El 3 de octubre de 1960 la Junta Directiva de nuestro Club acordó que el domingo 23 realizaría su primera salida a Valdegu-



Unos jóvenes "Cintero", Bescós y Rabadá, nada más bajar del tren en el apeadero de Riglos

rriana el Grupo Infantil de Montañeros de Aragón. Ocurría que no pocos de quienes habían formado parte de los Exploradores de España antes de la Guerra Civil, al prohibirse dicha organización en 1940, ingresaron en Montañeros. Uno de ellos, Tomás Tomás, llegó incluso a ser presidente del club. Pues bien, estos socios querían recuperar la organización, que entonces ya se conocía como de los scouts, y gracias a Montañeros consiguieron que el gobernador civil autorizara la creación de dicho Grupo Infantil que, en la práctica, desde el primer momento se llamó Grupo Scout San Jorge. Yo entré en ese Grupo con doce añitos desde su primera excursión y así se hizo constar en el Boletín de Montañeros de Aragón de junio de 1961, donde aparezco como socio número 1.372, entrado en 1960.

Al año siguiente el Grupo Scout San Jorge organizó un campamento en Escarrilla, en el que participé, y allí descubrí escenarios que me parecieron maravillosos: el embalse del Escarra y peña Telera, el bosque del Betato o los ibones de Brazato, que fueron la causa de esta afición a las montañas que persiste, sesenta años después. ¿Cómo subimos a Escarrilla? Pues cómo iba a ser: en el Canfranero hasta Sabiñánigo y en autobuses de la Tensina desde esa estación hasta Escarrilla, pasando por Biescas y Polituara, porque entonces todavía no se había construido el embalse de Búbal.

Tren ferrobús en doble composición (Foto: Gerardo Carrero)

Después de dejar los scouts, tras un parón propio del despiste adolescente, volví a la montaña. Lo hice en 1965 con una travesía Canfranc-Formigal-Respomuso-Balneario de Panticosa y en 1968 con otra Sarvisé-Fanlo-Añisclo-Goriz-Torla, que narré en el Anuario de Montañeros de 2018. En ambos casos viajando en tren a Canfranc o Sabiñánigo. Y en tercera clase, por supuesto.

Con los años 70 llegaron las locomotoras diésel para sustituir a las vaporosas. Con ellas pasaron a la historia aquellas carbonillas que acababan siempre en los ojos de los viajeros, si estos no tenían la precaución de cerrar las ventanillas en los túneles, y el tren circuló más deprisa. Aunque el cierre de la línea directa Zuera-Turuñana en 1971 alargó el itinerario y la duración del viaje acabó siendo la misma que antes de la llegada de las nuevas máquinas. Como, además, se había producido la revolución del 600, montañeros y esquiadores empezamos a desertar del tren para pasarnos al utilitario.

Otros trenes modernos que usamos en aquellos años fueron los ferrobuses, que más parecían autobús que tren. O el automotor, que algunos pretenciosos llamaban Taf, aunque no lo fuera. Este tren salía de Zaragoza a las tres de la tarde y paraba en muy pocas estaciones, por lo que era el más rápido de la línea. Cuando di mis primeros pasos en el esquí, yo trabajaba en Aragón Exprés, periódico que me enviaba para informar sobre las competiciones que se celebraban en las distintas estaciones. Yo usaba este automotor para subir el sábado a Sabiñánigo, Jaca o Canfranc; una vez allí siempre encontraba quien me llevase en coche hasta Formigal, Panticosa o Candanchú (que Astún aún no existía) e incluso me bajase al día siguiente hasta Zaragoza.

Durante mis años de estudiante compaginé mi afiliación a Montañeros con la del Club Alpino Universitario (CAU), creado gracias al empeño de algunos estudiantes y varios jóvenes profesores de la Universidad de Zaragoza, como Miguel Ángel Hidalgo y Luis Oro quienes, además, consiguieron que se dotara de calefacción a la residencia universitaria de Jaca, que por su bajo precio se convirtió en el alojamiento preferido por los estudiantes a los que nos gustaba esquiar. Ambos Clubs organizaban el Trofeo Ciudad de Zaragoza, que consistía en una carrera por equipos

en la que había que subir andando al Tobazo y bajarlo esquiando; aún me acuerdo de una vez en que me engañaron para que, sin casi saber esquiar, hiciera de control en la cima del Tobazo. "Tranquilo –me dijeron– subirás y bajarás en la telesilla…". Fue un día un día con tal ventisca que el remonte no pudo funcionar y tuve que subir y, tras soportar un frío terrible en la caseta en que nos metimos el otro control y yo, bajar a pie. Bueno, más bien bajé con el culo a rastras. Llegué empapado al viejo refugio y no me moví de delante de una estufa de butano hasta la hora de salida del autobús.

Automotor "tamagochi" pasando bajo los Mallos de Riglos

Tren estrella Pirineos poco antes de llegar a Canfranc

Santiago León, Mario Naya y el autor del artículo (en el centro) en el apeadero de Riglos

Cuando, gracias a la primera variante de Monrepós, la carretera había ganado ya la batalla al ferrocarril, el último intento de aprovechar el Canfranc para llevar deportistas a la montaña fue el tren Estrella Pirineos. Un expreso que, durante la temporada de esquí, viajaba de noche los viernes desde Madrid y Valencia hasta Zaragoza, donde las dos ramas se unían para seguir como un solo tren hasta Canfranc, desde donde regresaba los domingos, también por la noche.

Como es bien sabido, desde hace años los servicios ferroviarios a Canfranc están atendidos con los automotores 596, más conocidos como tamagochis. Si consiguen arrancar y no se averían durante el viaje, cosa que ocurre con frecuencia, les cuesta llegar a la estación pirenaica tanto como les costaba a los trenes de hace medio siglo. A pesar de ello no son pocos los montañeros que seguimos usándolos, al menos para hacer marchas de media montaña. Como la que Mario Naya (a quien conocí en aquel Grupo Scout San Jorge), Santiago León y yo hicimos desde la estación de La Peña, por la Foz de Escalete y el circo de los Mallos, no mucho tiempo antes de la muerte de Mario, que aún tuvo tiempo para convencerme de subir la ferrata de Riglos al año siguiente.

Todas estas y otras muchas batallitas nos las fuimos contando los socios que disfrutamos el pasado 11 de septiembre del Tren de los Montañeros, dentro también de los actos conmemorativos del 90 aniversario de nuestro club. Aquel día viajamos en un moderno automotor de gran capacidad. Fue un símbolo de lo que el Canfranero debería poder volver a ser: un medio de transporte no solo sostenible sino eficaz para subir a la montaña. La amenaza que el cambio climático supone para el planeta Tierra debería llevarnos hacia soluciones de movilidad sostenibles, como es el ferrocarril. Pero, para ello, hace falta modernizar la línea, usar nuevos trenes y, también, recuperar aquel trazado directo que, siguiendo el Gállego, nos llevaba a Ayerbe. Si no, difícilmente el tren podrá competir con la carretera, sobre todo tras las enormes inversiones que se han hecho para convertir en autopista el puerto de Monrepós.

Los Écrins

Un destino nuevo

Ramón Tejedor Sanz

He conocido muchas montañas en una larga trayectoria personal, cultivando esta afición que nos llega al alma y que ha dejado en nuestro haber momentos inolvidables. Una lista casi inconmensurable de macizos alpinos en los diferentes continentes podría dar fe de esta afirmación. Hay cumbres y valles que he visitado en múltiples ocasiones porque una fuerza sui generis dimanante de las mismas me llama a reincidir en la contemplación de parajes que me han cautivado. Lo obvio, no obstante, es que felizmente la lista mencionada nunca se acaba de escribir y siempre podremos soñar con nuevos escenarios.

Y ahí, precisamente, estaba el Parque Nacional de los Écrins en la parte más occidental de los Alpes franceses. Un grupo de doce miembros de nuestro Club (seis mujeres y seis hombres) decidimos en el verano de 2019 conocer este amplio territorio, muy bien preservado, con cotas que van desde los 800 a los 4.100 metros de altura. Un paraíso para deleitarse con nuevos paisajes que facilitan un amplio elenco de actividades deportivas en la montaña, desde travesías por magníficos y bien cuidados senderos, escalada de dificultad notable, alta montaña representada por los primeros cuatromiles alpinos de la gran cordillera europea y diferentes modalidades de esquí.

Un trekking de siete etapas que nos ha permitido circunvalar el macizo de los Écrins, comenzando en las proximidades de Briançon, una réplica de Chamonix en este sector de los Alpes, centro neurálgico de un dilatado espacio invernal para el esquí. Una travesía en la que nos ha acompañado el buen tiempo, incluso con exceso de calor algunos días, pudiendo así captar toda la belleza de los paisajes descubiertos.

El grupo en el inicio de la travesía

La Barre des Écrins desde la Condamine

Hacia el col de la Cavale

Col de la Valette

Lago de Vallonpierre

Cómo transmitir las emociones halladas en nuestro recorrido. Muy difícil hacerlo y más todavía si pretendiéramos trasladar una visión omnicomprensiva y múltiple de todos los miembros del grupo, como espectadores privilegiados. Un amplio y variopinto elenco de hallazgos cada día: aldeas diseminadas y desconocidas para nosotros en el inventario clásico de los Alpes, numerosos collados que te permiten descubrir horizontes nuevos, glaciares en los que aprecias la huella lacerante de su voraz retroceso causado por el cambio climático acelerado, cumbres fácilmente accesibles como la Condamine, de casi 3.000 metros de altura, que nos obsequia con una gran vista de la Barre des Écrins, el gran monarca del macizo.

Momentos extraordinariamente gratificantes los vividos junto a los lagos de Vallonpierre y Muzelle, en los interminables bosques de alerces camino del collado de Trancoulette y en el entorno de la aldea de Villard d'Arene o antes, el poderío que transmite el descubrimiento de la Meije y los Agneaux, montañas de referencia que confieren un sello especial al conjunto del Parque Nacional de los Écrins. Tratamos de captar cada rincón descubierto en un sinfín de fotografías, conscientes de que éstas nunca podrán transmitir a un espectador foráneo la grandeza del entorno

Bosque de Villard d'Arene

paisajístico, las verdaderas dimensiones del mismo, y sobre todo el caudal de emociones, alegrías y placeres compartidos con los compañeros y compañeras de viaje, generando así unos vínculos afectivos que llevarán siempre el sello mágico de los Écrins.

La Montaña Social

Manuel Calvo del Arco

Un día me preguntaron: ¿qué tipo de gente suele subir a la montaña…? Yo contesté, y es lo que pienso, que hay montaña para todos. Cada vez hay más gente entusiasmada con el deporte de la montaña, y eso es fabuloso, si lo que realmente quiere es el disfrute del deporte y compartir esa aptitud de vida por lo que los valores del montañismo representan.

Montañeros de Aragón, como club de montaña, en su 90 Aniversario organizó tres importantes actividades populares: una fue la Ascensión Institucional a nuestro querido y cercano Moncayo, completando una travesía desde La Cueva de Ágreda hasta la accesible y conocida Fuente de los Frailes, paso casi obligado a la infinidad de senderistas, para terminar con una comida de celebración en el pueblo de San Martín de la Virgen del Moncayo. Este tipo de reuniones convienen, ya que se fomenta las relaciones del montañismo y acabas conociendo un poco más al compañero del camino.

Disfrutamos mucho del día, el paisaje, el deporte y, sobre todo, de la compañía, que se hace insustituible, no en el momento exacto, sino después, cuando ya fuera de toda conexión, los recuerdos regresan y, confundidos con el cansancio, recorres los mejores momentos con ese compañero.

Otra actividad que Montañeros de Aragón organizó fue el Día del Senderista: con un poco más de exigencia de organización, se desarrolló por completo en los alrededores de Riglos, con tres tipos de recorridos, intentando incluir en ellos a todas las personas según su capacidad física, porque en la montaña es un subir y bajar durante un no se sabe cuánto tiempo, y ahí podías elegir según tus capacidades, aunque, y el refranero nos lo recuerda que "no hay forastero pobre ni viejo cobarde". También compartimos las viandas que obligaban a reponer las fuerzas consumidas en la actividad según el consumo de cada cual. Tuvimos la presencia del presidente de Federación Aragonesa de Montañismo, y representación del Ayuntamiento de Riglos. La radio también participó con una entrevista a nuestro presidente, Ramón Tejedor. Las personalidades invitadas tuvieron unas palabras para los asistentes y para el club decano del montañismo en Aragón.

La tercera salida también multitudinaria, ya en época invernal, el Día del Raquetista, recorriendo esas lomas nevadas con unos aparatos de raquetas colocados en los pies que nos permiten aventurarnos por valles y colinas bajo su manto blanco descubriendo un camino totalmente desconocido, aunque lo hayas transitado mil veces, la nieve caprichosa modela el paisaje y reconocer esos pequeños pasos hace de este deporte una aventura. También se dispuso de dos recorridos de distinta dificultad; siempre la finalidad es de acercar el deporte de la montaña a todo aquél que quiera disfrutar de ella. Al final de la jornada compartimos un caldo caliente para reponer las calorías del ambiente refrescado por las temperaturas invernales.

Tanto el Día del Senderista como el Día del Raquetista son actividades auspiciadas por la Federación Aragonesa de Montañismo, y cada año, se encarga un club de Aragón de organizarlas. Este año, y por la celebración del 90 Aniversario, se encargó Montañeros de Aragón.

Las tres tuvieron una gran afluencia de deportistas: un éxito. Aunque después de 90 años contribuyendo al conocimiento de la montaña, el éxito es de esas personas anónimas que se vinculan a un Club con la inquietud de hacer partícipes y transmisores de experiencias y conocimiento a los que en su ausencia portarán más y mejor ese legado montañero.

El grupo de monitores y voluntarios del Día del Raquetista

Montañeros en la cima del Moncayo

El Día del Raquetista en el Somport

Las actividades populares, cada vez más, se convierten en aventuras, en deportes de riesgo, convencidos de que "yo quiero, yo sé, yo puedo", caballo de batalla de la seguridad de "la formación, de la información y de la preparación", fundamentos básicos de la seguridad en la montaña, mejor en compañía que solo. Por eso, el paso por un club de montaña es básico para adentrarse en el mundo del montañismo, y ahora es más necesario que nunca, dada la abundancia de información, la experiencia en la práctica del deporte de montaña y el ambiente montañero, que es el fundamento de un club de montaña.

Si tuviera que describir qué hace un club de montaña, podría empezar con estos ejemplos claros, para distintos grupos de participantes: la ascensión al Moncayo, una travesía de senderismo con cierta dificultad, por la distancia recorrida y por el desnivel realizado, pensada para personas muy acostumbradas a andar por sendero con unos desniveles de mil metros y distancias de doce a quince kilómetros, con una capacidad física demostrada, ya que se somete a un esfuerzo, y es capaz de valorar el esfuerzo que está realizando, valora la ruta, disfruta del paisaje y del deporte, recompensado con paso a paso y la gota de sudor esforzado, que culmina con la euforia que se desborda entre los participantes cuando la cima, siempre alta, la haces un poco tuya, y cuando llegas a sus pies siempre tienes la misma duda, si realmente has estado allí, y solo unas fotografías que has traído contigo dejan una vaga imagen que tu retina no ha podido retener y del sentimiento y sensación que no se han podido plasmar.

Otra actividad más relajada, pero no menos bonita, fue la realizada el Día del Senderista: desde La Peña a Riglos. Una actividad que, por distancia y desnivel, te permite conversar con el compañero de tus pasos, o solo dedicarte a pasear con tus pensamientos. Se hace muy cómodo y a veces te da por pensar todos los que antes que tú ya pasaron por ahí, celosos de nuestro paso firme, seguro y único bien compartido y satisfecho de que quien ha hecho el camino contigo lo ha disfrutado.

No reconocíamos el paisaje, no hay horizonte, ni sendero, el relieve se suaviza y las piedras se ocultan, no te puedes proteger del viento, caminas intentando abrirte paso en esa experiencia invernal, a veces no reconoces ni al compañero. Quien por primera vez se adentra en este deporte, descubre que en la lejanía siempre hay un final.

"Mejor en compañía que solo".

Salida desde La Peña en el Día del Senderista

Las 90 cimas

Resumen y estadística

Miguel Ángel Gil Lallana

Con motivo del 90 Aniversario de la fundación de Montañeros de Aragón se formó un Comité que se encargaría de organizar la celebración.

Con fecha 13 de diciembre de 2018 se celebró la primera reunión de este Comité del 90 Aniversario y se aprobó la actividad denominada 90 Cimas.

El proyecto consistía en ascender 90 cumbres de nuestra comunidad. Para ello se estableció, tras varias reuniones, el listado de cimas y algunos requisitos a cumplir.

Creación del Listado de Cimas

El listado se dividió en cuatro zonas: Pirineo, Prepirineo, Ibérica Zaragozana e Ibérica Turolense, con variedad en alturas y dificultad.

La primera cima a realizar fue la peña Canciás, pues su altura de 1.929 metros coincidía con el año de fundación (1929). La última sería el Javalambre, por coincidir su altura con el año del aniversario (2019). Estas cimas se reservaron como actividad de Club. Para el resto de cimas se dieron unas fechas para que cada socio reservase las que pensaba hacer.

Requisitos para la ascensión a una Cima

Las fechas de ascensiones fueron entre los días 1 de marzo de 2019 hasta el 31 de octubre de 2019.

La primera cima, Canciás

El grupo mínimo de personas que participaran en la ascensión tenía que ser de al menos tres socios de Montañeros de Aragón.

Cada equipo podía elegir su Cima.

Existió un coordinador de contacto, al que se le proporcionó el número de la Cima a ascender.

El reto se consideraba finalizado cuando se recibía la foto de cima y un pequeño comentario del día en Montañeros de Aragón.

Se pensó en publicar las mejores fotos de las ascensiones en el Anuario.

El equipo que se formara al principio podía sumar más participantes, así como número de Cimas en el periodo de las ascensiones.

Todos los participantes deberían contar con la correspondiente tarjeta federativa del año en curso.

Los participantes se asegurarían de disponer la forma física, técnica y equipo adecuado para la ascensión que elijan.

Montañeros de Aragón estaba exento de toda responsabilidad en las actividades del Proyecto 90 Cimas, recordando que era recomendable estar federado para realizar actividades de montaña.

Cimas ascendidas

Se subieron todas las cimas programadas.

La selección de 90 cimas se componía de:

15 cimas de más de 3.000 metros.
35 cimas de más de 2.000 metros.
40 cimas de más de 1.000 metros.

Estaban incluidas las cimas más altas de las tres provincias: Aneto (Huesca), Moncayo (Zaragoza) y Peñarroya (Teruel).

Participación

30 responsables de actividad, 717 socios y 125 no socios. En total, 842 personas (datos provisionales extraídos de los informes de cada actividad, en espera de la información definitiva).

La composición de los grupos ha sido muy variada, desde grupos de tres componentes (equipo solo femenino al Tobazo, o varios equipos solo masculinos), a varios grupos de más de cuarenta participantes.

La participación femenina ha sido de un 41% aproximadamente.

Cresta del Culebras

Subiendo al Fragineto

Hacia el pico de Otal

Climatología

El clima ha acompañado, pues se han podido realizar todas las actividades previstas y dentro del plazo requerido a pesar de los fuertes vientos que han acompañado alguna de ellas.

Ascenso al Llena Cantal

Recogida de uno de los carteles en Secretaría

MONTAÑEROS DE ARAGON 90 Aniversario

1 Peña Canciàs
2 Aneto
3 Posets
4 Perdido
5 Marboré
6 Gran Vignemale
7 Coronas
8 Bachimala
9 Balaitus
10 Pico Taillón
11 Infiernos
12 Garmo Negro
13 Culebras
14 Aragüells
15 Tuca de Mulleres
16 Robiñera
17 Llena Cantal
18 Cotiella
19 Tebarray
20 Collarada
21 Tendeñera
22 Pala de Ip
23 Bacias
24 Peña Telera
25 Punta Escarra
26 Pico Otal
27 Sancha Collons
28 Pico Arriel
29 Bisaurín
30 Aspe
31 Anayet
32 Llena del Bozo
33 Puntal de Secús
34 Turbón
35 Mesa de los Tres Reyes
36 Castillo de Acher
37 Petrechema
38 Peña Montañesa
39 La Raca
40 Punta Espata
41 Mesola
42 Acherito
43 Tobazo
44 Manchoya
45 Pacino

PREPIRINEO

46 Tozal de Guara
47 Tozal de Cubilás
48 Pico Oturia
49 Cabezo de Guara
50 Peña Oroel
51 Fragineto
52 Gabardiella
53 Pusilibro
54 Pico Las Calmas
55 Pico Peiró
56 Peña Gratal
57 Tiacuto
58 Pico Borón
59 Peña Ligüerri
60 Cerro Castillera

IBÉRICA ZARAGOZANA

61 Moncayo
62 Cerro del Corralejo
63 Lobera
64 Cabezo Bellido
65 Cabezo del Cahíz
66 Muela de Horcajuelo
67 Cerro de la Estaca
68 Peña del Camino
69 Cerro de la Era
70 Cabezo Cuartal
71 Cerro Gordo
72 Pico del Rayo
73 Cabezo de los Frailes
74 La Gotera
75 Cabezo Canteque

IBÉRICA TUROLENSE

76 Peñarroya
77 Alto del Hornillo
78 Cerro Cavero
79 Buitre
80 Calderón
81 San Pablo
82 Peñablanca
83 Alto Chaparral
84 Bandera
85 Artigas
86 Carbonera
87 Palomera
88 Modorra
89 El Castillo
90 Javalambre

90

90

90 aniversario

1929 2019

CIMAS AÑOS

MONTAÑEROS DE ARAGÓN
Club de montaña

La última cima, Javalambre

Actividades destacadas

Se han realizado algunas actividades que destacan por su variedad y originalidad, como los vivacs en las cimas de Marboré y Llena Cantal, una ascensión por vía ferrata en peña Palomera, dos salidas (Borón y Tozal de Guara) que se grabaron para algún programa de la Televisión de Aragón, visitas a ermitas como la de Sescún, del siglo XII, o picos poco visitados como Tendeñera.

Se ha logrado un tresmil, el Taillón, con pleno de 100% (veinte participantes y veinte en la cumbre), varios de los cuales eran chavales jóvenes que venían con sus padres; con nieve desde el collado de Bujaruelo; con un bautismo de tresmiles (al igual que otro en el Garmo Negro en el que, además, hubo una celebración de un socio de su cincuenta cumpleaños); todo, con un ambiente de compañerismo y ayuda que quedan grabados en el corazón.

Ha habido también una ascensión al Vignemale, el Señor de los Pirineos, nada menos que por un grupo en el que el responsable iba acompañado de su tío casi septuagenario, subiendo por el corredor de la Moskowa. ¡Un ejemplo para todos nosotros!

Se ha realizado una actividad que ascendió en una jornada a diez picos por encima de los 2.800 metros en doce horas y media, de los cuales solo contaban dos de la lista: los picos del Infierno y el de Llena Cantal.

En Teruel se ha subido a varios picos de poca altura que (pese a ser desconocidos para nosotros) no han dejado de ser interesantes por sus estupendas panorámicas.

Todo ello ha tenido como colofón que la Federación Aragonesa de Montaña ha valorado este Proyecto otorgándole su máxima distinción anual: el Trofeo Federación.

¡Enhorabuena a todos los participantes!

Ramón Tejedor Sanz

Mesa de los Tres Reyes

Nota de Redacción: *a los responsables de cada una de las 90 Cimas se les solicitó que, tras la realización de su cumbre, remitieran un relato breve de la actividad junto con alguna imagen significativa. Inicialmente se pensaba editar los textos en un Boletín Digital, reservando la difusión de las mejores fotografías para nuestro Anuario. La recolecta y procesado de estos materiales está resultando laborioso. Debido a los plazos de edición, se ha optado por publicar ahora un resumen, para más adelante hacerlo con las reseñas de las 90 Cimas, ya en formato Boletín, ya en Anuario, según su idoneidad. A modo de adelanto, serviremos ahora una reseña que a los redactores del Anuario nos ha parecido especialmente representativa.*

Es 10 de agosto de 2019. Hace 90 años que se fundó nuestro Club. Un grupo de trece amigos que pasamos unos días de vacaciones en Jasa acometemos la ascensión a una cumbre emblemática de los Pirineos. Hablo de la Mesa de los Tres Reyes que con sus 2.442 metros de altura es un icono representativo del Parque Natural de los Valles Occidentales. Por ello forma parte de la lista de las 90 Cumbres a ascender para conmemorar nuestro Aniversario. Una montaña de elegante porte, cómodamente accesible desde el refugio de Linza, con 1.200 metros de desnivel positivo, siguiendo una ruta evidente y bien marcada. La afluencia de gente es extraordinaria. Su cumbre es fronteriza entre Aragón, Navarra y Francia y eso la convierte en un objetivo de peregrinación sui generis.

Gozamos de un tiempo espléndido, lo que nos permite disfrutar de dilatados paisajes que captamos raudos con nuestras cámaras: desde los lejanos Balaitús, Infiernos, Gran Facha, hasta los más próximos como el Midi d'Ossau, Collarada, Anayet, Petrechema y el piramidal pico del Anie francés que ejerce de vecino más próximo y es un reclamo para diseñar otra jornada hasta lo más alto del mismo.

Estamos arriba. Me embarga la satisfacción de compartir este momento con mis hijos, socios de Montañeros de Aragón desde su nacimiento, quienes también disfrutan de la majestuosidad de esta cordillera pirenaica que forma parte del ADN aragonés.

Alberto Hernández Gómez

90 Aniversario

Ascensión al Aneto (3.404 m)

La Sociedad Montañeros de Aragón fue constituida el 11 de mayo de 1929, siendo su primer presidente Lorenzo Almarza Mallaina. El objeto social, según se expresaba en los Estatutos de 1929 y se recoge en los actuales, es "facilitar y propagar el conocimiento y estudio exacto de las montañas aragonesas, procurando el fomento y desarrollo de la afición a la montaña y sus deportes". El 11 de mayo de 2019, sábado, se celebró el 90 Aniversario de la fundación del Club y, siguiendo uno de los principios recogidos en sus Estatutos, qué mejor que celebrarlo con una ascensión a la montaña más alta del nuestro Pirineo, situada en Aragón.

La salida la dirigía Manuel Calvo: me preguntó si me apetecía acompañarles, a lo que respondí evidentemente que sí, pero que iría con esquís de montaña, dadas las fechas que eran. Formábamos un grupo variado: unos veinte montañeros que salimos de Zaragoza en coches particulares, y nos juntamos todo el grupo para comer en Barbastro antes de llegar a Benasque. Subimos hasta el aparcamiento de la Besurta (1.897 m), animado de esquiadores que despiden la temporada de esquí de montaña en el macizo de las Maladetas. Allí nos preparamos las mochilas con todo el material necesario, que incluía piolet y crampones, no como ahora, que se sube en zapatillas y de cualquier forma…

A la marcha, sin prisa, iniciamos el ascenso hasta el refugio de la Renclusa (2.140 m) a primera hora de la tarde, cruzándonos con todos los que bajaban de las distintas cumbres de la zona en un buen día de montaña. Al llegar al refugio toca el ritual habitual: presentar las licencias de la Federación, organizar taquillas, habitaciones… La tarde, a la espera de la cena a las siete, se pasa revisando el material, regulando sobre todo los crampones, charlando y repasando un poco lo que será la jornada del día siguiente.

Tras la cena con el refugio a tope, toca ir a descansar, que la jornada del día siguiente es larga y de gran exigencia física. Además, al ser un grupo numeroso, todo cuesta más y habrá que madrugar. La noche en un refugio guardado suele ser de todo menos tranquila: ronquidos por todos los lados (imprescindible llevar tapones), uno que sale al baño, los nervios que no te dejan descansar, los que madrugan más y te despiertan…

Por la mañana, el día pinta regular: está despejado, pero hace bastante frío y sopla un aire fuerte abajo en el refugio, lo que supone problemas en altura. Vamos desayunando e iniciamos la marcha a las siete de la mañana, ya con luz. La ventaja del frío supone un buen rehielo de la nieve, aspecto muy importante, ya que se va a subir andando sin esquís. Esto supone que toca piolet y crampones desde el refugio.

Montañeros hacia la cresta de los Portillones

La progresión se va llevando a buena marcha, marcando Manuel un buen ritmo, ganando metros de desnivel por el barranco que baja paralelo a la cresta de los Portillones, que corresponde a la ruta de ir andando. Yo, como voy con esquís, asciendo algo más al oeste, buscando las pendientes más suaves, juntándonos en cada diagonal que trazo. De esta forma llegamos a buena hora hasta el paso clave de la ascensión: el Portillón

Nuestro grupo sobre el glaciar de Aneto

El pasamanos del Puente de Mahoma

Hacia el Techo del Pirineo, con los picos de Coronas en segundo plano

La subida final al Aneto, con la Maladeta al fondo

Superior (2.870 m), que permite el paso al glaciar del Aneto y nos deja contemplar por primera vez la cumbre, todavía muy lejana.

Hay que descender un pequeño corredor para iniciar la travesía hasta la base del glaciar, tapado completamente en estas fechas por la nieve. En este punto hacemos una pequeña parada para reponer fuerzas y tomar algo ligero, y aquí el viento ya nos avisa que no nos lo va a poner fácil para llegar hasta la cumbre. Continuamos la marcha pasando bajo los picos del Medio y Coronas, hasta llegar al collado de mismo nombre (3.196 m). Aquí el viento ya empieza a ser fuerte: toca ponerse toda la ropa a los que no la llevaban todavía, nos reagrupamos todos para iniciar la parte final de la ascensión.

Para llegar a la antecima, hay que ascender unos doscientos metros, ya con fuerte pendiente, dejando a nuestra derecha la punta Oliveras (3.292 m), uno de los tresmiles de la colección que dejamos para otra ocasión, y se llega a al inicio de lo que constituye el sector más complicado de toda la ruta, el famoso Paso o Puente de Mahoma, tramo de cresta de treinta metros, "tan estrecha como el filo de una cimitarra (sable de hoja curva) sobre la que solo pasan los justos".

Es una cresta sencilla, pero que impresiona bastante si no vas bien templado, y estás acostumbrado a esto de la alta montaña; si a eso añadimos el fuerte viento que nos pegaba, doy fe que cascaba de verdad, hace muy meritoria la cumbre que consiguieron todos. La ilusión y esfuerzo tuvo su recompensa, ya que he de reconocer, que, si no es por la ilusión que vi en todo el grupo, ¡para luego subo hasta allí con el día que hacía!

Como en el Club somos amantes de la seguridad en la montaña, con buen criterio, Manuel pidió que todos llevaran arnés y dos líneas de vida más el casco, tanto para progresar por el glaciar como para pasar con seguridad el paso de Mahoma, ya que montamos un pasamanos para que todo el mundo pasara asegurado hasta la cumbre. Llegamos sobre las doce, y recuerdo perfectamente que nos llevó casi dos horas montar las cuerdas, pasar todo el mundo, las fotos de rigor y deshacer el camino. La ventaja de que hiciera un día tan desapacible fue que la cumbre estaba relativamente tranquila para lo que suele ser un domingo de mayo,

La Pilarica del Aneto, el día del 90 Aniversario

donde nos hemos juntado en ocasiones doscientas personas con los esquís. Para la mayoría era su primer Aneto: eso siempre emociona, y para alguno incluso su primer tresmil.

Cuando todo el mundo volvió a la antecima, e iniciaron el descenso con Manuel a la cabeza, todos estaban cansados y fríos, pero la sonrisa de haber conseguido la cima compensaba todo. Hicimos otra parada junto al Portillón, y solo tocaba emprender el descenso final hasta el refugio de la Renclusa, donde las merecidas cervezas corrían para celebrar el éxito conseguido.

He de decir que me sorprendió muy gratamente el buen nivel físico de todo el grupo: el Aneto en mayo a pie es una actividad muy exigente; la mayoría hizo cumbre en una jornada en la que casi todos los que estaban en el refugio de otros grupos hicieron un cambio de planes, incluso llevando esquís, sobre todo, por el fuerte viento que había en altura. Más que ayudar a subir yo, fue la motivación de todos la que me ayudo a subir a mí y a soportar el frío que pasamos.

Nos vemos por las montañas.

Marta Iturralde Navarro

El Moncayo de Montañeros (1890-2019)

Este año el Club tenía una cita ineludible con la cumbre más alta de la provincia de Zaragoza. Lógica, dada la ubicación de la Sede de Montañeros en la Capital del Ebro.

La idea era organizar sobre sus 2.317 metros uno de los actos principales de nuestro noventa cumpleaños. Un "ascenso institucional" al querido Moncayo. Fue una sugerencia del presidente, Ramón Tejedor, planteada como respuesta a las que se solicitaron a los socios desde la Comisión del 90 Aniversario. El vicepresidente deportivo, Manuel Calvo, tomó a su cargo la planificación y desarrollo de esta iniciativa con su eficacia habitual, coordinando las diversas actividades con Andrés Aznar.

El resultado fue uno de los actos más exitosos del programa, tanto por el aspecto deportivo de esta Moncayada como por el magnífico ambiente que se respiró durante toda la jornada. Al más puro estilo de Montañeros.

Recuerdo de nuestras Bodas de Plata en 1954

Nuestro Moncayo desde 1890

Los socios de Montañeros de Aragón cortejaron al Monte Cano desde antes de que la Entidad se fundara en 1929. Citaré algún ejemplo de estas visitas tempranas.

El primero de los nuestros sobre la cota 2.317 metros pudo ser Aymar de Saint-Saud. Ascendió el 18 de junio de 1890 desde San Martín de la Virgen de Moncayo por la ruta directa del Pozo de San Miguel y con bajada por La Cueva de Ágreda. Publicó un libro con sus peripecias un año después.

También se sabe que uno de los futuros socios de primera hora, Longinos Navás, subió en más de treinta veces hasta 1925: siempre, con "muy gratas y nuevas impresiones".

El madrugador cronista de un Montañeros que aún no existía, Narciso Hidalgo, escribió en octubre de 1926 cierto artículo para la revista Aragón sobre "Alpinismo aragonés" tras hollar el Moncayo.

Lo mismo que nuestro Antonio Tramullas, quien junto a dos compañeros firmaba una invernal al Mons Caunus en enero de 1927.

Dentro de la revista Aragón, ahora como órgano de Montañeros, Hidalgo volvía a insistir, en agosto de 1929, con su trabajo sobre "El Moncayo abierto al turismo".

Los nuestros se prodigaron por el Techo de Zaragoza y Soria. El 31 de noviembre Sebastián Recasens se cobraba el Moncayo desde Tarazona, con pernocta al raso en el Santuario. Le acompañaron pioneros como Fernando de Yarza, Enrique Armisén, Jesús Buñuel, José María Serrano y Ramón Serrano. Hablaron de volver enseguida con esquís, como dice la tradición que hicieron.

El Club organizó un autobús para visitar el Monte Cano el 7 de junio de 1931. Aunque el vehículo llegó al Santuario, un tiempo pésimo desbarató dicho ascenso: hubo que conformarse con trepadas por el Cucharón. Lo contaba Narciso Hidalgo desde el apartado de "Montañeros de Aragón" en la revista Aragón.

Descanso del grupo en la vertiente soriana del Moncayo

Sobre el cordal cimero del Moncayo, con Manuel y Lavinia

Hacia la cumbre de San Miguel junto al benjamín David

Ramón Tejedor posó en el Moncayo con numerosos grupos

Finalizaré con una nota de José María Sanz Artibucilla en 1935: "Los Montañeros de Aragón han visitado muchas veces la cumbre de nuestro Moncayo y hace tres años dejaron allí el primer Álbum de la serie que han de colocar en las diversas alturas para registrar en ellos sus periódicas visitas".

Hasta aquí, el pequeño repaso histórico.

Nuestro Moncayo en 2019

Volvamos con nuestro 90 Aniversario. El Moncayo Montañero resultó para mí uno de los más emotivos y agradables de todos en cuantos he participado con el Club: desde el de 1990, cuando aún no sabía que un consocio, Saint-Saud, me había precedido justamente por un siglo. Ahora se trataba de festejar mediante una travesía oeste-este dicho cumpleaños, objetivo que se cumplió sobradamente gracias al buen clima y grato ambiente.

El domingo 23 de junio de 2019 salió nuestro autobús hacia la vertiente de Soria. Como para dar fe de este hermanamiento entre las dos provincias que disfrutan del Moncayo, en La Cueva de Ágreda acudió para saludarnos su alcalde.

Con Manuel Calvo en cabeza, iniciamos la marcha por la senda balizada de la normal soriana. Realicé la excursión en retaguardia junto a unas amigas, charlando de modo divertido y suelto durante buena parte de la subida. Precisamente de eso se trataba: de participar en un ascenso sencillo (en condiciones óptimas) que, si bien ofrecía un fuerte desnivel, favorecía la sociabilidad y el buen humor.

Manuel llevó la vanguardia del medio centenar de amigos de modo seguro y sensato. Por detrás, Andrés cerró con su afabilidad acostumbrada el referido grupito de "charradores y cantarines de altura" donde incluiré a Ana, Lavinia, Alberto… Al llegar al cordal, nos reagrupamos con la cumbre a un tiro de piedra. Para entonces, la memoria de la cámara de Francisco Izuzquiza debía de estar casi llena con la serie de tomas y entrevistas que realizó al grupo.

¿Qué contar de la alegría desatada sobre el Techo del Sistema Ibérico por esta familia montañera? Aunque la mayoría la habíamos visitado en no

Las féminas de Montañeros ante su Pilarica

pocas ocasiones, llegábamos hoy en plan de celebración. Tal es el placer de subir hasta el Moncayo con los tuyos y en una fecha destacada. Casi hubo cola ante la Pilarica para las fotos de recuerdo. Ramón Tejedor aprovechó para destinarnos unas breves palabras que emocionaron. Seguido, Manuel reunió las botellas de cava que varios voluntarios cargaron para que, con copitas de plástico, pudiésemos brindar por los primeros noventa años de nuestro Club. Aquí, Alberto fue requerido para que lanzara al aire ese brindis, poco al uso actualmente, que empleaban los pioneros de 1929: "¡Por la Montaña, por Aragón! [speeker]. ¡Por Montañeros de Aragón! [todos]".

No solo no dejamos resto alguno de nuestro paso, sino que engrosamos nuestras bolsas de desechos con las basuras de otros. Se trataba de abandonar la cumbre del Padre Moncayo de forma que pareciera lo más posible a la que hallara hace ciento veintinueve años el primero de todos nosotros, Saint-Saud. Quien, como hoy sus herederos espirituales, se deleitó con un paisaje cimero irrepetible:

"Su gran altura la hace dominar en extremo los montes secundarios que lo rodean. La vista es inmensa: al sur se adivina entre la bruma el Guadarrama; al sureste, las montañas de Teruel; al este, la llanura del Ebro; al norte y noreste, los Pirineos; al noroeste, más allá de Vitoria, picos cubiertos aún de nieve…".

El descenso se efectuó por la vertiente zaragozana, rumbo a la Fuente de los Frailes. La buena sintonía continuó en el restaurante Gomar de San Martín de la Virgen del Moncayo, donde tuvo lugar la comida de hermandad. En mesa larga donde entramos todos, jolgoriosa, con menú sabroso y abundante, varios brindis al estilo de 1929… Al término, Ramón destacó en su vibrante discurso la circunstancia de un grupo donde el participante con menos edad fuera un jabato llamado David, de nueve años, y el más joven veterano resultase nuestro querido Primitivo, de setenta y cinco.

En el autobús de vuelta a Zaragoza se comentó el inmejorable sabor que dejaba este "ascenso institucional". Y hablando de buena carburación… No quiero cerrar estas líneas, del todo subjetivas, sin destacar la labor de nuestros monitores. Tanto en esta Moncayada como en otras actividades del Calendario de 2019 organizadas desde Secretaría. Los monitores son la espina dorsal de esta Asociación. Devotos de la montaña, se desviven para que los demás conozcan las rutas o cumbres más bonitas del catálogo montañero. Buscan, sobre todo, la seguridad. Con una entrega y talante que deberíamos agradecer. En este caso concreto del Monte Cano, llevaron la marcha Manuel Calvo y Andrés Aznar, acompañados por otros monitores habituales que asistieron al evento en plan de socios como Luis Aliaga o Enrique Gisbert. Y el apoyo de miembros de la Junta Directiva como el presidente, Ramón Tejedor, Isabel Ezquerra o Alberto Martínez. Muchas gracias, amigos, por vuestra dedicación y sintonía.

Irrepetible, el Moncayo Montañero de 2019.

Francisco Izuzquiza Rueda

Slow Mountain…, en ocho de las 90 cimas

Pico Morrón (1.731 m) – Cima 65
17 de marzo de 2019

A la impresionante silueta suave y dominante del Moncayo, desde el valle del Ebro, siempre le acompaña la quebradiza y atractiva de peñas de Herrera. Tal para cual. Y ha sido subir hasta los pies de esa masa pétrea desde Talamantes, donde las Peñas adquieren vida, imponen y hablan por sí solas. Ellas te acogen con su paredón vertical hasta subir a la cima del pico Morrón (1.731 m) donde se divisa una magnífica vista similar a la del Moncayo (2.315 m). ¡Precioso! Una foto general testifica una cima más de las 90 que vamos a realizar este año en Montañeros.

Descender por la otra ladera hacia Añón es contemplar a lo lejos la belleza de los macizos rojizos y ocres de Cabezo Cuartal y Corona Alta y poder asomarse con cuidado a un vertiginoso cortado grisáceo y singular de elevada altura, coronado por un buitre estático que parece contemplar sobre su cabeza la inmensidad del espacio y bajo sus patas la profundidad del tiempo.

Y es en el barranco de Morana, allí abajo, donde todo cambia y la mirada se estrecha y se recoge entre sus paredes rojizas ferruginosas. Es pisar pedriza, mantos de derrubios acción del hielo y deshielo, vadeando arroyos o riachuelos con piedras movedizas, entre maleza de espino y hermosos acebos con bayas rojas, y amenizados con sonidos de pájaros anunciando ya la primavera. Y es estar sumergido en este paisaje silencioso sin contacto con la civilización y sin cobertura, paisaje arcaico y soñador, que me hace trasladar a la época volcánica por el color de sus minerales que encienden mis sentimientos. Y exclamo con intensidad cuando surge inesperadamente tras el follaje una masa pétrea colosal y mágica conocida como la torre Morana que hace sentirme como en 2001, la película de Stanley Kubrick. Piedra geología litología, monumento bello y sublime que la naturaleza ha esculpido durante siglos y nos ha sabido transmitir.

¡Grandioso! Son estos momentos hermosos descubriendo nuevos paisajes, nuevas personas, las que nos hacen volver de nuevo al monte... E instintivamente es cuando cojo una piedra rojiza volcánica, fuego pasional y cuarto elemento, como recuerdo encendido para convencerme cuando despierte que este paraíso geológico no ha sido un sueño.

A Luis Martínez, a los guías y al resto que me acompañaron.

Pico de Gabardiella (1.659 m) - Cima 52
31 de marzo de 2019

Entre la Hoya de Huesca y los Pirineos, se alza una sierra de barranqueras, paisaje sin vida y vigilada por buitres, que ya solo por eso, en principio, no apetece mucho conocer. Es el Parque Natural de la Sierra y Cañones de Guara. Adentrarse en su zona oriental próxima a Arguis, zona menos turística, resulta expectante para el que no lo conoce. Los guías nos llevan y nos ayudan a descubrir lugares siempre por ellos conocidos. La primera imagen de algo nuevo nunca se olvida y más si nos impresiona. Si con el tiempo nos continúa impresionando con mayor intensidad,

Pico Morrón

Pico de Gabardiella

es que realmente es bueno de verdad. ¡Como un buen cuadro! Ese volver a gozar y disfrutar del paisaje, respirar su naturaleza, refuerza nuestros sentimientos positivos.

Y así me lo transmitían los que conocían el paisaje. ¿Llegará el día en que toda esta visión me resulte aburrida como con otras que nos suceden en la vida?

Y ha sido así, cruzando un puente de piedra sobre el río Flumen cerca de Lúsera, cuando subimos una cuesta empinada y continua, sendero marcado entre mantos de verdes agujas afiladas llamados erizones, prímulas y narcisos, hasta llegar a la loma próxima al pico de Luna para alcanzar cresteando el pico Gabardiella (1.659 m).

¡Una cima más! Es desde aquí donde la silueta del Pirineo se nos muestra con poca nieve pero, aun así, maravillosa, y que me alegra poco a poco ir conociendo. Y ha sido volver por la misma cresta hacia la ladera sur donde todo se transforma. ¡Cómo cambia un mismo camino según sea el sentido hacia donde vayamos! Bajando al collado de los Paules es bajar a la Guara profunda, por barranqueras de pedriza y carrascas, erizones y boj. Echo en falta el agua y las cascadas por los barrancos. Y llegar a la pradera de las Paules es descubrir los mallos de Ligüerri, el Huevo de San Cosme, conglomerados icónicos bajo el Tozal de Guara, el sinclinal de Borón y Frachineto, y el corte vertical de Gabardiella. ¡Sentarse a tomar algo frente a este cuadro, es un lugar de inspiración, de ensoñación!

Y bajando al embalse de Santa María de Belsué, cuando todo parece haberse terminado, nos encontramos de frente con un paredón fantástico de piedra caliza, acantilado de Cienfuens, congosto que el río Flumen ha ido erosionando durante siglos y que ya habíamos divisado desde lo alto bajando de la cima. Caliza, agua y siglos. Paraíso de rapaces. ¡Lugar mágico y sorprendente! Y es en esta visión aérea y terrestre donde me fundo como un ave rapaz para planear lentamente contemplando y comprender este maravilloso paisaje escondido y singular de la sierra de Guara.

A María José Iturralde, a los guías y al resto que me acompañaron.

Peiró y Gratal - Cimas 55 y 56
14 de abril de 2019

Peña Gratal desde lejos ya destaca sobre las demás por su singular silueta, y verla cómo gana en luminosidad con la luz del sol naciente, mucho más. Su cima de forma piramidal atrae siempre la mirada y hoy más que nunca.

Montaña sagrada para mí, es a medida que nos acercamos, sentir redoblar los tambores de la Semana Santa con mayor intensidad. Comenzar subiendo una empinada cuesta desde Arguis por la senda al pico Peiró (1.586 m) a través de un singular bosque de hayas y tejo, ha sido conocer a Jesús, hoy nuestro guía y maestro, explicando todo con profunda emoción.

Con un brillo en los ojos me confiesa que plantó hace años en su casa de Arguis un rincón de este bosque porque son ellos, los árboles quienes dignifican la vivienda, la vigilan y nos acompañan. ¡Qué gran verdad!

Llegar al collado de Peiró y contemplar repentinamente los Pirineos nevados y todo el valle de Bentué hacia Rasal resulta espectacular. La pirámide de Gratal asoma hacia el sur, y subir cresteando a peña Gratal (1.563 m) entre erizones y boj, acompañadas hoy con preciosas nubes esculpidas por el fuerte viento, es caminar por el anticlinal norte sur, divisando Pirineos-Hoya de Huesca, observatorio de conocimiento y comprensión de este territorio. Otra foto de Montañeros testifica una cima más. Hoy dos cimas. ¡Nos quedamos un rato descansando, comiendo y disfrutando juntos de las hermosas y lejanas vistas, un ochomil en horizontal!

Y volver hacia Nueno a través de barranqueras, ya con cierto cansancio, ha sido ver otra imponente cara más de la pirámide para llegar al fondo de un hermoso paredón habitado por buitres. Penetrar a través de una garganta en el interior de esta sierra del Gratal, llamado Gorgas, ha sido como respirar el aire encerrado millones de años bajo altos paredones de piedra caliza de un bello color ocre parduzco. Templo pétreo de pesadez románica y verticalidad gótica con finas grietas y oquedades como ventanales por donde la luz ilumina, me hace recordar el vacío interior que Chillida imaginó en el monte Tindaya. Y es por un momento eterno que cierro los ojos para sentir con mayor intensidad la presión de las rocas, interior natural, faraónico y sepulcral que esconden misteriosamente nuestras pirámides aragonesas.

A Jesús Gallán, a los guías y al resto que me acompañaron.

Peiró

Gratal

Tozal de Guara (2.077 m) - Cima 46
19 de mayo de 2019

El Tozal de Guara (2078 m) es la cima más alta de la sierra de Guara, corazón del Prepirineo Aragonés. Ir hasta allí arriba un mes de mayo ha sido quitarme la espina del año pasado cuando el mal tiempo y un trueno nos obligó a abandonar. Hoy el río lo hemos podido cruzar. Menos mal. Los de la televisión, también. Es por ellos que la salida desde Bentué de Nocito la he tenido que subir algo retrasado y solo, entre el silencio de los pinos y el saludo de los pájaros, hasta encontrarme con los demás en el refugio de Fenales, cargado ya de felicidad. Esa hora y media de reloj se me ha hecho corta, y es que en la naturaleza todo cambia y nosotros también. Ascender a través de un espeso pinar a paso lento que Andrés marcaba, era guardar fuerzas para después, y así ha sido, que al llegar al collado donde adivinamos al descubrir la cima nevada entre nubes empujadas por el viento gélido, nos hemos tenido que abrigar y apretar los dientes para conseguir llegar cresteando hasta la cima. ¡Firmar en el libro y otra foto más de las 90! Foto oficial, que ayer mismo otra foto de un grupo de Montañeros con Blanca también culminó. Y ha sido allí mismo, protegidos del viento y con las nubes amenazadoras cerrándonos lentamente la visión donde hemos parado a comer unos minutos y poder contemplar por momentos toda la Hoya de Huesca hasta los montes de Alcubierre, visión horizontal en contraste con la visión vertical de los montes al norte. Dos caras, dos vertientes, dos formas de ser, cara y cruz como la vida misma.

Volver por la cara sur cresteando con el fuerte viento frío siberiano hasta un iglú pétreo llamado Pozo de Nieve de Vallemona o del Duque, ha sido contemplar el alcance de la huella humana ante la necesidad, con esa arquitectura minimalista duradera y funcional. Útil, firme y bello. Utilitas, firmitas y venustas de Vitruvio. Bóveda rehabilitada y ya sin uso, eterna concavidad humana a 1.800 metros de altitud.

Seguir descendiendo por esta vertiente sur ha sido bajar por un largo sendero de carrasca y romeral con boj, aliaga y arbusto mediterráneo, hablando y conociendo gente nueva, y poder contemplar, desde esta extensa depresión cerrada tipo kárstico provocada por el hundimiento del terreno que denominan poljé de Abeles, las dos direcciones estructurales de la Sierra y los Cañones de Guara, el macizo calcáreo este-oeste, y el anticlinal-sinclinal norte-sur. ¡Fantástico! Ver de cerca, aproximarse, es ver con más profundidad y entenderlas mejor. Es avanzar.

Jornada larga y dura para muchos y dolorosa para alguna que el buen corazón de una persona anónima de Santa Cilia fue capaz de socorrer en su coche sin obligación alguna. Esas personas son las que valen y a las que yo votaría el próximo domingo..., y sin tanta propaganda electoral.

A Irene del Amo Zubeldia y a todos los que me acompañaron.

Sierra de Gúdar: alto del Hornillo (2.002 m) - Cima 77; pico de Peñarroya (2.029 m) - Cima 76
26 de mayo de 2019

Ir a Valdelinares es ir al municipio más alto de España (1.692 m). Subir a Peñarroya es ascender al monte más alto de Teruel en la comarca conocida como Gúdar-Javalambre. Subir el puerto en coche desde Cedrillas ha sido ir distinguiendo la diversidad de pinos y sabinas existentes y que Enrique, Alfredo y Miguel, los tres turolenses, me iban identificando orgullosos. Valdelinares, valle de pinares, por algo será.

Hacer el circuito circular ha sido subir antes al Alto del Hornillo por la cuesta del cementerio hasta llegar a un altiplano horizontal extenso y pelado en donde las cimas emergen como suaves lomas, como modestos dioses imperiales alzándose entre la Depresión del Ebro y la meseta castellana. Es mayo y ver las masías dispersas, su atractiva arquitectura tosca de piedra seca, abandonadas, o derruidas, los prados sin ganado y los montes secos y sin nieve, me transmiten una imagen vacía de enorme soledad, como cuando entro en casa y nadie está. Es sentir el frio de la ausencia. Y su visión desde una imaginativa pirámide escalonada en el Alto del Hornillo (2.002 m, Cima 77) en medio de este paisaje hostil, azotado y atormentado por el frío y el viento, es ir

Tozal de Guara

Sierra Gúdar

comprendiendo la geografía del lugar, su historia y la dura vida de sus gentes por sobrevivir.

Pirámide rural, altar suplicante y de plegaria, tumba de esperanzas perdidas. Una cima más, una foto más, cinco esta vez. Ir al monte Peñarroya, a lo más alto, es subir un poco más, pero son los barrancos que no vemos en un principio lo que nos distancia de verdad.

¡Tan cerca y tan lejos a la vez! ¡Cuántas veces nos sucede lo mismo en nuestras vidas! Y así ha sido bajando y subiendo un barranco entre sabinas rastreras como piel de pantera, hasta llegar al pico Morrón en donde se divisa ya cerca la loma verde del pico de Peñarroya (2.029 m).

Llegar al collado de la gitana es acceder al interior silencioso y único de un bosque de "pino moro" con plantas endémicas que combatiendo al duro clima y a la altitud supieron millones de años resistir, hasta alcanzar la torre geodésica más alta de Teruel y tocar el cielo. ¡Fantástico! Otra foto desde la torre altiva suma la Cima 76.

Divisar desde su mirador con un mapa explicativo que tanto echo en falta en muchas cumbres, ha sido contemplar un mar horizontal de sierras y vaguadas verticales, con Javalambre al fondo, tras la depresión fluvial del río Mijares. Corredor horizontal de Aragón hacia la costa levantina y gradiente vertical bioclimático oceánico y mediterráneo. Horizontalidad, verticalidad, fusión de contrastes que hacen esta zona tan especial. Feliz con esta grandiosa visión es cuando respiro hondo para poder aspirar al máximo toda esta riqueza forestal y ambiental.

Y es volviendo, bordeando las pistas de esquí por un declive próximo a la fuente del Villarejo, donde cruzamos un prado de flores primaverales con abundante hierba de flores viváceas y setas, con el tronar de grillos y el adiós de un cuco, hasta llegar a la interesante ermita de Loreto, en la entrada a Valdelinares, limite separador y unión de dos mundos, el urbano y el rural, punto final de nuestro camino.

A Enrique Gisbert, Alfredo Barberán y al resto que me acompañaron.

Cabezo del Cahíz (1.836 m) - Cima 65
29 de septiembre de 2019

Cabezo del Cahíz (1.836 m) es una loma próxima a Beratón (1.395 m), pueblo soriano situado en la falda sur del Moncayo y el más alto de la provincia de Soria. Llegar hasta allí es ir desde la ribera del Ebro bordeando de norte a sur lo que fue la Montaña Sagrada de la Celtiberia, mojón fronterizo entre la Celtiberia Ulterior y Citerior. Ya lo hicimos la víspera de San Juan para subir al pico de San Miguel o vulgarmente Moncayo, desde el pueblo cercano llamado La Cueva en el día institucional del Club. Gran día y hermoso día. Hoy también buen día, sol y con ligero cierzo de acorde con el veranillo de San Miguel.

La subida desde Beratón es suave y corta, un agradable paseo donde la mirada no estaba en llegar pronto a la cima, sino en mirar lo que nos rodeaba. Y así ha sido, que un montículo próximo a la salida del pueblo resulta ser un castro celtíbero, llamado ahora San Mateo, indicándonos la importante situación estratégica de este lugar remoto. Sus casas circulares ya hablan por sí solas de su antigüedad, de su sabiduría en adaptarse al lugar y que María José nos va explicando.

Ascendiendo a una loma el paisaje se va abriendo y dominando el horizonte, vemos la destacable silueta de Peñas de Herrera y que Ibón casi de memoria va señalando y recitando los montes y valles de alrededor que anduvimos juntos hace unos meses, y más adelante el nacedero del río Isuela, que Jesús nos recuerda que cambia de vertiente y da razón al dicho: "Moncayo ladrón, manas en Castilla y riegas en Aragón".

Un puesto de caza de aves ya abandonado hace años nos habla también que estamos en una Zona de Especial Protección para las Aves. Afortunadamente nos encontramos en una zona soriana incluida dentro de lugar de importancia comunitaria. Mantener el paisaje y el ecosistema es un derecho natural, e ir tomando conciencia por respetar la naturaleza es en definitiva respetarnos a nosotros mismos. Fusión y equilibrio. Y es cuando María José me comenta que su padre, Don Agustín Iturralde, fue el primer director del Parque Natural del Moncayo, y es cuando me hace comprender ahora su amor por esta tierra y por sus gentes.

Llegamos al cabezo sin sentir, donde nos hacemos los cinco una foto familiar, que hace la Cima 65 del 90 Aniversario. Mientras, una gran cantidad de montañeros celebran en Riglos el Día del Senderista. Soledad o multitud. Y es desde aquí, protegidos por la sierra del Moncayo al norte donde contemplamos hacia el sur la extensa llanura amarillenta y ocre de los campos de cereal castellanos, sintiendo la inmensa y dura soledad de sus cada vez menos habitantes como si no se estuviera, sin que ni siquiera la naturaleza sospeche que estés allí o formes parte de ella, como el agua que corre, el viento que pasa. Cahíz, medida de capacidad para cereales, pone nombre a esta cima, volumen y base de sustento de esta zona satélite del Moncayo. Por algo será.

A María José Iturralde, Ibon Arbulu, Joaquín Navarro y Jesús Crespo.

Cabezo del Cahíz

Alberto Martínez Embid

Encuentros culturales en nuestra sede

A lo largo de este 2019 que hemos dejado atrás Montañeros de Aragón ha ofrecido un denso calendario cultural. Las reseñas de sus actos han quedado reflejadas al detalle dentro de los Boletines Digitales 66 al 71, así como en el Facebook y el Twitter, que pueden visitarse en Internet. En este Anuario se brinda una escueta relación con la que poner imágenes a la serie de conferencias, audiovisuales, presentaciones y exposiciones, tanto fotográficas como pictóricas, que tuvieron lugar en nuestra Sede. Repasemos su cronología:

30 de enero de 2019

La tanda de eventos programados en Gran Vía 11 la abriría nuestro presidente, Ramón Tejedor, con unas palabras referidas a este "cumpleaños" de Montañeros. Cedió la palabra a Chema Agustín, quien presentó y explicó el cartel que ha confeccionado para la ocasión. Tras una breve reseña sobre el consocio cuyas imágenes decoraban la Sede con "Pueblos del Alto Aragón tras la Guerra Civil", Francisco de Cidón, Alberto Martínez proyectó un audiovisual sobre los pioneros del Parque Nacional de Ordesa. Lo enlazó con la labor en aquellos decorados, allá por 1927, de un toponimista del prestigio de Pascual Galindo, primer vicepresidente de nuestra Asociación.

Alberto Martínez, Ramón Tejedor y Chema Agustín (30 de enero)

26 de febrero de 2019

En el segundo evento doble en la Sede, Ramón Tejedor arrancó las intervenciones presentando a sus participantes. Como Roberto Martín, autor de la muestra que colgaba de las paredes del salón con sus "Fotos en la mochila": una "pequeña recopilación de momentos y situaciones de las rutas de los domingos de Montañeros de Aragón con paisajes, edificios, personas y todo al alcance de cualquiera que quisiera disfrutar de estas excursiones". Siguieron las palabras de Pilar, hija del desaparecido Miguel Vidal, nuestro reputado cineasta de montaña. Tomó el relevo el realizador Jesús Bosque, cuya película "Tercero de cuerda" (2001), sobre Vidal, se iba a proyectar. Antes, Francisco Izuzquiza explicó su búsqueda de películas para establecer una Filmoteca de Montañeros. Tras el film, Blanca Latorre explicó el proyecto de las 90 Cimas.

Ángel López, Jesús Bosque, Pilar Vidal, Ramón Tejedor y Roberto Martín (26 de febrero)

15 de marzo de 2019

Estrenó esta serie la presentación en Zaragoza del libro de Eduardo Viñuales: "365 días en el Parque de Ordesa y Monte Perdido" (2019). Un acto con generosa asistencia de público, cuyo inicio corrió por cuenta de Alberto Martínez. Seguidamente, Viñuales mostró alguna de sus imágenes más bellas, complementada con un audiovisual. Tras la ronda de preguntas, el autor firmó libros. Un evento con generoso seguimiento mediático.

Eduardo Viñuales firma su libro (15 de marzo)

Ignacio Ferrando, Ramón Tejedor y Julio Viñuales (26 de marzo)

26 de marzo de 2019

La tercera de estas jornadas fue una "velada polar", dado que sus participantes se centraron en los dos extremos del globo terráqueo. Ramón Tejedor inició el acto presentando a sus protagonistas. Seguido, Ignacio Ferrando explicó la naturaleza de su muestra fotográfica sobre "La Antártida, la magia del hielo", realizada durante una expedición del National Geographic. A continuación, Julio Viñuales impartió una charla con imágenes sobre "tres tipos diferentes de esquí en tres actividades distintas, pero con un denominador común, que es estar realizadas dentro del siempre mágico Círculo Polar Ártico". Es decir: esquí de Backcountry, nórdico o de fondo, de montaña o de travesía.

30 de abril de 2019

El cuarto de nuestros eventos en la Sede, presidido por Ramón Tejedor, se inició con sus explicaciones sobre el programa cultural en curso y una semblanza del autor de las imágenes expuestas sobre la Entronización de la Virgen del Pilar en el Aneto: Miguel Vidal. Alberto Martínez completó esta introducción con datos históricos de aquellas jornadas que culminaron sobre la cota 3.404 m, un 14 de agosto de 1956. La segunda parte de la velada fue por cuenta de Alberto Hernández, un conocido alpinista y escalador de esta Casa que nos sirvió el audiovisual "Trasnochando por la montaña": cuatrocientas imágenes que fascinaron.

28 de mayo de 2019

Un doble programa estrella celebró el mes del 90 Aniversario del nacimiento de Montañeros de Aragón. Con una sala abarrotada, se inició tras unas entrevistas y una sesión de fotos para el Heraldo de Aragón. Abrió las intervenciones nuestro presidente, Ramón Tejedor. Seguido, Pilar Almarza realizó una vibrante glosa de su abuelo. Fernando Lozano presentó después un audiovisual donde se explicaba el destino de los Fondos Almarza, hoy depositados en la Fototeca de la Diputación de Huesca. Dicha entidad patrocinó la referida exposición, tras solicitarlo la familia Almarza. La segunda parte de la velada fue por cuenta de un audiovisual de Alberto Martínez sobre "El nacimiento de Montañeros de Aragón en 1929" con imágenes de nuestro Archivo.

Alberto Martínez, Ramón Tejedor y Alberto Hernández (30 de abril)

Alberto Martínez, Ramón Tejedor, Pilar Almarza y Fernando Lozano (28 de mayo)

6 de junio de 2019

Otro de los amigos de esta Asociación, Gerardo Bielsa, quiso hablar en la Sede de su libro: "Después del viento. 51 relatos y reflexiones" (2019). Fue la primera de sus presentaciones en Zaragoza, donde estuvo acompañado en la mesa por nuestro presidente, Ramón Tejedor. Bielsa habló de "un mundo increíble de montañas, vuelo, escalada, nieve, sufrimiento, conquistas, juventud y, sobre todo, de una gran pasión: la montaña vivida desde los bosques, glaciares y rocas; disfrutada también desde el cielo".

Gerardo Bielsa, rodeado por sus lectoras (6 de junio)

25 de junio de 2019

Para estrenar la sexta reunión cultural, Ramón Tejedor realizó una presentación de los intervinientes. En primer lugar, Javier del Valle y su muestra de fotografías sobre las "Montañas en lugares extremos del mundo" patrocinada por CA3, del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. La segunda parte del acto consistió en una charla sobre "Escalada de siempre" impartida por Ángel López Cintero. Su conferencia se complementó con unas imágenes antiguas de aquellas trepadas y con una nueva película de Miguel Vidal: "Primera ascensión del Torreón Fire" (1962).

Ángel López, Ramón Tejedor y Javier del Valle (25 de junio)

28 de junio de 2019

El mes daría para otra fiesta literaria. Esta vez, el texto de Roberto Del Val y Eduardo Viñuales sobre "El Moncayo. Paraíso de los naturalistas" (2019). Un trabajo en el que, entre otros colaboradores, destaca la presencia de socios de Montañeros como Eduardo Martínez de Pisón, Javier Camacho, Julio Viñuales, Marta Iturralde, Alberto Martínez… Inició la presentación Ramón Tejedor, para ceder la palabra a dos colaboradores de la obra: Alberto Martínez y María Victoria Trigo. A continuación, los autores revelaron detalles interesantes de su trabajo al público que llenó la sala, tanto a través de unas imágenes como de un corto.

Alberto Martínez, Victoria Trigo, Ramón Tejedor, Eduardo Viñuales y Roberto del Val (28 de junio)

24 de septiembre de 2019

Tras el verano, se retomó este programa mediante una muestra de Chema Agustín con dibujos e ilustraciones de su juego de naipes "Exposición Alpinist54". Son 54 cartas que buscan "aglutinar la épica, la historia, las leyendas y el espíritu de las ascensiones, escaladas y exploraciones que han motivado al hombre desde siglos atrás". En cuanto al audiovisual de Quique Gracia, llevó por título: "Escalada en grandes paredes: de Aragón a Canadá, pasando por Yosemite (hay vida más allá del panel)". O un recorrido "de lo que es la escalada en vías largas y un repaso a la trayectoria de un escalador aficionado a las mismas que le ha llevado a una evolución". A través de una selección de más de cuatrocientas imágenes de escalada impactantes. Presentó el acto Ramón Tejedor.

Quique Gracia, Ramón Tejedor y Chema Agustín (24 de septiembre)

Carlos Barboza, Teresa Grasa, Ramón Tejedor y José González (29 de octubre)

Gregorio Villarig, Ramón Tejedor y Luis Granell (27 de noviembre)

Jokin Azketa y Ramón Tejedor (10 de diciembre)

29 de octubre de 2019

La octava de las citas de exposición-conferencia del 90 Aniversario de Montañeros se desarrolló con una generosa asistencia de público. En la mesa se sentó nuestro presidente, flanqueado por José González Mas, por un lado, y por Teresa Grasa y su hijo Carlos Barboza, por otro. Ramón Tejedor abrió el acto presentando al autor de la muestra pictórica sobre el "Moncayo", González Mas. Seguidamente, realizó una glosa del audiovisual sobre uno de nuestros fundadores a cargo de su hija Teresa y de su nieto Carlos: "Aurelio Grasa Sancho y Montañeros de Aragón: pasión por la montaña y la fotografía". Esta conferencia con proyección de imágenes tuvo un corte claramente participativo, pues con frecuencia fue interrumpida, tal y como solicitó Teresa, por algunos de los asistentes, deseosos de identificar algún rostro familiar en las imágenes.

27 de noviembre de 2019

Se cerró el programa cultural específico del 90 Aniversario con la inauguración de la muestra pictórica sobre "Naturaleza", de Gregorio Villarig. Una veintena larga de óleos y dibujos que colgó del salón social hasta el 20 de diciembre de 2019. Por otra parte, Luis Granell impartió una magnífica conferencia sobre: "Canfranero. El tren que nos llevaba a la montaña". De presentar a estos dos veteranos socios se encargaría nuestro presidente, Ramón Tejedor.

10 de diciembre de 2019

Las presentaciones tuvieron su broche con la de la novela "El Tiempo del Vértigo" (2019), de Jokin Azketa. Ganador de un Premio Desnivel de Literatura de Montaña con vínculos con varios consocios que asimismo se lo han cobrado. Un acto en el que el referido autor fue precedido por nuestro presidente, Ramón Tejedor. Por lo demás, sería la última de las actividades culturales del 90 Aniversario en Montañeros de Aragón.

Desde aquí, agradecemos a todas aquellas personas que nos han acompañado durante estas celebraciones en familia. Sobre todo, a cuantos han ayudado de forma desinteresada con sus fotografías, dibujos u óleos, y también con sus audiovisuales y conferencias, para que Montañeros festejara en su Sede estos 90 años de trayectoria…

Reflejos del 90-A

Prensa en papel o digital, y medios audiovisuales

Marta Iturralde Navarro

En este 2019 que dejamos atrás Montañeros de Aragón tuvo una importante presencia tanto en publicaciones periódicas en papel o en formato digital, como en diversos medios de radio y televisión. Aunque los seis Boletines Digitales del año han registrado dicha difusión con sus correspondientes enlaces, resumiremos lo más significativo:

Publicaciones a papel:

3 de marzo de 2019, en Heraldo de Aragón: "Montaña. 90 cimas, 90 años de Montañeros de Aragón".

24 de marzo de 2019, en Heraldo de Aragón: "Efeméride del club decano de Aragón. 90 años de montañismo. Un grupo formado por unos cuantos amigos entusiastas de la montaña decidió crear el 11 de mayo de 1929 Montañeros de Aragón. La señera institución celebra este año el redondo cumpleaños fiel al legado de sus fundadores", por Arantza Cortés. También en edición digital.

Mayo-junio de 2019, en el número 129 de El Mundo de los Pirineos: "Montañeros de Aragón cumple noventa años".

11 de mayo de 2019, en El Periódico de Aragón: "El monumento de Montañeros", por Ricardo Martí. Asimismo, en edición digital.

29 de mayo de 2019, en Heraldo de Aragón: "Montañeros de Aragón celebra su 90 aniversario. El club inauguró una exposición de su primer presidente, Lorenzo Almarza", por Alejandro Toquero. Y en edición digital.

18 de junio de 2019, en Heraldo de Aragón: "Subida al Moncayo de Montañeros de Aragón", por María José Montesinos. Igualmente, en digital.

Medios Digitales:

10 de abril de 2019, en Desnivel.com: "El Club Montañeros de Aragón cumple 90 años", entrevista a Ramón Tejedor, por Bárbara Ramírez.

23 de junio de 2019, en Heraldo de Aragón: "Ascenso al Moncayo", por María José Montesinos.

A lo largo de 2019, los Blogs dentro de Desnivel.com de Alberto Martínez han popularizado diversas historias con protagonistas de Montañeros: "Recordando a Raymond d'Espouy" (20 de febrero), "La muerte de Papé" (4 de marzo), "Una carta para Espouy" (11 de marzo), "Dos visitas al Monarca en 1954" (25 de marzo), "Un primer Puro en Riglos" (1 de abril), "Al asalto de la Torre" (10 de abril), "Donde sueñan los novatos" (29 de abril), "Un mallo Fire de cine" (13 de junio), "El Moncayo de los Forestales" (26 de junio), "La primera Carnavalada" (14 de agosto), "Las cosas de las Brujas" (20 de agosto), "Rescatadores de montaña" (31 de agosto), "La Cima de Ramond en tierras aragonesas" (24 de septiembre), "Un espolón de Bazillac maño" (17 de octubre), "Nuestra descubierta del Soum de Ramond" (24 de octubre), "Maridaje entre la Montaña y el Canfranero" (26 de noviembre).

Aragón Digital filma en nuestra Sede

Entrevista para Objetivo Aragón

Entrevista a tres bandas para Heraldo de Aragón

La labor dentro del Facebook y el Twitter de Montañeros ha sido intensa. Lo mismo que desde los Anexos de nuestros Boletines Digitales dedicados a repasar la historia del Club: BD67 (marzo-abril de 2019) con "Los Fundadores de Montañeros de Aragón"; BD68 (mayo-junio de 2019) con "Los años cuarenta en Montañeros" y "La década de los cincuenta en nuestro Club"; BD69 (julio-agosto de 2019) con "Algunos socios de honor de Montañeros de Aragón"; BD70 (septiembre-octubre de 2019) con "El colofón a una Década Prodigiosa".

Radio:

13 de mayo de 2019: entrevista en Radio 4G. Onda Aragonesa, a Alberto Martínez.

21 de junio de 2019: entrevista en el programa "Gente viajera en Aragón" de Onda Cero, a Ramón Tejedor.

11 de diciembre de 2019: entrevista en Onda Cero Radio, a Alberto Martínez.

Televisión:

20 de marzo de 2019: para Aragón Digital, reportaje en vídeo de Marta Gracia sobre "Continúa la celebración del Centenario de Ordesa", a Eduardo Viñuales y Alberto Martínez.

9 de mayo de 2019: entrevista de Miguel Checa para el programa "Buenos días, Aragón" de Aragón Televisión, a Ramón Tejedor y Alberto Martínez.

19 de mayo de 2019: un equipo de Aragón Televisión acompañó durante la aproximación al Tozal de Guara (hasta el barranco de Abellada), entrevistando a varios socios; entre ellos, al responsable de este ascenso, Manuel Calvo…

10 de junio de 2019: entrevista de María Fernández para "Objetivo Aragón" de Aragón Televisión, a Ramón Tejedor, Alberto Martínez, Pepe Díaz, Carlos Pauner, Marta Alejandre, Manu Córdova y Manuel Calvo.

8 de octubre de 2019: un equipo del programa "China Chano" de Aragón Televisión acompaña hasta la cima del Borón a un grupo de socios, entrevistando a José Luis Molina, David Cortina, Alfredo Barberán y Marta Salazar. Además, recibe un mensaje por el móvil de Ramón Tejedor.

El Borón con China Chano

Cerraremos esta enumeración con extractos del informe sobre nuestra participación en cierto programa de Aragón Televisión…

"Subida al pico Borón junto con el programa Chino Chano para grabar un programa de celebración del 90 Aniversario de Montañeros de Aragón que se emitirá el domingo 27 de octubre de 2019. Entretenida ruta, que requiere varias trepadas, para ascender al pico Borón, saliendo desde justo antes del túnel que hay antes de la presa del pantano de Vadiello […]. Avanzamos por el cordal hasta que hemos de descender en diagonal siguiendo unos hitos que vemos en todo momento, pues hay muchos, para coger un paso importante, pues solo se puede pasar por aquí, que nos lleva al collado de Ligüerri. Desde aquí apenas nos quedan 200 metros de subida para llegar el pico Borón.

"Justo en este collado, coincidimos, como así habíamos quedado previamente, con los integrantes del programa de Chino Chano, y allí almorzamos todos juntos en buena camaradería, compartiendo lo que todos llevamos y luego ya empezamos a grabar la subida final a la cima. Ha sido muy bonito e interesante ver como graban un programa y el tiempo y dedicación que le dan a cada programa, pues prácticamente suben tres veces a la cima en cada emisión. Un día van sin cámaras a reconocer el terreno y buscar localizaciones, luego dedican dos días a grabar el programa en sí. Tanto Mariano Navacués, como el resto del equipo de grabación son unos profesionales y grandes personas y muy afables. En la cima nos intercambiamos unas camisetas y un banderín del 90 Aniversario, que nos firman todos los del programa y que se colgará en la Sede de Montañeros de Aragón.

"La vuelta la hacemos por el mismo camino ya casi de noche, pues la grabación, por lo que vemos, requiere de mucho tiempo de rodaje […]. Participantes: Blanca de Blas, Marta Salazar, Pilar Mainar, Antonio Gimeno, David Cortina, Faustino Martínez, J. Luis Martínez, José Luis Molina y Alfredo Barberán".

En el estudio de Aragón en Abierto

Nuestra presencia en Onda Aragonesa

Foto cimera en el Borón tras las entrevistas

Galería de eventos

Pilar Vidal y Ursi Abajo.

Valle Piedrafita y Fernando Lozano.

Quique Gracia y asiduos al Rocódromo.

Chema Agustín.

Francisco Izuzquiza.

Ibón Arburu y Enrique Gisbert.

Nuria Moya e Ignacio Ferrando.

Ursi Abajo y Melchor Frechín.

Erik Viñuales.

en la Sede

Chema Agustín y Mikel Silván.

Fernando Lozano y Quique Gracia.

Eduardo Viñuales, Txusma Pérez y Alberto Martínez.

Miguel Ángel Gil y Jesús Mustienes.

David Castillo, Quique Gracia, Paquito Palú, Pedro Salaverría y Álex Gómez.

Manuel Calvo, Isabel Ezquerra, Marta Iturralde y Ramón Tejedor.

Marta Iturralde y Juan Ramón Portillo.

Gregorio Villarig, Luis Granell y Santiago Marraco.

José Antonio Bescós y Gregorio Villarig.

Luis Granell García

El Tren de los Montañeros

El sábado 21 de septiembre de 2019, dentro de los actos del 90 Aniversario de la fundación de Montañeros de Aragón, un numeroso grupo de socios, veteranos en su mayoría, viajó en tren a Canfranc para recordar que este ferrocarril fue, durante décadas, el medio de transporte que nos llevaba a Riglos o al Pirineo, escenarios privilegiados de nuestras aficiones deportivas.

El viaje se realizó en un moderno tren en el que los participantes, a quienes a la salida de Zaragoza se les entregó una guía con detalles del trayecto, viajaron cómodamente. También tuvieron la oportunidad de escuchar las intervenciones de Gonzalo Albasini, promotor de la iniciativa, quien presentó el viaje en nombre del Club, y Luis Granell, quien comparó el desplazamiento al Pirineo en tren o en automóvil, en términos de emisiones contaminantes y de costes externos. En Ayerbe se ofreció a los participantes vino y torta de anís, típica de esa localidad, recordando los tiempos en que los viajeros del tren de Canfranc compraban esas viandas en la cantina de aquella estación.

Tras llegar a Canfranc, se visitó el vestíbulo de la estación internacional acompañados por un guía de la Oficina de Turismo de la localidad y, terminada la visita, se inició una marcha senderista por el Camino de Santiago, en la que participaron veintisiete de los cuarenta y cuatro participantes en la actividad. Los marchadores disfrutaron de una agradable comida en el Albergue Sargantana de Canfranc-Pueblo, terminada la cual reanudaron su camino, hasta llegar a la entrada a la Cueva de las Brujas, de Villanúa, donde tomaron el sendero que asciende hasta la antigua estación (hoy simple apeadero) de la localidad y desde el que se disfruta de una bella vista del valle y las montañas circundantes.

En dicho apeadero tomaron el tren de regreso, en el que viajaban quienes habían permanecido en Canfranc-Estación. Una jornada estupenda que merece repetirse.

Los participantes en El Tren de los Montañeros posan a su llegada a Canfranc (Foto: Luis Granell)

Javier Camacho Gimeno

Pico Lenin, la montaña "amable"

Sin duda que el Pico Lenin es comúnmente conocido por muchos alpinistas, como el "primer 7.000", para ascender como preparación o experiencia previa, para intentar subir después una montaña de 8.000 m, ya que "en principio", es un pico bastante asequible y "en teoría" una montaña que no tiene excesivos peligros objetivos. Esto, unido a una aproximación corta y muy simple (en coche hasta al campo base) así como a que tiene un campamento base, y un campo 1, o base avanzado muy cómodos y bien aprovisionados, lo hacen muy atractivo y como consecuencia un lugar muy, muy concurrido.

Digo en "teoría" porque a pesar de que es cierto que no es tan peligroso como otras montañas de 7.000 m, este pico tiene el "honor" de contar en su haber, con la tragedia más importante jamás ocurrida en una montaña.

En 1990, a las 14:30 h del viernes 13, y tras un pequeño terremoto en la zona de cuatro grados en la escala de Ritcher, se produjo el desplome de un sérac que causó la muerte a cuarenta y tres personas que se encontraban en el campo 2, conocido como "la sartén", un lugar ciertamente peligroso.

Además del peligro de avalanchas existente en el campo 2 y en el camino hacia la mitad final de acceso a este campamento, hay que tener en cuenta la existencia de grietas, especialmente en el camino del campo 1 al 2 y en el propio campamento 2. En el trayecto suele haber alguna cuerda fija para asegurarse cuando se pasa sobre ellas, pero sobre el propio campo 2, muchas de estas grietas, están ocultas y son muy traicioneras, especialmente a medida que avanza la temporada. Yo mismo me di un gran susto en este campo, al meter una pierna hasta el fondo en una de ellas, y vi cómo le pasaba lo mismo a un alpinista en la misma puerta de su tienda de campaña cuando accedía a ella.

También hay que tener especial cuidado con el mal de altura (edemas cerebrales o pulmonares), sobre todo si no se tiene experiencia previa en altura, y con las bajas temperaturas y el viento que suele azotar el día de cumbre en la larga arista, ya que pueden provocar congelaciones en manos y pies. Este año se dieron varios casos de edemas y congelaciones.

En un primer momento no era mi intención ir a ascender el Lenin, ya que la idea inicial eran subir los picos Korzhenevskaya (7.105 m) y Comunismo (7.495 m) o Ismail Samani en Tayikistan, pero tuve que cambiar los planes un día antes de la salida, puesto que se suspendieron los vuelos en helicóptero al campo base de estos dos colosos.

Reflejo del imponente macizo el Lenin desde el campo base.

Tremenda avalancha sobre el campo 2

Dada la complejidad de las Repúblicas ex soviéticas en las que se encuentran todos estos picos, es muy recomendable organizar el viaje con una agencia española, aunque esta vaya a subcontratar luego el viaje con una agencia local, (hay tres agencias locales por lo menos que tienen su propio campo base y campos de altura), ya que si surge un problema como el que nos pasó a nosotros con los vuelos de helicóptero u otro similar, accidente, etcétera, es mucho mejor tratar con la empresa española.

Grieta sobre el glaciar de camino al campo 2

El pico Lenin se encuentra en la cordillera de Pamir, concretamente entre los países de Tayikistán y Kirguistán, y su cumbre alcanza los 7.134 m de altitud sobre el nivel del mar, lo que la convierte en la segunda montaña más elevada, tanto de Tayikistán como de Kirguistan, después del pico Ismail Samani, o pico Comunismo y del Pobeda. Forma parte del famoso "Leopardo de las Nieves", título que otorgan los alpinistas rusos a los montañeros que consiguen la cumbre de las cinco montañas más altas de la antigua Unión Soviética, todas ellas por encima de los 7.000 m.

La vía normal de acceso al pico es por Kirguistan; normalmente se suele volar desde la capital Biskeh a la ciudad de Osh y desde allí en coche hasta el campo base, que se encuentra a 3.600 m.

Se montan tres campamentos de altura, un campo 1 o campo base avanzado a 4.400 m, que en realidad es el auténtico campo base, ya que normalmente una vez alcanzado nadie baja al que está situado a 3.600 m salvo que tenga problemas de aclimatación.

Un campo 2 a 5.300 m de altitud y un campo 3 a unos 6.100 m de altura.

La logística para esta montaña puede ser muy fácil, dependiendo del servicio que contrates con las agencias que operan en el lugar, desde un servicio campo base mínimo en que te llevan hasta el lugar, permiso de ascensión y te dejan acampar con tu tienda en su campo base, hasta un todo incluido en el que te dejan utilizar las tiendas de campaña de los campos de altura y te incluyen la comida de altura. También puedes contratar porteos de material o comida a los campos de altura pagando en dólares por kilógramo de peso, y el precio varía dependiendo del campo de altura al que quieras que te lo suban.

Detalle de los campos en la ascensión del Lenin.

Nosotros llegamos al campo base en vehículo el día 21 de julio. El día siguiente lo aprovechamos para hacer una punta de altura en un pico cercano y muy fácil sobre los 4.000 m; es muy recomendable para aclimatar y hay varias opciones, todas ellas muy cercanas al campo base.

El día 23 fuimos andando hasta el campo 1 o campo base avanzado, donde descansamos un día. Este campamento es francamente cómodo y la comida es bastante buena.

Desde el campo 1 es muy conveniente para afianzar la aclimatación, hacer otro pico de altura y ascender una montaña cercana y muy simple, desde la que hay unas vistas excelentes.

El día 25 ascendimos hasta el campo 2 de la montaña. conviene madrugar y salir sobre las 7 de la mañana o antes, para evitar el calor que

hace a medio día y reducir un poco el peligro de avalanchas que existe en esta parte de la ascensión. Hay que tener bastante cuidado con las grietas, en nuestro caso no estaban aún muy abiertas, puesto que fuimos a principio de temporada, pero a medida que avanza esta, se abren mucho más, dificultando su franqueo, siendo necesaria incluso la colocación de escaleras para sortearlas.

De allí, al día siguiente, el 26 de julio, subimos al campo 3, dejándolo montado con nuestra tienda y haciendo un depósito de material, bajando a continuación al campo 2 donde dormimos, para a la mañana siguiente temprano, bajar hasta el c1 o campo base avanzado para esperar una ventana de buen tiempo e intentar ya la cumbre, puesto que entendíamos que ya teníamos adquirida la aclimatación suficiente. Hay gente que hace otra rotación y vuelve a subir para quedarse a dormir una vez en el campo 3 y bajar de nuevo a la espera del buen tiempo. Si no se tiene mucha experiencia en altura, esta rotación extra es muy recomendable.

Después de bajar, descansamos dos días para recuperar fuerzas y al final, a pesar de que las previsiones meteorológicas eran inciertas y para el día de cima daban mucho viento con rachas de más de 40 km/h y bastante frío de -15º C, el día 30 de julio subimos para arriba hacia los campos de altura. Pero esta vez con la intención de intentar la cumbre, ya que después el tiempo se estropeaba varios días seguidos.

Al final acertamos con nuestras decisiones. Salimos a las 3 de la mañana, del 1 de agosto, tal vez demasiado pronto, ya que a pesar de que el camino a la cumbre es muy largo (se suelen invertir unas nueve horas), a esa hora hace mucho frío y el viento hizo que en alguna ocasión pensáramos en bajarnos.

Sobre las 10 de la mañana, y tras siete horas, alcancé en solitario la cumbre, donde permanecí unos treinta minutos, hasta que llegaron Carlos Soria y Pedro Nicolás, presidente del club madrileño Peñalara. Media hora más tarde iniciábamos el descenso juntos hasta el campo 3 de la montaña, cruzándonos por el camino con el resto de los compañeros españoles de ascensión (Javier, David, Luis y Alfredo), y de ahí, tras hidratarme y comer un poco, bajar algo más tarde en mi caso hasta el campo 2.

Las vistas desde la cumbre son preciosas: en la lejanía se alzan altivas las dos montañas que un principio iban a ser mis objetivos, el Korzhenevskaya (7.105 m) y el Comunismo (7.495 m), y a pesar del viento y el frio, pude disfrutar de la cima como hacía tiempo que no había hecho en Everest y Lhotse, los años 2018 y 2017 respectivamente, ya que en este caso llegué hasta arriba bastante fuerte.

En definitiva, fue una bonita experiencia compartida con un buen grupo de alpinistas españoles con los que coincidimos en el campo base, una rápida ascensión y la sensación de que el Lenin puede resultar una montaña "amable" si todo se da bien.

Agradecer a mis colaboradores (Olympus, Rab, Lucroit y Boreal) el apoyo que me prestan para hacer realidad estos sueños y deciros que ya tengo previstas varias charlas en diversos clubs de montañas y asociaciones fotográficas de distintas localidades de las que os iré informando.

Ah… y por supuesto, ya estoy haciendo nuevos planes para el año que viene. Tal vez intentar escalar de nuevo una montaña de 8.000 m, o saldar la cuenta pendiente con el Comunismo y el Korzhenevskaya, ya veremos.

Ascendiendo de madrugada hacia el campo 2, para evitar las avalanchas que barren la pared

Llegando al campo 2, una gran avalancha llega casi hasta el camino

Amanecer desde la arista cimera del Lenin de camino hacia su cumbre

Foto de cumbre en el pico Lenin 7134 m

El pico Kazbek y otras ascensiones (5.047 m)

Ángel Martín Sonseca

Empezaré el resumen de mis actividades en el año 2019 con la última salida a la montaña el pasado 27 de diciembre, que precisamente acabó en nada, pues a los 2.700 metros dimos la vuelta en el intento de escalar el corredor Francisco Granados al pico de Argualas.

En cambio, tanto el comienzo como el resto del año 2019, me fue muy fructífero en actividades que considero modestas al lado de otros consocios que tan buen nivel tienen y dan gran prestigio al Club.

Hice ascensiones invernales con esquís, como al Garmo Carnicero/Musales (2.665 metros), Petrechema (2.371 metros), Chinebral de Gamueta (2.329 metros), Foratulas Oriental (2.581 metros), Foratulas Occidental (2.588 metros), pico Baciás (2.758 metros), y a pie invernales como las escaladas de la cara Norte [IV+] al pico Sabocos (2.775 metros), la cara Norte [A.D+] al pico Acherito (2.374 metros).

Una vez llegada la primavera, hubo escaladas y ascensiones con esquís como la Canal Norte [III/IV-] al pico Sabocos (2.775 metros), pico Cotiella (2.912 metros), Brazato Oriental (2.731 metros), Brazato Occidental (2.739 metros), un 3x1 [Pico Nebera (2.721 metros) + Collaradeta (2.729 metros) + Collarada (2.883 metros)], un 2x1 [Maladeta Oriental (3.308 metros) + Aneto (3.404 metros)], Corredor Jean Arlaud [IV] al Posets (3.371 metros).

Todas estas actividades servirían de preparación para ir en mayo hasta Georgia y ascender por su vía normal al pico Kazbek, de 5.047 metros.

En verano y otoño, hubo escaladas y ascensiones como al pico Culebras (3.059 metros), pico de Vallibierna (3.067 metros), Midi d'Ossau (2.885 metros), pico de Néouvielle (3.091 metros), pico de la Pez (3.018 metros), Castillo de Acher (2.384 metros), pico Sabocos (2.775 metros), pico de Arriel (2.824 metros), Gran Diedro Sur [IV+] del pico Acherito (2.378 metros), Moncayo (2.315 metros) y Garmo Negro (3.051 metros), Placa [IV+] y Chimenea del Estrato [III] en sierra Bernera-Lizara. Es lo que me dio de sí el 2019.

En la ascensión al Kazbek, el 15 de mayo de 2019, tuve como compañeros a los también socios del Club: Gonzalo Prado, Fernando Orús y Javier Garrido. Fue un viaje rápido a Georgia, de diez días, que en una larga jornada, salvando mil cuatrocientos metros de desnivel y catorce kilómetros entre ida y vuelta desde el refugio Betlemi (3.650 metros), nos permitió llegar a su cumbre de 5.047 metros.

No son los muertos los que, en dulce calma, la paz disfrutan de su tumba fría; muertos son los que tienen muerta el alma y viven todavía.

Saludos y salud: que haya para todos.

Collarada

Diedro de Acherito

Kazbek

Alejandro Cortés Pellicer

Una visita a la Edad Media..., antes de que desaparezca

Un año más, el peculiar grupo "Clan Setentones y Más", constituido por un grupo de veteranos montañeros, ahora jubilosos jubilatas, nos desplazamos a Marruecos con un proyecto poco habitual. Ya habíamos ascendido los principales picos de 4.000 metros del Atlas, luego habíamos realizado travesías a pie, durmiendo en jaimas, con muleros, cocinero, etcétera, por sus gargantas y desiertos, pero ahora se trataba de combinar ambas. En lugar de coronar los picos durmiendo en refugios, mejores o peores, ahora se trataba de ser autosuficientes durante cinco días, para ascender y regresar desde el valle hasta la cima del rey de la región: el Djebel Ighli M'Goun, de 4.073 metros, segunda altura del norte de África, protegido por un dédalo de gargantas y sierras secundarias, punto culminante de una de las regiones marroquíes más remotas y agrestes, cuyas escasas aldeas y poblados mantienen usos y costumbres propias de la Edad Media pues, aún hoy, están mínimamente comunicadas por ¿carretera?, o pistas de tierra. ¿Cómo no nos iba a seducir un proyecto semejante?

Así pues el 21 de mayo de 2019, en Marrakech, conocimos a nuestro guía M'Hamid, un alto, enjuto y renegrido bereber de penetrante mirada junto a nuestro cocinero, el risueño y tímido Ibrahim, un joven artista de los fogones, creador de exquisitas comidas con mínimos medios e ingredientes. Esa misma tarde, tras doscientos cincuenta kilómetros de carreteras de todo tipo, puertos desolados, pistas increíbles, etcétera, etcétera, llegábamos, molidos pero contentos (de terminar el viaje), a la aldea de Ait Said (Casa de Said), un conjunto de edificios de adobe, limpios y bien cuidados, en Bou Ghemez (el Valle Feliz) un feraz rincón rodeado de empinadas y pedregosas colinas, solo moteadas por el duro erizón, única planta capaz de sobrevivir en esas laderas. Allí esperan los muleros. En total seremos diez personas y tres mulas cargadas…, como eso, como mulas.

Al día siguiente, podemos analizar por primera vez nuestro objetivo. Estamos ¡a 3.408 metros! en el Tizi'n Aghouri tras dieciséis kilómetros de marcha y 1.512 metros de desnivel, y aún nos faltan cinco kilómetros con seiscientos metros de descenso hasta el Plateau de Tarkeditt, donde acamparemos. Pero antes es el M'Goun el que atrae todas las miradas. Impresiona la larguísima cresta, más de diez kilómetros, uniendo las diversas cimas, siempre por encima de los 3.800 metros. Está formada por

Vamos ligeros de equipaje....

Pero con buenos vehículos...

La cumbre

El M'Goun despues de la tormenta

pedregosas pendientes surgiendo del Plateau, cada vez más empinadas, única forma de salvar los mil doscientos metros de desnivel entre éste y la cima principal. No parece presentar dificultad técnica pero sí exigir una buena forma física, con excelente aclimatación, pues buena parte del largo recorrido discurre por encima de 3.900 metros.

Según descendemos, nubes de aspecto amenazador van cubriendo el cielo, por lo que aceleramos la marcha a pesar del mal estado del sendero, completamente "labrado" por los continuos resbalones de las mulas, dada la inclinación de la pendiente. Nosotros no somos menos y, entre resbalones y saltos, llegamos al campamento en menos de una hora. Nuestros hombres han montado ya las jaimas y nos ofrecen una reconfortante taza de té. Saboreándola, examinamos el entorno: una amplia y llana zona de pastos, de varias hectáreas, se extiende ante nosotros, desde las laderas del M'Goun hasta las del Djebel Aghouti por donde hemos bajado. Por ambos extremos, una serie de estrechas gargantas sirven de desagüe a las abundantes fuentes, que manan en este auténtico oasis a 2.900 metros, donde pastan en verano varios miles de cabezas de ganado, de todo tipo, provenientes de las diversas aldeas del entorno. Es el Plateau de Tarkeditt.

Cuando aún estamos degustando las invenciones culinarias de Ibrahim, un espectacular trueno abre las compuertas del cielo, diluviando durante un par de horas para dar paso luego a un precioso atardecer con una gama de colores digna de la paleta de un impresionista. Con la mosca detrás de la oreja, preguntamos: ¿Y mañana? M'Hamid es tajante: "Mañana buena, media tarde algo de lluvia", pero como la ascensión supone diez u once horas en total, eso conlleva un enorme madrugón. Habrá que salir con las primeras luces del alba, para evitar la tormenta.

La aurora nos pilla en plena faena, ascendiendo a buen ritmo, estimulados por el frio amanecer, con las flores del erizón poniendo la nota de color en este mundo mineral. Las laderas se empinan cada vez más, hasta obligar a trazar diagonales, para salvar los últimos escarpados metros. A las tres horas de dura ascensión alcanzamos la ansiada cresta, a 3.908 metros, siendo recibidos por un gélido y fuerte ventarrón que dificulta la marcha. A cubierto tras un resalte, M'Hamid nos señala la cima, al final de un largo, largo itinerario a través de varias cimas secundarias, suponiendo continuas subidas y bajadas, asegurándonos de paso que, si mantenemos el ritmo actual, evitaremos la tormenta. Oído esto, ¿qué más quiere el ciego que ver…? Aceleramos la rápida marcha, alcanzando, en menos de dos horas, casi por sorpresa, el trípode indicativo de la cima del Djebel Ighli M'Goun, a 4.073 metros.

Son las 9:40 h. En menos de cuatro horas y media hemos ascendido los 1.590 metros de desnivel acumulado y casi cinco kilómetros de cresta. Abrazos y felicitaciones mutuas interrumpidas, de repente, por la súbita aparición, en el horizonte, de un siniestro frente tormentoso con cárdenos destellos en su interior, arrastrado hacia nosotros por un viento poderoso. ¿De dónde ha salido? No hagas preguntas estúpidas y corre.

Huelga decir la velocidad desplegada a partir de ese momento. La perspectiva de recorrer cinco kilómetros de cresta, a más de 4.000 metros, perseguidos por una tormenta eléctrica es "para bailar jotas y boleros". El vendaval amaina, siendo sustituido por oleadas de fino granizo (matacabras) ¡Olé y olé!

Esto nos espolea aún más, recorriendo el camino en menos de lo que cuesta escribirlo para, literalmente, precipitarnos fuera de la cresta por las diagonales de subida, ahora cubiertas de heladas esferitas, con una inmensa sensación de alivio al creernos a salvo. Pero, sí, sí. Apenas descendidos cien metros, nos paraliza un horrísono cañonazo (ese rayo ha caído muy, muy cerca). La velocidad alcanzada a partir de aquí es de auténtico record, bajando a saltos, ensordecidos por los impresionantes estampidos que los rayos provocan al caer en las crestas cercanas, con el campamento a la vista, pero tan lejos todavía. Como último toque genial, al llegar al Plateau, el granizo es relevado por un auténtico diluvio que nos acompañará hasta las jaimas. Cuando uno está de suerte… Eso sí, hemos realizado la ascensión en menos de ocho horas en total, rebajando significativamente el horario habitual. Es que, cualquiera se entretenía…

Entramos en las tiendas "chipiadísimos", momento para agradecer el estar en una jaima donde cambiarte de pie. En una moderna de un metro

Descendiendo hacia los acantilados de Rougoult

Increibles colores en el valle de Tessaoult

de altura sería para llorar, al menos teniendo como nosotros más de setenta añitos. Una vez secos, recuperados tras haber disfrutado de los cuidados culinarios de Ibrahim, tras una breve siesta y degustando un té caliente, decidimos atisbar el estado de la montaña: sigue la tormenta y las pedregosas laderas están totalmente blancas. Desde luego, esta ascensión tardará muuuucho en borrarse de nuestra memoria pero…, lo pasado, pasado.

Al otro día, una mañana radiante nos permitirá seguir con nuestros planes, si bien con alguna importante variación: Como las gargantas por las que preveíamos bajar están impracticables por las lluvias, alcanzaremos el valle del río Tessaoult, que nace aquí mismo, por el camino ancestral para llegar y volver del Plateau, mucho más duro, menos "turístico" y cuyo recorrido daría para otro relato. Baste decir que son veintiocho kilómetros, a través de una desolada meseta, superando un paso a casi 3.000 metros, el Tizi N'Rougoult, descendiendo luego por una exigua senda serpenteante entre unos arcillosos y poco seguros acantilados, donde incluso las mulas vacilaban en muchas ocasiones, cruzar empinados barrancos y abruptas laderas cubiertas de enebro, siempre con la visión de la verde vega bajo nosotros, hasta alcanzar la aldea de Tasgaiwaït, setecientos metros más abajo. ¡Qué lejos quedan nuestros GR y PR!

Esta aldea, como todas las que encontraremos a nuestro paso, demuestran un increíble dominio del adobe y la madera en la construcción de edificios, a veces de muchas plantas, con rincones en los que el tiempo se detuvo hace siglos, configurando un entorno de severa belleza.

Para secar bien las jaimas, el guía gestiona nuestra pernocta en una de las casas del pueblo, siendo amablemente acogidos por su joven dueño, ante la curiosidad de los vecinos. Poco después, el guía nos pide un favor: durante la bajada un mulero se ha clavado una gruesa astilla, del grosor de un lápiz, en el dedo gordo de un pie, no pudiendo ni apoyar el peso del cuerpo. Dada la importancia de la lesión, sin posible auxilio sanitario en el pueblo, se lo desinfectamos y curamos allí mismo como podemos, citándole para mañana a primera hora, para ver cómo ha evolucionado. Esa misma noche se nos presentan en la sala donde nos han alojado (la mejor de la casa, como es tradicional en estas tierras) todos nuestros hombres, con el dueño de la casa, improvisando un concierto de música berber al que no tardamos en unirnos. Fue una simpática e inolvidable velada. Nota: al día siguiente la herida estaba totalmente cicatrizada. Estas personas son de otra materia, increíblemente estoicos y orgullosamente serviciales, pero no serviles.

El último día, recorrimos el fondo del valle, admirando los increíbles colores de los acantilados que nos flanquean, muestra de la riqueza en minerales de la zona, las pequeñas aldeas colgadas sobre el río, sorprendiéndonos ante el exacerbado recato de las mujeres cuando nuestros caminos se cruzaban, las feracísimas huertas cultivadas como hace cientos de años, etcétera, etcétera. En estos parajes el tiempo se detuvo hace cientos de años. Pero, contra todo pronóstico, la jornada resultó de una gran dureza física, al tener que recorrer gran parte del camino, más de veintiocho kilómetros por el propio río al hallarse inundado el sendero. Contemplar la belleza del entorno resulta difícil cuando se llevan más de seis horas con los pies en remojo. Pero, toda tarea tiene su fin y, cuando ya estábamos hasta la boina del líquido elemento, nuestro guía nos anuncia la llegada a un modesto albergue (para nosotros el palacio de las Mil y Una Noches) donde nos recuperamos de todas las penalidades pasadas para, al día siguiente volver a Marrakech en otro "inolvidable" trayecto de más de doscientos kilómetros (seis horas…) y, de allí, a casita.

Ponemos así digno final a unas intensas jornadas en un entorno, duro y austero pero inolvidable, cuyo ancestral aislamiento está desapareciendo debido a diversos factores: nuevas vías de comunicación, llegada de la luz eléctrica y las televisiones parabólicas, aumento del número de escuelas, etcétera, etcétera. Por eso consideramos que hemos realizado una intensa visita a la Edad Media…, poco antes de su desaparición. Que los cambios faciliten la actividad cotidiana de esas gentes pero consigan a la vez, cosa difícil, mantener los increíbles valores de su particular idiosincrasia, heredados de inmemoriales generaciones y, al día de hoy, desaparecidos en muchas de las sociedades más "desarrolladas". Inch'Allah.

Javier del Valle Melendo

Decepción

La isla del nombre equivocado

La sola mención de la Antártida evoca lugares lejanos llenos de leyenda, misterio, aventura y épica en un medio hostil, carente de vida humana. Lugares cuya visita queda restringida a unos pocos no sólo por la lejanía, sino por las limitaciones al turismo y la dedicación prioritaria a actividades de investigación y de presencia militar de los asentamientos allí situados.

Se trata de un continente inmenso, de catorce millones de kilómetros cuadrados, muy masivo en su morfología pero del que se proyecta hacia el Norte la Península Antártica que parece querer aproximarse al extremo meridional de América del Sur. Entre el punto más septentrional de esta península Antártica y el más meridional de América se extiende el mar de Hoces, en honor al marinero español Francisco de Hoces que lo descubrió en el siglo XVII, aunque el mundo anglosajón se empeña en denominarlo de otra manera. En esta zona se localiza el archipiélago de las islas Shetland del Sur, donde se encuentran las dos bases españolas antárticas: la Juan Carlos I en la isla Livingstone, y un poco más al sur la base Gabriel de Castilla en la isla Decepción.

Es una isla de pequeño tamaño, unos setenta y dos kilómetros cuadrados cuyo nombre, según la leyenda, hace referencia a la decepción que sufrían los que buscaban en ella un supuesto tesoro allí escondido por el pirata Francis Drake. Sin duda los tesoros de la misma no son monetarios ni en forma de joyas. Según otros su nombre viene de la forma engañosa de isla maciza vista desde el exterior cuando en realidad se organiza en torno a una gran bahía, pues la isla es un volcán activo semi-inundado por el mar. Su naturaleza volcánica obliga en cada campaña a realizar un análisis previo del grado de actividad para determinar si éste permite abrir la base y después un seguimiento permanente del mismo por si fuera necesario aplicar el plan de evacuación.

En la campaña 1989/90 la Escuela de Logística del Ejército de Tierra inauguró el refugio con el nombre de Gabriel de Castilla, en honor al marinero español que avistó por primera vez tierras en latitudes antárticas, y en 1998/99 fue elevada a la categoría de base militar. Su localización es 62º, 58' 40". Se trata de una base temporal, al igual que la Juan Carlos I, abierta normalmente desde finales de noviembre hasta finales de marzo, aprovechando el verano austral. Es vecina de otra base argentina permanente de carácter estrictamente militar, la Primero de Mayo, pues las bases chilena y británica que había en la isla, fueron destruidas por la erupción del volcán en 1969. En cada campaña antártica en la base Gabriel de Castilla se desarrollan diversos proyectos científicos con el soporte logístico del Ejército de Tierra que posibilita su apertura, mantenimiento, abastecimiento de agua y energía, y da diferentes servicios a los investigadores como comunicación, transporte terrestre y marítimo por la isla, etcétera. Sin duda un impagable servicio a la ciencia española.

La vida en la base se desarrolla entre las 8 de la mañana, hora de levantarse, y las 24, hora de silencio. En ese lapso los científicos trabajan en sus diferentes proyectos, realizando actividades de campo fuera de la base siempre si el tiempo lo permite. En estas actividades en el exterior se prioriza la seguridad, por lo que en todo momento se está acompañado de varios militares allí destacados, especialistas en navegación con lancha neumática, progresión en montaña, comunicaciones, etcétera. También se desarrollan trabajos de oficina o laboratorio en las instalaciones destinadas para ello, el llamado "módulo científico". La vida en la base cuenta con un notable confort, pues la calefacción, agua caliente, comodidad de las instalaciones y calidad de la alimentación contribuyen a que la estancia sea agradable, algo especialmente importante para los militares, que permanecen allí durante toda la campaña, pero que también los científicos, muchos de los cuales realizan estancias más cortas, como fue mi caso, también agradecen. El abastecimiento de combustible, alimentos o cualquier necesidad está cubierto por los barcos que regularmente cambian a los científicos allí presentes y los especialistas del Ejército de Tierra están siempre dispuestos a reparar cualquier avería, mejorar las instalaciones o velar por el cumplimiento de los protocolos medioambientales comprometidos.

Decepción es un medio hostil pero a la vez hermosísimo. La isla tiene forma de herradura con una enorme bahía en el centro denominada Puerto Fóster al que se accede por la entrada denominada Fuelles de

Buque Hespérides llegando a las costas antárticas.

Neptuno, un paso estrecho enmarcado por acantilados rocosos verticales. Aproximadamente la mitad de su superficie está cubierta de hielo de forma permanente, especialmente en su zona oriental, donde se localiza un gran glaciar que desemboca directamente en Puerto Fóster formando un verdadero murallón de hielo dinámico y cambiante en el que se producen desprendimientos que generan icebergs flotantes. La naturaleza volcánica de la isla explica el color oscuro del suelo, que al mezclarse con el hielo aporta diferentes tonalidades al glaciar, siendo considerado incluso en alguna zona como glaciar negro. Puede parecer que la isla es escasa de hielo en comparación con otras vecinas, pero su naturaleza volcánica hace que en algunas zonas la temperatura del suelo impida su permanencia durante el verano.

A pesar de la hostilidad aparente del medio, Decepción es un lugar lleno de vida. En la isla existen numerosas pingüineras, algunas con más de cuarenta mil parejas. Buscan siempre lugares algo elevados, no muy lejanos de la costa, pues en el mar es donde encuentran su alimento. Se trata de animales torpes e incluso ridículos en tierra, que trepan por las laderas con esfuerzo, a menudo con caídas y golpes contra las rocas que les dejan rebozados en tierra. Sin embargo en el mar tienen una enorme habilidad y fuerza, capaces de entrar y salir sorteando las fuertes olas batientes contra las rocas quedando indemnes de golpes que parecen mortales. En Decepción habitan pingüinos Papúa, Macaroni y Barbijo, el más abundante de todos. Llegan a bucear, según las especies, entre 70 y 250 metros de profundidad para conseguir alimento que sea capaz de satisfacer su enorme gasto energético y poder llevar a las crías si las tienen.

Las pingüineras son lugares en los que se observa la actividad de estos animales muy sociables, que se protegen en la masa de sus depredadores en tierra, fundamentalmente los skúas, un pájaro de grandes dimensiones que suele anidar y criar en lugares próximos para aprovechar las oportunidades de alimentarse de individuos, especialmente crías, que queden desprotegidas o aisladas.

Otros de los animales presentes en las costas de Decepción son los pinnípedos, como lobos marinos (Artocephalus gazella) y focas. Son mamíferos con membranas interdigitales que les permiten nadar con enorme habilidad y eficiencia. Algunas especies como la foca Weddell (Leptonychotes weddelli) llegan a bucear hasta los setecientos metros de profundidad, animal de enorme tamaño (mide casi tres metros y medio y llega a pesar media tonelada) y otras alcanzan la considerable profundidad de cuatrocientos metros. Normalmente. Algunas especies viven en roquedales próximos a la costa y otras prefieren las playas de arenas negras que se extienden por algunos tramos. Los lobos marinos quedaron al borde de la extinción debido a que eran cazados por su piel, pero la población se está recuperando a buen ritmo y es frecuente observarlos en las playas de Decepción en solitario o en grupo, a menudo compartiendo espacio con los pingüinos. Los machos pueden llegar a pesar doscientos kilos y las hembras son más pequeñas y ligeras.

Toda esta explosión de vida se sustenta en la riqueza biológica del océano antártico, especialmente la abundancia de krill. Se trata de unos pequeños artrópodos de la clase de los crustáceos, el más abundante es una quisquilla (Euphasia superba) de unos pocos centímetros de longitud que vive en estos mares en cantidades inmensas (algunos estudios calculan la biomasa en varios miles de millones de Tm y otros lo rebajan a menos de mil millones). Se alimenta de fitoplancton y es rico en grasa, proteínas y vitaminas. Es el principal alimento de pingüinos, diversas especies de focas y de las ballenas que pueblan las aguas antárticas. Es fácil observar en las costas de la isla numerosos de estos crustáceos dejados allí por las olas y las mareas demostrando su abundancia.

Sin duda las instalaciones de la antigua factoría ballenera Hektor en el sureste de la isla constituye un lugar de enorme magnetismo por su capacidad de evocar los tiempos de la caza masiva, industrial e indiscriminada de ballenas. Dicha factoría funcionó entre 1911 y 1931 y sus instalaciones enormes y oxidadas hoy son consideradas Sitio y Monumento Histórico SMH 71 bajo el Tratado Antártico. Aquí se situó una de las bases de caza de cetáceos más activas y productivas de la Antártida en la que llegaron a vivir 300 personas de forma permanente, en su mayoría chilenos trabajando para empresas noruegas y también alguna de su propio país. Se trataba de un lugar en el que sólo se descansaba el día de Navidad, no cesaba la actividad ni siquiera en invierno y según los testimonios de algunos viajeros se convirtió en un sitio insano, hediondo y maloliente debido a los numerosos restos orgánicos de ballena flotando en las aguas y esparcidos por las inmediaciones en proceso de putrefacción.

Pingüinera de Punta Exterior

Foca Weddel.

Se trataba de un negocio muy rentable, de cada ballena se extraían hasta quince toneladas de aceite que se empleaba para el alumbrado público, lubricación de numerosas maquinarias, etc. También se empleaban las barbas para fabricar corsés, varillas de paraguas, látigos o monturas de gafas. Era una actividad perfectamente organizada en torno a barcos cazadores que empleaban métodos que hoy resultarían crueles para impedir que estos grandes animales huyeran sumergiéndose en las aguas, y barcos factoría que tras ellos recogían y realizaban un primer descuartizamiento de los animales, para llevarlos después a la base mencionada donde se cocían los trozos en grandes depósitos para extraer el aceite y así satisfacer la enorme demanda. Puerto Fóster, la gran bahía central de Decepción era un refugio magnífico para los barcos balleneros, que salían a mar abierto cuando se avistaba una manada desde los puestos de vigilancia orientados al exterior.

Hoy Bahía Balleneros es un lugar de edificios medio derruidos y estructuras herrumbrosas, parcialmente destruido por la lava que el volcán emitió en la erupción de 1967 y en el que los pingüinos, los leones marinos y los skúas campan a sus anchas entre tuberías, calderas y restos de refugios u oficinas. De vez en cuando algún grupo de turistas llegan y visitan fugazmente este lugar para enseguida volver a sus barcos y dejarlo de nuevo habitado sólo por la fauna. Parece como si la naturaleza mediante la furia volcánica y la progresiva ocupación del lugar por los animales propios de la Antártida se quisiera vengar de la caza masiva de ballenas azules, australes, jorobadas y otras que desde aquí se desarrolló de forma tan sistemática y organizada y que llevó a algunas especies al borde de la extinción.

Decepción es un rincón del enorme continente antártico en el que ha habido bases chilenas, argentinas y británicas, además de presencia estadounidense en la segunda guerra mundial, escenario de algún incidente por reclamaciones territoriales, como los que ocurrieron entre Argentina y el Reino Unido en 1943 y 1953. Hoy queda la base argentina y la española Gabriel de Castilla donde se desarrolla una actividad investigadora intensa con el soporte logístico del Ejército de Tierra en un lugar en el que la naturaleza se muestra espléndida. Aquí los millares de pingüinos y los lobos marinos forman parte del paisaje, a veces como vecinos próximos y amistosos de los militares y científicos asentados en una tierra que les pertenece. Un lugar de noches y días largos en función del calendario, ventiscas furiosos que levantan nubes de polvo volcánico que lo impregna casi todo, y también momentos apacibles. Una isla de días plomizos a los que suceden otros de luz cegadora, suelos cubiertos por hielo junto a abrasador calor volcánico, fumarolas y olor a azufre. Una isla en la que la soledad lo llena casi todo y el contacto con la naturaleza es casi total, un pequeño rincón en el que la presencia española, siempre dentro del marco jurídico del Tratado Antártico y del Protocolo de Madrid recuerda la vocación de nuestro país de hacerse presente en lejanas tierras.

La Estancia en la base Gabriel de Castilla de la isla Decepción se realizó como investigador del proyecto de investigación Caracterización de Aerosoles Atmosféricos en la Antártida (CA3) cuyos IPs son los Dres. Jesús Anzano (Universidad de Zaragoza) y Jorge Cáceres (Universidad Complutense de Madrid).

Base Gabriel de Castilla

Colonia de pinguinos. Pingüino Barbijo y al fondo la base Gabriel de Castilla.

La Pierra Menta

Guillermo Blanchard Nerín

En el mes de marzo, cuando el estado de forma de los deportistas de invierno se puede comparar con el de Miguel Indurain, se celebra en Francia la carrera más popular del circuito internacional, la Pierra Menta. Cuatro días con cuatro recorridos que surcan los bosques, las aristas y los valles de la región de Saboya, bajo la atenta mirada del coloso Monte Blanco.

Mi temporada transcurría tranquila. Iba a ser mi primera vez en el equipo regional y mi objetivo era no defraudar. Cada viernes, desde el día de la ofrenda en octubre, me cogía el autobús a Benasque. Y el sábado a las 9:00 h ya estaba saboreando un café con mis amigos en La Renclusa, dispuesto a un fin de semana de skimo, lo que antes mi abuelo llamaba esquí de travesía.

Llevaba ya unas cuantas subidas al Aneto (mi abuelo estaría orgulloso), las cuales me habían permitido alcanzar un buen estado de forma, cuando en enero se celebró el campeonato de España. Para mi sorpresa y la del equipo, atravesé la meta en 15º posición. Luego, una de las parejas de la selección aragonesa que se había inscrito en la Pierra Menta causó baja, y Carlos Roy me preguntó si podía acompañarle.

El viaje lo realizamos en dos furgonetas ocho miembros de la selección de Aragón. Al llegar al pueblo de Areches, nos alojamos en el albergue junto con otros tantos corredores más de distintas nacionalidades. Durante los próximos días ésta sería nuestra casa, o como diría mi abuelo, nuestro campamento base.

El jueves tomamos la salida temprano, a las 8:00 h. Ese día quedamos en posición 56º y empleamos un tiempo de tres horas y treinta y cinco minutos. En las siguientes etapas fuimos cada día mejorando nuestra posición, hasta el puesto 30º que conseguimos en la cuarta etapa. Nuestro resultado de la general fue el 40º, de las doscientas patrullas inscritas, y la primera española. Cabe decir que este año se celebraba simultáneamente la Copa del Mundo, y parte de la élite internacional se encontraba concentrada con sus selecciones.

Pero si algo cabe resaltar de la experiencia, es que la Pierra Menta no es una carrera normal, como a las que estamos acostumbrados aquí, en el Pirineo. Las bajadas son de vértigo. Nunca olvidaré mi primer descenso: íbamos un pequeño grupo de diez corredores, apretados como un enjambre de abejas, descendiendo por un bosque a toda velocidad. Esquivando árboles, sorteando bañeras, visualizando aficionados, banderines... Y siempre con los cinco sentidos puestos en los esquís.

Por otro lado las subidas son geniales. A ratos te sobrevuela un helicóptero, y de vez en cuando atraviesas pasillos formados por los aficionados que te animan como si de una etapa reina en el Tour de France se tratase.

El último día, llegas a meta y no eres del todo consciente. Algo fluye por tus venas y se funde con el cariño y el compañerismo hacia el resto de corredores. Juntos hemos llorado de emoción, de dolor y de cansancio. Y todos lo hemos dado todo. Ahora toca volver a casa, asimilar lo vivido y continuar creciendo como deportista y como persona o, como diría mi abuelo, como montañero.

PD: Meses después, Montañeros de Aragón nos hizo entrega del Trofeo Eduardo Blanchard a la mejor actividad deportiva del 2019: primera pareja española de la Pierra Menta. Muchas gracias por vuestro apoyo.

Escalada Pirenaica

Quique Gracia Pasamar

Durante este pasado verano de 2019 tuve la oportunidad de visitar en varias ocasiones esas montañas que tenemos cerca de casa, los Pirineos, cosa que hacía años, por circunstancias familiares no había podido realizar. Una conclusión a la que llegué es que no es necesario desplazarse lejos para disfrutar y hacer actividades de cualquier nivel, pues aquí, en nuestros Pirineos tenemos montañas, valles, paredes, crestas…, para varias vidas. Recuerdo una entrevista en la revista Desnivel hace bastantes años al gran Christian Ravier, al que le preguntaban por qué no salía a escalar a cordilleras lejanas, pues si mal no recuerdo solo había estado en una expedición al Himalaya, a lo que él contestaba que para qué, si en el Pirineo tenía montones de montañas y rutas fantásticas para escalar, cerca de casa.

Aquí va un pequeño ejemplo de algunas de las escaladas que se pueden llevar a cabo según mi modesta experiencia:

Pico Rigüelo

Primera salida al Pirineo de la temporada, aprovechando la ola de calor de primeros de julio, David propone ir a una cara norte en un sitio que no es de los mediáticos para los escaladores, al pico Rigüelo, en el valle de Aísa, frente a la cara sur del Aspe. Hacía tiempo que tenía ganas de visitar este valle, pues no lo conocía. Además, la cara norte del Rigüelo es una pared pequeña, de unos 150 metros, con vías modernas de cuatro largos y una aproximación no muy larga, con lo cual no hay que madrugar desde Zaragoza. Todas estas características hacían la salida muy prometedora, además a la misma se apunta nuestro joven y motivado amigo Jorge.

El valle de Aísa desde luego que no defrauda. Salvando las distancias nos podemos transportar a los más bellos valles alpinos suizos, pues los verdes prados, los torrentes cristalinos y las vacas pastando nos

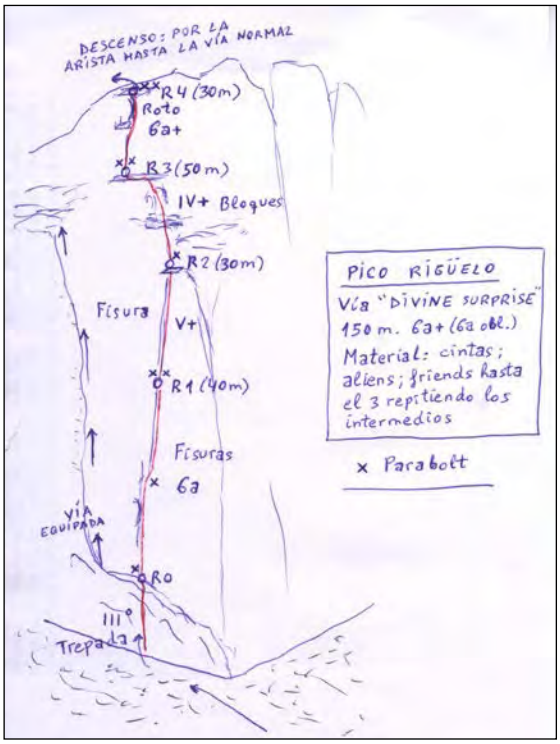
Pico Rigüelo

acompañan en el camino, con el aliciente de pasar por debajo de varias paredes supuestamente vírgenes que quedarán para ser surcadas quizás algún día.

Las vías de la cara norte del pico Rigüelo son todas de reciente creación. Excepto una arista más clásica y una vía de chapas sin mucho sentido en este entorno, al discurrir por un diedro fisurado que admite protección natural, las cuatro restantes son obra de Jean Pierre Rio, un escalador francés, guía de montaña gran conocedor de las zonas de escalada aragonesas con creaciones de gran calidad y a menudo de escalada obligatoria, pues las chapas se limitan a donde no se puede asegurar de otra forma.

Como toma de contacto por ser la primera escalada pirenaica de la temporada elegimos la vía más asequible del grupo, la "Divine surprise", cuatro largos con un grado alrededor del 6a y una aproximación de hora y media, según el croquis. Esto nos lo merendamos en un rato, pensamos, optimistas de nosotros.

Al final, el día resultó de lo más entretenido. La aproximación se convirtió en una andada de más de dos horas con larga pedrera incómoda para alcanzar la pared y una escalada muy amena, escaso o nulo equipamiento fijo, salvo en buenas reuniones con parabolts y graduaciones francesas algo austeras.

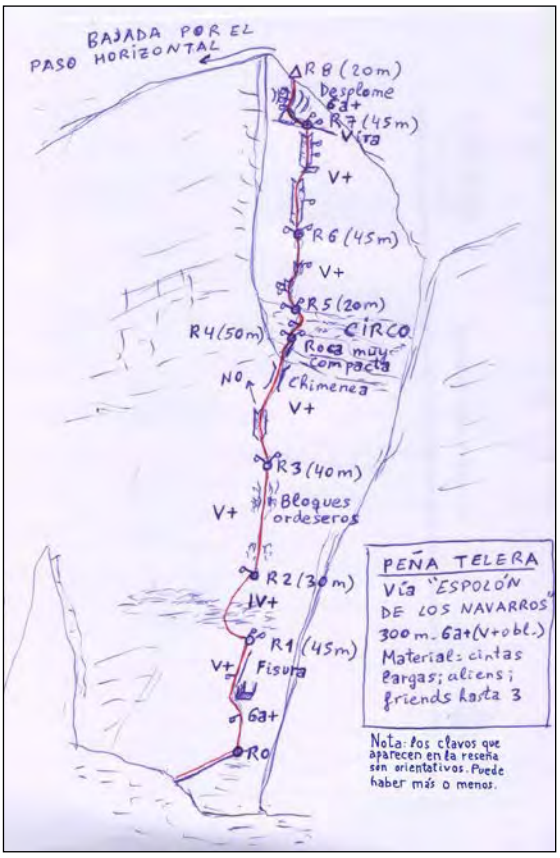


Primer largo de Divine surprise

Segundo largo de la Divine surprise

Peña Telera

De nuevo ola de calor a final de julio, lo cual es una buena excusa para no ir a las soleadas paredes de Ordesa, aliviando mi miedo escénico a las mismas. Por ello elegimos una orientación norte de nuevo y una clásica entre las clásicas, el espolón de los Navarros a la peña Telera, abierta en 1970 por famosos escaladores navarros de la época. Al igual que en la anterior salida, hacía ya tiempo que tenía ganas de surcar esta pared mucho más frecuentada en temporada invernal por sus célebres corredores. La escalada estival en Peña Telera tiene fama de expuesta por su roca de mala calidad. Algunas piadas en internet hablaban de roca tétrica, bloques móviles del tamaño de televisores, en suma, no caer o la guadaña actuará; pero es que después de escalar en granito y en vías super equipadas, el escalar en Telera puede ser el infierno si no se cambia el chip. Otra piada hablaba del espolón como la mejor roca de Telera, sin llegar a ser buena, lo cual ya es algo positivo.



En esta ocasión otra vez vamos en cordada de tres, junto a un gran alpinista como Miguel y de nuevo el joven Jorge, aplicando lo de hay vida más allá de Boulderland. Se agradece otra vez el no madrugar, pues la aproximación nos llevará poco más de dos horas desde el aparcamiento de Lacuniacha pasando por el ibón de Piedrafita y una buena cuesta arriba hasta la misma base del espolón.

La escalada en sí resultó de lo más disfrutona, como si estuviéramos en una pared de Ordesa. Escaso equipamiento a base de clavos vetustos que marcan el camino a seguir, armarios ordeseros a los que agarrarse y una roca más que aceptable si se está acostumbrado a surcar variedad

Aproximación a Telera

Penúltimo largo del espolón

Parte superior del espolón

de paredes y estilos de escalada. De nuevo graduaciones austeras según el buen croquis de Julio Armesto y Quique Villasur, de la guía del valle de Tena, donde será recomendable ir algo sobrado de nivel para poder disfrutar la escalada, pues si vas con el grado justo habrá que añadir un rosario al material para recorrer el viacrucis que te espera.

La tormenta nos acompañó desde casi mitad de vía, pero al final nos salvamos por los pelos. Bajada por el temible en invierno paso horizontal, ahora sin nieve y sin riesgo y larga pedrera y pendientes herbosas que nos dejan al final de un agradable día de escalada pirenaica en buena compañía.

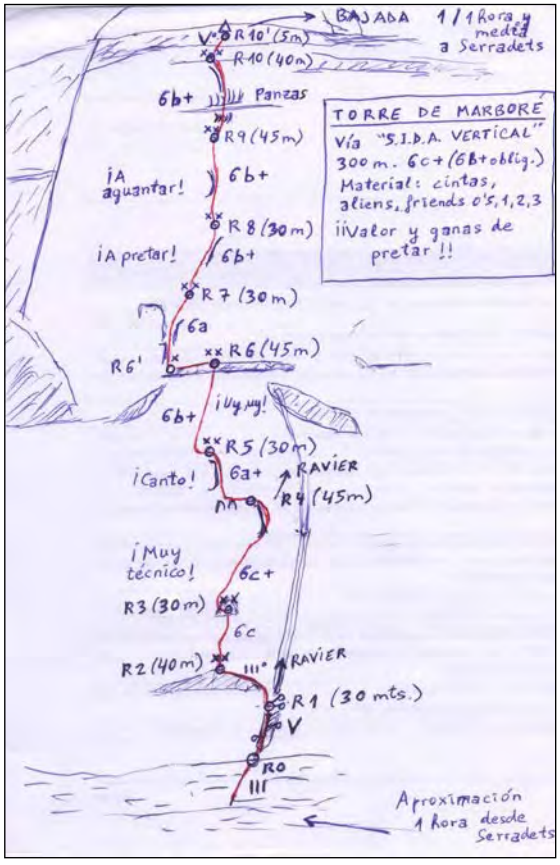
Torre de Marboré

Y como guinda final una auténtica joya; por el entorno, por la pared, por la calidad de la roca, por su historia. Para un montañero puede casi llegar a ser un pecado el no haber estado en un lugar tan mágico y emblemático como la brecha de Rolando, y eso lo subsané en esta salida.

El objetivo era una vía largamente deseada, la vía "S.i.d.a. vertical" (Seul itineraire demente autoricé) de la cara norte de la Torre de Marboré. Abierta por escaladores franceses en 1985 en los albores de la escalada deportiva y equipada con los mejores seguros de aquella época, los potentes spits. Tras muchos años sufriendo las inclemencias meteorológicas, un reequipamiento se demandaba y el mismo llegó en 2011, sustituyendo los deteriorados spits por brillantes parabolts y añadiendo una salida más directa. Una duda que tengo es si la vía se abrió desde arriba o escalando desde abajo; si alguien me la pudiera resolver estaría muy agradecido.

Ya al poco de empezar a escalar, recién abierta la vía, recuerdo en el club que algún amigo hablaba de ir a escalarla, lo cual también desconozco si fueron tan precoces en esos inicios de la deportiva al aventurarse en esa vía. Se lo preguntaré cuando los vea.

La escalada estival en la cara norte de la Torre de Marboré se reduce a unas pocas semanas al año, pues la existencia de una gran campa al final de la pared hace que se forme un nevero que escurre por la misma y la deja



Torre de Marboré desde el circo de Gavarnie

Quinto largo en la Torre (Foto, Javi Serrano)

totalmente empapada hasta final de verano, en que desaparece y la pared se seca. Así pues, la "Sida", la clásica "Ravier" y las vías a su derecha solo son accesibles desde mediados o final de agosto hasta que el frío aparece.

Y allá nos vamos la primera semana de septiembre, con una meteo excelente aunque con las dudas de la temperatura que habrá en una cara norte a casi 3000 metros de altura. La excursión es como en los viejos tiempos, multitudinaria para lo que acostumbramos hoy en día en que cada uno vamos en nuestro coche y quedamos en el sitio de escalar. A esta nos apuntamos nada menos que seis. Dos cordadas escaladoras compuestas por el incombustible Javi Serrano e Iván, un amigo de Huesca y por Miguel, mi compañero de este verano junto a mí. Y por otro lado Charo y Alejandro, la cordada andarina que subirán al Taillón.

En la marcha de aproximación desde Bujaruelo, alguno de los componentes recibimos la visita del tío del mazo. Ya fuera por la falta de costumbre de andar con tanta carga o por deshidratación, nos entró la pájara y llegamos a Serradets con la reserva en algo más de cuatro horas, siendo que, desde Francia, desde el col de Tentes, se llega en hora y media. Yo pensé que no podría escalar y que los compis tendrían que hacer cordada de tres, pero al descansar por la noche, a la mañana siguiente al ver semejante pared me rearmé, y es que somos carne de la vertical.

Un paseo agradable, aunque algo incómodo en algún tramo por las pedreras sueltas, nos sitúa a pie de vía en una hora más o menos. Tenemos a dos cordadas por encima y a otra más en la vecina "Ravier", cuyo primer largo es común, y es que la calidad de estas vías atrae. Estar aquí es un espectáculo, un balcón privilegiado con vistas al circo de Gavarnie y bajo un trozo de historia del pirineísmo por parte de amigos de nuestro club Montañeros de Aragón. Recuerdo la primera nacional de la vía "Ravier" en 1958, por los amigos veteranos Montaner, Bescós, Pepe Díaz y Nanín; la primera invernal en solitario por Javier Olivar en los ochenta y de nuevo otra precoz invernal por los colegas Juan Hernández y Manuel Ansón. ¡Qué frío debe hacer aquí en invierno en esta nevera!

La escalada en sí es un verdadero placer. Nos transportamos a la Oeste del Naranjo o a las paredes alpinas del Wendenstock, el Ratikon o a las vías de roca de la parte derecha de la norte del Eiger, que algún día visitaremos. Placas de roca gris de escalada muy técnica para manejar con soltura los pies y agarres pequeños de manos; largos mantenidos de los que exigen para encadenarlos y donde será mejor ir con el grado consolidado, pues hay que escalar bastante entre chapas. Los friends ayudan a completar la protección, y en todos los largos colocamos alguna pieza, no solo en el primero de la "Ravier". Hasta la bajada a Serradets es espectacular, a un lado Gavarnie y al otro los valles por encima de Ordesa y el culmen viene al atravesar la mismísima Brecha de Rolando.

En suma, una excursión perfecta. Aproximación, escalada y bajada y celebración en el albergue de Bujaruelo con una merecida hamburguesa gigante y una buena jarra de cerveza.

Conclusión: un verano redondo y sin salir de nuestro Pirineo.

Sexto largo de Sida vertical

Norte del Puro

Chema Agustín García

Algo de mágico y magnético tendrán las caras norte que hacen abrir el corazón de los sueños. En Riglos, nuestro pequeño tesoro de conglomerado, aún lo es en mayor grado. Y si además se produce sobre una esbelta aguja que se separa tímidamente del colosal Mallo Pisón, para qué más.

Esta tímida aguja era conocida, antes de la llegada de los escaladores, como O Fuso, por recordar aquel instrumento empleado, en el hilado a mano, para devanar el hilo que se va formando en la rueca. Será rebautizada en la década de los 50's como el Puro, constituyendo una pérdida patrimonial de la toponimia aragonesa.

La pequeña reseña que acompaña el artículo, junto con una breve introducción histórica, intentará mostrar ese poder de seducción que la cara Norte del Puro tiene.

Para encontrar el primer intento nos remontamos a un 30 de agosto de 1959. La cordada formada por Alberto Rabadá y un joven Gregorio Villarig que no sabe bien a dónde se dirigen. Realizan los cuatro largos de abajo comunes a la Normal, y el periplo de aquel día termina con un buen vuelo de Villarig que servirá para homologar, a ciencia cierta, de las bondades del famoso nudo "Edil" que por primera vez se probaba. En aquel momento tuvieron que renunciar a la cima por falta de tiempo del jovenzano Villarig que había sido embarcado sin saber de la magnitud de esta empresa.

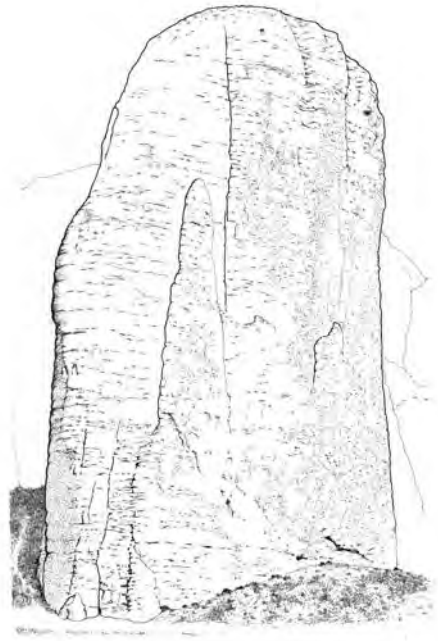
El 10 de julio de 1960 Alberto Rabadá y Ernesto Navarro sellarán definitivamente el trazado de la Norte al Puro con un recorrido audaz y destacable por no emplear el uso de expansivos, ya conocidos en el momento. Esta vía les servirá como entrenamiento previo para la conquista del Espolón del Mallo Firé.

Posteriormente se enderezará la Norte del Puro, en la parte media y baja, mediante los trazados por cordadas sucesivas como la de V. Asensio y J. M. Barcos en 1977, o la de M. Muñoz y A. G. Picazo buscando la elegancia de la línea que pretende a esta cara del mallo.

En mi caso y acompañado de Miguel Carasol nos regalamos una escalada a la sombra en un caluroso día de estío. Realizamos los cuatro largos de la entrada directa hasta situarnos debajo de la cueva y continuar entonces por el trazado norte.

Elegante y limpia, mantenida en grado y con el equipamiento propio de una vía que fue abierta sin expansivos. Las reuniones convenientemente equipadas con parabolts y con algún seguro intermedio hacen calificar positivamente la actualización de la vía.

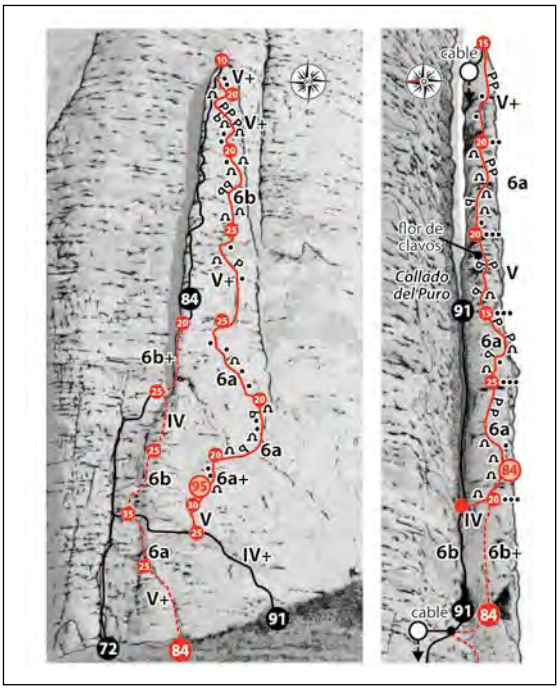
Hay que indicar que la dificultad de colocación de seguros (fisureros y friends) resulta compleja en el paraíso del conglomerado, por lo que la repetición de la vía exige ser resuelto.



Dibujo de la cara Noroeste del Pisón

Miguel Carasol en el L1 de la Norte

Miguel Carasol en el L1 de la Norte



Guia Riglos Vertical, Norte del Puro

Rigloramico, collage del Puro

Rigloramico, acuarela de material en la Norte del Puro

L1 (20m/6b+) equipamiento moderno.
L2 (25m/6a) equipamiento variado.
L3 (15m/6a) equipamiento variado.
L4 (20m/V) equipamiento variado, flor de clavos.
L5 (20m/6a) equipamiento variado.
L6 (15m/V+) equipamiento variado, se pueden empalmar el L5+L6 hasta la cima.

Material necesario: fisureros, friends pequeños, cordinos y bagas.
Reuniones equipadas con parabolts.
Descenso por la rápeles del Puro.

En el croquis adjunto, perteneciente a la guía de escalada Riglos Vertical editada por Desnivel, se indican las vías:

72. Normal (35m/V+)
84. Directa Norte al Puro (180m/6b+)
85. Helios (180m/6b)
91. Normal al Puro (180m/6b)

Alejandro Gómez Cervelló

El Barranco de la Hoz

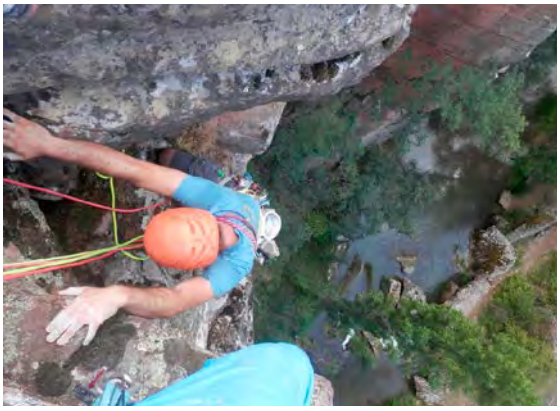
Tras unos cuantos años desaparecido, hace poco más de año y medio regresé al Club y, aunque nunca había dejado de escalar, sí que empecé a salir con más asiduidad.

He conocido gente nueva, pero he de reconocer que con quien más a gusto escalo es con viejos compañeros.

Uno de ellos es Quique Gracia, quien además de un magnífico escalador es una auténtica enciclopedia viviente sobre cualquier cosa relacionada con la escalada; además de transmitirme sus conocimientos, me transmite el gusto de conocer nuevas zonas de escalada, lejos del bullicio de las zonas de moda, lugares donde escalar, la mayoría de las veces, únicamente con tu compañero de cuerda.

De las muchas salidas realizadas este último año, a pesar de haber visitado zonas nuevas, me quedo con dos vías en el Barranco de la Hoz, lugar que ya conocía, pero donde nunca había estado con Quique. Allí pude disfrutar del maravilloso paisaje y la maestría de mi compañero en este tipo de terreno donde las chapas brillan por su ausencia.

Las vías escaladas, en las que fue Quique en cabeza durante todos los largos, fueron la "Fisura del Pozo del Infierno" y la "Caballo Loco". La primera, con una dificultad en torno al 6b, y la segunda, algo más fácil, aunque tal vez un poco más expuesta. Eso sí: no esperéis encontrar ningún anclaje moderno…



José Antonio Sierra Usón

El Forato os Diaples

¿Forato…? ¿Pero qué es un forato? Pues eso, un orificio, un agujero. Y en términos montaraces, una ventana que traspasa el cresterío de lado a lado. Se trata de una voz habitual en los dialectos propios de las tierras altoaragonesas y del valle de Tena, en cuya toponimia adquiere con asiduidad nombre propio, como en la sallentina Peña Foratata o, más en particular, la Peña del Forato en la sierra de Tendenera (Tendeñera para los lugareños meridionales).

En mi adolescencia, aún pude escuchar en Panticosa el habla de las tierras tensinas, mas poco o nada recuerdo acerca de un famoso Forato próximo al ibón de Sabocos, y aún menos de su curiosa leyenda inherente al pastoreo; si hoy indagamos entre los panticutos, obtendremos respuestas ambiguas acerca de cuál pueda ser en realidad el Forato os Diaples, ya que existen dos agujeros visibles desde la Ripera, uno enorme, entrada de una todavía más grandiosa caverna sin salida por la ladera opuesta, y otro chiquitín, bastante más alto y algo escondido que, este sí, permite el paso de la luz.

¿Cuál de ellos es el verdadero Forato os Diaples? Resulta que existe al menos otro Forato adicional, cuya disimulada boca septentrional se abre ligeramente encima y a la derecha de la entrada a la gran gruta. Este Forato puede ser explorado desde la vertiente sur de la sierra con cierta comodidad; accesibilidad tan solo relativa, ya que exige una larga y engorrosa aproximación; además, su recorrido subterráneo puede ser peligroso en presencia de hielo. En cuanto al "Forato chiquitín", defendido a uno y otro lado por soberbios extraplomos, su inspección queda totalmente excluida.

¿Le echamos un vistazo al gran Forato por el norte? Al fondo del valle tensino de la Ripera, en el paraje conocido como Rincón del Verde, a unas dos horas de Panticosa, encontraremos, enfrente, la impresionante y formidable cara norte de Peña Forato; a la derecha, una amplia canal, bastante empinada en su zócalo, en cuya parte superior se observa la entrada de una enorme caverna. ¿Será este el Forato os Diaples? Bien podría, ya que se le supone morada de diablillos, de-

Muy cerca ya. Y, entonces, bajó la boira y el agujero desapareció.

Vertiente norte de la canal del Forato. Verde, gran entrada de la Cueva. Naranja, (1) Forato escondido con salida a la otra vertiente, fácil visita desde el sur; (2) Forato del todo inaccesible en el cual se advierte la luz del otro lado, visible desde gran parte de la Ripera.

El gran boquete desde el interior de la cavidad.

El Forato chiquitín... aunque desde aquí no se vea la luz del otro lado.

monios y otros aborígenes de las tinieblas; pero también es cierto que tales inquilinos acostumbrarían hacer sus incursiones por los soleados escarpes de Gavín y Yésero ¿de dónde, pues, proviene el nombre del Barranco del Infierno, eh?, y para ello se servirían de un atajo natural, que andar cuesta arriba es siempre enojoso incluso para los súbditos del Averno. Penetrar dentro de la gran cavidad no es tan fácil como

Forato Os Diaples, vertiente Sur. A la izquierda, el Forato más elevado, inaccesible por ambos lados. A la derecha, entrada muy marcada del otro Forato, que desemboca justo encima de la gran caverna.

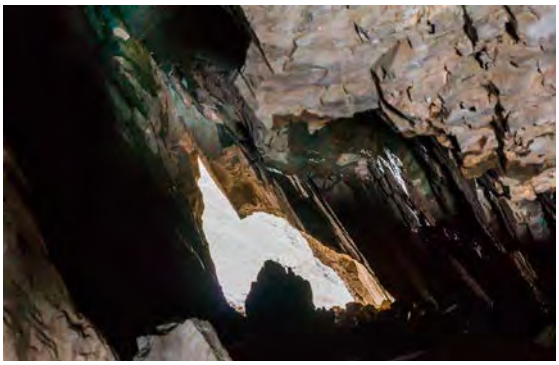
parece por culpa del talud ruinoso que la defiende (mejor en invierno, con material adecuado, claro); pero si la entrada es colosal, el interior todavía se acrecienta más, adquiriendo unas dimensiones realmente inesperadas. La bóveda se alza muy alta, en tanto que sobre el suelo se erige una enorme joroba, secuela de bloques caídos del techo, humedecidos por varias filtraciones. En términos del tiempo geológico, no tardará en formarse una gran brecha que individualizará un poco más el Mallo de las Peñas. Pero hoy por hoy, todavía gozan los diablillos de su acogedor techo.

¿Qué hay del otro Forato, cuya enmascarada boca norte se abre muy cerca de la entrada a la gran cueva? Se puede visitar por el sur, partiendo de Yésero y remontando el citado Barranco del Infierno y la Artica Gayola. Casi en la cota 2.500 metros, encontraremos un doble orificio, bien visible desde cierta distancia. Tras un breve descenso, aparece una galería notoriamente amplia, de sección triangular, en cuyo fondo se adivina la continuación, ya muy angosta, de un corredor en franco descenso. En su extremo final, nos espera una ventana hacia la Ripera. Por el tamaño de la abertura y su ubicación, próxima a la gran caverna, se deduce que no se trata del Forato cuya ventana iluminada se observa desde el valle, sino de otro, tan escondido por el norte como patente por el sur. Desde su interior, es obvio que este Forato no permite el paso de la luz de un

Orificio inferior de entrada al Forato...

...que da acceso a una curiosa galería, bastante amplia y de sección triangular.

El orificio superior, por su parte, proporciona una buena iluminación al interior.



La galería se prolonga, ahora ya muy estrecha, hasta desembocar en la otra vertiente. Empinada y colmada de derrubios inestables, puede también existir hielo y requerir precauciones extremas para su recorrido. Además, aquí apenas llega la luz.

Aunque muy enmascarada, la ventana se abre al Rincón del Verde, algo por encima y a la derecha de la sombría entrada de la gran caverna, patente desde la Ripera.

extremo a otro, ya que no existe comunicación directa en línea recta entre ambas entradas.

Cabe añadir, que el reconocimiento septentrional de este hermoso rincón puede ser complementado con la ascensión a la Peña del Forato, aunque esta cima sabe cómo defenderse (AD-); por el sur, queda muy cerca el Mallo de las Peñas, de ascensión más fácil, aunque un tanto oculta, y también la propia Peña del Forato, de conquista casi tan delicada por esta vertiente como por el norte.

¿Habrá más Foratos escondidos? Es muy posible, dado que aquí el agua superficial no circula; simplemente se hunde... y trabaja la roca en todas las direcciones, aprovechando sus debilidades estructurales. Nada tendría, pues de extraño, que algún otro de estos regatos subterráneos perfore la montaña de parte a parte. ¿Y los diaples, por dónde andan? Yo no vi ninguno, pero haberlos, haylos.

Cara Norte del pico Sabocos

Ángel Martín Sonseca y Fernando Orús Sanz

Cara Norte del pico Sabocos, 2.757 metros (IV+/III): 12 de enero de 2019.

Desde la brecha sobre la última canal de la cara Norte de peña Sabocos, el horizonte crepuscular de las montañas nos va cubriendo lenta pero inexorablemente. No sospecho que nos quedan todavía más de trescientos metros de arista, en la que tendremos que escalar defendidos de la noche por nuestros tímidos frontales y, en fin, algo que se me hará interminable hasta el momento en que pueda abrazar a Ángel en el pirulo de la cima.

Hemos empezado tarde, retenidos por el frío gélido de la mañana. Desde Reyes nos asola la primera ola de frío polar del invierno, con temperaturas bajo cero en casi toda España. Una intensa cuña anticiclónica mantiene nuestras montañas sin nevadas desde hace semanas.

En menos de tres horas hemos llegado al pie de la pared norte de Peña Sabocos (cota 2.350 metros), para subir la ruta de la cara Norte que abrieron en 1976 nuestros compañeros Santiago León, José Antonio Romeo y Pablo Alcay, una cordada potente formada en Riglos y experimentada en paredes de este estilo, en las que hay que saber buscarse bien la vida y tener la confianza necesaria para hacerlo.

Pocas zonas de escalada como Riglos formaban mejor para este tipo de experiencias montañeras en largas paredes de rocas inseguras, mediocres y difíciles de asegurar. Además de ser buenos trepadores, los escaladores teníamos que encontrar el mejor paso pared arriba, encadenando largos hasta la cima.

Santiago León y José Antonio Romeo volvieron en el invierno de 1983 con E. Enmanuel a su vía de peña Sabocos, y consiguieron la primera invernal de la vía. El dato lo recoge la guía de Carlos Sainz y Marcos Feliu, Guía del Pirineo Occidental Oscense (edición del C.D. Navarra, 1987, una amplia recopilación montañera que de forma sintética describe las ascensiones y escaladas de la época).

Desde estas líneas, nuestra admiración para estos amigos que tuvieron el valor de enfrentar esta difícil aventura invernal con su piolet de madera, sus botas Gallivier y sus bávaros de paño. Una época, quizás, de montañeros heroicos y un poco poetas…

Porque esta ruta sobre la cara Norte de peña Sabocos no nos ha parecido nada fácil; al contrario, nos ha parecido una escalada invernal de gran clase en su nivel de dificultad, comparable a la Norte del Taillón o del Anayet. Probablemente, con una mayor innivación de la pared, algunos pasos que hemos escalado en mixto pueden resultar más fáciles, algo que no obstante restará poco a la severidad de esta cara Norte de cruda belleza.

La cara Norte de peña Sabocos es una pared triangular de aspecto severo y de unos cuatrocientos metros de altura, situada a la izquierda de la clásica ruta Norte del pico. Vía D+ en una gran muralla empinada. Escalada en nieve y hielo (máx. 60º), con varias zonas en roca o mixto (máx. IV+) sobre canales sin repisas. Solo hemos encontrado dos puentes de roca equipados en el primer largo (el más difícil); el resto de vía hay que equiparla con friends y clavos (incluir un par de extraplanos). Cuerda de 60 metros recomendable. Desde la cima de la cara Norte (punta 2.719 metros) hasta la cumbre del pico (2.757 metros) hay que escalar todavía una larga arista de unos trescientos metros de IIº.

Hemos vivido un gran día de montaña que con determinación y experiencia nos ha hecho seguir hasta la cumbre a pesar de saber al poco tiempo de empezar a escalar que bajaríamos de noche. Tiempo gélido en severo ambiente norte (el sol, ni de lejos), pero afortunadamente sin viento, salvo en la arista de cima. Este juego es así y los que somos ludópatas de la montaña lo sabemos y aceptamos. Cauteloso descenso, primero desde la cumbre por terreno con destrepes delicados, y después por la empinada canal de la vía normal de la vertiente Este, donde siempre hay que recelar de las placas de viento que habitualmente se forman a sotavento de los vientos canalizados desde el Balneario de Panticosa.

Los Montes Perdidos

David Cortina Lacambra

Monte Perdido… Tres guerreras maltratadas hasta morir; pastor convertido en una montaña, estéril para el pastoreo, por su avaricia, y tan grande como su falta de caridad con un mendigo que resultó ser San Antonio; obra de un rayo que lo talló para vengar la muerte de Atland… Leyendas aparte, lo cierto es que la toponimia de este elegante y, ahora, masificado pico se debe a la sorpresa que produjo para un pionero visionario que entendió los Pirineos como un universo virgen para el conocimiento, el descubrimiento, el sobrecogimiento, la aventura y el éxtasis, Ramond de Carbonnières, que lo divisó desde el Midi de Bigorre en 1787, cuando comenzaban a intuirse, explorarse y desvelarse los secretos que guarda, por encima de sus bucólicos valles, la indómita cordillera pirenaica, que emergió desplazando mares y se expuso al modelado del arte de los cinco elementos (tierra, agua, fuego, aire y espíritu) para, aún hoy, ofrecernos conocimiento, descubrimiento y sobrecogimiento en aventuras que nos llevan hasta el éxtasis. Desde la vertiente francesa, su observación es más complicada, más en la época de este adelantado pirineísta; de ahí su denominación.

En la actualidad disponemos de mapas, guías, fotografías, videos, animaciones 3D por satélite, GPS y tracks, refugios, previsiones meteorológicas por horas, accesos y medios de locomoción que nos permiten comenzar las ascensiones muy próximos a la base de los picos o en sus propias faldas. Podemos, incluso, salir temprano de nuestra casa en Zaragoza, realizar una travesía, o ascender una o varias cimas, o culminar una escalada, y volver a nuestro hogar en el mismo día. Ya no hay Montes Perdidos. O sí…

Cuando, por cualquier motivo, tenemos el privilegio de comenzar a andar por las montañas, un paseo por el valle nos sugiere adentrarnos en sus bosques y, cuando acaban, nos atrae llegar hasta la vertiginosa cascada que se despeña en parajes alfombrados de verdes pastos salpicados de floridos corrillos multicolores o en desiertos de vegetación, vergeles de roca…, y nos atrevemos a subir hasta los azules lagos origen de los bravos arroyos…, y nos asomamos a los collados que nos abren una puerta y una ventana…, y por fin anhelamos ascender a las cumbres que lo culminan todo…, y al alcanzar nuestra primera cumbre sentimos que todo acaba de empezar.

Acompañados por quien nos quiere revelar el secreto o por quien buscamos para que nos revele lo que ya intuimos, recorremos, aprendemos, ascendemos y despertamos el instinto que nos hace entrar en sintonía

Pasado. El circo de Bramatuero y los picos del Infierno en los años treinta

Pasado. El Monte Perdido en 1933, fotografiado por Escudero

Pasado. Vista del Balneario en 1927, según el cliché de Soriano

Presente. Collado y peña de Xuans. Al fondo, los picos del Infierno

con la montaña y…, apasionarnos. Esta, aquella…, conseguimos experiencia y visión para ascender los picos que nos abrumaba ver en fotografías o en relatos sobre sus pasos vertiginosos, los repetimos por rutas más comprometidas, con nieve y hielo… Devoramos todas las cimas que nos refieren o que divisamos. Aún no acabamos de descender de una y ya estamos planeando la siguiente.

Llega un momento en que parece que sólo queda repetir, aunque cada ascensión siempre nos aporta plenitud. Casi ya no quedan montañas que no hayamos hoyado en ese Pirineo que nos parecía inacabable… Casi… Quedan los Montes Perdidos.

Fin de semana sin compañeros para la montaña: María trabaja, tarde libre el viernes y previsión meteo perfecta. La idea es subir el viernes por la tarde para pernoctar en el Pirineo y madrugar el sábado, comenzar a andar temprano, entre las 6:00 y las 7:00 h, y así evitar el calor en la ascensión, tener todo el día por delante y regresar al refugio, descansar disfrutando de la soleada tarde y el domingo, sin madrugar mucho, dar un suave paseo matutino y volver a Zaragoza, tranquilamente, sin tráfico, para llegar a casa a la hora de comer y tener el margen de la tarde para, plácidamente, agotar el fin de semana y comenzar la siguiente como un titán. Solo falta decidir el destino y el objetivo que encajen con el plan… El campo base no resulta muy complicado de escoger. Refugio al que se pueda acceder con coche…, podría ser Pineta y atacar la punta de las Olas, Astazus, Monte Perdido…, o Casa de Piedra y subir a Garmo Negro-Argualas-Algás o Pondiellos… Repetir… Entre el maremágnum de opciones se impone por sorpresa una idea que se adapta al esquema proyectado y que aúna novedad, exploración, aventura… "Campamento" en el refugio Casa de Piedra y ascensión…, a un Monte Perdido, la peña de Xuans que, como Carbonnières, había divisado en una ascensión anterior a los Dientes de Batanes desde donde se descubre, aislado, contundente y con una planta magnífica, con su vertical pared y bicéfala cima.

Desde la plaza del Gran Hotel del Balneario de Panticosa, subimos las escaleras que hay al fondo, dirección este, encarrilando el sendero GR-11, hasta un primer desvío señalizado donde tomamos dirección ibones de Brazato. En este tramo sí que es posible que coincidamos con otros montañeros y excursionistas. Conforme ganamos altura la perspectiva nos ofrece una magnífica vista del macizo de Argualas, Infiernos, Telera…, y otros montes perdidos como punta Zarre, puntas de Pezico… A los cincuenta minutos aproximadamente, tenemos que estar atentos a una bifurcación donde en una roca parece adivinarse que pone "Labaza" y una flecha a la izquierda, con desteñida pintura roja, avisándonos que debemos abandonar el camino principal a Brazatos. Es fácil, sobre todo la primera vez, pasarse el desvío… Ojo, si atajamos subiendo hasta este punto por las sendas que recortan la pista porque podemos salir al camino hacia Brazato ya superado

Presente. Antecima del pico de Serrato desde la salida de la canal a la cresta

Presente. Cima de la peña Xuans. Al fondo, Argualas-Pondiellos

este cambio de sendero. Tras un principio incierto, el estrecho camino discurre evidente (con nieve es más complicado dibujar la ruta porque rara vez hay huella en esta zona o, si la hay, puede inducirnos al error que ha podido cometer el que la ha abierto… Cuando está nevado no es recomendable aventurarse si no se conoce la zona o no se pilota en orientación. En media hora más, de nuevo, atención. Una tubería roja, visible entre un camuflaje de matojos es la referencia para tomar la desdibujada senda de nuestra izquierda. La tubería une el Ibón de Bachimaña con el de Brazato, que alcanzaríamos si la siguiéramos por la trocha de nuestra derecha. En decidido rumbo norte, tras pasar cerca de una caseta de control de aguas y un acueducto que queda bajo nosotros, el carril por el que avanzamos despreocupados desaparece en un caos de roca. Dudas para el primerizo en este paraje. Mojones, vistazo al mapa, confirmación de la dirección y, "montañero, no hay camino, se hace camino al andar". Por encima tenemos un horizonte de dos murallones que enmarcan dos colladitos que forma un peñasco central, hacia los que nos dirigen los mojones por diversos accesos. Estado de forma, y experiencia en la zona y en montaña dictan el trazado. Sorteado el murallón creamos a nuestra derecha, entre losas y pastizal, ayudados por algún hito, el recorrido por el que discurrir hasta el collado que nos da la llave de los ibones de Serrato. Si es la primera vez, algo contrariados, porque esperábamos encontrarlos superado el murete, avanzamos expectantes, porque la evidencia del paso se hace de rogar, hacia el cresterío que culmina en los picos de Labaza. Un visible mojón sobre una gran roca aplaca nuestra inquietud y la orografía nos sugiere que estamos próximos a la cubeta. Si hemos madrugado, cubrimos toda esta parte del recorrido a la sombra, incluso casi hasta el collado de Xuans. Como mínimo, alcanzamos los ibones de Serrato cuando el sol amaga con superar por el este el cordal de las montañas. En una zona apartada de las rutas más frecuentadas y oculto a la vista, perdido, hasta que se adivina, se intuye, todavía como un mogote, la peña Xuans sin mostrarnos todavía toda su entidad, cuando atravesamos el collado que da paso a los ibones de Serrato en un bello y recóndito paraje que comparte con Dientes de Batanes y picos de Labaza.

Bordeando este primer ibón, el más grande de los dos Serratos, por nuestra izquierda y superado el muro que lo cierra, hallamos el alargado ibón de Labaza, hasta ahora oculto, que bordeamos por la derecha, sin perder altura. Se presenta ante nosotros un pendiente caos de bloques que da paso a superpuestos paredones culminados por los aserrados Batanes. Los mojones diseñan un recorrido que sugiere continuar en dirección opuesta a nuestro objetivo, que se descubre y crece, magnífico, conforme nos elevamos. Rumbo incoherente que, la primera vez, acrecienta la duda a cada paso y pone a prueba nuestra confianza, enfrenta nuestra fe con la lógica, nuestra determinación con la prudencia que nos recomienda detenernos para consultar el mapa y el guión que hemos recabado preparando la ascensión. Intuición y experiencia proyectan los datos en la orografía que nos rodea… No hay nadie a quien seguir o preguntar… Nos repetimos que hemos analizado todo serenamente y con todo detalle… también, que quizá se nos ha escapado algún detalle o estamos empecinados en un error porque cada vez nos alejamos más de la evidencia… La incertidumbre no nos abruma. Nos pone en guardia y, a la vez, nos estimula, nos revoluciona, nos interroga, nos obliga a resolver y nos excita cuando nos convencemos de que hemos solventado con éxito la prueba de conocimiento, experiencia, mente y actitud que la montaña y nosotros mismos nos hemos planteado. Por sorpresa, el incoherente trayecto gira hacia los Dientes de Batanes. En fuerte y acanalada pendiente, nos empuja hacia el tridente, hasta que toma, decidido, dirección norte, bordeando la base de la vertiente oeste de los Dientes. En una gran roca una marca de giro blanquinegra nos revela por donde continuar y apoyando las manos nos elevamos sobre sobre el Ibón superior de Labaza. Todavía estoy a la sombra, mientras el sol ilumina todo al oeste. Este juego de luz convierte las aguas del ibón en un espejo que pinta un adorable reflejo de la peña Xuans ya esplendorosa desde este punto, poseyendo nuestros sentidos con su vertical semblante. Por una cómoda, horizontal, faja herbosa sobre el lago llegamos hasta un terreno, de nuevo rocoso, por el que, sin vacilación alcanzamos el último collado. Nos sonreímos a nosotros mismos y a la montaña, nadie más nos ve, por dentro y por fuera, serenos pero pletóricos, rebosantes de la fuerza que da la confianza, felices sencillamente…, probablemente la única forma de serlo.

Alcanzado el portal que se abre entre Batanes y Xuans, descubrimos que otro Monte Perdido lo flanquea. El pico Serrato. Negociamos el pétreo laberinto, con alguna laguna residual, aproximándonos a la base de nuestro objetivo, desafiante con su apariencia inexpugnable. La cresta ofrece distintas posibilidades de dificultad, exposición y técnica. Entre ellas hay una fácil opción, protegida y poco exigente, pero con ambiente. Atacando la cresta por nuestra izquierda, aunque inicialmente parece que descendemos, una chimenea, abierta entre muros superpuestos culminados en un alto y afilado gendarme, alivia la exigencia y amaina nuestra tormenta de adrenalina, sin desmerecer la contundente belleza de las paredes que nos rodean. La estrecha canal facilita una sencilla trepada, que podemos complicar a nuestro gusto y nivel. A la salida, sobre el junto al pináculo del gendarme un hito nos marca un pequeño collado desde el que ya no es un secreto el final de la ascensión. Delineando entre bloques, primero a la derecha y, alcanzado un murete, avanzando pegados a él, hacia la izquierda apoyando manos y superando una loseta fragmentada, pero fácil, alcanzamos esta espectacular cima. Su centrada ubicación nos regala un vasto 360º del macizo de Argualas, Infiernos, Frondellas, Balaitús, Piedrafita, punta Zarre, Gran Facha, Pezicos, Serrato, Batanes, Vignemale, Labaza, Telera… Agresiva hermosura de roca, en absoluto inanimada, con pincelados neveros y azules lagos que no permiten monotonía. Primitivos espíritus que estaban, están y estarán. No hacen falta 162 metros más. Bastan sus 2.838 metros para elevar hasta lo más alto mi satisfacción

Las sensaciones que me han descubierto para mí mismo, perdiéndome en la ascensión a este Monte Perdido, que ya he encontrado, me inspiran volver a hallarme, descifrando el pasadizo oculto de…, otro Monte Perdido. El vecino pico Serrato. Mismo trayecto hasta el último collado y nuevo desafío por resolver plantado bajo su base. Ignoro la variante más asequible que bordea la montaña por su vertiente este hasta una sencilla canal que combina terreno herboso y roca y me aventuro alcanzando la cresta y alternando el avance sobre su filo con escapes para evitar pasos con demasiado riesgo para ir solo y sin asegurar. La montaña me gasta una broma que ya me ha hecho pero en la que a veces aún vuelvo a caer. Cuando ya me desbordo porque estoy alcanzando la cumbre y me acelero aunque me impongo serenidad y equilibro tocando el freno…, todas las emociones se despeñan cuando la montaña no termina, sino que acaba de empezar… No he hecho una escalada fulgurante como creía, echando la vista atrás lo que parecía esbelta pirámide somital se encoge y resulta insignificante con la montaña que ha emergido tras el espejismo de una antecama aliada con la perspectiva para jugar con el inocente montañero. Contrariedad, bochorno, amor propio tocado, vacío de energía, voluntad decepcionada, mente débil asaltada por la tentación de conformarse sin reconocerlo, hora, dificultad sobrevenida… Orgullo… Humildad sincera. Es pronto, día estable, estoy fuerte para culminar y regresar, con reservas para imprevistos. El resto de la cresta impone. Destripa por una laja con pocas presas a una brecha muy expuesta

Presente. Cresta del pico Serrato

Presente. En la cresta del pico Serrato

que continúa con un murallón-gendarme que tendría que acometer sin asegurar y a media pared una vira sugiere una solución, pero alcanzarla supone también un riesgo que descarto asumir, porque, además, desde donde la analizo hay resaltes que parecen practicables pero que, una vez allí, pueden no serlo y la vuelta atrás destripando sí que es evidente que sería una temeridad y no hay escapatorias y la pared no permite errores. Después un entramado de puntiagudos bloques aumenta las posibilidades de protegerse progresando entre los recovecos que forman, pero acaban en una brecha, que no se ve pero se intuye con seguridad, donde despega un implantadle pilar adosado en el centro de la piramidal pared sur que en su chaflán a la izquierda del pilar se precipita acantilada sin atenuar su verticalidad ni desvelar su abismo. No encaja con mi premisa para cuando voy solo y no conozco la ruta: solo escalar lo que puedo destripar o me ofrece salidas si llego a un punto que no puedo superar. A la derecha del contrafuerte, desde el collado entre la doble cumbre, brota una cascada de roca triturada que cae en una canal abierta que se abre cual cola de caballo y desciende hasta la base de la mole. Compruebo el mapa y es la ruta "normal"; como siempre vista de frente impre-

Presente. Final de la cresta del pico Serrato y cima

Presente. Sorpresa al llegar a la antecima en la cresta del pico Serrato

Presente. Garmo Negro-Infiernos desde la cresta del pico Serrato

siona a pesar de su clasificación como fácil y segura… La reflexión y el análisis de opciones recorriendo la anárquica pero equilibrada belleza de este paredón reactivan todos mis motores, reinician todos mis programas y desbloquea la pasión que la decepción y la duda habían detenido. Buscar, encontrar y volver después de llegar es lo que busco en las montañas, y me impulsa a volver porque lo necesito para encontrarme. Destrepo hasta la brecha, concentrado y seguro. La bordeo trepando y diseñando viras para disfrutar. Alcanzo la quebrada bajo el pilar central y lo rodeo por su derecha alcanzando la canal, que asciendo, a mi izquierda, pegado a la espalda del contrafuerte, mucho más amable, y aunque requiere escalar no presenta demasiada exposición. Considero que es más seguro que subir por el centro de la catarata de piedras. Alcanzo collado y a toda cresta, con imponente patio al norte, esta vez sí, me encuentro con los 2.888 metros de este otro Monte Perdido y, a la vez, conmigo mismo porque cuando no me encontraba seguí buscándome.

También son montes perdidos aquellos en los que, a pesar de verlos cuando transitamos por rutas habituales, no reparamos en ellos porque estrechamos nuestro horizonte y solo abarcamos los puntos renombrados. Os sugiero también en esta zona la punta del Puerto (2.732 metros). Es la montaña que se alza sobre la orilla norte del ibón de Brazato. Ascendemos hasta aquí, desde el Balneario de Panticosa, sin dificultad, por la GR-11. Continuamos por la transpirenaica, bordeando el lago por la izquierda desde su desagüe y, en fuerte repecho, paralelos a este pico que os propongo, el camino alcanza el collado de Brazato dejando a nuestra derecha la bella estampa de los ibones altos del mismo nombre que reflejan la cara sur de los picos de Labaza y emocionándonos con una sobrecogedora vista del macizo del Vignemale sobre los turquesas ibones altos de Batanes. Nuestro monte desapercibido, queda a la derecha, formando este paso con las estribaciones de los encrestados picos de Labaza y punta de los Molinos, también desapercibidos… Solo nos queda circundarlo por su cara norte por zona de bloque, en dirección hacia el popular Bacías y a la altura del evidente collado que se forma cuando se amortigua su arista este remontar hasta él. Ante nosotros una sencilla cresta se abre en una canal con un atractivo gendarme a su derecha y nos da acceso a una dentellada cresta con opciones para hacerla más entretenida progresando paralelos a su filo que abre ventanas entre sus puntiagudas almenas de imponente encanto. Otra canal y trepadas por bloques nos llevan junto a un pináculo suspendido y a la cumbre. Os aseguro que merece la pena encontrarse en ella…

Otros montes perdidos se deben a que nos ceñimos a la comodidad de nuestras montañas pirenaicas más próximas a Zaragoza. Os sugiero que descubráis los últimos tresmiles hacia el este: Besiberris y Comaloformo, en el alpino Parque Nacional de Aigüestortes, inundado de lagos y protegido por sublimes fortalezas graníticas, agujas de Amitges, Encantats, Travesany, Jolis, Simó, Passet… ¡Animaos a encontrarlos!

Entre las montañas visibles desde valles y rutas frecuentadas, todos los macizos atesoran montes desapercibidos, o a los que la perspectiva resta relevancia, o incluso invisibles si no exploramos rutas también perdidas e ignoradas y silenciadas o desconocidas.

Espero haberos inspirado para que busquéis y descubráis vuestros Montes Perdidos… Seguro que en sus ascensiones y cimas los encontraréis.

Marta Iturralde Navarro

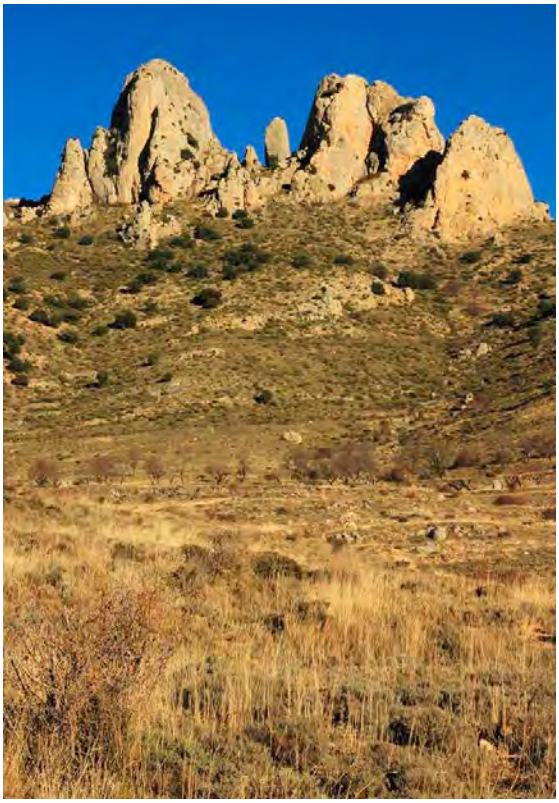
Las peñas Albas de Calcena

Pequeñas trepadas por el Sistema Ibérico

La Cara Oculta del Moncayo hace gala de agujas calcáreas que, vistas desde la lejanía, parecen invitar a una cita. Son las siempre fotogénicas peñas Albas. Aptas para la práctica de lo que los franceses denominan pequeña escalada, o trepadas asequibles al montañero medio con un mínimo de experiencia. El flanco sureste del Monte Cano brinda escenarios óptimos para una primera toma de contacto con las evoluciones verticales en el sector.

Estos resaltes de aspecto osado se sitúan al norte de Calcena. Según cuenta alguna página digital, constan de cinco cumbres principales, numeradas de oeste a este como puntas I a V. Dicen los asiduos del Moncayo del Aranda que el total de torres de todos los tamaños del grupo de las Albas asciende a trece. Contando que la más céntrica y complicada de todas ellas, el pepino de la punta III, se suponía antaño una de las moradas predilectas del Diablo.

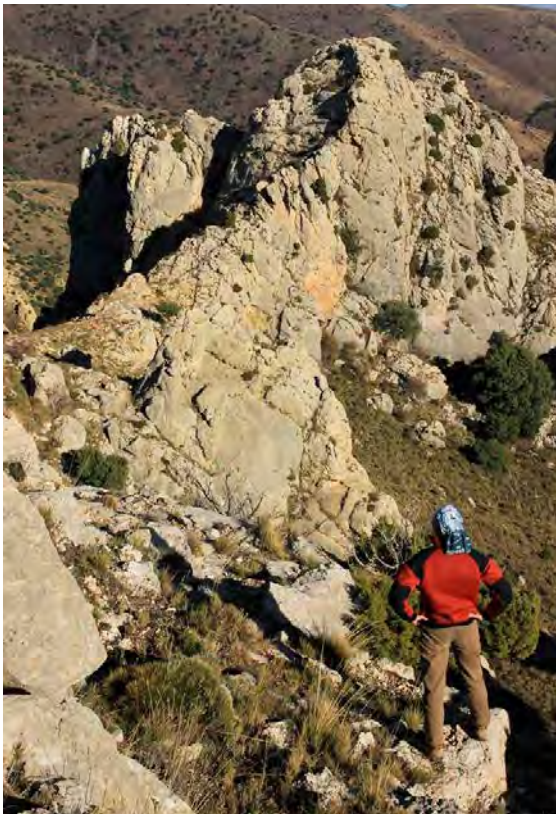
Para allegarse a este magnífico terreno de juego, lo más cómodo es hacerlo desde el sur, partiendo de la orilla izquierda del río Isuela. Hasta el extremo occidental se puede acudir desde Purujosa, los Rincones y el Raso. Hasta el sector oriental, desde Calcena y el collado Somero. Bien entendido que resulta perfectamente factible la conexión de un lado con otro por esa sendita más o menos trazada que recorre el pie de las torres importantes por el sur. Rica en espinos y matorrales.



Desde los corrales de la Loma, las puntas III, IV y V de las peñas Albas

La punta I de las peñas Albas

Parece prudente familiarizarse con la zona comenzando con la cima más alta de las peñas Albas: la punta I, de 1.296 metros de altitud. Sin duda alguna es la modosita de las Cinco Hermanas grandotas. Por lo general se suele subir por un corredor de su cara norte. Sin embargo, existe otra ruta cómoda y, acaso, más bonita desde el sur. Parte del collado alto del grupo, y baja ligeramente hacia Calcena, apenas unos pocos metros, para dirigirse hacia la arista sureña por una vira que dobla a la derecha, muy evidente. Apenas hay que echar las manos al roquedo para hacerse con la mayor de las peñas principales. Esta ruta, quizás de dificultad F, muestra unos panoramas fantásticos por el sureste, hacia la punta III, que es un resalte algo menos alzado que el nuestro, así como de la más cercana punta II. La siguiente meta, por cierto.



Arista sur de la punta I de la cresta de acceso a la punta II

Las puntas II y III, desde la mayor de las peñas Albas

Así se ve por el oeste la difícil peña III

La punta II de las peñas Albas

Situados ya en el collado herboso entre las puntas I y II, nos dirigimos ahora hacia la última torre citada por su sencilla arista de conexión. Baja ligeramente hacia la izquierda, buscando el flanco débil de esta peña tan esbelta. Aunque no lo parezca vista de frente, se trata de un monolito bastante asequible a los trepadores medios, con solo un par de pasos cortos de AD sup en buena roca. Con generosos vacíos a nuestros pies. La vía normal hacia esta punta II de las peñas Albas evoluciona ligeramente hacia el norte, buscando la arista que queda casi enfrente de su prima, la célebre peña de los Moros. Se llega hasta lo más alto con prontitud. Desde nuestra cumbre, la mirada escapa de modo indefectible hacia el puntón III, que muestra cierto aire de Pan de Azúcar. Es la única peña que no visitaremos.

La punta IV de las peñas Albas

Seguimos nuestro avance hacia el este. La punta II de las peñas Albas ha quedado atrás, y ahora toca vérselas con los matorrales del costado meridional de este grupo, avanzando por una especie de traza que marcha pegada al roquedo, rumbo al collado que se abre entre las cimas III y IV. Cuidado con las piedras que se puedan desprender desde lo alto.

De todo el lote que aquí se explica, la punta IV es, con mucho, la más dificultosa. Un bocado no apto para todos los paladares que requiere ya del equipo rockero adecuado. Se trata de un ascenso, aun por su cara normal, un tanto vertiginoso y algo más largo que el de las dos Hermanas antes holladas. La ruta elegida queda en el sombrío lado noroeste de nuestro peñasco, algo a la izquierda del mencionado colladito.

El inicio de esta opción, más o menos normal, de subida al puntarrón IV, se muestra levemente por la izquierda del afilado monolito con aspecto de Puro que surge del mismo collado. La vía sugerida, tirando a evidente, sube en diagonal hacia la izquierda por una fisura, esquivando las zonas mucho más lisas y vertiginosas que dan al collado entre las puntas III y IV... Se trepa por buena roca, aceptable en presas, donde puede emplearse, siempre con prudencia, la base de algún arbolito, aunque solo para equilibrarse un poco.

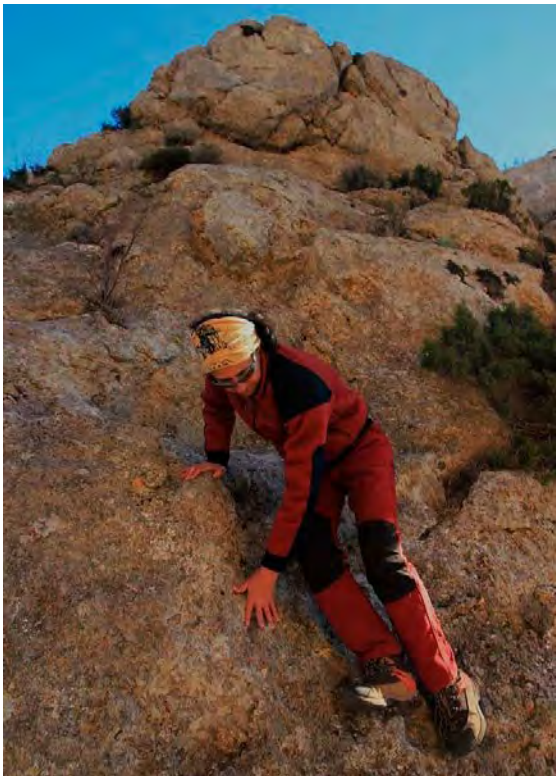
No hay nada clavado en la pared, ni tampoco cintajos, ni mucho menos hitos u otras señales de procedencia humana. Por eso, para hallar la ruta en el descenso, parece recomendable dejar algún tipo de rastro efímero, aunque sean unas flechitas marcadas con una piedra. Durante la bajada existe cierta tendencia a salir, erróneamente, hacia los enderezados paredones que dan al monolito.

Por lo demás, es preciso ganar altura en un ambiente bastante aéreo y sombrío, alejándonos del sector del collado y de su elegante Puro. Los

Alineación de un monolito secundario con la punta IV

Durante la trepada final a la punta IV, aparece la punta III

Arista norte de la punta V de las peñas Albas



Destrepe fácil en la cima V del grupo

pasos son de AD sup, con acaso algún tramo corto de PD inf. Conforme cobramos altura, la peña III, la asignada al Diablo, irá mostrando los secretos de las buitreras de su cara noreste. Por su parte, nuestra cima obsequia sensaciones del todo aéreas.

Lo repetiré: dejad alguna señal para orientaros durante el descenso y evitad el sector que domina el collado entre las puntas III y la IV. La posibilidad, más que sensata, de rapelar, implica el porteo de martillo, clavos, cintas..., y cuerda, claro. Tras el delicadísimo destrepe, nos tomaremos un respiro con la torre Benjamina del quinteto.

La punta V de las peñas Albas

Una traza entre zarzales nos permite contornear por el sur la última aguja que hemos ascendido. Insistimos hacia el este, superando las sencillas rocas que preceden al colladito minúsculo que se abre entre las cimas IV y V de las peñas Albas. Un auténtico señorío de los buitres, a los que no debemos molestar en sus zonas de nidificación. Hay algunos pasos cortos y sencillos de F sup hasta el evidente arranque de la ruta más facilita hacia la gran cumbre oriental.

Con cierta rapidez se llega a la modesta punta V de las peñas Albas: la referida normal sube desde el collado, con un primer tramo, sin exposición apenas, de AD o así. Sale a esa arista norteña con excelentes perspectivas de la peña de los Moros y de la Tonda. Como de costumbre,

Las peñas Albas desde la peña Sin Nombre

habrá que poner mucha atención en los destrepes, ya de vuelta al collado, por unas rocas buenas cuando están secas y en las que apenas hay exposición.

La peña…, ¿de la cueva de las Grajas?

Resulta ideal completar tan aérea jornada visitando un grupo innominado, al menos en los mapas, de torres y agujas que se muestran al sur de las peñas Albas. Son unas balconadas magníficas que quedan más o menos sobre la cueva de las Grajas.

La más cómoda de subir es también la mayor, de 1.236 metros de cota. Entre unos matorrales bastante molestos, hemos de buscar el canalón de acceso hacia esta especie de meseta por su sector suroeste: una canal amplia con escalones de calcáreo de dificultad F, justo por la derecha de un arbolito colgado del muro muy característico. Esta gran canaleta no resulta complicada y permite elevarse sin apenas usar las manos, salvo para equilibrarse ocasionalmente. Surge a la parte inferior de la meseta, desde donde se asciende andando, con facilidad, hasta el puntal cimero que se alza más al norte.

Desde el mogote superior se aprecia un excelente panorama de la vertiente sur de las peñas Albas: abarcamos desde la I hasta la V, mientras que por detrás se intuye la Tonda. También se vislumbra su corte de torretas secundarias. Se dejan subir muy bien las peñas chiquitas de la arista del collado Somero. E incluso esa muela, algo más complicada, que se ancla en el collado entre la punta II y la III.

Hay que descender de nuestra atalaya. Como no siempre se ve clara la entrada a la canaleta, parece buena idea señalarla con hitos de piedra. Y, acaso, traer unas polainas viejas con los pantalones gruesos de lona por las zarzas que nos aguardan en sus basamentos…

Las peñas Albas sirven como una magnífica iniciación en el reino de lo vertiginoso. Tras el curso de escalada y el equipamiento adecuado, se pasaría a mayores en la orilla derecha del Isuela, en otras torres más complicadas de las cercanías de Calcena. Merece la pena conocer las mil caras del Moncayo del Aranda.

Montañeros de Aragón en los Sesenta

Juan José Díaz Ibáñez

¡¡¡No os lo vais a creer!!! Esta es la cuarta vez que empiezo este artículo. Ya iba a tirar por la ventana este maldito ordenador, pero por fortuna apareció mi nieta y me organizó el asunto.

Bueno, el tema versaba sobre la vida del Club en los años sesenta. Efectivamente, fue una época donde el ingreso de nuevos socios fue notable y las actividades en general también alcanzaron un buen nivel.

Precisamente al principio de la década, en 1960 se llevó a cabo la Primera Expedición a los Andes del Perú, en la que fui designado junto a J. A. Bescós para viajar a Chamonix, y allí, tras una dura actividad en el macizo del Mont-Blanc y las Agujas de Chamonix, fuimos seleccionados.

Otra Expedición que también finalizó con éxito fue la realizada al Atlas 68 Toubkal, por J. R. Morandeira, L. Oro, R. Condor, R. Escós, A. Martí, J. Ibarzo y U. Abajo.

Como curiosidad, comentaré que dentro de la amalgama de gente que nos juntábamos asiduamente en los locales del Club, nos solíamos reunir

Pepe Díaz y Rafael Montaner, en la vía del Canfranero, bajo los mallos de Riglos

Díaz, de portero por la derecha, junto al equipo de fútbol de los Escaladores

El Super, con Pepe en el centro, agachado

Expedición a los Andes del Perú 1963. En la fila de arriba, Bescós está a la izquierda y Díaz cuatro puestos a la derecha

en varios grupos con arreglo a nuestras aficiones, sin que esto quisiera decir que no hubiese camaradería entre todos.

Intentaré aclarar el tema: estaban los controles, que como su propio nombre indica, se encargaban de controlar las marchas, tanto en invierno como en verano, de día, de noche o de madrugada. Allí estaban como un clavo.

Otros eran los Carcamales: alegres, cordiales y amigos de la jarana. Varios de ellos pertenecían a alguna Coral y nos contagiaron con sus canciones hasta tal punto que, al final, alquilamos un piano con el que una de las socias nos enseñó a cantar conjuntados. Por otra parte, alguien trajo unas partituras de canciones italianas alpinas y hasta nos creíamos que lo hacíamos bien.

Otro grupo eran los Alevines que, está claro, eran los más jóvenes, y que como todos los demás participaban en todo. De ellos quiero mencionar a Ursi e Ibarzo, que pronto formaron una cordada con la que realizaron grandes escaladas como la Carnavalada en el Pisón de Riglos o el Pitón Carré en el Vignemale, por ejemplo.

Y finalmente estábamos los escaladores, grupo al que pertenezco, y que estaba formado por R. Montaner, J. A. Bescós, J. Vicente, A. Rabadá, A. López y el que esto suscribe. Entre otras escaladas se puede mencionar la Norte de la Torre del Marboré, las Agujas de Ansabere, la cara Oeste del Pisón en Riglos y la vía de las Brujas en el Tozal del Mallo en Ordesa. Debo aclarar que cuando Navarro regresó de la mili, en muchas ocasiones se unía a Rabadá y a veces escalaban juntos. De algunas de las vías que hicieron se pueden destacar el espolón del Gallinero en Ordesa y la cara Oeste del Naranjo de Bulnes en Picos de Europa, donde bregaron durante cinco días con cuatro vivacs para conseguir una hazaña que los más acreditados escaladores habrían deseado. Desgraciadamente, en agosto del sesenta y tres murieron en la cara Norte del Eiger en Suiza, tras una dura tormenta a 360 metros de la cumbre.

Como anécdota, diré que para podernos desplazar por el Pirineo en cualquier vertiente, española o francesa, conseguimos un antiguo Chevrolet que era una maravilla, aunque tenía un pequeño inconveniente: gastaba gasolina como un camión. Pero cabíamos todos.

Me hubiese gustado alargarme más, pero esta cabeza ya tiene muchos años y no da más de sí.

¡¡¡Feliz noventa cumpleaños a Montañeros de Aragón!!!

Ángel López Martínez *Cintero*

Recuerdos. La Cueva de los Moros de Serradui

Para los que tenemos muchos años es difícil que no salga en lo que escribimos la nostalgia. Sobre todo, por tantas personas y amigos que hemos tratado. En el mundo del montañismo y de la escalada, alguno de ellos, mítico.

Hoy os quiero contar un sucedido de hace más de cuarenta años. Se trata de la Cueva de los Moros de Serradui, un pueblo situado en la zona este de nuestro Prepirineo. Creo que casi todos los protagonistas aún viven, pero lo importante es que el relato no va ni en favor, ni en contra de nadie.

Hace unos cuarenta años y pico, fue a la sede de la Federación Aragonesa de Montañismo un señor, creo que nativo, interesado por saber si había escaladores que pudiesen subir a la Cueva de los Moros. Dicha cueva se encontraba algo alejada del pueblo; es una curiosidad que llama la atención de todo aquél que conoce su existencia. ¿El motivo?: desde siempre se había dicho que en esa cueva existía un tesoro de los moros.

Era un muy importante paredón de más de cien metros, algo desplomado. A unos cincuenta metros se encontraba una oquedad que, vista desde abajo, se parecía geométricamente a una puerta.

Intervención de Ángel López en la Sede, en enero de este año

Pues bien: unos compañeros, entonces con la mitad de mis años, prepararon sus materiales de escalada y se fueron a Serradui con la intención de ver cuál podía ser el secreto de aquella cueva. Realizaron un intento por una fisura que desde la cueva casi llega hasta el suelo. Vieron que en la fisura había como trozos de madera. Aquello les intrigó, por lo que probaron a subir y, ante tanta dificultad que encontraron, decidieron volver con más material.

Estos escaladores organizaron otra "expedición" con más medios para, si no se podía subir a la cueva, bajar desde lo alto del paredón. Llevaron un torno de los rescates en montaña y un juego de radioteléfonos, además de cuerdas largas y otro material auxiliar.

Nos invitaron a dos "abuelos" a que les acompañáramos. Pero como ellos eran quizás más valientes, y también más jóvenes, fuimos como acompañantes, para escalar por libre si nos apetecía.

Al día siguiente de llegar al pueblo, al punto de la madrugada salió la "expedición" después de contratar dos caballerías, así como a sus dueños, para que portaran el torno y las pesadas mochilas hasta lo alto del paredón.

Los "abuelos" nos quedamos por la parte baja. Se nos ocurrió iniciar una escalada lateral para poder ganar la "puerta" de la cueva. Metimos varias clavijas, que nos costaron bastante afianzar. Al fin nos colocamos debajo mismo de la cueva. Esta dificultad se resolvió en parte con el arcaico sistema del paso de hombros.

Cuando estábamos entrando en la "puerta" de dicha cueva, enfrente mismo y colgado del cable del torno, pendiente del inmenso vacío, vimos a un amigo al que estaban bajando por el desplome superior. Quedaba muy lejos de la pared, pero llevaba una cuerda no muy larga con un hierro con forma de ancla para ver si podía, desde lejos, colgando como estaba del cable, alcanzar y trabar el hierro en la entrada de la cueva. Por el radioteléfono avisó a los de arriba y les pidió: "Subidme, que los "abuelos" están ya en la cueva", como así hicieron.

Nosotros, en el umbral de la cueva, encontramos clavado en el suelo lo que parecía un barrón de labrar. Alrededor del barrón había un nudo de soga que, por el tiempo, se nos quedó en las manos. Llevábamos linterna y cámara con flash. Nos aventuramos y vimos que aquello era una falla natural del terreno. Avanzamos hacia el interior, hasta una angostura que

Ángel y Álex poco antes de la charla del primero en el mes de junio

nos impidió el paso. En una zona más amplia vimos los restos carbonizados de una hoguera. Al salir hacia fuera, en el interior de la "puerta", habían escrito los primeros subidores de la cueva, con trozos de carbón del fuego: "Monclús", y otras palabras no legibles como "Arén", otro pueblo no muy lejano, y la fecha de "1898". Una pequeña azada trabada en un agujero era el testimonio de la estancia de los primeros subidores. La azada y la foto con la fecha y las firmas vinieron con nosotros a Zaragoza.

El barrón sirvió para colocar unos anillos de cuerda para bajar con el rápel. La forma en que subieron creo que la adiviné, pero no quiero extenderme más.

Alberto Serrano Dolader, que escribe los domingos en Heraldo de Aragón, publicó un artículo relacionando la Cueva de los Moros de Serradui. Le llamé por teléfono y le conté lo que aquí he expuesto. Me agradeció el detalle y terminó diciendo que cuando estábamos en la Cueva, unos y otros tratando de entrar, vino un grupo de vecinos de pueblos próximos, expectantes por si nos llevábamos el tesoro.

Por el triunfo de los próximos. Feliz Aniversario de Montañeros.

En diciembre de 2019 el Club le entregó a Cintero un Premio por su trayectoria

Eduardo Martínez de Pisón Stampa

Mis primeras Montañas de Aragón

Celebramos a los Montañeros, por supuesto, de Aragón, pero también a sus montañas, que son las mías por excelencia. Me gustaría hablar de ellas desde mis recuerdos más lejanos, los primeros, conforme estos me vayan viniendo a la cabeza. Como un homenaje sencillo y cordial a todo lo que les debo.

Yo nací en tierra llana, justamente en la provincia de España que no tiene una sola montaña. Pero, siendo niño, vi en el colegio una película de un aviador que tenía un aterrizaje forzoso en las montañas de Alaska y, para sobrevivir, recorría durante días aquellos paisajes soberbios hasta alcanzar al fin un lugar poblado. Me dejaron tan impresionado aquellos montes y bosques filmados que todavía los recuerdo con nitidez, cerca de ochenta años después: me constataba el cine que eso estaba allí, que existían sitios así por el mundo, que podría incluso algún día ir hasta ellos.

Por fechas similares, hicimos toda la familia una excursión al lago de Sanabria y creo que allí encontré, en la primavera de peña Trevinca, mi primera emoción ante una montaña real: el agua transparente, los torrentes espumosos, los robledos oscuros, los prados luminosos, la peña brava con neveros y unas cumbres próximas con tanta blancura que cegaban. Y la paz inmensa del inmenso paisaje de montaña.

Cuando nos trasladamos a Zaragoza hace ya siete décadas pasé un verano en Morata y allí trepé por mis primeros riscos simplemente para mirar qué había entre las peñas. Recuerdo el placer que experimentaba con aquellas pequeñas exploraciones y un gozo especial al franquear los escarpes donde sentía que agarraban bien las alpargatas. Algo después me parecieron verdaderas expediciones las subidas y bajadas por las Muelas de Valdelloso, cerca de Alhama.

Fuimos también por entonces al Monasterio de Piedra y me asombraron tanto sus cascadas —no había visto nada igual— que escribí una larga carta a un pariente adulto de mi tierra natal contándole con todo detalle sus caracteres geográficos; el pariente estaba elegido al azar porque no tenía otro lector a mano. Creo que, mirándolo bien, fue mi primer escrito profesional. Tenía trece años. Nunca sabré si mi pariente llegó a compartir conmigo el arranque romántico de sentimiento de la naturaleza que yo había experimentado. Y este era tal que deseaba más. Como lector voraz ya en aquel decenio de la mitad del siglo pasado, alimentaba también mi espíritu con multitud de novelas que me llevaban a selvas, ríos, llanos y montañas, espléndidos parajes remotos inalcanzables.

Ah, y poco después, un día feliz también fui al Pirineo. Y al Moncayo, claro está. Creo que el Moncayo fue mi primera o segunda cumbre por encima de los dos mil metros. Y el Perdiguero la primera de tres mil. Luego subiría naturalmente al Aneto y más tarde iría aumentando la cota por el Mulhacén y el Teide, pero ya entre muchas otras montañas, aunque todavía sin salir del territorio nacional.

Pirineo, invierno de 1954

Moncayo, marzo de 1956

Circo de Piedrafita, diciembre de 1956

Sin embargo, el encuentro del Pirineo no puede compararse con nada. Fue en un invierno de los años cincuenta por el valle de Tena y el del Aragón, en el que subimos a la Raca entre ventiscas y creímos estar en el Polo; en el albergue del Pueyo una conversación con unos montañeros que habían ido a los lagos Azules me introdujo el fuerte deseo de alcanzar algún día aquellos lugares entonces remotos y prodigiosos. Poco después, al mediar el decenio, unos amigos zaragozanos me propusieron acompañarlos al terminar el curso en una travesía por el monte desde Sallent a Ordesa. Pienso que hasta hoy he sido un producto de los efectos maravillosos de aquella excursión. Entré en ella inexperto y salí montañero para el resto de mi vida.

Debo mucho, pues, a las montañas de Aragón. A los riscos, las nieves, los lagos, los bosques, los torrentes y cascadas, a los pueblos, a las gentes, a la luz, a los sarrios, a las nubes, al viento, a los prados con flores blancas, azules, rojas, amarillas, a los amigos. Sin amigos no habría nada que contar, como escaladas en Riglos, en el Midi, en el Anayet, en el circo de Piedrafita, en el Perdido, como salidas a los Alpes desde Zaragoza, viajes al Atlas o recorridos por el Maestrazgo y caminatas por Guara. Luego los Andes, el Himalaya y el Karakórum, tantas otras… Por traslados profesionales he tenido cerca el Guadarrama, Gredos o el Teide. Y, por profunda razón vital, mil veces el Pirineo. En consecuencia, sobre todo me produce un ingenuo orgullo sentirme pirineísta.

Para acabar este homenaje a montañas y Montañeros de Aragón voy a resumir aquella excursión inicial e iniciática (para mí) de mediados de los años cincuenta del siglo pasado. Todo estaba planeado: una copia a tinta china en papel vegetal del mapa de Ledormeur, mochilas grandes con armadura, tiendas y material de campaña, provisiones, utensilios de cocina, gorra de visera, jersey, pantalón corto, botas de baloncesto y un palo alto y afilado de buena madera. En suma, un peso mortal sobre las espaldas, una información somera, un equipo que hoy parecería disparatado y un afán de aventura infinito.

Llegamos en la Hispano-Tensina a Sallent y acampamos junto al río. La montaña estaba despejada, en bienvenida, pero una señora del pueblo nos advirtió: "Puerto claro, ribera oscura, lluvia segura". En efecto, por el sur grandes y negras nubes cerraban el horizonte. Y, para mayor información meteorológica, añadió: "Ribera clara, puerto oscuro, viento seguro". Era todo nuestro Aemet de la época. Nos aclaró, además: "Son nubes de temporal, que es persistente, no de tormenta, que es pasajera". Y el vaticinio fue acertado. Subimos a Respomuso (que entonces era Respumoso) bajo un aguacero sin tregua.

En el camino mulero, hacia el paso del Onso, había letreros con advertencias de explosiones de barrenos, pero las cascadas y el bosquete de Llanocheto me parecieron fascinantes, tal como eran los paisajes de la película del aviador. A partir de ahí entramos en la nube y finalmente, tras la inacabable cuesta final de la senda, distinguimos en la niebla las luces borrosas de las obras de la presa, entonces en plena actividad diurna y nocturna. Acabamos empapados en un barracón junto a una estufa intentando secarnos, tarea que se demostró imposible. En fin, a la mañana siguiente y ante la persistencia del temporal, decidimos bajar de nuevo a Sallent; llovía, pero la niebla se había disipado y la apreciación del paisaje cuesta abajo se hizo magnífica. Consultado el mapa, decidimos entonces ir al Balneario de Panticosa para desde allí cruzar al valle del Ara, y otro tensino al que preguntamos nos miró de arriba abajo y advirtió: "Se puede pasar, pero hay que ser algo hombres".

El hecho es que despejó y con nubes huidizas subimos hasta Brazato y allí acampamos. El día siguiente, de mañana gélida, estaba el cielo azul y limpio, un sol como ninguno reverberaba en la nieve y en el granito, el ibón era majestuoso y las gencianas azules crecían en la pequeña pradera donde habíamos plantado la tienda. Aún siento por el cuerpo la sensación de la altitud, la plenitud de la montaña de aquella mañana milagrosa. Me hubiera quedado allí, pero había que ser "algo hombres" y seguir la ruta propuesta. En fila india por los neveros, clavando bien el palo, viendo alejarse a los ibones, subimos con sólo una parada para

Así reflejó humorísticamente nuestro nacimiento Martínez de Pisón en 1979

descargar las mochilas de los hombros doloridos hasta dar con el collado. Juraría que vimos unas huellas de oso cruzando los neveros en horizontal, como las del Yeti de Tintín, pero, abrumado por la carga, no andaba con el equilibrio muy seguro para hacer allí una foto como las que hizo Shipton en el Himalaya por parecidas fechas y pasamos de largo. Nuestro calzado de lona y suela lisa no permitía muchos excesos sobre la nieve, y la máquina de fotos era de fuelle (como la de Mallory), laboriosa de manejar. Hubiera sido, no obstante, un interesante testimonio. Entonces fue una emoción más entre tantas emociones.

Se abrió el espectáculo ingente del Ara, ante y bajo nosotros. Descendimos entre ibones por un escenario silencioso, retirado y solitario. Ya bastante abajo tropezamos con un extraño campamento donde pululaban porteadores, guías y cazadores de sarrios. Seguimos por pendientes herbosas sin camino hasta dar finalmente con una senda que iba valle abajo y allí pasamos otra noche. Poco a poco el entorno se fue haciendo más boscoso, más arbustivo también, más fluvial, más cercano a pastoreos y majadas, hasta que encontramos un camino que nos llevó hasta Bujaruelo. Fuimos directamente a Ordesa por los desfiladeros y nos afincamos en la Pradera, buscando un lugar aislado, pues buena parte estaba ocupada por un campamento del Frente de Juventudes. Allí permanecimos varios días, subimos a Góriz por las Clavijas de Soaso y a Millaris por las de Cotatuero, recorrimos sendas, parajes, barrancos, cascadas, fajas, pozas y badinas con un tiempo espléndido y prácticamente solos. Final espléndido que nos puso a prueba en el valle del Aguas Limpias y nos premió, aún casi adolescentes, por querer ser "algo hombres".

¿Quién podría ser el mismo tras aquella experiencia? Volví en el siguiente invierno a Respomuso y oí el gemido del hielo en el ibón, mientras el paso del Onso tenía congelada el agua que aún salta por la senda y la nieve cubría el circo en una visión magnífica. Pronto subí al Perdido por las Escalas, pasé en primavera varios días en Bachimaña, subimos a algunos picos sobre Bramatuero y llegué por fin al rincón mágico de los Azules del que hablaban aquellos montañeros en el Pueyo, entonces completamente cubierto de nieve. Después vendrían más escaladas, estudios, los glaciares, los viajes. Pero yo soy el que se hizo montañero allí, en Aragón, al mediar los cincuenta del siglo pasado. El que siempre vuelve.

Y los primeros pasos del Club,
asimismo dibujados por la plumilla de Eduardo

Fernando Garrido Velasco

Diez momentos en las grandes alturas

A petición de mi amigo Alberto Martínez me he decidido a escribir este artículo para la revista anual de mi Club. Por hacer algo diferente he pensado en contar algunas anécdotas que me han pasado en mi vida en las grandes alturas, qué ha sido mi vida….

Ciego a 6.500 metros
Momhil Sar (7.342 metros): Pakistán, 1982.

Este año me decidí a ir por primera vez a las grandes montañas de Asia. Estuve en total cinco meses, primero en Pakistán y después en Nepal. Fui con muy poco dinero, solo yo, sin permisos, con muy poco material. Mi amigo José (también del Club) había estado intentando esta montaña hacía unos años y me decidí a ir allí. Compré una tienda de segunda mano en el pueblo de abajo, comida para mes y medio, y contraté un porteador. Todo minimalista. Ligero. A veces recuerdo esos tiempos pensando que soy un superviviente de esa época joven-extrema. Ahora todo es más tranquilo.

Llevaba ya varias semanas solo, subiendo y bajando para aclimatarme, cuando decidí hacer un primer ataque a la cumbre. Llegué a 6.800 metros, pero bajé y monté mi tiendecita a 6.500. El problema fue que ese día estaba nublado y subí sin gafas… ¡Gran fallo! Me empezaron a doler los ojos por la tarde y ya no pude dormir esa noche. Una gran conjuntivitis me dejó ciego. Ojos hinchados y supurándome… Los rayos pasan las nubes y queman…, más en grandes alturas.

Fui tomando analgésicos y echándome gotas, pero pasaron tres días sin ver nada. Solo. A 6.500 metros. Y nadie sabía que estaba yo allí. Mi familia solo sabía que estaba en Asia… La verdad es que no me preocupé. Si tenía que pasar algo, pues que pasase. La anécdota fue que al tercer día salí a ciegas a buscar mi última bombona de gas que me había dejado fuera de la tienda y escarbando en la nieve con el piolet…, la pinché… Lo que me faltaba… Ahora sin gas y sin poder derretir nieve para hidratarme. ¿Qué más me puede pasar? Tuve la suerte de que al siguiente día empecé a ver algo y me decidí a bajar. La historia acabó bien…, de casualidad.

El destino de un piolet
Annapurna III (7.555 metros): Nepal, 1982.

En ese mismo viaje me fui en autostop a Nepal. Dormía en la calle. Me quedaba muy poco dinero. Decidí ir a la zona de los Annapurnas, donde me enteré de que había una expedición catalana intentando el

Annapurna III. De nuevo sin permisos (aclarar que no se debe ir así…, y menos actualmente), de nuevo solo (tampoco se debe ir así…, se multiplica el riesgo). Me establecí en el campamento base con comida para un mes. Coincidí solo un día con los catalanes que no habían podido hacer cumbre, pero habían equipado con cuerdas fijas hasta los 5.500 metros por los difíciles espolones de la parte baja de la montaña. Y me quedé solo…

Noté la buena aclimatación que llevaba de Pakistán y fui subiendo y bajando, cada vez más alto. Me encontré un martillo piolet semienterrado en la nieve a unos 6.000 metros y, como solo llevaba uno, lo cogí para utilizarlo en el corredor de arriba. La anécdota es que al año siguiente estaba en los Andes del Perú intentando el Yerupajá de 6.634 metros (también solo). El día que ataqué la pared, a unos 6.100 metros, había una gran rimaya muy ancha que me impedía acceder a ella. Vi a la izquierda un puente de nieve y me decidí a pasar por él. Cuando estaba por el medio, todo se vino abajo… Me pasó eso que cuentan de que se te pasa toda la vida por delante. Caí unos cuarenta metros. Tuve suerte que la nieve del puente amortiguó mi caída y apenas me hice daño. Perdí el martillo piolet del Annapurna… Se quedó allí. ¿Era el destino de ese piolet el quedarse a 6.000 metros?

En el Annapurna III tuve suerte, pues pude hacer cumbre después de muchas aventuras. Recuerdo muy agradablemente esa ascensión.

Mi casa a 7.000 metros
Aconcagua (6.962 metros): dos meses en la cumbre.

Muchas anécdotas en esa aventura de permanencia a casi 7.000 metros en el verano austral de 85–86. La idea se me ocurrió cuando leí casualmente el libro del médico francés Nicolas Jaeger que había estado sesenta días cerca de la cumbre del Huascarán. La idea me atrajo mucho, pues se juntaban el mundo de las grandes alturas con la experiencia de estar solo. Era como una prueba de "aislamiento sensorial". Lo de la palabra récord vino después. No era el objetivo, pero me vino bien…

Después de meses de porteo de material y aclimatación me instalé ya en la cumbre. Mucho que contar… Un día al anochecer oí voces fuera de la tienda. ¡Qué raro! Me asomé y vi una persona arrastrándose poco a poco y pidiendo ayuda. Salí como estaba y le ayudé a llegar a mi tienda. Era un japonés y estaba muy mal. Le abrigué y le di de comer y beber. Tardó en reaccionar, pero al final me contó, en un inglés muy básico, que su compañero acababa de morir. Habían subido por la pared Sur y por el mal tiempo habían tardado el doble de días. Se les había acabado el gas para derretir nieve y murió de sed… Una pena. Pasó la noche conmigo y tuvimos suerte que al día siguiente hicieron cumbre unos canadienses que aceptaron ayudarle a bajar. Creo que si no hubiese estado yo allí (casualmente) no hubiera aguantado la noche.

Unos ingleses muy ingleses
Sigo allá arriba…

Recuerdo otra anécdota allí arriba: estaba en mi tiendecita de la que apenas salía, y llegó a la cumbre una expedición inglesa. En esa época no había muchas expediciones ni servicios de campamento base, como ahora. Hacía frío y les invité a entrar y calentarse un poco. Les dije que si querían un té y uno me contestó: "Sí, por favor. Té negro, con una nube de leche y sacarina". Y el otro: "Yo prefiero té rojo, con azúcar moreno, por favor". Me quedé con la boca abierta, sin saber qué decir. Yo estaría atontado por la altura…, pero ellos lo estaban más. Cogí mi vieja marmita de aluminio con incrustaciones de sopa del día anterior, metí nieve y después dos bolsitas usadas de té. Me quedaba algo de azúcar, que también les puse. Solo sé que no se quejaron y que les supo a gloria…

A 150 metros de la cumbre
Everest (8.848 metros): pared Norte, 1987.

Me invitaron a esta gran expedición como representante de Aragón. Fuimos por el Tíbet a intentar abrir una nueva vida en la pared Norte. La verdad es que no me dejó un buen sabor de boca porque creo que no hubo muy buen ambiente entre los participantes. La expedición fue en época monzónica. Mucha nieve. Estuvimos en total dos meses en la montaña, equipando la ruta con cuerdas fijas y estableciendo campamentos en pequeñas plataformas. El último campamento lo establecimos en la base

del corredor Hornbein, a unos 8.000 metros. Salimos a media noche cuatro participantes, y después solo seguimos dos. Éramos el gran himalayista francés Pierre Beghin y yo. Decidimos salir por la derecha, pero aún era de noche y no sabíamos por dónde pasar un muro de roca a unos 8.500 metros. Íbamos sin cuerdas y no llevábamos oxígeno artificial. Decidimos hacer un agujero en la nieve y acurrucarnos para esperar al día.

La anécdota es que cuando amaneció y decidimos seguir, Pierre tiró recto hacia el muro y yo le dije que lo veía mejor por la derecha. Decidimos que cada uno lo intentaría por su lado, y así fue. La pena fue que, ya arriba del muro, cada vez nos hundíamos más en la nieve y vimos que no podríamos hacer cumbre sin tener que vivaquear al aire libre. Nos dimos la vuelta con pena. Es bueno saber perder a veces…

Menos mal que estaba acompañado
Cho Oyu (8.201 metros): invernal en solitario.

Como en el Everest no nos había ido bien ese mismo invierno, me decidí a intentar un 8.000, pero yo solo. Pedí permiso a los chinos para el Cho Oyu, pero no me lo dieron. No daban permisos invernales. Hablé con el gobierno de Nepal y me dieron permiso para intentarlo. Lo que hice fue pasar ilegalmente por el Nangpa La al Tíbet…

Solo tengo buenos recuerdos de esta expedición. Creo que la más bonita de mi vida. Me salió todo bien. Tenía el Campo Base en el lado nepalí, con un sherpa que me lo cuidaba, y yo fui subiendo y bajando como siempre para aclimatarme e ir haciendo depósitos. Yo le llamo "estilo semi alpino". No había nadie más en la montaña…

Cuando ataqué la cumbre, lo hice desde unos 7.000 metros. Salí muy tarde, pues esperé al sol. Hacía mucho frío. Me llevé el saco de dormir "por si acaso" y lo dejé a unos 7.500 metros. La anécdota que quería contar es la sensación de que alguien me acompañaba… Ya lo había leído, pero nunca lo había sentido. Había pasado ya la barrera de roca (sin equipar) y estaba a unos 8.000 metros. Eran árabes… Yo les hablaba en inglés y les iba diciendo que tuvieran cuidado donde el hielo estaba más duro, etcétera. De vez en cuando me daba cuenta y miraba hacia atrás, y no estaban, claro. Pero volvían…

Hice cumbre con la última luz y bajé ya con la linterna concentrado en no perder mi huella de subida. Encontré mi saco de dormir y me metí para pasar la noche. También me sentí acompañado entonces… ¡Esta vez eran americanas! Lo digo en serio. Hablaba con ellas y les preguntaba si tenían frío. Una sensación muy real. Una experiencia interesante el vivaquear a 7.500 metros en invierno acompañado de chicas americanas…

Los astros no me acompañaron
Everest (8.848 metros): intento invernal en solitario.

Ahora iba lanzado y quería más. Pero esta vez los dioses no me acompañaron. Todo mal. Entre otras cosas, tuve un edema pulmonar que me dejó hecho polvo y no llegué a recuperarme del todo. Después de dos meses hice un último intento y me lancé hacia arriba. El día que quería llegar al collado sur no pude y se me empezó a hacer de noche a unos 7.800 metros. No había ninguna repisa para montar la tienda y hacía muchos grados bajo cero. Decidí empezar a tallar una plataforma en el duro hielo, pero me costaba mucho y solo pude hacer medio metro. Monté mi tiendecita como pude, pero la mitad quedaba colgando… Entonces se me ocurrió una idea: corté las viejas cuerdas fijas que había y las pasé por el agujero de ventilación. Me até con ellas al arnés y me metí en el saco. Al menos estuve tranquilo esa fría noche. Al día siguiente decidí bajar. Lo importante es poderlo contar…

El cansancio acumulado
Un año caminando desde Bhután a Pakistán.

Era una idea muy bonita la de caminar de un extremo a otro del Himalaya. A lo largo y no a lo ancho… Estuvimos filmando para "Al filo de lo imposible", pero toda la organización, logística, etcétera, fue nuestra. Aprendimos mucho y conocimos zonas increíbles y perdidas. Lo que pasa es que los meses pesan y acumulamos cansancio, sobre todo anímico. Estábamos "empachados" de montañas y de Tercer Mundo.

Recuerdo una pequeña anécdota, ya en el último mes, en la zona del Nanga Parbat en Pakistán. Habíamos acampado cerca de un pueblo y ya nos quedaban pocos días para acabar. Teníamos ganas. Se acercó un señor y nos comentó que éstas eran sus tierras… Yo enseguida me puse a la defensiva: que ya habíamos preguntado antes. Que ya estaba bien de querernos sacar dinero, etcétera. Estaba muy enfadado. El señor, humildemente, me volvió a decir que éstas eran sus tierras, que acabábamos de curar una herida a su hijo, que nos lo agradecía y que si necesitábamos algo se lo dijésemos… Tierra, trágame. Sin comentarios. Metedura de pata total. A ver si acabábamos ya de una vez…

Vodka a 7.400 metros
Shisha Pangma Central (8.008 metros): Tíbet, 1996.

Con esta montaña cerré mi época de retos personales y de espónsores. Hasta aquí me había sido relativamente fácil financiar mis expediciones, pero el grifo se cerró. Aún conseguí dinero para este 8.000, pero por los pelos. Me fui con mi mujer, que se quedó en el Base, y yo empecé a subir solo. Esta vez había más expediciones en la montaña.

Cuando hice el ataque final, me lancé desde mi tiendecita a unos 7.000 metros. Cerca ya de la cumbre me crucé con un equipo ruso que bajaba.

Ellos tenían la tienda en el collado a 7.400 metros. Después de las fotos de cumbre empecé a bajar, pero se me hizo de noche, para variar. Al llegar a la tienda de los rusos les pedí si me dejaban un huequito para esperar al amanecer y seguir bajando. Me dijeron que sí, pero que se les había acabado el gas para derretir nieve y no me podían ofrecer agua. Yo les dije que no había problema y entré.

La anécdota fue que sobre las dos de la noche todos se empezaron a mover y encender las linternas. ¡Sacaron varias botellas de vodka! Yo no daba crédito a mis ojos. ¡No tenían gas, pero tenían vodka! Bueno, pues yo no me iba a negar… Allí entramos en calor rápidamente. Gente dura, estos rusos…

Fuego en la tienda. Aconcagua de nuevo

El Aconcagua fue mi primera gran montaña y a la que he vuelto toda mi vida guiando clientes. También la que me dejó hacer mi aventura más extrema, permitiéndome vivir en su cabeza un par de meses. Tengo también una sensación parecida con el Muztag Ata en China (7.545 metros). Catorce años seguidos... Los últimos años ya nos porteaban los hijos de los porteadores de los primeros años.

La historia que voy a contar es de esas veces que no pasó nada pero que podía haber pasado… Subíamos por la ruta Falso Polacos al Aconcagua e iba todo bien. Típico grupo con su gente más fuerte y menos fuerte, más majos y menos majos, etcétera. En el Campo 1, a unos 5.100 metros, habíamos montado ya las tiendas y empezaba a anochecer. Cada tienda, como siempre, se abastecía de agua y se cocinaba. Para evitar tener que derretir nieve y gastar gas teníamos que ir diez minutos a un riachuelo para llenar las botellas de agua.

Estábamos todos dentro de las tiendas preparando la cena cuando, de repente, empezamos a oír gritos de ¡fuego!, ¡fuego! No entendía nada, pero salimos corriendo como estábamos y vimos una de las tiendas ardiendo y la gente gritando e intentando apagarlo. Pudimos sofocarlo poco a poco, pero todo quedó quemado. Los de esa tienda también estaban chamuscados, pero bien. Les pregunté qué había pasado y me dijeron que había explotado el gas. No entendía nada. Jamás me había pasado ni había oído nunca que eso pudiese pasar. No sé si fue la intuición, pero vi una de las botellas de agua que habían utilizado los de esa tienda, la cogí y la olí… ¡¡¡Era gasolina!!! Para evitarse ir al riachuelo a buscar el agua, habían cogido esas botellas abandonadas creyendo que tenían agua… Naturalmente, al echarlo en la cazuela con el gas encendido explotó todo. Gran error… Cuando menos te lo esperas. No pasó nada para lo que podía haber pasado.

Muchos buenos y malos momentos en ese mundo de las grandes alturas que siempre me ha atraído. Ahora ya no me dejan ir. Tanta altura me ha afectado al corazón y tengo que tener cuidado. Tengo suerte, porque sigo enamorado del Pirineo. Eso no me lo quita nadie.

Viajamos en el Tiempo

Lorenzo Almarza Mallaina
Fototeca de la Diputación de Huesca

Selección de fotografías del primer presidente de Montañeros de Aragón, expuestas en la muestra en nuestra Sede entre el 28 de mayo y el 24 de junio de 2019. Pertenecientes a los Fondos Almarza depositados en la Fototeca de la Diputación de Huesca, patrocinadora de dicha exposición. La amabilidad de la familia Almarza permitió que nuestros socios disfrutaran de unas escenas en gran parte inéditas, tomadas hacia 1930 en el valle de Canfranc.

Merci, France

Julio Viñuales Cobos

Cuando era niño, supongo que me convertí en montañero al subir la primera cumbre con mi padre, el Moncayo. Después soñé con ser escalador, esquiador, alpinista y, claro, aventurero. La nieve, el hielo y la montaña invernal han sido siempre mi pasión.

Hace mucho tiempo que quería, en lugar de contaros alguna de mis actividades en este Anuario del club, hablaros sobre lo que considero "mi barrio". El Aneou. Reflexionar sobre esta zona espectacular y maravillosa todo el año, pero especialmente en invierno.

El Aneou es un lugar privilegiado para la práctica invernal. Allí conviven en armonía los esquiadores de montaña con los practicantes de raquetas (aunque estos últimos pisoteen sus huellas). También es frecuente ver tanto a alpinistas que se dirigen al omnipresente Midi d'Ossau, como a paseantes o niños con trineos. Es un lugar con una excelente innivación y relativamente seguro en cuanto a peligro de aludes. Así pues, es un lugar perfecto para iniciarse en montaña invernal o para disfrutar simplemente de un buen día de invierno.

En la frontera del Portalet encontramos dos formas muy diferentes de entender la montaña: al sur, en España, una estación de esquí alpino, y al norte, en Francia, un extenso Parque Nacional.

Así que cada vez que atravieso esa frontera imaginaria que es hoy el Portalet para practicar esquí de montaña en la zona francesa, me viene a la mente un pensamiento… Dar las gracias a Francia. Así pues, Francia, quiero darte las gracias, sobre todo, por haber sido más respetuosa que nosotros con la montaña pirenaica. Darte las gracias por conservar bajo la figura de Parque Nacional, el triple de extensión en los Pirineos que nosotros. Darte las gracias por no ceder a la tentación de expandir indefinidamente los remontes mecánicos en los Pirineos, aún a pesar de contar en vuestra cara Norte con mejores condiciones que nosotros para ello. También es verdad que en los Alpes no fuisteis tan delicados ni elegantes como aquí. Aun así, os daré las gracias una vez más, por mantener vuestros pueblos pirenaicos vivos, engalanados y floridos, respetando su arquitectura y manteniendo en lo posible su modo de vida.

Gracias a la cultura de montaña e invierno que habéis forjado a lo largo de muchos años, hoy en día tenéis ciento veinticuatro medallas en Juegos Olímpicos de Invierno (Noruega es líder mundial, con trescientos sesenta y ocho medallas). En España solo tenemos cuatro. Así pues, nuestra cultura en deportes de invierno sigue siendo, después de mucho tiempo, escasa y pobre, pues cuando nos referimos a ellos es para hablar del monocultivo de esquí alpino o esquí de pista que se ha convertido en una actividad turística y especulativa más que en una disciplina deportiva.

Sería interesante, pues, para nuestras montañas, para sus habitantes y nuestra economía de futuro, con el cambio climático encima de nosotros, renovar nuestra escala de valores modificando nuestro comportamiento y diversificando hacia otras actividades y modalidades deportivas invernales menos agresivas.

El problema, hasta ahora, ha sido que el nivel demostrado durante décadas por nuestra clase política en este tema, ha sido miope y tan limitado como nuestros logros olímpicos invernales.

Recordad, compañeros amantes del esquí, que nuestras huellas sobre la nieve son efímeras y que basta una ventisca para que desaparezcan, pero nuestras huellas sobre las montañas son permanentes.

Así pues… Merci, France.

Ciclos de audiovisuales en Ibercaja

Nuria Moya Campos

Como es habitual, esta gran fiesta del montañismo que son los dos ciclos de audiovisuales de Montañeros de Aragón, tuvo lugar en el Patio de la Infanta con el patrocinio de Obra Social y Cultural de Ibercaja, según el siguiente programa:

43 EDICIÓN DEL CICLO LA SEMANA DE LA MONTAÑA

6 de mayo de 2019

"Decepción, la isla de nombre equivocado", por Javier del Valle.

La estancia en la base antártica española Gabriel de Castilla permitió descubrir esta pequeña isla perteneciente al archipiélago de las Shetland del Sur, un volcán semi-sumergido y en parte cubierto por hielo. En ella no existe presencia humana permanente, y la naturaleza se muestra en estado puro y salvaje, con numerosas colonias de pingüinos, leones marinos, focas de diversas especies, etcétera. A principios del siglo XX fue asentamiento de una de las principales bases de caza de ballenas, con barcos factoría e instalaciones hoy perfectamente visibles, aunque abandonadas y ocupadas por la fauna local. Las actividades de investigación allí desarrolladas en el marco del proyecto "Caracterización de Aerosoles Atmosféricos en la Antártida" financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y cuyos investigadores principales son los Dres. Jesús Anzano (Universidad de Zaragoza) y Jorge Cáceres (Universidad Complutense de Madrid) permitieron descubrir un rincón antártico en el que el mar y la montaña, los glaciares y los fenómenos volcánicos entran en contacto directo.

Javier del Valle inicia su disertación

7 de mayo de 2019

"Mis montañas", por Pedro Salaverría.

Este montañero, escalador y fotógrafo, realizó un recorrido personal de sus andanzas y vivencias montañeras, tanto en nuestras montañas como en los viajes a los Alpes, Andes y a otras cordilleras. A través de imágenes plasmadas desde su sensibilidad y su bagaje profesional, nos hará disfrutar de unas fotografías fantásticas. Y nos relatará cómo su vida se ha centrado profesionalmente, como fotógrafo, en sus montañas.

Pedro Salaverría, junto a sus jóvenes ayundantes

9 de mayo de 2019

"Persiguiendo el equilibrio", por Aitor Bárez.

Sobre la escalada de placas de adherencia de dificultad extrema en La Pedriza (Madrid). De la mano de algunos especialistas locales y escaladores profesionales como Arnaud Petit, Setphanie Bodet y James Machaffie, y a través de espectaculares imágenes, por primera vez se muestran las claves de este estilo de escalada único en el que la técnica, la concentración y la precisión son mucho más importantes que el factor físico, para conseguir el equilibrio perfecto.

Aitor Bárez hace gala de su pasión por la escalada

24 EDICIÓN DEL CICLO LA MONTAÑA Y SUS PROTAGONISTAS:

5 de noviembre de 2019

"Tour de les Écrins", por Ramón Tejedor.

Cuenta cómo en julio un grupo de trece socios de Montañeros de Aragón llevaron a cabo una travesía en el parque nacional de los Écrins, en los Alpes franceses. Este vasto territorio preservado, apreciado por los amantes de la naturaleza, alberga una fauna y flora muy ricas. Es un paraíso de los senderistas, con su multitud de caminos señalizados y de los aficionados a la escalada, ya que está considerada la segunda zona de alpinismo de Francia. Siendo una zona menos conocida y frecuentada que otras partes de los Alpes, tiene un atractivo especial por su colorido y naturaleza, así como por su tranquilidad.

Ramón Tejedor habla del Tour de les Écrins

6 de noviembre de 2019

"La ascensión de un ochomil. Nuevas vías en altura", por María José Cardell.

Esta nominada en 2018 al Piolet de Oro por la apertura de Shashka Route al pico Chapayev (6.371 metros), viene con una proyección durante los meses de julio y agosto pasados cuando intentó la ascensión a un ochomil, su objetivo: la cima del Gasherbrum II. Nos contará todas sus vivencias en altura.

7 de noviembre de 2019

"Patagonia hasta la raíz", por Fátima Gil.

Aventurera, soñadora, amante del deporte en la naturaleza, guía de montaña, actriz y modelo publicitaria. Es deportista de alto rendimiento y ha pertenecido al equipo español de alpinismo. Sobre su documental que proyectaremos, dice: "Mi documental pirata ya está en el horno… Sin cámaras profesionales, sin efectos especiales, sin presupuesto, sin drones, sin morbo. Pero con mucha pasión por la montaña, con humor, con esencia, con cuerdas y con la ayuda de nuev@s amig@s guerrer@s llenos de viento patagónico… Sobre una tierra indómita, salvaje, mineral y remota… Sobre una aventura grande, humana y hermosa que jamás olvidaré".

Fátima Gil y su alarde de simpatía

María José Cardell, poco antes de su intervención

Galería de los ciclos de Ibercaja

Ramón Tejedor y compañeros de trekking.

Conchita Silva, Marta Iturralde, Nuria Moya e Isabel Ezquerra.

Fernando Garrido y Fernando Lozano.

Quique Gracia, Marta Iturralde y Carmelo Royo.

Quique Gracia, Jesús Bosque y Jesús Mustienes.

Ramón Tejedor, María José Cardell y Alberto Martínez.

El público de Pedro Salaverría.

Concurso de fotografía de montaña Miguel Vidal

Nuria Moya Campos

En esta última edición del Concurso de Fotografía de Montañeros de Aragón Miguel Vidal 2019, patrocinado por Aramon y con la colaboración de Fundación Ibercaja, se ha estrenado formato digital y, en consecuencia, nuevas Bases. El Jurado estuvo compuesto por Chema Agustín, Ignacio Ferrando, Alberto Martínez, José Luis Molina y Pedro Salaverría. La entrega de Premios se realizó el 8 de octubre de 2019 en la Fundación Ibercaja-Patio de la Infanta, de manos de Inés González, jefe del Área de Desarrollo de Personas y Centros de Ibercaja, y de Ramón Tejedor, presidente de Montañeros de Aragón. Éste fue el listado de galardonados en la edición de 2019:

Primer Premio, para Javier Lozano Sierra por "Atardecer desde el Casco": "Luces de atardecer sobre el macizo de Monte Perdido antes de vivaquear en la cima del Casco, con niebla en la cara norte. Fotografía tomada el día 15 de junio de 2019 desde la cima del Casco".

Entrega del Primer Premio a Javier Lozano por parte de Inés González y Ramón Tejedor

Primer Premio de Javier Lozano

Segundo Premio de Tomás Plaza

Tercer Premio de Javier González

Segundo Premio, para Tomás Plaza Serrano por "Bajo las estrellas de Urbión": "Noche de luna nueva, sobre la pared que cierra la Laguna Negra de Urbión".

Tercer Premio, para Javier González Martín por "La unión agua y luz": "Cascada de Ardonés, Cerler (Huesca), julio de 2019".

Premio Especial Socio, para Jaime Árbex Gálvez por "Luna de otoño": "Salida de la luna llena en otoño en el valle de Pineta, a finales de octubre de 2018".

Durante los meses de noviembre y diciembre de 2019 las dieciocho mejores imágenes (según las votaciones del Jurado sin conocer la identidad de los autores) del Concurso de Fotografía de Montaña Miguel Vidal fueron expuestas en el Espacio Joven Ibercaja de Fernando el Católico 1-3. Para difundir esta muestra fotográfica se han editado unos posters con la fotografía ganadora de Javier Lozano.

La misma exposición colgó de las paredes de nuestra Sede durante los meses de enero y febrero de 2020.

Premio Especial Socio de Jaime Árbex

Entrega de Premios y Distinciones Montañeros de Aragón

Nuria Moya Campos

El 26 de noviembre de 2019 tuvo lugar en el restaurante Maza Etxea de Zaragoza la entrega de Premios y Distinciones de Montañeros de Aragón. Dicho acto, conducido por Gonzalo Albasini, se desarrolló ante medio centenar de asistentes, poco antes de la cena de clausura del 90 Aniversario. Abrió el evento nuestro presidente, Ramón Tejedor, seguido por Luis Masgrau, presidente de la Federación Aragonesa de Montañismo, y por Javier de Diego, director general de Deportes del Gobierno de Aragón. Seguidamente, se entregaron los siguientes galardones:

Trofeo Eduardo Blanchard, a la Mejor Actividad en el año 2019, a Carlos Roy Latras y Guillermo Blanchard Nerín.

Trofeo Rabadá Navarro, a la Trayectoria Deportiva, a Ángel López Martínez.

Trofeo Edil, de Veteranos, a Andrés Aznar Aspas.

Placas de reconocimiento:

Francisco Belio Pueyo (a título póstumo).

Fernando Lozano Pardo.

José María Agustín García.

Juan Manuel Aragón Pérez.

Francisco Izuzquiza Rueda.

Francisco Javier Burillo Francés.

Igualmente, en dicho acto se hizo pública la decisión de la Junta Directiva de que la Biblioteca de Montañeros de Aragón reciba el nombre de Ricardo Arantegui (QEPD). La correspondiente placa quedó instalada en nuestra Sede el 6 de febrero de 2020.

Hay que añadir que el Club ha recibido dos premios de la Federación Aragonesa de Montañismo. Entre las Distinciones de la XXIV Cena de la Montaña–2019, el Trofeo Federación fue otorgado al Proyecto "90 Cimas" de Montañeros de Aragón en su 90 Aniversario. Igualmente se concedió uno de los Premios FIATC a los Valores Humanos en el Montañismo a los Voluntarios de la Trail Aneto Posets de Montañeros de Aragón

Adiós a Ricardo Arantegui (1928-2019)

El pasado 1 de abril fallecía en Zaragoza nuestro querido Ricardo Arantegui Pérez. Toda una referencia del Club en estos últimos años. Ricardo había ingresado en Montañeros de Aragón, procedente del grupo de Exploradores de Los Lobos, un 9 de mayo de 1947: era el socio número 141. Desempeñó diversos cargos dentro de varias Directivas. Hasta hace no demasiado, ejerció como bibliotecario, si bien sus tareas en el Área Cultural rebasaron con mucho este importante cometido. Así, en los últimos tiempos trabajó en la creación de un archivo fotográfico, siendo el alma mater y principal impulsor del Premio de Fotografía de Montaña Miguel Vidal. La Junta Directiva ha decidido que, en adelante, una placa recuerde a Ricardo en la puerta de esa Biblioteca a la que tantas horas dedicara.

Los tres textos cortos de despedida que siguen son, sin duda, solo una pequeña muestra del afecto que desde siempre le destinaron los socios del Club que tuvieron la fortuna de tratarle…

Ricardo y sus libros en la Biblioteca de Montañeros de Aragón en 2015

Conocí a Ricardo Arantegui en el verano del año 1997 en la travesía del tramo aragonés del GR-11, desde Zuriza hasta San Juan de Plan. Organizada por nuestro Club fue una magnífica experiencia en el corazón de la alta montaña pirenaica aragonesa. Una espléndida sucesión de valles, bosques, ibones y collados, incluyendo las ascensiones a las cumbres del Tebarray y punta de las Olas.

Pero si algo cabe resaltar especialmente de aquella actividad fue el establecimiento de vínculos imborrables entre quienes formamos parte de la aventura. Ricardo era el más veterano de todos. A sus casi 70 años de edad, con su cámara de fotos, captando paisajes y sensaciones, Ricardo demostró ser un gran montañero, muy fuerte y preparado, solidario y siempre colaborador, y un ejemplo para quienes, siendo entonces mucho más jóvenes, tuvimos el placer de participar en aquella travesía.

Por ello no tuve duda al acceder a la presidencia de nuestro Club, en 2006, de contar con Ricardo en la nueva Junta Directiva para hacerse cargo de las actividades culturales y de la biblioteca de nuestra sede. Desde entonces la dedicación de Ricardo Arantegui a este cometido fue ejemplar, habiendo reorganizado la Biblioteca con gran eficiencia, facilitando su acceso a todos los socios y ampliando su contenido. Una ambiciosa tarea llevada a cabo con minuciosidad y entusiasmo.

El destino ha querido que Ricardo nos dejara físicamente en este año en el que el Club conmemora el 90 Aniversario. Los 90 años de la propia vida de Ricardo que corrió pues en paralelo a la del Club que tanto amó. Obviamente Montañeros de Aragón tendrá siempre un agradecimiento singular y un reconocimiento al papel que Arantegui desempeñó en la vida cultural de nuestra Entidad.

Ramón Tejedor Sanz

Tuve la inmensa suerte de cruzar el Pirineo de costa a costa junto a Ricardo Arantegui. Cuatro veranos de 1996 a 1999, disfrutando de la compañía de lujo del más Veterano, con mucho, de todos los participantes. Lo recuerdo en su tienda de montaña antigua, orgulloso igualmente de una mochila que parecía de los años cuarenta. Pero con un corazón todavía joven y siempre límpido. Con una mente colmada de ilusiones y de elegancia en todo momento. Con unos ojos que brillaban cuando nos contaba cualquier historia sobre sus queridas montañas.

Hasta siempre, Montañero. Que tus siguientes travesías discurran por otras cimas radiantes que, a pesar de su lejanía con esta tierra a veces tan triste, logren que vuelva a emocionarse tu corazón cálido. Como siempre.

Marta Iturralde Navarro

Selección de fotografías del Premio Vidal 2013 con Pedro Salaverría e Ignacio Ferrando

---

Creo que conocí a Ricardo en 1998, durante nuestra prueba social de esquí de montaña. Un día horrible de nevadas y frío polar por las crestas de Malacara en el que hicimos juntos todo el trayecto, cantando arias de Puccini en un italiano macarrónico. Con unas veladas deliciosas durante las comidas en el refugio, pues era un interlocutor agradable y ameno como pocos. Luego vinieron nuestras cuatro Juntas Directivas, asiento con asiento, y los Premios Vidal de Fotografía. Amén de las horas de charla en la Biblioteca de Montañeros o en su casa, rememorando vivencias de otras épocas a través de anécdotas y fotografías. También en las reuniones de las Semanas de la Montaña o, sencillamente, en cualquier encuentro en las calles del Centro o en el bar del Club. Se ha ido el caballero completo, el consejero acertado, el amigo perfecto, el montañero único. No: de esta no nos vamos a reponer con facilidad.

Alberto Martínez Embid

Galardonado por el Club en 2016, Ricardo posa junto a parte de su familia

Paco Belío, un montañero integral

Ramón Tejedor Sanz

Rememoro ese día a principios del pasado mes de agosto cuando me entero de la terrible noticia: Paco Belío ha muerto en el descenso del pico de la Gabarda, en el entorno del Balneario de Panticosa. El impacto emocional que recibo es brutal. No puedo asimilar que Paco, del que fui compañero en dos formidables travesías, se ha ido haciendo lo que más le gustaba.

Era un montañero con una amplísima trayectoria deportiva en Helios, cuya pertenencia al mismo compaginó en los últimos años con la de Montañeros de Aragón, hecho del que se mostraba orgulloso. Compartí con él dos actividades que nos dejaron un magnífico recuerdo y que sellaron una amistad ahora truncada por la fatalidad. Un trekking por los macizos de Rila y Pirin en Bulgaria en 2015 y otro por los Alpes del Tirol en Austria en 2018.

Paco había superado los setenta años de edad en esas dos travesías. Su experiencia y fortaleza física y mental eran envidiables para quienes compartíamos con él descubrir nuevas montañas y valles. No se cansaba nunca, atesoraba una grandísima experiencia para afrontar con ilusión cada una de las etapas. Nunca se quejaba de las inclemencias meteorológicas o de las dificultades físicas del terreno. Disfrutaba en cada recodo del camino, se embebía del paisaje y era solidario y comprensivo con los compañeros de viaje. Paco era pues un montañero integral. Valoraba el esfuerzo como un reto para reafirmar su personalidad y expresar que la edad es un simple hecho cronológico que no doblega nuestra voluntad de llegar siempre a lo más alto.

Recuerdo bien la ascensión a dos cumbres en las que me fundí en un abrazo con él. En el Vihren (2.914 metros) en el macizo búlgaro de Pirin y en el Fineilspitzen (3.514 metros) en la cordillera de los Alpes tiroleses. En el Vihren me emocionó Paco cuando solicitó que nos hicieran una foto a ambos dos juntos en la cima con los banderines de sus dos clubes: Montañeros y Helios.

Cumbre del Vihren, 2015

El destino ha querido proyectar una sombra fatal en la conmemoración del 90 Aniversario de Montañeros de Aragón. Estoy seguro de que el espíritu de Paco Belío sobrevuela feliz las montañas de ese Pirineo que tanto amaba. Antes de morir habría contemplado el maravilloso paisaje circundante de la Gabarda desde sus 2.608 metros de altura, a cuyos pies en el Balneario de Panticosa había precisamente nacido hacía setenta y cinco años. Y allí se despidió completando un ciclo vital que perdurará en la memoria de su familia y de sus amigos.

Descansa en paz Paco.

Pedro Estaún Villoslada

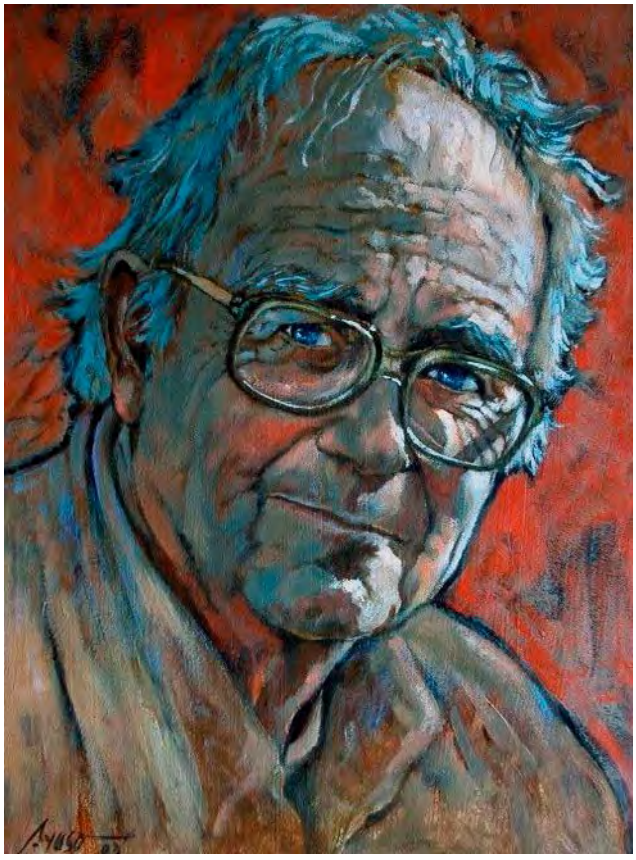
La última cima de Agustín Faus

A los noventa y tres años ha fallecido en Santander Agustín Faus Costa, conocido por muchos como un excelente montañero. Fue Socio Honorario de Montañeros de Aragón. Un resumen de la intensa vida de este maestro de la montaña la podemos encontrar en su último libro La gran excursión. Setenta años de montañas y amigos, publicado en 2013. En cierto modo, son sus memorias.

Pedro Estaún y Agustín Faus en la cima del Turbón

Agustín nació en 1926. De niño conoció los horrores de la Guerra Civil y las penurias de la postguerra y, ya muy joven, comenzó a subir montañas cuando esta afición podía parecer algo sin ningún sentido. Y esta pasión la continuó a lo largo de toda su vida, viviendo en cierta manera para la montaña y realizando ascensiones sorprendentes que ha dejado plasmadas en los cuarenta y tres libros que en la actualidad tiene publicados. Con sus ochenta y seis años cumplidos, cuando todavía gozaba de una magnífica salud, apareció este libro suyo en el que no resultaba extraño lo que indicaba en el prólogo. Después de manifestar lo que ha supuesto la larga excursión de su vida, decía a los lectores: "Y, además –si pensáis como yo–, querréis y sabréis dar gracias a Dios por haber alcanzado una gran meta".

Agustín ha ascendido ahora a una última cumbre que completa su sorprendentemente rica historia montañera. Nos unimos al pesar de sus hijas, Ana y Helen, a la vez que elevamos una plegaria por quien ha sido un amigo y maestro de montañismo para tantos que amamos este apasionado deporte.



Retrato de Agustín Faus realizado en 2003 por Félix Ayuso

- Alojamiento.
- Desayuno.
- Refrescos.
- Información.
- Wifi.....

GR-11

Acceso Pista Grande, s/n
Edf. Santa Cristina
CANDANCHÚ
Tlf. 974372378
refugiopepegarces@gmail.com

REFUGIO
PEPE
GARCÉS

REFUGIO DE RIGLOS

SERVICIO DE DUCHAS
BAR CAFETERÍA CON TERRAZA PANORÁMICA
MENÚ DIARIO Y CARTA DE BOCADILLOS FRÍOS Y CALIENTES
RESTAURANTE CON CAPACIDAD DE 120 PLAZAS

AULAS DE NATURALEZA, PROGRAMAS EN FAMILIAS Y CAMPAMENTOS JUVENILES

Calle Afueras, 1
22808 Riglos
www.refugioderiglos.es
info@refugioderiglos.es
Tel. 974 383 051

REFUGIORIGLOS
www.refugioderiglos.es

ABIERTO TODO EL AÑO
capacidad de 80 plazas